3 1761 05976801 0

DOS NOVELAS

DE

D. ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO

MADRID: 1894.—Imprenta de la Viuda é Hijos de M. Tello.
Carrera de San Francisco, 4.

DOS NOVELAS

DE

D. ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO

REIMPRESAS POR

LA SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

183204
20-8-23

MADRID

—

MDCCCXCIV

Núm. 229

INTRODUCCIÓN

Pocos escritores merecen con mejor título que Salas Barbadillo los honores de la reimpresión. En la lucida cohorte de ingenios ilustres que brillaron en el primer tercio del siglo XVII, figura en primera línea nuestro D. Alonso, ya enriqueciendo el Parnaso como fecundo, fácil y elegante poeta, descollando sobre todo en el género epigramático, ya como escritor de amena literatura y autor de esas encantadoras novelitas con tanto donaire escritas, donde brilla su agudo y peregrino ingenio, su desenfado, sin llegar nunca á la procacidad, y su estilo fluido y genuinamente castizo.

Su talento de observación campea en todas sus novelas, que son verdaderos cuadros que retratan muy á lo vivo la sociedad de la época, el medio en que se movía y los vicios y defectos de la cortesana gente; vicios que fustiga y corrige con fina y penetrante ironía, muy lejana de enojosas disquisiciones y pedantescos sermoneos. Realmente corrige entreteniendo, condición muy atendible y principal en todo autor.

Nadie niega á Barbadillo las citadas cualidades, y sus más severos críticos tíldanle tan solamente de escritor poco profundo; mas entiendo para mí que, aparte no ser preciso á un novelista pecar de conceptuoso y filosófico, supo, burla burlando, llegar con el escalpelo de la sátira á herir en la parte enferma y descubrir á lo vivo el vicio que reprendía, pero sin fatigar nunca al lector, á quien ameniza la lectura con su estilo donoso, sostenido y sin decaer hasta el final ó desenlace de la obra.

Basta con lo dicho para justificar y tener por buen servicio el propósito de nuestra *Sociedad de Bibliófilos* de ir paulatinamente publicando las principales obras de Salas Barbadillo, cuyos ejemplares, de otra parte, son rarísimos, ya por no haberse hecho de ellos, salvo de tres, modernas ediciones, ya también por el pequeño tamaño y forma de casi todas, si propio y cómodo para antiguas faltriqueras, fácil y á propósito para extraviarse y perderse.

El juicio crítico y literario, el examen minucioso del poeta y escritor, sus méritos como tal y sus defectos y lunares, que los tiene como todo lo humano, labor será para el ilustre y sabio Académico D. Marcelino Menéndez y Pelayo en el primer tomo que se publique.

Yo he de limitarme á la enumeración bibliográfica de sus obras impresas y á la presentación del personaje, de cuya vida tenemos pocos y escasos datos, circunscriptos buenamente á los que él mismo ha querido dejarnos en sus libros, toda vez que sus dos principales biógrafos, Alvarez Baena en

los *Hijos ilustres de Madrid*, y Barrera y Leirado en su *Catálogo del Teatro antiguo español,* consignan breves noticias, en las que ni aun fijan el año de su nacimiento.

Dice Barrera que los libros parroquiales de San Andrés, á cuya parroquia correspondía la vieja Morería, calle en que habitaba Salas con su familia, no contienen la partida bautismal de Don Alonso, pero sí las de todos sus hermanos, y que esta falta debe atribuirse al mal estado de conservación de los registros parroquiales.

Por declaración solemne del mismo Barbadillo sabemos que nació en Madrid, y que en Febrero de 1609 tenía veintiocho años, habiendo nacido, por consiguiente, entre 1579 y 1580.

En el Archivo del Real Palacio no existe el menor indicio del poeta en cuestión, como me lo hizo pensar su calidad de *criado de S. M. la Reina,* con que se adorna en las portadas de varias de sus novelas; título de que no se debieron mostrar muy avaros nuestros Monarcas, cuando vemos á un Francisco González «criado de S. M. y hostelero ó posadero de la calle de la Espada,» profesión en pugna abierta con tan pomposo dictado.

Pero afortunadamente en Simancas se encuentra un proceso por todo extremo original y curioso, que los citados autores no conocieron, y en el cual se consignan peregrinas noticias de Salas, que contiene, entre otras particularidades, su retrato físico, su edad, domicilio, aficiones literarias y calaveradas de muchacho, teniendo tal sabor de época y siendo un cuadro tan vivo y animado de

las costumbres de la Corte, que no me perdonaría suprimir el menor auto ó quitar una sola diligencia. Helo aquí:

ARCHIVO GENERAL DE SIMANCAS (1).

Procesos de la Cámara *(leg.* 1.648, *fol.* 28*)*.

COPIA DE TESTIMONIO ORIGINAL DE UN PROCESO CONTRA ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO, DADO Á INSTANCIA DE ÉSTE EN 1610.

Alonso Jeronimo de Salas: En la villa de Madrid á veintiseis dias del mes de Marzo de mil y seiscientos y diez años, la parte de Alonso Jeronimo de Salas Barbadillo requirió á mí Joan Enriquez escribano del crimen del Rey nuestro señor en su corte con un memorial y decreto que pareze ser dado en el Consejo de Camara de Su mag.d que es del tenor siguiente=Señor=Alonso Jeronimo de Salas Barbadillo dice que los alcaldes de la casa y corte de V. M.d le condenaron en ciertas penas por la causa que paso ante Joan Enriquez, vuestro escribano del crimen, de la qual tiene necesidad de un traslado signado en publica forma para presentar en la camara. Suplica a V. M.d mande que se le de que en ello recivirá merced.—A veintidos de febrero mill y seiscientos y diez—désele en forma.

En cumplimiento de lo qual yo el dicho Joan Enriquez escribano del crimen susodicho, hice sacar y saqué lo que por el dicho decreto se manda, que su tenor de todo ello es del tenor siguiente:

En la billa de Madrid á veinte dias del mes de henero de mil y seiscientos e nueve años, el alguacil Diego García de-

(1) A la bondad del diligente archivero de Simancas Sr. Pérez y Grédilla, debo la copia exacta de este documento inédito.

nunzió y acusó criminalmente á Vgenio de Heredia y Alonso de Salas y á don Diego de Persia e a Fernandez de Olibenza y a los demás que resultavan culpados en razon de questa noche los susodichos sobre acuerdo y caso pensado fueron en casa del dicho don Diego los dichos Heredia y Salas y le sacaron á pasear, donde en la calle le acuchillaron en la cara y despues salieron otra segunda bez con broqueles y le acuchillaron, en que an cometido delito; pidió sean castigados e lo juró=Ante mí=Villafañe.

Testigo.—Juró sobre lo dicho Fernan Mendez de Olibenza, que posa en la calle del Príncipe en las casas de doña Ana Camilo, de hedad de veinte y cinco años poco mas o menos, e preguntado por la caueza de proceso dixo que lo que pasa es: questando este testigo en su casa ques donde bibe don Diego de Persia a ora de las dos della poco mas o menos, llegó a la puerta de la calle don Diego de Persia dando golpes e diciendo que le abriesen e le abrieron una criada del dicho don Diego que se llama Gracia, la qual empeçó a dar voçes y a ellas se lebantó este testigo e la demás gente de casa y bió como el dicho don Diego benia muy lleno de sangre, e subido á su cuarto le pregunto este testigo ques esto hermano, que a sido y con quien, a lo qual respondio el dicho don Diego que Alonso de Salas y Vgenio de Heredia el músico de Cámara le abian muerto a traycion e no le dijo la causa ni adonde abia sido la quistion, e bio que traya media espada desnuda en la mano ensangrentada, e despues se llamo un ziruxano y un confesor y bio este testigo que tenia el dicho don Diego dos heridas la una en el lado izquierdo debajo de la tetilla e la otra en el carrillo derecho, ques muy grande, que le salia mucha sangre e tenia cortado cuero e carne, e lo que mas save es que los dichos Alonso de Salas y Vgenio de Heredia esta noche a las ocho o nueve della poco mas o menos binieron á buscar al dicho don Diego de Persia e quando binieron estava el dicho don Diego con este testigo e los criados, llamaron luego para que se entrasen a cenar y abiendose subido el dicho don Diego a su cuarto deste testigo se quedo con ellos este testigo abaxo en el portal y les dixo al dicho Vgenio de Heredia e Salas si querian subir arriba donde esta-

va don Diego e le dixeron que no y este testigo se subio a cenar al segundo quarto de la dicha casa, donde otras beces lo suele hacer, e cenaron juntos este testigo y el dicho don Diego y Alonso de Çamora e su muger doña Beatriz Mendez parienta deste testigo y una hermana suya que se llama doña Isabel Mendez e doña Madalena e doña Francisca, guespedas de la dicha casa que posan en lo bajo de la dicha casa, que acaso subieron y este testigo las rogo que alcançasen un bocado las quales lo hicieron y de la mesa el dicho don Diego alço un plato de lo que estaban zenando que hera xigote de carnero e lo enbio abaxo a su cuarto y este testigo entendio que hera para los dichos Vgenio de Heredia e Salas, porque en acabando de zenar luego subieron al quarto donde estava este testigo e los demas que dicho tiene e tomo una guitarra el dicho Vgenio de Heredia y este testigo se fue fuera de casa e les dexo alli e despues paso lo que tiene dicho antes desto, preguntado si ha savido u entendido sobre que fue la quistion entre los susodichos e si de atras estaban enemistados con el dicho don Diego el qual=dixo que no que antes los a tenido por muy grandes amigos por auerlo oydo decir ansi al dicho don Diego e bisto que los susodichos le an benido á bisitar como tales amigos e no a savido de enemistad otra cosa y esto responde.

Preguntado un broquel que le fue mostrado a este testigo cuyo es questa aforrado en cuero colorado que tiene sangre y muchas heridas destocadas e cuchilladas en el e si las tenia antes desta quistion el qual=dixo quel dicho broquel es de don Diego de Persia e que le ha visto otras beces con muchas heridas que algunas le parece que son recien hechas e por estar con la sangre questa le pareze que le llebaria el dicho don Diego aunque no le bio que le truxese.

Preguntado una espada questava desnuda demas de la quebrada, en el aposento de el dicho don Diego questa con sangre cuya es el qual=dixo que no lo saue que entiende ques de un Criado y esto es la berdad e lo firmo de su nombre= Fernando Mendez de Olibenza=Ante mí=Joan de Villafañe.

Testigo.—Juro sobre lo susodicho Diego Lopez criado de don Diego de Persia de hedad de veinte años poco mas o

menos e preguntado por la caueça de proceso=dixo que lo que pasa es que esta noche estaua en casa el dicho don Diego su amo que seria como entre las nuebe y las diez della poco mas o menos, questaua en el apossento de doña Francisca y doña Madalena guespedas de la dicha casa que posan en la dicha casa en lo baxo y estando hablando con ellas bio este testigo como Fernan Mendez entro de fuera e se subio a su quarto a quitarse el cuello e ponerse una balona, e luego este testigo se subio arriba e de alli a cosa de un quarto de media ora este testigo baxo abajo donde estaua el dicho su amo y bio como entraron en la dicha casa Vgenio de Heredia e Salas poeta e se metieron en el aposento de las que dicho tiene donde estaba el dicho su amo, e todos juntos se subieron al quarto del dicho don Diego de Persia e se sentaron a zenar en compañia del dicho Fernan Mendez e de Alonso de Çamora y de su muger y vnas hijas del dicho Çamora y estando cenando todos bio este testigo como las dichas doña Francisca e doña Madalena subieron y alcançaron un bocado e luego se bolbieron a baxar, e despues de auer cenado el dicho su amo le pidio un sombrero e le dixo a este testigo que se fuese acostar e despues estando este testigo durmiendo oyo boçes que decian que benia muerto el dicho don Diego e se levanto este testigo e le bio questaba caydo en la escalera corriendo sangre e con la espada quebrada e con dos heridas la una en la cara muy grande que le salia mucha sangre y otra en la tetilla y oyo decir que se las habian dado el dicho Vgenio de Heredia y el dicho Salas y esto es la verdad e no firmo por no saber=Ante mí=Joan de Villafañe.

Declaracion de D. Diego de Persia que fue el herido.—El dicho dia mes y año dichos se reziuio juramento en forma de derecho de don Diego de Persia natural de Persia e no es casado ni tiene en esta corte pariente ninguno y es de hedad de veinte y cinco años poco mas o menos=preguntado que heridas tiene quien se las dió e porque el qual=dixo que tiene dos heridas la una en el carrillo derecho de que tiene cortado cuero y carne e le a salido mucha sangre y otra deuajo de la tetilla yzquierda de poca consideracion, y que lo que pasa es questa noche despues de auer zenado salio de

su casa en compañia de Vgenio de Heredia musico de Camara e de Salas poeta que le avian benido a buscar e se fueron a pasear y entraron en la calle de la Cruz en casa de unas mugeres que no saue como se llaman porque los susodichos le lleuaron a la dicha casa, e despues de hauer salido empeçaron los susodichos en conbersaçion a decir mal de mugeres y este que declara les decia que era mal hecho decir mal de muger de forma que se yban paseando e llegando junto a la Conçeçion Jeronima porque los yba este que declara acompañando a su casa, diçiendo mal de mugeres como dicho tiene le dixo este que declara al dicho Vgenio de Heredia que era un picarillo el qual le asio luego a este que declara de la espada e se la quito este que declara e metieron mano entranbos a dos contra este que declara y le tiraron muchas cuchilladas hasta que le quebraron su espada e despues de quebrada el dicho Salas le dio la herida de la cara e las demas no saue qual e luego se bino este que declara a su casa e se puso un lienço en la herida e tomo una espada de un criado suyo y un broquel para salir a buscarlos e no le dejaron salir en su casa e desta manera paso la quistion ques la berdad.

Preguntado si se quiere querellar de los susodichos el qual dixo que por aora no y esto es la verdad e no firmo por no poder=Ante mí=Joan de Villafañe.

Auto.—Que se prendan Vgenio de Heredia y Alonso de Salas e se pongan en la carcel el señor alcalde Portocarrero lo probeyo en Madrid a veinte y uno de henero de mil y seiscientos y nueve años.

Declaracion del cirujano.—En la villa de Madrid a veinte y dos dias del mes de henero de mil y seiscientos y nueve años se recibio juramento en forma de derecho de Pedro Gonçalez Beltran çiruxano que posa en la carrera de San Jeronimo de hedad de quarenta y cinco años poco mas o menos e preguntado=dixo qué estando este que declara acostado el martes en la noche como a ora de las tres de la noche poco mas o menos llamaron a la puerta de su casa para que se lebantase a curar a don Diego de Persia de unas heridas que tenia e se lebanto e fue a curarle en su casa

ques en la calle del Principe, el qual tiene una herida en el rostro que enpieza desde la oreja derecha hasta el lauio de la boca, le fue y es tan grande que le obligo a darle ocho puntos porque penetro hasta la mandibula de tal manera que le corto tres muelas e penetro hasta la voca, e de otras dos heridas en el pecho entranbas en el lado izquierdo la una deuajo de la tetilla e la otra por el lado sobre las costillas y aunque estas heridas del pecho no son penetrantes segun lo que por ellas se a bisto, todas ellas son peligrosas de muerte por estar cerca de miembros principales, e la del rostro ser tan grande y estar el dicho enfermo con la calentura e grande inflamaçion en las heridas, y esto es la verdad so cargo de su juramento e lo firmo de su nombre Pedro Gonçalez Beltran=Ante mí=Joan de Villafañe.

Luis de Heredia padre de Eugenio de Heredia se querella de don Diego y otros por auer ydo a matar a su hijo y herido a Salas. —En la billa de Madrid a veinte y un dias del mes de henero de mil y seisçientos y nueve años sobre raçon de que esta noche don Diego de Persia y Hernan Mendez de Olibença y otros fueron en casa de Luis de Heredia escribano y dieron çiertas heridas a Alonso de Salas de que esta muy malo y a punto de muerte y para aberiguar la berdad por mandado del Sr. Alcalde Silba de Torres se hiço la averiguaçion siguiente=Ante mí=Pastor de Arcaeta.

Declaracion de Luis de Heredia.—En la dicha billa de Madrid el dicho dia mes y año dichos en presencia del Señor Alcalde Silba de Torres se recibio juramento en forma de derecho de Luis de Heredia escribano de su magestad de edad de mas de sesenta e tres años y preguntado=dixo que lo que pasa es que anoche martes a ora de las doce della poco mas o menos estando este que declara acostado en su cama y casa y su muger e hija y demas gente della recoxidas, oyo este que declara como por la escalera de las dichas sus casas subia con mucho ruydo gente y este que declara se lebanto en camisa y la dicha su hija se asomo a la escalera y abrio una puerta para vello y preguntando quienes heran los que así subian u que querian, este que declara hizo sacar una luz y bio a un hombre con su espada y daga desnudas en la di-

cha escalera y este que declara y la dicha su hija dixeron quien esta ay, y el dicho hombre dijo ¿esta ay Vgenillo? diciendolo por el hijo deste que declara y en el abla y lo demas conocieron quel dicho hombre era don Diego de Persia que bibe en la calle del Prinçipe en las casas de Bazquez corredor el qual le pareçe á este que declara traya puesta una ropa, no echo de ber de que color mas de que diciendole que hera lo que le queria al dicho Vgenio su hijo, el dicho don Diego de Persia dijo que hera un grandísimo bellaco traydor el dicho Vgenio y Salas y que le benian a matar, que baxase si estaba en casa y este que declara le dixo que se reportase y aguardase a que se bistiese que este que declara bajaria y le hablaria, y su hija deste que declara le dijo Señor don Diego mire vmd. que no tiene razon de tratar a mi hermano ansi pues es su amigo; y con esto el dicho don Diego se fue de la dicha casa y este que declara a cabo de un rrato de como paso lo susodicho oyo en la calle que ba hacia San Pedro junto a las casas del Señor Conde estable ruydo de cuchilladas y este que declara medio bestido se salio a la calle a ber si mataban al dicho su hijo y al salir de la puerta bio benir por la calle arriba de acia donde abia sido la quistion hacia su casa del Marques de Camarasa a tres hombres con sus espadas desnudas y broqueles; que benian detras del dicho Alonso de Salas que bibe a la Moreria biexa el qual tray su espada enbaynada y çerca de la puerta de las casas del dicho Marques de Camarasa uno de los dichos hombres tiro una cuchillada al dicho Alonso de Salas y le pareçe que le acerto, y este que declara salio a la plaçuela y bio como yban quatro hombres juntos con sus espadas desnudas entre los quales conocio al dicho don Diego de Persia y a Hernan Mendez de Olibenza portugues que biue juntamente con el dicho don Diego de Persia y los otros dos no saue quienes heran mas de que entiende que heran Criados de los susodichos y llebaban como dicho tiene las dichas sus espadas desnudas y sus broqueles los tres dellos y espadas todos quatro los quales heran los mismos que benian siguiendo al dicho Alonso de Salas hasta en casa del dicho Marques donde le alcançaron y le dieron el dicho golpe uno dellos con la dicha

espada desnuda; y este que declara fue acia San Pedro a buscar el dicho su hijo y no le hallo mas de un hombre desarrapado que no saue quien es el qual dijo a este que declara que un hombre que se abia quedado a la puerta del Señor Conde estable abia resistido a dos hombres que le abian tirado muchas cuchilladas y lo auia hecho como hombre de bien y que lo abian dejado y que despues abia entrado en casa del Señor Conde estable por donde este que declara quel dicho Vgenio su hijo era el hombre que se auia resistido a los dos y entrado en casa del dicho señor Conde estable y aunque andubo en su busca no le hallo y bolbio a casa del Marques de Camarasa adonde allo al dicho Alonso de Salas el qual estaba herido en la caueza de una cuchillada de que tenia rompido cuero y carne y le salia mucha sangre y esta muy malo y le hizo acostar y preguntandole este que declara que que auia sido y porque causa el dicho don Diego y Hernan Mendez abian querido matar al dicho Alonso de Salas, dijo que el dicho don Diego los abia conbidado a cenar a anbos a dos y que despues de aber çenado que era a mas de las onçe de la noche biniendose para su casa el dicho don Diego abia salido tras ellos solo diziendo que auian de dar una cantareta a unas mugeres y decirle que hera puta y que el dicho Vgenio y Alonso de Salas le abia dicho quellos no heran hombres que habian de acer semejantes cosas y especialmente a mugeres, que se fuese con Dios a su casa y que el dicho don Diego diçiendoles que auian de acer lo que el decia aunque los pesase, se abia benido tras ellos hasta la Conçeçion Geronima y que alli se les abia puesto delante y diçiendo que heran unos bellacos y que juraba a Dios les abian de dar cien palos y matarlos y que abia arremetido con el dicho Alonso de Salas y dadole de cachetes y asidole de la barba y que los auian empeçado acuchillar y ellos se auian procurado defender y que le auian dejado alli y ellos benidose para sus casas y que el dicho don Diego abia benido tras ellos deshonrandolos y que le auian dejado y que despues yendose el dicho Salas y Vgenio anbos a dos en casa del dicho Alonso de Salas frontero de San Pedro quiriendo entrar en casa del Señor Conde estable abia llegado el dicho don Diego delante

con su espada desnuda y que el dicho Vgenio le hauia dicho que se fuese con Dios pues sauia que no tenia razon en lo que haçia y que asi Vgenio se auia quedado a la puerta del Conde estable y quel dicho Alonso de Salas abia ydo açia en casa del Marques de Camarasa por no reñir con el y que yendose como a dicho, se habian salido los otros tres hombres con sus espadas y broqueles acuchillarle y le auian dado la dicha herida y que luego se auian ydo y el dicho Alonso de Salas se fue auiendose curado no saue donde, ni este que declara aunque a echo muchas diligencias no a podido sauer del dicho su hijo ni saue si esta herido u si le an muerto y esta es la berdad.

Preguntado al tiempo y quando el dicho don Diego fue a casa deste que declara con la dicha su espada y daga desnuda en busca del dicho Vgenio si estaua solo u si en la calle auia gente, dixo quel dicho don Diego subio solo a la mitad de la escalera y no bio a otro ninguno porque si benia alguien con el quedarian en el portal u en la calle y esto pasa.

Preguntado si quando el dicho don Diego fue a su casa en la forma que dicho tiene el dicho Eugenio su hijo estaba en casa dijo que no estaua en casa ni abia benido; y esta es la berdad y se querella criminalmente del dicho don Diego y del dicho Hernan Mendez y de los demas que pareçieren culpados como padre y legitimo administrador del dicho Eugenio de Heredia y por auer ydo a su casa a mano armada a le matar, y pidio se proceda contra ellos conforme a derecho y juro la querella en forma y firmolo de su nombre=Luys de Heredia =Ante mí=Pastor de Arcaeta.

Testigo.—En la villa de Madrid a veinte y un dias del mes de henero de mill y seisçientos y nueve años se recibio juramento en forma de derecho de Pedro Gutierrez de la Çerva criado del Marques de Camarasa Capitan de la guarda española de Su Magestad, de hedad de veinte y cinco años poco mas o menos y preguntado dixo que lo que pasa es que anoche martes a ora de la una della poco mas o menos estando este testigo en casa del dicho Luys de Heredia escribano bio como llamo a la puerta y entro en el portal de las dichas casas un hombre que al principio no le conocio quien era al qual doña

Maria de Heredia hija del dicho Luys de Heredia dixo que quien hera y el dicho honbre respondio y dijo que si estaba en casa Eugenio u Alonso de Salas y entonces este testigo en el abla conozio quel dicho honbre que abia entrado era don Diego de Persia y la dicha doña Maria de Heredia le dixo que no estaba en casa y el dicho don Diego de Persia dijo quel dicho Alonso de Salas abia hecho mal con el porque aunque se le auia quebrado la espada traya otra sana y con esto se fue no oyo otras raçones y este testigo se salio de casa del dicho Luys de Heredia y yendose acia San Pedro ques cerca de donde bibe el dicho Luys de Heredia encontro a los dichos Alonso de Salas y al dicho Eugênio de Heredia y estando este testigo hablando con ellos bio como llego el dicho don Diego de Persia con otros dos honbres que no saue quienes heran mas de que heran de mediana estatura y el uno dellos traya una capa de color y el dicho don Diego de Persia dixo ellos son y el dicho honbre que benia con el de la capa de color dixo ¡boto a Dios que a sido mal hecho lo que an hecho con el Señor don Diego! y el dicho don Diego y el dicho honbre de la capa de color y el otro todos tres metieron mano a sus espadas sin enbargo de que el dicho Eugenio de Heredia les dixo se fuesen con Dios y lo mismo el dicho Alonso de Salas escusandose para no reñir y como metieron mano a sus espadas como dicho tiene se departieron uno por una parte y otros por otra y el dicho Alonso de Salas se bino haçia en casa del dicho Marques de Camarasa y el dicho don Diego de Persia y los demas hecharon tras el y luego este testigo se bino tras ellos y vio como los dichos don Diego de Persia y los demas estaban frontero de las casas del dicho Marques, y el dicho don Diego de Persia traya su broquel u rodela y llamando este testigo a la puerta de las casas del dicho Marques questaba cerrada el dicho Alonso de Salas questaba por de dentro le abrio y le dixo que estaba herido y que sino entrara en casa del Marques le mataran y este testigo bio como el dicho Alonso de Salas estaua mal herido en la cabeça y este testigo hizo llamar un baruero y le curo y se fue; no saue este testigo donde está y despues el dicho Eugenio de Heredia dixo a este testigo que el uno de los de la pendenzia abia sido

Hernan Mendez de Olivenza pero este testigo no conocio mas de al dicho don Diego de Persia el qual le bio con el dicho broquel u rodela y su espada desnuda; no saue este testigo si los demas trayan broqueles y esta es la berdad.

Preguntado si bio u supo que en la dicha pendenzia saliese herido otro alguno dixo que no bio ni supo que ubiese otro herido y el dicho don Diego le pareçe traya en la cabeça una cosa blanca, y esta es la berdad para el juramento que hizo y firmolo de su nombre Pedro Gutierrez de la Zerva=Ante mí =Pastor de Arcaeta.

Testigo.—En la dicha billa el dicho dia mes y año se recibio juramento en forma de derecho de doña Maria de Heredia hija de Luys de Heredia escribano de Su Magestad que bibe en la calle de San Pedro, de hedad de veinte e cinco años poco mas o menos=y preguntado=dixo que lo que pasa es que anoche martes a ora de la una della poco mas o menos estando esta testigo y su madre aguardando á Eugenio de Heredia su hermano que no abia benido acostarse llego a la puerta de la dicha casa don Diego de Persia, a quien esta testigo conocio muy bien, y entro dentro porque la puerta estaua abierta y el dicho don Diego llamó á esta testigo y dijo quien es y el dicho don Diego dixo es don Diego de Persia ¿está Eugenio en casa y Alonso de Salas? y esta testigo dixo que no auia bisto al dicho su hermano desde que auia salido de casa, que si queria algo que esta testigo lo diria y si queria que su padre desta testigo se lebantase que mirase lo que mandaua, y el dicho don Diego de Persia dixo que dixese al dicho Alonso de Salas que ya traya la espada sana y que a Eugenio el le buscaria y con esto se fue y aunque esta testigo le dijo que se aguardase diziendo rey suba aca y se bajo tras el, no respondio y se fue y cerro la puerta y luego oyo esta testigo en la calle ruydo de cuchilladas y esta testigo tomo una bela y salio a la calle y bio al dicho don Diego en la calle, y otros tres hombres que a ninguno dellos conocio sino hera al dicho don Diego y a un criado suyo que es çecioso que no sabe como se llama mas de que le conoçio en el bestido de color que trae de hordinario y el dicho don Diego trae su broquel y bio como el dicho don Diego y los demas se fueron uyendo con sus espa-

das desnudas y luego encontro a la puerta de las casas del Marques de Camarasa al dicho Alonso de Salas, el qual estaua herido en la caueza, y preguntandole adonde estaba el dicho Eugenio, el dicho Alonso de Salas dixo que el dicho Eugenio no auia querido reñir porque el dicho don Diego hera su amigo y abia dicho que no auia querido mas reñir con el y que tambien el dicho Alonso de Salas se abia retirado no queriendo reñir con ellos por benir armados y que le auian herido por detras y preguntandole por quien auia sido la pendenzia y quien benia con el dicho don Diego, el dicho Alonso de Salas le conto lo que auia sido pero como estaban alborotados y herido no se acuerda esta testigo lo que dijo, mas de que se acuerda que porque no auian querido dezir unas coplas a unas mugeres que heran unas persianas y llamarlas de putas porque no aüian querido açerlo abia dicho çiertas palabras y obligandole a que riñeran con el y sobre esto auia sido la pendenzia y que abia benido a buscarlos con Hernan Mendez de Olibenza portugues y sus criados y el dicho Alonsso de Salas como dicho tiene estaua herido en la caueza y le curaron: no saue donde esta al presente y esta testigo andubo en busca del dicho Eugenio de Heredia y no a parecido mas y esta es la verdad para el juramento que hizo y firmolo de su nombre=doña Maria de Heredia=Ante mí=Pastor de Arcaeta.

E luego se recibio juramento en forma de derecho de Domingo Aparicio baruero que esta en la tienda de Juan Loçano ziruxano a la Puerta Zerrada de hedad de veinte y quatro años poco mas o menos.

Declaracion del cirujano sobre la herida de Alonso de Salas.— Y preguntado=dixo que anoche martes a ora de las dos llamaron unos criados del Marques de Camarasa para que fuesen a tomar la sangre a un herido y este testigo fue en casa del dicho Marques donde vio que un honbre estaua herido en medio de la cabeza de una cuchillada que parecia ser hecha con espada y dijo el dicho honbre que le auian herido unos honbres no dijo quien y este testigo le tomó la sangre y le curo y esta es la verdad para el juramento que hizo y firmolo de su nonbre=Domingo Aparizio=Ante mí=Pastor de Arcaeta.

Auto.—Prendanse Fernan Mendez de Olibenza e los cria-

dos de don Diego de Persia ponganlos en la carzel y a todos los culpados les enbargen bienes. El Señor Alcalde Silba de Torres lo probeyo en Madrid á veinte y uno de henero de mill y seiscientos y nueve años=Ante mí=Joan de Villafañe.

Confesion de Vgenio de Heredia casi contesta con los dichos de los testigos.—En la villa de Madrid a veinte y seis dias del mes de Marzo de mil e seiscientos e nueve años se recibio juramento en forma de derecho de un hombre preso e se le pregunto lo siguiente=preguntado como se llama que oficio y edad tiene el qual=dixo que se llama Vgenio de Heredia y es musico de camara de su magestad de edad de veinte y cinco años.

Preguntado como paso una quistion queste confesante en compañia de Alonso Jeronimo de Salas Barbadillo tubieron con don Diego de Persia en la calle de la Conçeçion Jeronima en veinte dias del mes de henero pasado deste presente año e sobre que fue el qual=dixo que lo que pasa es que la dicha noche que se le pregunta este confesante y el dicho don Diego de Persia como amigos que heran juntamente con Fernan Mendez de Olibenza y el dicho Alonso de Salas cenaron con el dicho don Diego en su casa con los beçinos que tiene, e despues de auer çenado se salio este confesante y el dicho don Diego e Salas e se fueron paseando por la calle de la Cruz y antes de salir de casa el dicho don Diego se auia armado puestose un coleto debaxo de la ropilla porque se auia enojado segun le auia dicho el dicho Alonso de Salas a este confesante y dicho el dicho don Diego que se lo auia de pagar este confesante sobre que le auia dicho una copla de repente este confesante en su lengua como remedandosela e yendo por la calle e llegando a la Plaçuela del Angel que seria como a las doce y media de la noche le dixeron al dicho don Diego que se bolbiese a casa e se fuese y este confesante y el dicho Salas se fueron acia su casa ques junto a San Pedro y se entraron en casa del duque de Osuna, e despues saliendo de la dicha casa para yrse acostar encontraron al dicho don Diego de Persia y a Fernan Mendez de Olibenza y a dos criados del dicho don Diego quel uno se llama Pedro y el otro Diego los quales eceto el dicho Diego todos

llebaban broqueles perras metemano e metieron mano a las espadas contra este confesante y el dicho Salas y los acuchillaron e hirieron al dicho Salas en la caueza e tambien salio herido el dicho don Diego no saue este confesante quien le hirio, e desta manera paso la quistion.

Preguntado si es berdad que siendo como este confesante es amigo e lo era del dicho don Diego de Persia sobre acuerdo y caso pensado en compañia del dicho Salas fueron a su casa a çenar como dicho tiene con el y luego le sacaron de casa, e por palabras que tuvieron antes para tener ocasion de reñir con el enpeçaron a decirle mal de unas mugeres que no conozia, el qual porque les dijo que no tratasen mal a mujer de palabra queste confesante era un picarillo estando junto a la Conçeçion Jeronima metieron mano a la espada contra el y le acuchillaron y dieron una herida en la cara y una estocada en el cuerpo e le dejaron e se fueron y el dicho don Diego bolbio a buscarlos herido como estaua e paso lo que dicho tiene el qual=dixo que lo niega porque no se podra aberiguar lo que se le pregunta por no auer pasado asi lo que se le pregunta sino de la manera que dicho tiene y el aber çenado con el este confesante y el dicho Salas fue porque el dicho don Diego se lo auia pedido y esto es la verdad so cargo de su juramento e lo firmo de su nombre=Vgenio de Heredia=Ante mí=Joan de Villafañe.

En la villa de Madrid a veinte y ocho dias del mes de Marzo de mil y seisçientos y nueve años se recibio juramento en forma de derecho de un hombre preso e se le pregunto lo siguiente.

Preguntado como se llama y que oficio y edad tiene, el qual dixo que se llama Fernan Mendez de Olibenza y es becino desta villa de hedad de veinte y cinco años poco mas o menos.

Preguntado como paso una quistion que este confesante en conpañia de don Diego de Persia y unos criados suyos tubieron con Vgenio de Heredia y Alonso de Salas en veinte dias del mes de henero pasado deste presente año de que salio herido el dicho Salas en la caueza el qual=dixo que niega aber tenido la quistion que se le pregunta porque cuando el

dicho don Diego tuvo la dicha quistion con los dichos Vgenio de Heredia e Salas este confesante estaua en su casa e bio benir herido al dicho don Diego como lo tiene declarado en esta causa, a cuya declaracion se remite y esto responde.

Preguntado si es berdad queste confesante en conpañia de los que se le an preguntado la dicha noche a ora de la una della sobre acuerdo y caso pensado fueron en casa de el dicho Vgenio de Heredia a buscarle para matarle y auiendole encontrado junto a San Pedro en conpañia del dicho Salas este confesante con un broquel que llebaba juntamente con los demas que le lleuaban los acuchillaron y yrieron al dicho Salas el qual=dixo que lo niega e se remite al dicho que dicho tiene en esta causa que es la berdad so cargo de su juramento e lo firmo de su nombre=Fernan Mendez de Olibenza=Ante mí=Joan de Villafañe.

En 21 *de Setiembre* 1069 *lo de las satiras.*—En la villa de Madrid a veinte y un dias del mes de Setiembre de mil y seisçientos y nueve años=el Señor Alcalde don Gonzalo Perez de Balenzuela tuvo noticia como Alonso Geronimo de Salas Barbadillo poeta a echo unas satiras la una contra unas mugeres casadas en que por ellas las ynfama y otra contra çiertos ministros y auiendo ydo su merced a su casa a buscarselas allo en un escritorio suyo la una dellas rubricada del presente escribano al qual prendio y enbio a la carzel y mando hazer la aberiguacion siguiente=Ante mí=Joan de Villafañe.

Testigo.—En la villa de Madrid a veinte y dos dias del mes de Setienbre de mil y seisçientos y nueve años el Señor Alcalde don Gonçalo Perez de Balençuela rezibio juramento en forma de derecho de Jayme Cotes mercader que posa en la calle de la Espada en casa de Francisco Gonçalez criado de Su Magestad que tiene casa de posadas, de hedad de treinta y tres años poco mas o menos e prometio decir berdad, e preguntado por el dicho Señor Alcalde al tenor de la caueza de proçeso dijo que lo que pasa es que abra como cinco ó seis dias poco mas o menos queste testigo yba en conpañia de don Francisco Terza y de don Pedro Çapatel y de don Grao de Guardiola y del capitan Pablos de Berdoy paseandose por la calle de la Casa de don Pedro de Toledo hazia las Bistillas

que miran al rio y junto a las Bistillas y a la Cruz questa alli encontraron á un hombre pequeño de cuerpo baruinegro que le nombraron los demas que con el yban Salas el qual se quedo con don Francisco Terza y con el capitan y Çapatel y este testigo ablando con el dicho don Grao y luego bio este testigo como el dicho Salas y los demas estaban riendo, y este testigo y el dicho don Grao se llegaron a ellos y dijeron que de que se reyan e les respondieron que de una cançion o satira que auia dicho el dicho Salas y le pidieron que la tornase a deçir el qual la dixo de caueza y decia muchas cosas contra mugeres en *des* menosprezio dellas y particularmente se acuerda decia de la Bicuña y la Ortiz los esposos acompañan y otras cosas de cuernos del rastro e palabras satiricas y como este testigo oyo los nombres de las dichas mugeres callo y disimulo y le parezio a este testigo que hera contra las susodichas y otras mugeres y sus maridos y le pidieron copia dello y dixo que no podia dalla y se fueron cada uno por su cauo y no saue otra cosa ques la verdad so cargo de su juramento y lo firmo de su nombre, Jayme Cotes=Ante mí=Joan de Villafañe.

Testigo.—Juro sobre lo susodicho en presenzia del dicho Señor Alcalde don Gonçalo don Grao de Guardiola hijo del Regente de Monserrate de Guardiola de edad de veinte años poco mas o menos e preguntado=dixo que lo que pasa es que abra como cinco o seis dias poco mas o menos que yendo este testigo con don Francisco Terza y don Pedro Çapatel y el capitan Pablo de Bordoy, y Jaime Cotes paseandose a las Bistillas de San Francisco encontraron Alonso de Salas y en conbersacion de memoria dixo unos bersos que trataban de cuernos y contra algunas mugeres que en ella se nonbraban que serian como diez u doze y entre ellas conoçe de nombre a Madalena de Sierra y a la muger de Pedro de Sierra y a doña Françisca de Bicuña y a doña Françisca Ortiz y a doña Isabel Camargo y a doña Antonia Trillo que contenia el dicho berso y las nombraua y deçia al fin los doçe pares del rastro y se rieron todos de auerlo oydo el qual dicho Salas=dixo que se yba a su casa y se despidio deste testigo y los demas y aunque le pidieron copia no la quiso dar y esto es la

verdad so cargo de su juramento y lo firmo de su nombre= don Grao de Guardiola=Ante mí=Joan de Villafañe.

Testigo.—Juro sobre lo susodicho en presenzia del dicho Señor Alcalde don Pedro *Zabater* hijo del regente Çapatel de hedad de veinte y çinco años poco mas o menos e preguntado por el dicho Señor Alcalde al tenor de la caueza de proceso dixo que lo que pasa es quel sabado que aora paso diez y nuebe deste presente mes este testigo salio de su casa en conpañia de don Francisco Terza cauallero del auito de Montesa y don Grao de Guardiola y Xayme Cotes y el capitan Pablo de Bordoy e se fueron paseando a las Bistillas de San Françisco y llegando junto a la casa de don Pedro de Toledo encontraron este testigo y los demas Alonso de Salas Barbadillo que a oydo decir que hace bersos y lo sabe porque a conpuesto un libro de la patrona de Madrid por nuestra Señora de Atocha y preguntandole de adonde benia dixo que de las Bistillas de tomar un poco de ayre y desenfadarse porque estaua muy *mal en colico* y preguntandole que si auia alguna cosa de nuebo dixo y refirio unos bersos de los quales solo se le acuerda a este testigo en general que era negoçio de mugeres y trataua dellas en razon de que no bibian bien y que entre las que nombro fueron, doña Francisca Ortiz y la Bicuña y preguntandole al dicho Salas si el auia hecho aquellos bersos dijo que de ninguna manera porquel no trataua de hacerlos de aquel suxeto por que no queria meterse en ruydo aunque en los tiempos corrientes auia arta ocasion para los maldicientes con la salida de los alguaziles y que aunque estubo este testigo algun rato con el por hallarse algo yndispuesto y con poco gusto no atendio con cuidado a la platica y asi no se le acuerda de otra cosa de los bersos y esto es la verdad so cargo de su juramento y lo firmo de su nombre=don Pedro de Sabater=Ante mí=Joan de Billafañe.

Juro sobre lo susodicho en presencia del dicho Señor Alcalde don Françisco Terça cauallero del auito de Montesa y auiendo puesto la mano en el auito e prometio de deçir berdad=dixo ser de edad de quarenta y quatro años poco mas o menos e preguntado por el dicho Señor Alcalde al tenor de la caueza del proceso=dixo que lo que pasa es quel sauado

que aora paso diez y nuebe deste, este testigo e don Pedro Çabatel e don Grao de Guardiola y otros amigos se salieron a pasear, açia las Bistillas de San Françisco y en el camino encontraron a Alonso de Salas Barbadillo que le a oydo nonbrar ques poeta al qual le preguntaron que que auia de nuebo y le pidieron que se bolbiese con ellos y fueron açia la Cruz de San Roque y alli ablando en diferentes cosas el dicho Alonso de Salas refirio de memoria unos versos en los quales referia y mentaba a hombres y mugeres casados motejandolos de que ellas no bibian bien y ellos lo consentian y de todas las personas que nombro no hiço memoria este testigo mas que de doña Francisca Ortiz y doña Maria de Bicuña y se riyeron este testigo y los demas de los dichos bersos y le pidieron traslado el qual dixo que no le tenia escrito y solamente lo auia encomendado a la memoria y con esto abiendose acabado la conbersacion se despidieron y se fueron a sus casas y no saue otra cosa ni se acuerda de lo demas que contenia el dicho soneto y esto es la verdad so cargo de su juramento y lo firmo de su nombre=don Françisco Terça= Ante mí=Joan de Billafañe.

Confesion de Alonso de Salas.—En la villa de Madrid á veynte y tres dias del mes de Setienbre de mill y seysçientos y nuebe años el Señor Alcalde don Gonçalo Perez de Balençuela reszibio juramento en forma de derecho de un honbre preso y se le pregunto lo siguiente.

Preguntado como se llama que oficio y hedad tiene el qual =dixo que se llama Alonso Geronimo de Salas Baruadillo y ques hijo de Diego de Salas Baruadillo difunto y de doña Maria de Porras su madre en cuya conpañia esta y del liçençiado Diego de Salas su hermano y que acude a negocios de la Nueba España y en esto se entretiene y es de hedad de beynte y siete años poco mas o menos.

Preguntado si este confesante a estado preso en la carçel real desta corte y porque y si a sido mandado prender diga la causa y la ocasion porque=dixo que no a estado preso en esta carçel y que saue que se a procedido contra el por deçir que hera culpado en las heridas que se dieron a don Diego de Persia y aunque a estado en esta corte y en su casa no le

an prendido y que la berdad es que este confesante y el dicho don Diego de Persia riñeron la noche de señor San Sebastian pasado deste año y salieron heridos el dicho don Diego en el rostro y este confesante en la caueza, pero que ya estan sanos y son amigos y que la pendencia fué sobre palabras que entre los dos tubieron y esto responde.

Preguntado si este confesante açe bersos y quanto tiempo a que los haçe y si unos quadernos de diferentes poesias que estauan en su casa y en un escritorio de su hermano y deste confesante son suyos y hechos por el, dixo que confiesa que haçe bersos desde que tiene uso de raçon y que en el dicho escritorio que diçe la pregunta tiene este confesante algunos quadernos y papeles de obras suyas unas començadas y otras acabadas y este confesante hizo un libro de nuestra Señora de Atocha que se yntitula la Patrona de Madrid.

Preguntado si es berdad que entre los dichos quadernos y papeles tenia este confesante unos bersos o satira contra Pedro Berxel, Pero de Sierra y Geronimo Ortiz alguaciles desta corte en que ablaba de los susodichos y sus mugeres mal diga y declare quando le hizo=dixo que este confesante tenia entre los demas papeles el que se le a preguntado en el qual decia de los dichos alguaciles la causa de su salida de esta corte que auia sido por ser pacientes y que los auia hecho para si y no los auia publicado a nadie y luego yncontinente el dicho señor alcalde mando a mi el presente scribano le mostrase al dicho Alonso de Salas los bersos que le fueron hallados seys estançias de cançion y la que llaman contera questa en un papel de quartilla de dos ojas escritas por todas partes y rubricado de mi el presente scribano para que los bea y reconozca, el qual auiendolos bisto reconozio ser la canzion que hiço a los dichos alguaciles y que estaua entre sus papeles y que la letra es del licençiado Diego de Salas su hermano el qual la escribio yendole este confesante ditando y esto responde y que abia beynte y quatro dias que le hizo y que le ha referido de memoria algunas presonas como son a don Françisco Gasol protonotario de Aragon y a don Martin Balerio hijo de Leon de Billalonga en presençia de criados de uno y otro y de otras personas que no se acuerda y que sospe-

cha sacaron algun traslado dellas aunque este confesante reuso de dallo, pero que pudieron cogerlo al buelo y lo tiene por çierto porque andan algunos traslados en poder de algunas personas como es Joan de Ena criado del dicho don Martin y otros que por ahora no se acuerda quien son y esto responde.

Preguntado si es berdad quel sauado que aora paso que se contaron diez y nuebe deste presente mes y año ya tarde yendo este confesante de las Bistillas de San Françisco acia el Humilladero junto a las casas de don Pedro de Toledo se encontro con don Grao de Guardiola don Françisco Terça Xayme de Cotes y otros conozidos y amigos deste confesante y a ruego de los susodichos se bolbio con ellos á las dichas Bistillas=dixo que lo confiesa como se le pregunta.

Preguntado si es berdad que yendo en buena conbersacion con los susodichos se ofrecio de ablar de diferentes cosas y luego binieron á tratar de bersos y este confesante refirio de memoria unos que hauia hecho en que ablaba de la onestidad y trato de doña Françisca de Bicuña y doña Ysabel Camargo y doña Maria Ortiz y doña Antonia Trillo y otras mujeres casadas y de la onestidad de sus maridos=dixo que lo confiesa y que los bersos que dijo en la dicha ocasion son los que a referido al dicho señor alcalde y estan escritos de mano y letra de su merçed y firmados y adiçionados de manos deste confesante y señalados con su rubrica y de la del señor alcalde y que no refirio en la dicha conbersaçion mas bersos mas de los que al presente tiene referidos pero que confiesa aber dicho en la dicha conbersaçion que hauia de haçer la segunda parte de los dichos bersos en que auia de poner a las mugeres contenidas en la dicha pregunta y a sus maridos por ser sujetos capazes ellas y otros para hacer bersos dellos en la dicha materia como los primeros que auia hecho y que los que lo oyeron se deuieron de hengañar entendiendo que los auia dicho los bersos primeros y esto confiesa y lo demas niega.

Preguntado que traslados andan destos segundos bersos y a quien los a referido en otras ocasiones y dicholes lo mesmo que tiene confesado en la pregunta antes desta que no saue si andan traslados destos segundos bersos como de los primeros porque este confesante no los a dado ni los a bisto.

Preguntado que motibo tubo este confesante para haçer los dichos bersos y para hablar mal de las personas contenidas en ellos y de las que refirio en la dicha conbersaçion siendo lo uno y lo otro en tanto daño y perjuiçio de las dichas personas que enemistad tiene con ellas o que otra razon le mobio a ello=dijo que solo le mobio la curiosidad de poeta y niega tener enemistad con ninguna persona de las susodichas.

Preguntado diga y declare que otras ynstançias o satiras a hecho contra otras personas y en que ocasiones las a referido, dixo que al presente no se acuerda ni saue que aya echo otras que recorrera su memoria y que esto es la verdad so cargo de su juramento y lo firmo de su nonbre=y el dicho señor Alcalde lo rubrico=Alonso Geronimo de Salas Barbadillo= Ante mí=Juan de Billafañe.

En Madrid a tres de Otubre de mill y seisçientos y nuebe años estando en la audienzia de la carcel Real desta corte los Señores alcaldes Silba de Torres Gregorio Lopez Madera Francisco Marquez y don Fernando Ramirez abiendo bisto este negozio dejaron escrito en el libro de acuerdo lo siguiente.

Acuerdo.—Lo que pide Alonso de Salas Baruadillo preso por mandado de la sala sobre soltura tiene otra causa de herida a don Diego de Persia; saquenle de sus bienes zinquenta ducados pobres y gastos y a el le saquen desta corte desterrado por quatro años y no lo quebrante pena de cunplirlos doblados=Enriquez.

Notificacion.—Este dia se notifico al susodicho Diego en su persona=Enriquez.

Auto.—En Madrid a diez y siete de Otubre de mill y seysçientos y nuebe años sauado por la tarde estando en la audienzia de la carçel Real desta Corte los Señores liçençiados don Fernando de Alarcon y Martin Fernandez Portocarrero del Consejo de Su Magestad y Françisco Marquez don Gonzalo Perez y don Fernando Ramirez Alcaldes de su casa y corte abiendo bisto este negoçio dejaron escrito en el libro de acuerdo lo siguiente:

Acuerdo.—Alonso de Salas Baruadillo por denunçiaçion lo probeydo en quanto al destierro con que sea solo por dos años y la demas condenaçion se reboca=Enriquez.

Notificacion.—Luego se notifico al susodicho en su persona=Enriquez.

Fecho y sacado correjido y concertado fue este traslado bien y fielmente sacado y concuerda con el orijinal donde se saco y ba çierto y berdadero en la villa de Madrid a veynte y nuebe dias del mes de Marzo de mill y seysçientos y diez años siendo presentes por testigos a lo ber sacar correjir y concertar Juan de Cobarrubias y Damian Brauo estantes en esta Corte—ba testado | ron | de Heredia | el qual | y rostro | enmendado | c | d | e | Eugenio | che y entre renglones | dellas | bio | bala=Joan Enriquez=Signado y rubricado.

Decreto en la carpeta.—Al lic.do Pedro Vaez=Rubrica para con los del Viernes Santo deste año de 1610.

Copia de memorial original adjunto con el testimonio anterior.—Señor: Alonso Geronimo de Salas Barbadillo dice que como consta deste testimonio fue condenado por los Alcaldes de vuestra Casa y Corte en dos años de destierro della por la pendencia entre el y don Diego de Persia y otros y por cierta satyra, y a muchos meses que esta cumpliendo y no ay parte.

Atento a lo qual y a este santo tiempo y la poca culpa que tiene Supplica a V. M. le haga merçed de perdonarle y alzarle la pena.

Copia de testimonio original adjunto con el anterior.—Testimonio de como cumple desde 21 de Otubre de 609. en Alcala.—En la Villa de Alcala de Henares en veinte y un dias del mes de Otubre de mill y seiscientos y nueve años ante mi Juan de Quintarnaya Valverde escriuano del rey nuestro Señor publico e vezino desta dicha villa paresçio presente Alonso Geronimo de Salas Barbadillo que ansi se dijo llamar y ser vecino de la Villa de Madrid e dijo que por quanto en cumplimiento de una sentençia contra el dada y pronunciada por los Señores Alcaldes de la Casa e Corte de Su magestad a venido a esta villa a cunplir dos años de destierro de la dicha corte en que fue condenado por las causas e raçones contenidas en el proçeso de la causa ante Juan Enriquez scriuano del crimen de la dicha corte y porque conste dello lo pidio por testimonio de cuyo pedimiento doy fee que bi en esta Villa oy dicho dia al

dicho Alonso Geronimo de Salas Barbadillo persona de mediano querpo barbinegro lanpiño moreno de rostro de hedad de hasta veinte y ocho años poco mas o menos segun parescia por su aspecto=y para mayor abundançia de ser el contenido el licenciado don Françisco Luis de Amaya y Juan de Hena residentes en esta Villa juraron en forma debida de derecho e por una cruz quellos conocen al dicho Alonso Geronimo de Salas Barbadillo y que es el mesmo que pidio este testimonio y todos tres lo firmaron de que fueron testigos Pedro de Heras y Alonso Zela vecinos desta Villa—Va testado que no bale= y entre renglones Alcaldes bale.—Alonso Geronimo de Salas Barbadillo=(*Rúbrica.*)—Licenciado don Fran.co Luys de Amaya=(*Rúbrica.*)

Copia de cédula perdonando á Alonso Gerónimo de Salas Baruadillo, fecha en Lerma á 8 de Mayo de 1610.—*Viernes Santo.*—El Rey: Por quanto por parte de vos Alonso Geronimo de Salas Baruadillo vecino de la villa de Madrid nos ha sido hecha Relaçion que porque se os opuso hauer hecho y compuesto en verso çiertas satiras contra algunas mugeres casadas y sus maridos y otras personas, los Alcaldes de nuestra casa y corte procedieron contra vos y fuistes preso, y que estandolo se os acomulo que una noche del mes de henero del año pasado de seisçientos y nueue tuuistes en compañia de otros una pendençia con don Diego de Persia en la qual le distes dos heridas de que sano; por todo lo qual fuistes condenado en dos años de destierro de nuestra corte y que en virtud de la dicha sentençia salistes á cumplir y cumplis el dicho destierro desde veinte y uno de Octubre del dicho año como lo podiamos mandar ver por çiertas ynformaciones sentencia y testimonio que signado todo de escriuano en el nuestro Consejo de la Camara fue presentado supplicandonos que tiniendo consideraçion a lo que sobre este negoçio haueis padeçido, y aquel dicho don Diego no querello de vos ni os ha pedido cosa alguna, fuesemos seruido de alçaros y remitiros lo que os falta por cumplir del dicho destierro, o como la nuestra merced fuese y por que tal dia de Viernes Santo de la Cruz que fue el en que por vuestra parte se nos supplico por esta remision, Nuestro Señor Jesuxpo reciuio

muerte y pasion por saluar al vmanal linaxe y perdono su muerte a los que le cruçificaron. Por ende por seruiçio suyo y porque a el plegue por su sancta pasion alargar nuestros dias y ensalçar nuestro estado y corona real y perdonar las animas de nuestros predeçesores y la nuestra quando de este mundo partiere, siendo asi como en vuestra relaçion se contiene y no hauiendo parte querellosa contra vos por la dicha causa, por la presente vsando con vos de clemençia y piedad os alçamos y remitimos lo que de los dichos años de destierro os falta por cumplir y os damos por libres del y licencia para que desde el dia de la fecha desta nuestra cedula en adelante podais entrar estar y andar en la dicha nuestra corte sin que por ello yncurrais en pena alguna de las contenidas en la dicha sentencia, no embargante aquella y mandamos a los del nuestro Consejo Presidentes y Oydores de las nuestras Audiençias y chançillerias y a otros cualesquier nuestros Jueçes y Justiçias destos nuestros reynos y Señorios que guarden y cumplan y hagan guardar y cumplir esta nuestra cedula y lo en ella contenido, fecha en Lerma a 8 de Mayo 1610. firmada de Su Magestad y refrendada y sellada de los dichos. =*(Rúbrica.)*

Juan de Ena=*(Rúbrica.)*—E yo Joan de Quintarnaya Balberde escriuano de Su Magestad en fee dello lo signe y firme va testado (dicho) pase.—En testimonio de berdad Joan de Quintarnaya escriuano.=*(Signo y rúbrica.)*

Decretos marginales.—A 2 de Abril 1610.—*Fiat* con la clausula del Viernes Santo y apercibiendole.=*(Rúbrica.)*—Viernes Santo apercibiendole.

Valimiento é influencias que á fuer de poeta no debieron faltar á Salas en la Corte, aminoraron el castigo y consiguieron el perdón de Viernes Santo, empezando á poco la publicación de sus novelas, cuyas dedicatorias á los magnates y personajes principales de la época, muestran que era hombre, como hoy diríamos, de buenas relaciones.

No interrumpió su asidua y fecunda labor hasta poco antes de morir, como lo prueban la larga serie de libros que publicó, y cuyos títulos, mal citados á veces, han hecho suponer que no había llegado hasta nosotros alguna de sus producciones. No es así, sin embargo, y de largas indagaciones en bibliotecas públicas y particulares, resulta, aparte de muchas composiciones poéticas esparcidas en justas, certámenes, antologías y sonetos encomiásticos, la siguiente lista bibliográfica:

1.

Patrona | de Madrid res- | tituyda. | Poema heroyco | de Alonso Geronymo de Salas | Barbadillo. | Dirigido á la Exce | lentissima señora doña Mariana de | Padilla, Duquesa | de Cea. | Año 1609. | En Madrid. | Con Privilegio. Por Alonso | Martin. | Vendese en casa del Autor, á la Moreria Vieja.

2.ª hoja r. (sin foliación): Tassa (con fecha en Madrid á 1.º de Abril de 1609).

2.ª hoja v.: Fe de erratas. Aprobación, firmada por Vicente Espinel.

3.ª hoja r.: Aprobación, firmada por F. Cristóbal de Fonseca.

3.ª hoja v.: Licencia para la impresión, en Madrid á 8 de Febrero de 1609.

5.ª hoja v.: Dedicatoria del autor á la Duquesa de Cea.

6.ª hoja r. á 9.ª v.: Elogio á Salas Barbadillo, por D. Francisco de Lugo y Dávila.

En 8.º

Consta de 12 libros y acaba en el fol. 132 v. con este verso: «Dādo culto á la imagē cūplió el voto.»

Ultima hoja, sin numeración: «Por esta obra | van esparcidos, alterado el or | den, dosientos y cincuenta y | ocho versos, que todos juntos | hazen un tratado poetico de la Esphera por si algun

curio | so los quisiere unir, llevan | a la margen sus nu | meros. En Madrid. | En casa de Alonso | Martin, Año | 1609.»

II.

Patrona de Madrid Restituida. Poema Heroyco á la Antiquissima y milagrosa imagen de Nuestra Señora de Atocha, de Alonso Geronymo de Salas Barbadillo, natural desta Corte. Segunda impresion, añadida, dedicada al Angel del Apocalypsi, San Vicente Ferrer. Con licencia en Madrid, por Antonio Marin, año 1750.

En 8.°, de 12 hojas preliminares y anteportada grabada por Donato Hernández con la imagen de Nuestra Señora de Atocha y las de San Dámaso, San Melquiades, San Isidro y Santa María de la Cabeza, todos naturales de Madrid, y 314 páginas.

2.

La Hyia | de Celes- | tina. | Por Alonso Geronimo de Salas Bar- | badillo, impressa por la diligencia y | cuydado del alferez Francisco | de Segura, entretenido | cerca de la persona del | Señor Virrey de | Aragon. | A Don Francisco Gassol, Cava | llero del Orden de Santiago | del Consejo de su Magestad, y | su Protonotario en los Reynos | de la Corona de Aragon. | Con licencia. | En çaragoza, Por la Biuda de | Lucas Sanchez. Año de 1612. | A costa de Iuan de Bonilla. | mercader de libros.

En 12.° prolongado, de 4 hojas preliminares y 91 páginas dobles. Esta pasa por ser la primera edición anterior á

II.

La Hija de Pierres y Celestina, impresa en Lérida, por Luys Manescal, año 1612.

En 16.°
No he conseguido ver nunca esta rarísima edición, citada siem-

pre de referencia. Dudo que siendo, como asegura Barrera, reimpresión de la anterior, la variasen el título; antes me inclino á creer que lo tomarían en la cita del epígrafe del primer capítulo en algún ejemplar falto de portada.

III.

La Hyia | de Celestina, | Por Alonso Geronimo | de Salas Barbadillo: | Impressa por la diligencia y cuydado | del Alferez Francisco de | Segura. | Entretenido cerca de la persona del Señor | Virrey de Aragon. | Al molto Illustre Sig. | Filippo Trotti. (E. del i.) En Milan Por Juan Babt. Bidelo. 1616. | Con licencia de Superiores.

En 12.° prolongado, de 4 hojas preliminares, 102 páginas y una hoja con un soneto, y al reverso las señas del impresor.

3.

La Ingeniosa | Elena. | Por Alonso Geronimo de Sa | las Barbadillo, vezino y natu | ral de la villa de | Madrid. | Agora de nuevo ilustrada y | corregida por su mismo | Autor. | A Don Francisco Gasol, Ca | vallero del Orden de Santiago, | del Consejo de su Magestad, y | su Protonotario en los Reynos | de la Corona de Ara | gon ect. | Con Privilegio | de Castilla, y Aragon. | En Madrid. | Por Iuan de Herrera. | Año 1614. | Vendese en casa de Antonio Ro | driguez, calle de Santiago.

En 12.° prolongado, de 12 hojas de preliminares, 154 páginas dobles, una hoja con los sonetos de Rey de Artieda y del alférez Segura y otra hoja con las señas del impresor.

Esta novela es la misma *Hija de Celestina*, corregida y aumentada con multitud de versos y una nueva novela intercalada, «El Pretendiente discreto.»

II.

La Ingeniosa Elena, Hija de Celestina. Por Alonso Geronimo de Salas Barbadillo, vecino y natural de la villa de Madrid.

Aora de nuevo ilustrada y corregida en esta segunda impresion por su Autor. Tercera impresion. Año de 1737. En Madrid á costa de D. Pedro Joseph Alonso y Padilla, Librero de Cámara de S. M.

En 8.°, de 8 hojas preliminares y 319 páginas.
Tercera impresión reza la portada, pero en realidad es la quinta

4.

El Cavallero | Pvntual. | Por Alonso Geronymo de Salas | Barbadillo, vezino y natural | de la villa de Madrid. | Al Excelentissi- | mo señor Don Luys Fernandez de | Cordoua, y Aragon, Du- | que de Sessa, Conde de Cabra, y | Marqués de Poza, etc. (adorno) año 1614. | Con Privilegio de Castilla, | y Aragon. | En Madrid. | Por Miguel Serrano de Vargas.

En 12.° prolongado, de 12 hojas de preliminares y 158 páginas dobles, numeradas por equivocación 138 en el texto. En hoja perdida las señas del impresor.

II.

El | Cavallero | Pvntual. | Por Alonso Geronymo de Salas | Barbadillo, vezino, y | natural de la villa de | Madrid. | Al Excelentis | simo ſeñor don Luis Fernandez | de Cordoua, Cardona, y Aragõ, | Duque de Seſſa, Conde de Ca- | bra, y Marques de Po- | ça, ect. | Año 1616. (E. del i.) Con Privilegio de Castilla, | y Aragon. | En Madrid, por Iuã de la Cuesta. | A costa de Miguel Martinez. | Vendese á las gradas de S. Felipe.

Al fin, en hoja perdida: «En Madrid Por Iuan de la Cuesta, año 1615.»
En 12.°, de 12 hojas de preliminares y 154 páginas dobles.

5.

Segunda Parte | del Cavalle- | ro Puntual, y la Co- | media de los prodigios | de Amor. | Al Excellentissimo | senor Duque de Cea. | Autor. | Alonso Geronimo de Sa- | las Barbadillo. | En Madrid. | Por Francisco Abarca de Angulo. | Con Privilegio. | Año de 1619. | A costa de Andrés de Carrasquilla. | Mercader de libros. | Vendese en la calle mayor, junto á la | casa del señor Iuan de Frias.

En 8.º, de 8 hojas de preliminares y 198 páginas dobles.

6.

Correccion | de vicios | en que Boca de todas ver- | dades toma las armas contra la malicia de | los vicios, y descubre los caminos que | guian á la virtud. | Por Alonso Geronimo de Salas Barbadillo, | vezino y natural desta villa de | Madrid. | A Doña Ana de Zuazo, de la Camara de la | Reyna nuestra Señora. (E. del i.) Con Privilegio de Castilla y Aragon. | En Madrid. | Por Juan de la Cuesta. Año de 1615. | A costa de Miguel Martinez. | Vendese en la calle mayor á las gradas de S. Felipe.

En 8.º, de IV hojas preliminares y 195 páginas dobles.

Contiene esta obra las novelas siguientes: 1.ª *El mal fin de Juan de Buenalma* (en verso). 2.ª *La dama del perro muerto* (en prosa). 3.ª *El escarmiento del viejo verde* (en prosa). 4.ª *Las narices del Buscavidas* (en verso). 5.ª *La mejor cura del matasanos* (en verso). 6.ª *Antes morir que decir verdad* (en prosa). 7.ª *Las galeras del Vendehumo* (en prosa). 8.ª *La niña de los embustes* (en prosa).

7.

Rimas Castellanas. | A D. Iuan Andrés | Hurtado de Mendoza | Marqués de Cañete, Señor de | las Villas de Argete y

su partido, | Montero mayor | del Rey nro. Sennor, | Guarda mayor de | la ciudad de Cuen | ca, ett.ª | Por Alonso Geronimo de Salas Barbadillo. | En Madrid, en casa de la viuda de Alonso Martin. | 1618.

Portada grabada, y en ella el e. de a. del Mecenas: 8 hojas de preliminares y 136 páginas dobles.

Antójaseme que éste y no otro es el libro cuya licencia de impresión corre impresa en obras de Barbadillo con el título de *Cancionero universal*, que luego al tiempo de imprimirlo cambió por el actual, tal vez para diferenciarlo más de los muchos que por entonces corrían con el genérico nombre de cancioneros.

Hay dos tiradas de esta única edición de las *Rimas:* los ejemplares de la primera tirada se diferencian en el soneto del fol. 1.º vuelto, que comienza: *Mis esperanzas son profetas fieles*, que en los de la segunda tirada dicen: *Esta fé que jamás será violada;* además, en aquéllos el soneto del fol. 9, que lleva por epígrafe *A la envidia*, y que comienza: *Embidia que en naciendo espada fuiste*, principia en los de la segunda: *Imbidia que en naciendo espada fuiste.*

8.

El Sagáz | Estacio | Marido | examinado. | A D. Agustin Fiesco Cava- | llero nobilissimo de la Repu- | blica de Genova. | Autor Alonso Geronimo | de Salas Barbadillo. (E. del i.) Año 1620. | Con Privilegio. | En Madrid, Por Iuan de la Cuesta. | Vendese en la calle mayor junto á la | casa del Señor Iuan de Frias Oydor | del Real Consejo.

En 12.º prolongado, de 12 hojas preliminares, 155 páginas dobles y una hoja para el colofón.

Comedia en prosa dividida en tres actos.

II.

El Sagaz | Estacio | Marido examinado. | A D. Agustin Fiesco Cavallero | nobilissimo de la Republica | de Genova. | Autor Alonso Geronimo | de Salas Barbadillo. (Emblema.)

Con Privilegio. | En Madrid, Por Luis Sanchez. | Año M.D.C.XXI. | A costa de Andrés de Carrasqui | lla mercader de libros, Vendese | en la calle mayor, y Palacio.

En 12.° prolongado, de 12 hojas preliminares, 155 páginas dobles y una hoja de colofón.

Aun cuando el contener idéntica paginación pudiera inducir á creer que fuese la misma edición anterior con la portada variada, cotejadas ambas, resulta la tirada diferente.

9.

El | Cavallero | Perfecto. | En cuyos hechos, y di- | chos se propone á los ojos un exemplo | moral y politico, digna imitacion de los | Nobles, y necessaria para la perfec- | cion de sus costum- | bres. | A estos Reynos | juntos en Cortes. | Por Alonso Geronimo | de Salas Barbadillo. (E. del i.) Año 1620 | Con Privilegio | En Madrid, Por Juan de la Cuesta.

En 8.°, de 4 hojas preliminares y 156 páginas dobles.

Aun cuando en el libro se dice «Parte Primera,» no se publicó la segunda.

10.

El Subtil | Cordoves Pedro | de Urdemalas. | A Don Fernando Pimen- | tel, y Requesenes. | Autor Alonso Geronimo | de Salas Barbadillo. | Con un tratado del | Cavallero Perfecto. (E. del i.) Año 1620 | Con Privilegio | En Madrid. Por Juan de la Cuesta.

En 8.°, 4 hojas de preliminares, 267 hojas foliadas (con equivocada foliación, repitiendo el fol. 100 en vez del 200, y siguiendo trastrocada la numeración, que termina con el fol. 167), y en hoja suelta repite las señas del impresor.

No va el tratado del «Cavallero Perfecto» que reza la portada; pero en el fol. 209 comienza «*El Gallardo Escarraman*, comedia famosa,» en verso, y en el 266 la «Silva Albanio á Laura.»

11.

Casa | del Plazer | honesto. | Al Excelentissimo | señor don Pedro Tellez Giron, Duque | de Osuna, Marqués de Peñafiel, | Conde de Ureña, ect. | Autor Alonso Geronimo | de Salas Barbadillo. | Año 1602. | Con Privilegio | En Madrid, en casa de la viuda de | Cosme Delgado. | A costa de Andrés de Carrasquilla. | Vendese en la calle mayor, y en Palacio.

En 8.°, de 8 hojas de preliminares y 180 páginas dobles.

Aun cuando el año de impresión va equivocado, diciendo 1602 por 1620, yo he visto ejemplares con la fecha última, lo que me induce á creer que se tirarían portadas aparte, echado de ver error de tanto bulto, apenas vendidos los primeros libros.

II.

Casa | del Plazer | Honesto. | Al Excelentissimo se- | ñor don Pedro Tellez Giron, Duque de | Osuna, Marqués de Peñafiel, Conde | de Ureña, ect. | Autor Alonso Gerony | mo de Salas Barbadillo. | Año 1624. | Con licencia | En Barcelona, por Sebastian de | Cormellas, y á su costa.

En 8.°, de 8 hojas de preliminares y 180 páginas dobles.

Además de silvas, romances y otras composiciones métricas, contiene este libro: *Los Cómicos amantes* (novela en prosa). *El coche mendigón, envergonzante y endemoniado* (novela en prosa). *El Busca oficios* (comedia en prosa). *El curioso maldiciente, castigado y no enmendado* (novela en prosa). *El caprichoso en su gusto* (en verso). *El gallardo montañés y filósofo cristiano* (novela en prosa). *Los mirones de la Corte* (diálogo en prosa). *El Pescador venturoso* (novela en prosa). *Tribunal de los majaderos* (diálogo en verso). *El Majadero obstinado* (novela en prosa).

Los Cómicos amantes, El Pescador venturoso y *El gallardo montañes* se reimprimieron en la «Colección de novelas escogidas compuestas por los mejores ingenios españoles,» publicada en Madrid de 1788 á 1791 en 8 volúmenes en 8.° (Volúmenes 4.° y 5.°)

12.

La escuela de Celestina y el hidalgo presumido. Por Alonso Geronymo de Salas Barbadillo. Madrid, por Andrés de Porras. Año 1620.

En 4.°, comedia en verso.

Es la primera de una serie que en este tamaño se proponía imprimir el autor.

No la he visto nunca, por carecer de ejemplar nuestras Bibliotecas públicas y estar ausente mucho tiempo há el Sr. Gayangos, que posee uno.

13.

Los triunfos de la Beata Soror Iuana de la Cruz. En verso heroyco. Autor Alonso Geronimo de Salas Barbadillo. Madrid, Viuda de Cosme Delgado. Año 1621.

En 8.°, de 8 hojas preliminares y 80 folios.

En el fol. 77 comienza: *la Silva á la Religion del Seráfico Patriarca San Francisco.*

14.

El Necio | Bien Afortunado. | A Don Francisco | y don Andrés Fiesco, Caualleros | de la Nobilissima Republica | de Genova. | Autor Alonso | Geronimo de Salas Barbadillo, | vezino y natural desta villa | de Madrid. | Emblema «Virga fui Tempore.» | Con Privilegio. | En Madrid, por la viuda de Cos- | me Delgado. Año 1621. | A costa de Andrés de Carrasquilla | Mercader de libros.

En 12.° prolongado, de 12 hojas de preliminares, 153 páginas dobles y en hoja perdida las señas del impresor.

Esta novela fué traducida al inglés por Philip Ayres con el título de *The Fortunate Fool* y publicada el año 1670, en 16.°

15.

La | Sabia Flora | malsabidilla. | A Don Iuan Andrés | Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Señor | de las villas de Arjete y su partido. | Montero ma- | yor del Rey nuestro señor, | Guarda mayor | de la Ciudad de Cuenca. | Autor Alonso Gero- | nimo de Salas Barbadillo. | Emblema «Virga fui Tempore.» Año 1621. | Con Privilegio | En Madrid, Por Luis Sanchez. | A costa de Andrés de Carrasquilla, merca- | der de libros.

En 8.°, de 8 hojas de preliminares y 165 páginas dobles y 2 hojas más con la «Silva Albanio á Laura.»

16.

El | Cortesano | Descortes. | A Pablo y Iorge | Espinola, Cavalleros de la Se- | renissima Republica de | Genova. | Autor Alonso | Geronimo de Salas Barbadillo | vezino y natural de la villa | de Madrid. (Emblema.) Con Privilegio. | En Madrid, Por la viuda de Cos- | me Delgado. Año 1621. | A costa de Andrés de Carrasquilla.

En 12.° prolongado, de 12 hojas preliminares y 143 páginas dobles.

Comedia en prosa dividida en tres actos. Contiene al fin la «Silva Albanio á Laura.»

17.

Fiestas de la Boda | de la incasable mal casada. | A Don Agustin Fiesco. | Cavallero de la Republica de Genova. | Autor Alonso Geronimo de Salas Barbadillo. (E. de a. del Mecenas.) Con Privilegio. | En Madrid, Por la viuda de Cosme Delgado, 1622 | A costa de Andrés de Carrasquilla. Vendense en | Palacio, y en su casa.

En 8.°, de 8 hojas preliminares y 167 páginas dobles.

Contiene este libro: 1.° *El Descasamentero* (comedia doméstica en prosa). 2.° *El Comissario contra los malos gustos* (en verso). 3.° *El Remendón de la Naturaleza* (en prosa). 4.° *El Cocinero del amor* (en verso). 5.° *Las aventureras de la corte* (en prosa). 6.° *El malcontentadizo* (en verso). 7.° *La mayor accion del hombre* (en prosa).

18.

Don Diego | de Noche. | A la Señora Doña Policena | Espinola. Dama de la Reyna nuestra señora. | Autor Alonso Geronimo | de Salas Barbadillo, vezino y natural | desta villa de Madrid. | Emblema «Virga fui Tempore.» | Con Privilegio. | En Madrid. Por la viuda de Cosme | Delgado, Año M.DC.XXIII. | A costa de Andrés de Carrasquilla | mercader de libros. | Vendense en Palacio y en su casa en la calle mayor.

En 8.°, de 8 hojas preliminares y 215 páginas dobles.

II.

Don Diego | de Noche. | A la Señora Doña Policena | Espinola Dama de la Reyna nuestra señora. | Autor Alonso Gero- | nymo de Salas Barbadillo, vezino y | natural desta villa de | Madrid. (Emblema.) Con Licencia. | En Barcelona por Estevan Liberós, en la Calle | de Santo Domingo. Año 1624. | A costa de Miguel Menescal Mercader de libros.

En 8.°, de 8 hojas preliminares y 172 páginas dobles, con 3 más para la «Sylva al Excmo. Marques Espinola,» señaladas por equivocación con los folios 200, 201 y 202.

Atribuyéndosela á D. Francisco de Quevedo, fué esta novela traducida al francés con el título de «Le coureur de nuit, ou les neufe avantures du Chevalier Dom Diego.» París, 1731, y aun creo recordar otra traducción francesa anterior á ésta que cito.

19.

La Estafeta | del Dios Momo. | Al Reverendissimo P. | Maestro Fr. Hortensio Felix Paravicino, | Predicador de su Magestad, Comissario | general dos vezes en Andaluzia y dos | Prouincial en Castilla, de la sagrada | Religion de la santissima Tri- | nidad, Redencion de | Cautivos. | Autor Alonso Geronimo de Salas | Barbadillo, criado de su Magestad. | Emblema «Virga fui Tempore.» Año 1627. | Con Privilegio | En Madrid, Por la viuda de Luis Sanchez. | A costa de Iuan de Carrasquilla, vendese en la | Torre de Santa Cruz.

En 8.°, de 16 hojas de preliminares y 172 páginas dobles.

Comienza esta obra con 21 epístolas acerca de diversos asuntos. Síguese una novela jocosa, *El ladron convertido á ventero*, continuando las epístolas, que son en junto 64, y termina con un soneto al autor, «habiendo ensordecido, de Martin de Figueredo, Noble Lusitano;» cuatro sonetos más de diferentes autores, y una breve lista de las obras publicadas hasta la fecha por Barbadillo.

20.

El Curioso y Sabio | Alexandro, Fiscal, y Iuez de | vidas agenas. | Escriviole Alonso | Geronimo de Salas Barvadillo, | criado de la Reyna | N. S. | Y agora le ofre- | ce á Gabriel Lopez de Peña- | losa, del Consejo de su Mages- | tad, y su Secretario de Estado | de la Augustissima Casa de | Borgoña. | En Madrid en la Imprenta del | Reyno, año de 1634. | A costa de Antonio de Castilla, | mercader de libros.

En 16.°, de 16 hojas preliminares y 126 folios, aunque el último diga 125, por estar repetido. Al final contiene una *Sylva* titulada «Lagrimas justas y piadosas..... á las cenizas del R. P. M. fray Hortensio Felix Parauecino.»

II.

El curioso y sabio Alexandro, Fiscal y Juez de vidas agenas. Escrito por Alonso Geronimo de Salas Barbadillo. Sácala

á luz nuevamente para recreo de los Ingenios, Joseph García Lanza, quien la dedica al muy ilustre Señor D. Juan Jacinto Joseph Pacheco Mijares de Solorzano y Tobár, Conde de S. Xavier, Vizconde de Santa Rosalia, etc. En Madrid, en la imp. de Francisco Xavier Garcia, calle de la Salud, año de 1753.

En 8.°, de 8 hojas de preliminares y 111 páginas.

También se imprimió esta novela en la *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneyra, tomo XXXIII, y en la *Colección* de Baudry, tomo XXXVII.

21.

Coronas | del Parnaso | Y | Platos de las | musas. | Las Coronas del Parnaso | al Excelentissimo señor Conde Duque, | gran Canciller. | Los Platos de las musas | á los venerables ingenios, ornamento, y | felicidad de la Patria. | Alonso Geronimo de Salas | Barbadillo, criado de su Magestad, se los | ofrece y consagra. | Año 1635 | En Madrid, En la Imprenta del Reino. | A costa de la Hermandad.

En 8.°, de 8 hojas preliminares y 310 foliadas.

Contiénese en este libro:

1.° *Trofeo de la Piedad* (fábula en verso).
2.° *El Ramillete* (diversas poesías).
3.° *La Peregrinacion sabia* (fábula en prosa).
4.° *Los Desposados Disciplinantes* (novela jacaranda).
5.° *Doña Ventosa*, *El Caballero bailarin*, *El Prado de Madrid y baile de la Capona* y *El Padrazo y las Hijazas* (los cuatro son entremeses).
6.° *Epistolas en prosa* (primera parte).
7.° *Victoria de España y Francia* (comedia en verso).
8.° *Epistolas en prosa* (segunda parte).
9.° *El Galan tramposo y pobre* (comedia en verso).

Esta última comedia corre también impresa con el título de *El tramposo con las damas*, como original de D. Alvaro Cubillo.

En la *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneyra (to-

mo XLV) se halla también impresa con el título de *Galan, tramposo y pobre*, en tres jornadas. Esta confusión de títulos achaque es del propio autor, quien la cita con el primero en la tabla de los *Platos de las musas*, y luego lo imprime con el segundo en la misma obra.

No obstante el crecido número de sus producciones y del mérito indiscutible de casi todas ellas, la abundancia y el dinero no debieron correr parejas con su fecundidad literaria: ya en una de sus dedicatorias se lamenta de los prolongados pleitos que pesaban sobre su hacienda, consistente en bienes en Italia, y en Simancas se guarda un memorial original, y al parecer ológrafo, fechado en Madrid á 5 de Febrero de 1614, en que Salas Barbadillo pide al Rey le conceda privilegio de impresión para Navarra, al igual de los que tenía para Castilla y Aragón, «porque se recela de que, como á otros autores ha sucedido, se los impriman en el reino de Navarra contra su voluntad, de donde se le seguirían muchos daños, así en la utilidad como en la reputación; porque las obras que se estampan sin la presencia de su dueño salen con muchos errores por la mayor parte, y tal vez con adiciones indignas;» petición que no indica el mayor desahogo pecuniario.

Enfermo, desengañado y triste pasó los últimos años de su existencia, muriendo á los cincuenta y cinco de su edad, según consta en los libros de óbitos de San Justo, el día 10 de Julio de 1635.

Justamente querido y estimado de sus contemporáneos, mereció, entre otros, elogios y alabanzas de Cervantes, en su *Viaje al Parnaso;* de Lope, en

el *Laurel de Apolo*, y de D. Antonio de Mendoza, Rey de Artieda, Bocángel, Palavicino, Valdivielso y Montalbán, apellidándole un escritor moderno el La Bruyère español, y ganándose por su propio esfuerzo un puesto preeminente en nuestra patria literatura.

FRANCISCO R. DE UHAGÓN.

EL CORTESANO DESCORTÉS

Á PABLO Y JORGE ESPÍNOLA

CABALLEROS DE LA SERENÍSIMA REPÚBLICA DE GÉNOVA.

AUTOR

ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO

VECINO Y NATURAL DE LA VILLA DE MADRID.

CON PRIVILEGIO

En Madrid, por la viuda de Cosme Delgado. Año 1621.

A COSTA DE ANDRÉS DE CARRASQUILLA

APROBACIÓN

DEL LICENCIADO D. FRANCISCO DE HERRERA MALDONADO, CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA REAL DE ARBAS DE LEÓN.

He visto un libro intitulado *El Cortesano Descortés*, compuesto por Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo; y demás de no hallar en él cosa contra nuestra santa fe católica, piedad cristiana y buenas costumbres, es su lectura tan apacible, tan doctos y bien dispuestos sus discursos, y con tanta propiedad y elegancia, que merece dignísima estimación y aplauso, como las muchas obras que gozamos de su autor, con que dignamente ha aquistado fama eterna, siéndole perpetuamente deudora la nación española por haber llegado la excelencia de su idioma á grados superiores con su mucha elegancia, mereciendo por premio digno el lugar que le da su continuo estudio y muchas letras entre los hombres famosos de este siglo; hallo este libro importante por sus buenos avisos y preceptos, entretenido con sus elegancias, docto por sus discursos, y en todo merecedor de gozar la luz común.

En Madrid á 21 de Julio de 1621.—*D. Francisco de Herrera Maldonado.*

COMISIÓN DEL ORDINARIO

El Dr. D. Diego Vela, Vicario general de la villa de Madrid y su partido, etc.: Por la presente cometo al Padre Fr. Juan Gómez, Definidor de la provincia de Castilla, Orden de Premostenses, para que vea estos libros y los remita con su censura.

Fecha en Madrid á 7 de Julio de 1621 años.—*Dr. Don Diego Vela.*—Por su mandado, *Juan Perogila,* Notario.

APROBACIÓN

DEL P. FR. JUAN GÓMEZ, DEFINIDOR DE LA ORDEN PREMOSTENSE EN LA PROVINCIA DE CASTILLA

Por mandado del Sr. Dr. D. Diego Vela, Vicario general de esta villa de Madrid, ví este libro, intitulado *Tratados de materias diversas,* cuyos títulos son: *El Cortesano Descortés, Don Diego de noche, La Incasable mal casada,* de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, en el cual no hallo cosa que contradiga á nuestra santa fe católica ni las costumbres cristianas; y siendo así, que antes alienta lo divino que lo desfavorezca, en cuanto á lo humano, le hallo tan gustoso, entretenido, provechoso y dulce, que juzgo haber desempeñado éste como los demás, el gran crédito y opinión que de su autor tienen todas las naciones; hallo en este libro breve los copiosos requisitos que en las obras ingeniosas pide Tertuliano, *De præscript.*, cap. 10. *Ratio autem dicti, in tribus articulis, in re, in tempore, in modo.* Pues materias tan sazonadas, frases tan nuevas, admiran, entretienen y honran nuestra lengua; el tiempo califica la ingeniosa inventiva de las fábulas, tan á propósito del que

con no hablar con nadie advierte á todos, lo cual, con el esmalte de la elegancia y propiedad de voces, hace un compuesto tan grato y apacible á todos, que se le debe dar, no sólo licencia para que le imprima, sino gracias por haberle trabajado.

Dada en este Monasterio de San Norberto de Madrid en 12 de Julio de 621 años.—*Fr. Juan Gómez.*

MUY PODEROSO SEÑOR

Por mandado de V. A. he visto tres tratados de materias diversas, cuyos títulos son: *El Cortesano Descortés, Don Diego de noche* y *La Incasable mal casada,* compuestos por Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo. No tienen cosa contra nuestra santa fe católica ni contra las buenas costumbres; antes muestra su autor, con tan ingeniosas inventivas, la mucha agudeza de su ingenio, pues entre agradables y honestas ficciones, mezcla provechosos avisos y documentos, tan dignos de que V. A., siendo servido, los honre y favorezca con el privilegio que pide, como que, por el medio de semejante merced, la República goce el fruto de los justos desvelos del hijo que ha dado y da tan buena cuenta del recibido talento.

En Madrid á 9 de Agosto de 1621.—*D. Diego Agreda y Vargas.*

SUMA DEL PRIVILEGIO

Tiene privilegio Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, vecino y natural de esta villa de Madrid, para que él, ó la persona que su poder hubiere y no otra alguna, pueda imprimir un libro intitulado *El Cortesano Descortés,* su data

en Madrid á 24 días del mes de Agosto de 1621.—Refrendado de Pedro de Contreras, Secretario de S. M.—Pasó ante Hernando de Vallejo, Escribano de Cámara de S. M.

FE DE ERRATAS

He visto este libro intitulado *El Cortesano Descortés*, su autor Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, y está bien y fielmente impreso y corregido con su original.

En Madrid á 20 de Octubre de 1621.—*El Licenciado Murcia de la Llana.*

SUMA DE LA TASA

Tasaron los señores del Consejo este libro, intitulado *El Cortesano Descortés*, á tres maravedís y medio el pliego, y á este precio y no más mandaron que se venda.

En Madrid á 21 de Octubre de 1621.—Pasó ante Hernando de Vallejo, Escribano de Cámara del Rey nuestro Señor.

JUAN DE VICUÑA

EN ALABANZA DEL AUTOR

DÉCIMA

Contra la descortesía
Hoy justamente os armáis,
En cuyo castigo dais
Liciones de cortesía.

Salas, en dichoso día
Hijo de la tierra fuistes
De Madrid, pues que nacistes
A darla tan sabios nietos
En vuestros libros discretos
Con que más la ennoblecistes.

DON FERNANDO HURTADO DE MENDOZA

SONETO

Incendio solicita aliento alado
En seco leño, pedernal su pluma,
Fin de la vida de esperanzas suma,
Que en las cenizas funda su cuidado.
El eficaz intento al fin logrado,
Candor es la ruína cuando espuma.
Al fin renace ya, y ya presuma
Viento romper con vuelo levantado.
Ansí al divino Genio le acontece,
Cuando abundantes muestras da divinas,
Que España ¡oh Alfonso! fértil se hace.
Y del tesoro el orbe se enriquece,
Que aunque parece tienen fin tus minas,
Son como el Fénix, que muriendo nace.

EN ALABANZA DE ALONSO DE SALAS

DE TOMÁS SIVORI

Tú que con excelsa gloria
El dulce estudioso prado,

Fértilmente has cultivado
Con tu fecunda memoria;
Tú que libando del cielo
Las flores del Dios alado,
Al trono más sublimado
Subes con ligero vuelo:
Hoy coronando tu frente
Vences el castalio coro,
Subiendo á los montes de oro,
Donde abrasa el sol ardiente;
Y de los tiempos triunfante
Tú solo eres vencedor,
Pues pudiste con valor
Lo mudable hacer constante.
Sonoro, armonioso y grave
El canto vas esparciendo,
Que los gustos va midiendo
Porque al mundo sea suave.
Y con canora armonía
Alternando los acentos
Con las alas de los vientos
Suavemente los envía,
Donde este jardín pomposo
Goza el fruto con la flor,
Con tal belleza y primor,
Que es divinamente hermoso.
Las flores dél versos son
Que á la margen de tu fuente
Le hace sombra dulcemente
La envidiosa emulación.
Mas con inmortal memoria,
Si como sombra obscurece
Tu claro sol que amanece,
Triunfa siempre de su gloria.
Y pues, Salas, los caminos

De las deidades alcanzas,
No hay que recelar mudanzas
En los términos divinos.
  Que en el balcón del Oriente
Con el radiante reflejo,
Servirá tu luz de espejo
Al lucero más luciente.
  Y con el candor del alba
Cantando los ruiseñores,
Saldrán las cerúleas flores
Para hacerte dulce salva,
  Despojando los jardines
Por ceñir inmortalmente
Tu ilustre y honrosa frente
Con los cándidos jazmines.
  Y á la margen cristalina
Saldrá la purpúrea rosa
Con fragancia deleitosa
De su virginal espina.
  En fin, tu plectro sonoro,
Desde el Ocaso al Oriente,
Suspenderá dulcemente
Con atención y decoro.

A PABLO Y JORGE ESPÍNOLA

CABALLEROS DE LA SERENÍSIMA REPÚBLICA DE GÉNOVA

Propias virtudes, escritas en el ánimo, conservan y aumentan la nobleza heredada de antecesores gloriosos, siendo las obras generosas de los presentes unos testigos fieles que confirman ser verdaderos los hechos que publican las historias de los pasados, porque el obrar con perfección y

acierto no podía originarse en menor causa que un principio grandemente ilustre. Ejemplifícase esta verdad en estos tiempos en vs. ms. con mucha firmeza y lucimiento, pues con modesto decoro obran en todas sus acciones con tanta igualdad, correspondiente á su obligación, que la ilustrísima familia de quien descienden queda bastantemente satisfecha con ser tal la de los caballeros Espínolas en la Serenísima República de Génova, como ella lo reconoce y lo confiesa toda Italia, y aun el día de hoy la aplaude toda la Europa, admirada con religiosa veneración en las católicas hazañas del invicto Marqués Espínola, que han de sonar en las historias de nuestros sucesores, no sólo con aparato y pompa marcial, sino con mucho fruto de doctrina política y cristiana, siendo los Estados de Flandes y el Sacro Imperio teatros de sus vencimientos y triunfos. Yo, pues, considerando lo que debemos reconocer todos los hombres que participamos de algún discurso á los varones que son magnánimos en la virtud, como vs. ms., les ofrezco este hijo de mi ingenio, al tiempo que sale á un desafío tan peligroso como es la censura de los mal contentos, que con padrinos tan gallardos, iguales en entendimiento y valor, bien podrá empeñarse en cualquier atrevida empresa y prometerse felicidad segura en el suceso.

Guarde nuestro Señor á vs. ms. largos años con el aumento que merecen. En Madrid á 24 de Octubre de 1621. —*Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo.*

AL VULGO

Pocos hombres son, oh carísimo vulgo, los que se libran de pasiones graves y molestas en el juicio, porque los más viven sujetos á turbar con algún singular frenesí el enten-

dimiento, y éstos se distinguen con tanta variedad, cuanta es la que tienen los hombres en su modo de sentir y apetecer, que ésta la juzgo infinita. Yo, deseoso de su salud, bien que en este deseo demasiadamente atrevido, he querido curarte alguna parte de estos achaques, con proponerte debajo de fábula gustosa las figuras de aquéllos que, por éste ó por aquel camino, se hacen ridículos en la República y aun muchas veces odiosos y despreciables, y no me he descuidado de seguir este intento en el asunto del libro que va despeñado á tus manos, que siendo vulgo bien podré decir que, con llegar á ellas, se despeña. Aquí te propongo un cortesano lleno de inútiles y vanas descortesías, retrato de muchos que viéndole se desconocerán en él mismo, y atribuirán esta copia á otros que tendrán el mismo defecto, siendo ellos en ella igualmente interesados. Huye de este vilísimo vicio, porque la insolente descortesía sólo se disculpa en el sujeto de un hombre loco. Tal es nuestro introducido D. Lázaro, tal es; mas ¿dónde voy? Pues de nadie sabrás mejor sus costumbres que de él mismo. Aquí le tienes; escúchale hablar, y verás hasta dónde llegan los excesos de una vanidad ignorante.

EL CORTESANO DESCORTÉS

COMEDIA EN PROSA

Las personas que hablan.

DON SEBASTIÁN.
DON RODRIGO, *su primo.*
DON MARCELO, *juglar.*
DON LÁZARO, *Cortesano descortés.*
FEDERICO, *su criado.*
DOÑA CRISTINA.
DOÑA LUCRECIA.
SABINA, *esclava.*
DOÑA LAURA, *mujer de Don Sebastián.*
DOÑA CLAUDIA, *su madre.*

ACTO PRIMERO

DON SEBASTIÁN y DON RODRIGO

D. Seb.—¿Al fin decís que la Corte fué la patria de D. Lázaro, y que todas sus acciones son descorteses; de modo que sus obras bastardean de su naturaleza, y se quita en ellas lo mismo que le dió su nacimiento?

D. Rod.—Todo cuanto hay bueno en él se quita, como no sea el sombrero.

D. Seb.—Debe de tener achaque que le obliga á cubrir la cabeza.

D. Rod.—Antes él mismo le persuade á mani-

festarla; porque siendo todo viento, es fuerza darle espacio por donde se extienda.

D. Seb.—¿Posible es que su sombrero se resiste tanto?

D. Rod.—¡Qué bien dijistes! Se resiste, pues aun á la misma justicia no hace con él reverencia.

D. Seb.—¿De qué le nace tenerle tanto amor, que aun por tan poco tiempo no le quiere apartar de sí?

D. Rod.—Él conoce tanta liviandad en su cabeza, que no quiere quitarla aquel poco de peso porque no se la lleve el aire. Muchas veces he pensado que no es sombrero, sino parte de su propia cabeza, que se dilata y extiende continuamente hasta su misma copa.

D. Seb.—Deseo saber si duerme con sombrero.

D. Rod.—Por lo menos con tocador, por no descubrirse aun á su mismo sueño, que es á quien los mayores secretos se descubren.

D. Seb.—¡Qué pocos romadizos habrá tenido! ¡Qué pocos sombrereros aprovechado!

D. Rod.—Romadizos, concedo que han sido pocos; pero sombrereros muchos: porque él infinitas veces en el año renueva sombreros, y así éste es el oficial de que más se sirve.

D. Seb.—¿Qué horma de sombreros usa?

D. Rod.—Largos de falda y altos de copa; porque mientras más sombrero lleva, le parece que va más acomodado.

D. Seb.—¡Válgame Dios: un sombrero que es tan largo y ancho, le escasea tanto! ¿Qué hiciera si fuera pequeño?

D. Rod.—Desengañaos: muy pocos son aquéllos que tienen parte en su sombrero; más son los que la alcanzan en su bolsa.

D. Seb.—Mal entiende la filosofía de estos Príncipes modernos, que quieren disculpar sus avaricias con sus cortesías.

D. Rod.—Advertid: él de todo es cerrado; pero más descubre las manos que la cabeza. Yo he creído que ha pensado que su sombrero es mayorazgo, y que sus padres le fundaron en su cabeza por todos los días de su vida, llamando de varón en varón á todos sus sucesores; y esto tiene tanto más de verdad que de conjetura, que me dicen que un hijo suyo, que está en Salamanca, le imita y aun le excede.

D. Seb.—Buena fundación de mayorazgo, cuyos juros son excesos en la descortesía.

D. Rod.—Callad, que otros heredan costumbres más aborrecibles, que ésta antes es ridícula, y le debe el mundo por ella parte de su entretenimiento.

D. Seb.—Por éste podemos decir que es el hombre que más disimula su cabeza y aun el juicio.

D. Rod.—Disimulación es de muchos.

D. Seb.—Muy válido estoy en el mundo, pues viene á visitarme esta tarde.

D. Rod.—No digáis sino que mucha necesidad debe de tener él de vos, que esa le trae más que estimación vuestra.

D. Seb.—Callad, que he de hacerle una burla en quien aprenda cortesía.

D. Rod.—No pensé que una burla pudiera ser maestro de tan honradas veras.

D. Seb.—Es dulce y sabrosa maestría la que enseña más con el donaire que con el rigor, aunque ésta de todo ha de tener, porque para él ha de ser rigor y para nosotros donaire.

D. Rod.—¿Quién ha de ser el ministro?

D. Seb.—Marcelo, el criado placentero de nuestra casa, bufón de las puertas adentro, y aun algo más allá, que también se sabe en la calle.

D. Rod.—Dichoso él, pues tiene fama en el mismo oficio de que se precia.

D. Seb.—Y aun porque le precia se hace en él famoso, que nadie llega á ser eminente en un oficio mientras le desestima.

D. Rod.—Por cierto que este oficio había de tener más alto aprecio; porque dar placer es beneficio tan grande, que sólo podía esperarse del cielo.

D. Seb.—Estos tales no dan placer, sino le venden; y el hacerle mecánico, siendo una joya inestimable, les ocasiona su infamia: eso mismo les sucede á las rameras públicas, que por ser mercaderes de los deleites de Venus, se resbalan y despeñan á la común desestimación. Para mí no hay juglares tan lucidos como las aves, las fuentes y las flores del campo, que en mi opinión los meses de Abril y Mayo es un bufonazo verde. ¡Qué de gracias nos dice con lenguas de cristal, y nunca frías, aunque el agua vaya más helada, y al fin es un chocarrero tan lucido y copioso de galas, que no dice lisonjas á los poderosos porque les den los vestidos que desechan; siendo esto tan verdad, que el sastre que á él le hace la librea, es el mis-

mo que á ellos les administra vida! ¡Oh, cien mil veces bellísima campaña!

D. Rod.—De ese parecer fueron Babieca y Rocinante, uno caballo del Cid y otro de Don Quijote.

D. Seb.—Y aun muchos levantados espíritus, que con la vista amena del campo se deleitan y lisonjean.

D. Rod.—Pregunto: ¿está ya instruído Marcelo en lo que debe hacer? Porque muchas veces debe lo que hace y no todas hace lo que debe.

D. Seb.—Ya yo le he dicho cómo se ha de tener firme á firme con el D. Lázaro, puestos, como si dijéramos, frente á frente, gorra á gorra, sin declinar la suya un dedo.

D. Rod.—Según eso, ¿vos le metéis de gorra en la conversación?

D. Seb.—No es mucho si se ha de armar toda con aquel hidalgote, príncipe de los gorrones, que á quien tanto quiere á su gorra, bien le conviene este título.

D. Rod.—Si ello es así, en las Universidades tiene el mayor número de sus vasallos, pues en ellas á todos los estudiantes que traen sotanilla y ferreruelo llaman gorrones; finalmente, él es el hombre á quien más debe su gorra, porque no la gasta con nadie, y el que menos debe á su gorra, porque le ha hecho con muchos mal quisto, y una casa que nunca se llueve, porque jamás le falta la cubierta.

D. Seb.—Desde la gorra de Adán acá, de quien tanta memoria se hace en los entremeses, no ha-

brá habido otra más celebrada que la de D. Lázaro.

D. Rod.—Yo conocí una demanda en Madrid, que decía así: «Paños para curar y remediar los pobres llagados del Hospital del señor San Lázaro.» Y ahora pusiera yo otra á la puerta del Matadero, que dijera de este modo: «Sesos para ocupar y llenar la cabeza vacía del doliente D. Lázaro, por amor de Dios.»

D. Seb.—Bueno, bueno.

D. Rod.—¿Cómo bueno, bueno? Pienso que se holgará mucho de hablar á todos en latín por llamarlos de tú, con que le respondieran en castellano, con el cabal cumplimiento de las cortesías de nuestra lengua.

D. Seb.—Latín no le sabe.

D. Rod.—¿Es posible que es tan ignorante?

D. Seb.—¿Pues de qué queríades vos que le naciese la vanidad sino de la ignorancia, que es chimenea de tan negros humos? Así concluye un epigrama castellano:

Que la soberbia se enciende
En humos de la ignorancia.

De tal causa, tales efectos. Si él se hubiera criado en las Escuelas de la Latinidad con el *Tolle Galenum*, y entre la veneración de aquellos miedos y respetos, á él le costarán menos dolores los partos de la cortesía.

D. Rod.—¿Y no pudiera ser ignorante sabiendo latín?

D. Seb.—Sí pudiera, y aun fuera lo más posible; pero al fin fuera majadero en otra lengua, y tuviera necesidad de ser traducido en ésta para que le conocieran; porque ser un ignorante tan claro que le entienden todos, es gran desdicha.

D. Rod.—¿Pues quién se había de ocupar en traducir á un majadero?

D. Seb.—Algunos que con traducirse á sí propios lo consiguieran. Al fin hemos de ver en nuestra casa al buen D. Lázaro, de quien me cuentan, aunque vos le culpáis tanto, que cuando se quita la gorra es á dos manos.

D. Rod.—Es verdad, porque con la una la quita y con la otra la detiene, con que apenas se la quita; de modo que el duplicar las manos no es para aumentar la cortesía, sino para embarazarla.

D. Seb.—Digo que tenéis razón, que él es más vano que bien advertido; pues no considera que más autoridad pierde con ese juego de manos, que gana con la gorra que quita tan escasamente.

D. Rod.—Apenas la quita á nadie, sino la levanta por delante, deteniéndola por detrás; con que los últimos pelos de su colodrillo jamás se han dado unos filos ni en los embates del aire ni en los flechazos del sol.

D. Seb.—Según eso, toda la occidental pelambrera de su cabeza pasa su vida á obscuras; las canas que le nacen en aquella parte no tendrán necesidad de más tinta que las disfrace que la perseverancia de su gorra.

D. Rod.—No pienso que le salen, aunque ya

los años se las piden, porque quien vive haciendo su gusto, no envejece.

D. Seb.—Pregunto: ¿creerán en el lugar que este hombre ha venido á visitarme?

D. Rod.—Y aun yo lo dudo, con saber que os ha prevenido la visita; que en esto echaréis de ver cuán pocas hace, pues como si fuera dama las previene.

D. Seb.—¡Oh milagro de la necesidad! ¿Posible es que ha de llegar humilde á mis puertas el que apenas pisa los umbrales de los grandes Príncipes, menos que con altiva soberbia?

D. Rod.—Yo no soy consultor de las estrellas, y así, aunque sé Gramática, soy poco tratante en futuros; pero con todo eso tengo unos sobresaltos de que esta visita se nos ha de ir de entre las manos.

D. Seb.—Eso creéis, sabiendo que puedo ser algebrista de su hacienda quebrada, polo en que restriban los principales fundamentos de su vanidad.

D. Rod.—Yo me holgaré de que me mientan las espías del corazón, profeta pocas veces falso. Escuchad, que aquí viene algo alegre Marcelillo, y no sé qué se dijo de D. Lázaro.

Mar.—¡Oh mis amos!

D. Rod.—¿De qué es la risa, Marcelo? Aunque en quien siempre es continua, ociosa está la pregunta.

Mar.—Es cosa de mucho gusto, y quiero por lo menos albricias de prometido.

D. Rod.—Ea, pícaro, no seas enfadoso liberal-

mente, ó vuélvete sin hablar, que para tí no es pequeño castigo.

Mar.—La condenación es pesada, y así digo primero que se ejecute: quiso D. Lázaro apretar las piernas á un mal rocín en el Prado, y rompiendo las cinchas, no por ser valiente él, sino por ser viejas ellas, echó por tierra silla y caballero, con no poca risa de los circunstantes, admirados de que nunca perdió el sombrero, porque acudió á defenderle con entrambas manos sin acordarse de que fuera mejor prevenir con ellas el golpe.

D. Rod.—Por Dios que se os ha anublado la visita: mirad si son calificados mis temores.

D. Seb.—No está de Dios que este hombre visite á nadie, sino que á él le visitemos todos.

Mar.—Y aun pienso que el mismo Dios lo habrá de hacer, porque creo que le mandan dar los Sacramentos.

D. Seb.—Pues á quien Dios visita, visitémosle los hombres, más por cristiana caridad que por cortés correspondencia.

Mar.—Este que viene aquí es su mayordomo.

D. Seb.—Debe de venir á excusar la visita y á pedir que se la hagamos en su casa.

Mar.—Buena burla se nos ha mal logrado.

D. Seb.—Si antes quise burlarme de él cuando estaba sano, ahora me causa grave lástima, porque le considero enfermo. Dile á ese criado que entre.

Mar.—Ya él lo hace sin que yo se lo diga, que debe de estar enseñado á obedecer por conjeturas.

D. Seb.—Bien venido, hidalgo: póngase v. m. el sombrero.

Mar.—Eso no fuera menester decírselo á su amo, porque no se le quitara. ¡Oh señor Federico, por esta casa v. m.! Proponga su embajada, aunque ya acá la hemos adivinado: debe ser de excusar el señor D. Lázaro de hacernos la visita, por el mal tratamiento que le hizo el maganto y desesperado rocín; ¿y querrá que vamos á consolarle?

D. Seb.—Calla, calla, que en ocasiones como éstas las gracias son pesadumbres. Diga v. m., caballero.

Fed.—Refiérome á Marcelo, que aunque lo dijera yo con otras palabras, la substancia es la misma.

D. Seb.—Cierto que nos ha pesado mucho de la desgracia; y al fin, señor, ¿cómo está?

Fed.—Aunque con grave dolor en la parte lastimada, con menos peligro de lo que se pensó: ya le hemos sangrado, prevención que se hizo muy á tiempo y salió feliz.

Mar.—Guárdense de echarle ventosas, y mucho menos en la cabeza, que es beneficio de que no tiene necesidad, porque me dice que padece él en los cascos las ventosidades que otros en vientre y estómago.

D. Seb.—Al fin siempre has de hacer tu oficio: hablar malicias y desvergüenzas. Señor, v. m. signifique al señor D. Lázaro nuestro sentimiento, y que porque es ya hora de que repose, no voy esta noche á inquietarle; pero que mañana D. Rodrigo y yo acudiremos á cumplir con nuestra obligación y á servirle de enfermeros.

Mar.—Bueno, á servirle de enfermeros: sin duda que os debéis de tener los dos por rectores de la casa de los locos, porque en ella sólo se curan semejantes achaques.

Fed.—Señores, no lo olviden vs. ms. por amor de Dios, porque sé que con nadie ha de tener mayor consuelo en la desdicha presente. Ea, véanle temprano, por su vida, y quédense norabuena.

Mar.—¿Fuese? Sí. ¿Oyéronle lo que dijo? «Ea, véanle temprano, por su vida, y quédense norabuena.» ¡Vive Dios, que aun este pícaro aprende de su amo á excusar una merced de cuando en cuando!

D. Rod.—Basta, que en estos señores las mercedes son excusadas.

D. Seb.—Así es en todos, aunque en éstos es el decirlas y en otros el hacerlas. Dinos, Marcelillo, por tu vida, ¿cómo ha estado el Prado?

Mar.—Fertilísimo de coches de damas, poco habladoras y mal habladas.

D. Seb.—¿Cómo?

Mar.—Porque no hablaban más de aquello que era bastante á pedir en poco, mucho.

D. Rod.—¿Todos los coches piden?

Mar.—Sí, señor, y es de modo que en no cumpliéndoles sus peticiones, hasta con las mismas ruedas gruñen. Lo que os puedo decir es que para mí es Madrid tan aldea como Fuencarral, porque conozco todos los coches y sé á qué baja cada uno y quién viene en su seguimiento.

D. Seb.—No sé cómo se atreve á buscar las vidas ajenas quien tiene la suya tan mala.

Mar.—Dejemos eso, que ya se sabe que yo soy curioso.

D. Seb.—¿Hubo muchas mujeres de buenas caras, de hermosos talles y mejores manos?

Mar.—Todas las que yo ví eran de malas manos, porque tomaban aún más de lo que les querrían dar. Los hombres sí que las tenían buenas, porque les daban liberales con ellas cuanto pedían con la boca: verdad es que hubo una gran partida de promesas, porque como el Prado es verde, acógense luego en él al donativo de la esperanza.

D. Rod.—¿Tan pobre está el Prado?

Mar.—Sí, que es galán y lucido, y es muy propia desdicha de las personas de buenas partes la pobreza, que aunque las fuentes lleven plata y perlas y las yerbas sean esmeraldas, nada de esto pasa en la platería. Pero entre todos los coches, ninguno me entretuvo más que uno que ví con muy buenas pinturas.

D. Seb.—Calla, loco; pues ¿hanse vuelto los coches galerías, que los adornan pinturas?

Mar.—Por Dios, que las que llevaba éste que son pinturas que se venden, y las hay de todos precios.

D. Rod.—Habla más claro.

Mar.—Era un coche de mujeres de placer, muy resplandecientes de cara; y tanto por esto, como porque no hablaban, las llamé pinturas.

D. Seb.—¿Pues por qué callaban tanto?

Mar.—Porque las espiaba de lejos cierto majadero celoso á quien deseaban dar satisfacción, y así descartaban todas las conversaciones.

D. Rod.—¿Pues hay quien cele á semejantes mujeres? ¿Pues puédese guardar lo que está expuesto á todos?

Mar.—Nunca dí respuesta á preguntas vanas: sólo os diré que cierta viudilla despertó mi risa y aun la de otros más mesurados. Esta, pues, iba en un coche tan negro en lo exterior é interior, que parecía tumba. Seguíala un pajecillo bien enlutado, y el cochero lo iba tanto, que hasta en la cara le cupo no pequeña parte, porque era negro, y en el alma mucho más, considerándose esclavo. Ella, pues, en medio de este trágico aparato, iba tocada de modo que se le veía el cabello rubio, y colgada una joya de oro al pecho, por mostrarse en todas partes luciente; una gargantilla de perlas gruesas al cuello y unas arracadas de puzol en las orejas.

D. S.b.—Tu risa está justificada: lo mismo hiciera yo si viera semejante matrona; mas ¿qué es esto?

D. Rod.—La mesa que nos llama á cenar, y aun la hora no nos despide, porque pudiera ya haberse hecho.

D. Seb.—Ea, tráiganle la guitarra á Marcelillo y entreténganos un poco mientras cenamos.

Mar.—Mejor será que cenemos todos á un tiempo, que nunca busqué yo con mi descomodidad la comodidad ajena; porque ¡por Dios! que vengo tan seco, que estoy más para hacer pasos de garganta con el vino que con la voz.

D. Rod.—Canta, que yo te brindaré.

Mar.—Bríndeme y delo por cantado.

D. Rod.—Ea, no seas necio.

Mar.—No soy sino discreto, pues trato de hacer mi negocio.

D. Seb.—Denle de beber hasta que se ponga como suele y cante luego, porque deseo saber cómo cantan las zorras.

D. Rod.—Ea, señor, tomad vuestra silla y cenemos, que lo que él canta es de tan poca codicia que no merece ser comprado con tantos ruegos.

D. Seb.—Ahora es cuando ya él ha de cantar, porque no pienso hablarle más en ello.

D. Rod.—Tenéis razón, porque no hay voz más importuna que la de un cantor desvalido.

D. Seb.—Bien puede competir con la de cualquier mendigo de los que andan de puerta en puerta.

Mar.—Ahora que me he templado yo, templaré la guitarra, que con este arrope que he dado al pecho saldrá la voz más suave.

D. Seb.—¿Veis cómo quiere cantar ahora, porque ya no se le pedía?

D. Rod.—Cante norabuena, y ahora me sonará mejor; porque el cantar, para hacerse bien, ha de ser acto voluntario.

Aquel divino imposible,
Formado de fuego y nieve,
Que es blanco para la envidia
Y aljaba para la muerte.
Lucinda, en cuya garganta
Y cabellos resplandecen,
En ella cristal helado,
Y en ellos metal luciente.
Perdió un chapín rico Atlante

Del pie más bello y más breve,
Porque en la belleza gana
Lo que en la distancia pierde.
Perdióle en el tiempo mismo
Que en él afirmarse quiere,
Que el fundamento que busca
Firme experimenta aleve.
Temióse de que á la tierra
Sus luces despojos diesen,
Triunfando grosera y vana
De las insignias celestes.
Mas un amante que rinde
Suspiros á sus desdenes,
Que compra males tan graves
Con sacrificios tan fieles,
Suspendió el cielo en sus brazos
Antes que á la tierra llegue,
Salteador de aquella gloria
Que de justicia le deben.
Como tan cerca del sol
Se ve á más luz, le parece
Que, aunque más ame, es indigno
De la gloria que posee.
Abrásase en tantos rayos,
Crece el fuego, y la sed crece,
Y vecino á los cristales,
Los codicia y no los bebe.
Puede ejecutar deseos;
Mas ¡ay, triste! que no puede,
Que hacen respetos honrados
Más cobarde al más valiente.
Haber más testigos pudo
Tanto recato ponerle,
Que el bien que le quitan pagan
Con la envidia que le tienen.

El corazón, que dichoso
En tantas luces se enciende,
Estos afectos del alma
Por la boca al viento vierte.
Si este sol en mis brazos hoy amanece,
De la luz por quien muero sóy el Oriente.
Si este sol, que es tan lucido,
Que es todo luz, todo fuego,
Halla en mis brazos sosiego,
Cuando por él le han perdido,
Si en él mi Ocaso he tenido
Y él en mí su Oriente tiene,
De, etc. (1).
Si este sol tan desdeñoso
Con todo lo que no es él,
Que es á sus luces tan fiel
Que allí solo está gozoso,
En mí amanece piadoso
Cuando en él mi vida muere,
De, etc.

D. Seb.—Parece que nos has condenado á oir siempre una misma cosa, sabiendo tú que la variedad es la mejor llave del gusto: ó muda romance ó no cantes más.

Mar.—Yo hago esto de tan mala gana, que me holgaré de haber merecido, por lo que he cantado, que se me condene á perpetuo silencio.

D. Rod.—Ea, no le disgustéis; canta á tu elección, que yo fío de ella que sabrá entretenernos y admirarnos.

Mar.—Advierto que no cantaré más de un ro-

(1) Así en la edición impresa.

mance á la sangría de una dama, celebrada en el gusto de muchos y de ninguno merecida.

En los verdores del Mayo,
Cuando las flores ostentan
Más lucimiento en su gala,
Enferma yace su reina.
Filena, pues, á quien todas
Como á su deidad veneran,
Ocupa el lecho, y el sol
Sustituye en lugar de ella.
Las plantas su ausencia sienten,
Que la hace el sol más molesta,
Que ambicioso de imitarla,
Más abrasa que deleita.
De los brazos que á la nieve
Hacen felices afrentas,
Sacrifica á su salud
La púrpura de las venas.
De aquel monte de cristal
Una fuente se despeña,
Que á las rosas dió su envidia
Más beldad en más vergüenza.
Retroceder quiso Abril
Por gozar de tan amena
Vista; pero el Mayo entonces
Puso guardas á las puertas.
Con su mal de ser bien quista
Hizo tantas experiencias,
Que aunque le cueste su sangre,
Dice que poco le cuesta.
Multiplícanse los votos,
Y tantos al cielo llegan,
Que no reducirse el cielo
Fuera impiedad con la tierra.

Lágrimas fueron de Lauro
La más eficaz ofrenda,
Fieles razones del alma
De quien los ojos son lenguas.
Aun allí no tuvo ociosas
Amor sus tiranas flechas,
Que hasta en el lecho ejercita
Sus estragos y violencias.
¡Oh tiranía suave,
Tan dulce, que la aconseja
Nuestro propio rendimiento,
Que bien liberal se entrega!
El cielo aliente sus luces,
Pues si se eclipsan y ciegan,
Aunque el sol le dé sus rayos
Vestirá el aire tinieblas.

D. Seb.—Cosa notable es ésta de los poetas, que aunque no queramos nos han de dar cuenta de la buena ó mala fortuna de sus damas. ¡Extraña molestia! ¿Qué le importa al mundo que esta Filena se sangrase, para que un poeta lo versifique y lo haga público á toda la cristiandad?

D. Rod.—No tenéis razón, que antes debemos agradecerles que sean tan entretenidos, que aun de sus mismas penas y pesares nos sazonan nuestros gustos. No advertís y qué bien dijo aquella copla, entre otras:

De aquel monte de cristal
Una fuente se despeña,
Que á las rosas dió su envidia
Más beldad en más vergüenza.

¿Pues á quién lo que está bien dicho no deleita? ¿á quién no suspende?

D. Seb.—Callad, señor: ¿no os cansa el hipérbole? Llamar monte de cristal el brazo pequeño de una mujer, aunque esto del hiperbolizar, por el parentesco que tiene con el mentir en todos tiempos, fué agradable.

D. Rod.—¿Para qué censuráis los versos si no los entendéis?

D. Seb.—Porque hoy los que más los censuran son los que menos los entienden.

D. Rod.—Pues para que por intercesión de su conocimiento habléis de hoy en adelante de ellos con mayor estimación, escuchadme este crítico discurso y perdonadme si me dilatare un poco. La sagrada poesía, entendida su naturaleza, es el más alto, el más excelso, el más resplandeciente abono de un generoso ingenio, de un espíritu valiente y un alma elegante; porque se compone de un conocimiento universal, de un orbe de ciencias, de una imaginación pura y despejada, de una viveza presta. Hicieron de ella tan venerable estimación los antiguos, que imaginaron que sólo un Dios podía ser dueño de ella, y la consagraron templos con el nombre de Apolo en unas provincias, y con el de las Musas en otras. Fingiéronla hija del sol, porque es su imagen en todos sus efectos. ¡Qué cosa hay tan parecida al sol (perdone su mismo retrato, cuando se mira en los espejos de los mares, ríos y fuentes), porque si el mayor blasón del sol es alumbrar al mundo, también le alumbra la Poesía con claros dogmas y excelentes preceptos

físicos, políticos, morales y teólogos! Hesiodo escribió á los gentiles la historia de sus dioses con numeroso estilo; David y Job encerraron misterios divinos en versos soberanos. La Filosofía natural, que llamamos Física, tuvo por primeros maestros á Orfeo y Museo, admirables poetas, y de éstos la aprendió Empédocles, y de éste la tradujo Lucrecio en lengua y armonía latina. Homero, gran padre de las Musas, escribió la prudencia política en la *Iliada*. La cordura económica dejó vinculada en la *Odisea*. Uno y otro empeño tomó y logró Virgilio felizmente en su *Eneida;* Lucano en su *Farsalia*, y todos los que se calzaron coturno. La discreción civil nos enseñan los cómicos; la elegancia y sal cortesana está en los líricos; las leyes de la ambición humana y sus desdichas se ven en los trágicos. ¿No es esto ser sol, alumbrar como sol? También el sol hermosea cuanto mira; de modo que aquella luciente maravilla no sólo es hermosa en sí misma, sino que también hermosea, pule y dora cuanto tocan sus rayos. Lo mismo hace la bella Poesía, pues no sólo lo es en sí misma, sino que también presta luces y resplandores á quien la posee. Ya vemos la inmortalidad, la fama y nombre que les valió á los antiguos poetas el tenerla por huésped; porque no sólo adorna con grande y bella opinión, sino también con soberanía de ánimo, templanza de costumbres, serenidad de afectos. Tiene el sol también por oficio dar vida y aliento: véncele la Poesía, pues la da inmortal á quien alaba, y en consonancia dulce le fabrica eternos monumentos,

más estables que aquellas Pirámides de Egipto que levantó la lisonja servil y no el mérito justo. ¿Qué es, pues, lo que le defrauda la majestad? ¿Qué es lo que le desnuda la púrpura? ¿Qué puede ser sino el mal uso de los profesores? Cayó tal vez aquel licor dulcísimo en vaso inficionado; perdió sus primores con el contacto. Así la más divina de las ciencias, cayendo en falso y caviloso ingenio, pasa á herejía. Así la Jurisprudencia, cayendo en ánimo ambicioso, llega á ser tiranía. Cuando os reís de algún ingenio porque es poeta, no sabéis lo que habéis de reir de él, porque no es poeta afectando serlo. De los que profanan la poesía os reid, no de los que la ilustran como este feliz ingenio que con tanto arte, con tanta dulzura dice sus sentimientos en este romance.

Mar.—Menester es que los poetas se junten, y repartiendo un tanto por cada cabeza, os hagan un donativo que, según son de muchos, no será pequeño.

D. Seb.—No los irrites, Marcelo, que tu escandalosa vida es materia suficiente para una sátira; y con ser tus coronistas verdaderos, te podrán hacer una pesada burla.

Mar.—Mayor me la habéis hecho vosotros cenando á mis ojos sin convidarme.

D. Rod.—Espérate, no te vayas.

Mar.—Perdónenme, señores, que es jueves en la noche y darán las once, y no quiero empezar desde ahora el ayuno de mañana.

D. Seb.—Mira que vengas temprano para que nos acompañes en aquella visita.

Mar.—Voy muy desobligado, y el madrugar es la cosa que menos sufre hacerse de balde.

D. Seb.—Toma ocho en uno.

Mar.—Esto es-lo que llamamos patacón. No hay cosa que más ablande los ánimos que la dureza de este metal: estaré aquí mañana al mismo número de horas que éste tiene reales.

D. Seb.—Dices que vendrás mañana á las ocho. La hora me parece buena: no vengas más tarde.

Mar.—Yo llevo un reloj despertador, que por ser de plata me sonará más bien.

D. Seb.—No te suene tan bien que te duermas con más descuido, que la música suele hacer ese efecto. *(Vanse.)*

DON LÁZARO en la cama, y con él su criado FEDERICO

D. Láz.—Como te dije, Federico, por no venir á tanta indignidad, como es visitar á tan humildes escuderos, bajé al Prado con intento de dar aquella caída, y así fuí prevenido desde casa con aquel mal aderezo, puesto con tanta flojedad, que era forzoso el suceso que tuve.

Fed.—¿Pues no era más fácil verlos que no aventurar las costillas, que dice v. m. dolerle tanto que apenas esta noche ha dormido sueño? V. m., á mi parecer, mayor caída dió del entendimiento que del caballo.

D. Láz.—¡Ay, ay, Federico!

Fed.—¿Duele?

D. Láz.—Y mucho.

Fed.—Buen remedio.

D. Láz.—¿Cuál?

Fed.—Aplique v. m. con vehemencia la imaginativa á la parte dolorosa, y considere que se libró de visitar á aquel maldito escuderaje, y templará el dolor.

D. Láz.—Así lo hago y aún no basta.

Fed.—Grandísimo debe de ser.

D. Láz.—El sangrarme luego anoche fué próvido remedio.

Fed.—Advertido quedo de que la descortesía es enfermedad, pues éste se sangra de ella.

D. Láz.—¿Qué dices?

Fed.—Que si v. m., por tener tan noble sangre, excusa el visitar á estos hombres y ahora se la saca por ellos mismos, ¿qué provecho se sigue?

D. Láz.—Más quiero verla fuera de las venas con estimación, que dentro de ellas llevarla á hacer bajezas.

Fed.—Pues ahora desde las escudillas ha de pasar al muladar: mire v. m. si puede ser mayor bajeza.

D. Láz. — Ahora considérola yo como parte muerta mía; y estando en ese estado todos, ya que no seamos llevados al muladar, nos vendremos á convertir en él, pues es lo mismo hacerse tierra.

Fed.—¿Cómo quien adquiere tan nobles desengaños se entrega á tan vanas ostentaciones?

D. Láz.—No prediquéis, hermano, que os desterraré de mi aposento.

Fed.—Siempre el predicar verdades muy conocidas estuvo á peligro de largo destierro.

D. Láz.—Pues si lo sabéis así, mudad la plática, que yo he vertido mi sangre como buen caballero por la defensa de mi honor.

Fed.—Quiérole dar á v. m. de sangría este *contenptus mundi.*

D. Láz.—Yo no le he menester, pues sabéis que le desprecio tanto.

Fed.—V. m. se estima á sí y desdeña á su prójimo, y eso no es despreciar el mundo, sino guardar sus leyes.

D. Láz.—No me arguyáis, que me duele la cabeza.

Fed.—¡Por Dios, que pensé que no la tenía! Perdóneme las porradas.

D. Láz.—¿Qué decís? Hablad más alto.

Fed.—Digo, señor, que v. m. ha de ser cabeza de su linaje.

D. Láz.—Pues sabed que lo soy de todos los que llevan mi apellido.

Fed.—Ahora he hallado la razón por qué v. m. descubre la cabeza á tan pocos, y es porque en la de v. m. se descubre todo un linaje, y más tan ilustre, y no es razón que se descubra á quien se descubre por sí solo, quien descubriéndose á sí, se descubre por tantos.

D. Láz.—¡Oh, qué ingenioso! ¡Oh, qué bien advertido!

Fed.—Según esto, ¿he dado en la cuenta?

D. Láz.—Sí, amigo.

Fed.—Grande favor fué llamarme amigo.

D. Láz.—Como estamos á solas, no reparo en trataros tan familiarmente.

Fed.—Bien está: volvamos al caso. Paréceme que siempre que vinieren á visitar á v. m. juntos todos los caballeros de un linaje y descubrieren las cabezas, les hará v. m. igual cortesía, porque irá de linaje á linaje. ¿Gestea v. m.? ¿Calla? Parece que lo pone en duda.

D. Láz.—Sí, hermano, porque de linajes á linajes hay mucha diferencia, y ninguno se iguala al mío.

Fed.—Y si viniesen dos linajes nobles juntos, ¿haríales v. m. igual cortesía?

D. Láz.—Paréceme que sí.

Fed.—Aún no lo dijo afirmativamente.

D. Láz.—No, porque siempre dejo yo abierta la puerta para arrepentirme si me estuviere bien.

Fed.—Quisiera preguntar.

D. Láz.—Pues no os quedéis con el deseo: sea bueno el parto y sacadle á luz.

Fed.—Paréceme que siendo su cabeza de v. m. la de todo su linaje, tendrá v. m. en ella los sesos de todos; de donde vengo á conocer que v. m. es muy desgraciado, porque los más le tienen en la opinión contraria.

D. Láz.—Reíos de la opinión común, pues yo no vivo con ella, sino con la mía, que es hacer mi gusto.

Fed.—Eso es vender la opinión á muy bajo precio.

D. Láz.—Parece que os tengo aquí para que examinéis mi paciencia con tantas contradiccio-

nes. Decidme, ¿cuántas horas tenemos de luz?

Fed.—Serán cerca de las ocho de la mañana.

D. Láz.—Mucho emperezan esta visita los hidalguetes, aunque yo sólo del D. Sebastián estoy pendiente; ese otro poco me importa que se quede. ¿Distes aquel papel á Doña Cristina?

Fed.—Sí, señor. Cierto que pienso que escribe v. m. tantos papeles tiernos á las damas del lugar, más por tratarlas de tú, que por estar enamorado.

D. Láz.—Algo tiene de eso. Muy indiciado estoy de esta flaqueza, pues tan presto se me conocen los fines. Decidme cómo estaba la Cristineja, y sea la relación más verdadera que dilatada.

Fed.—Señor, yo fuí á su casa cuando, recién levantada la Aurora, con los primeros desperezos se despedía del sueño y amenazaba fuga á las sombras de la noche. Dióme licencia qne entrase hasta la cama á ver cómo se habían acogido á sus ojos todas las estrellas que huyeron del hemisferio. ¡Oh qué bien brillaban! ¡Oh cuánto resplandecían! Verdes y fulminantes, en los rayos me parecieron Soles, y en la color, Abriles. Rompió como nadador las ondas, los embarazos de la ropa con los brazos de cristal; alargó el derecho para recibir el papel, y sobre el izquierdo reclinó la cabeza; los cabellos rubios, desatados sobre la garganta, parecieron cortina de brocado, avaros de la riqueza que en ella encubrían y liberales de la que en sí propios manifestaban. Mientras leía el papel, atendí yo á los movimientos del semblante: al principio representó iras sangrientas; mas luego risue-

ñas serenidades hermosearon aquella tempestad. Finalmente, dividió las rosas de los labios y manifestó las perlas de los dientes; mas hablando después ingeniosa y elegante, aún ofreció mayor tesoro en sus razones.

D. Láz.—Oyes, mira por la ventana qué coche es ese que para.

Fed.—Señor, D. Sebastián se apea solo.

D. Láz.—Más vale que venga así, para hacerle yo la burla como deseo.

Fed.—Señor, ya sube; entraremos una silla.

D. Láz.—Calla, necio: ¿qué se entiende silla? ¡Ay mi señor D. Sebastián! Norabuena le vea yo. Perdone v. m., por amor de Dios, que está esta pieza sin ninguna silla, porque para mayor abrigo mío quieren colgar en ella una tapicería, y para eso la han desembarazado; pero aquí le haré yo lugar en la cama. Mas ¡ay, ay! no puedo moverme con el gran dolor de esta esquina á donde estoy echado. ¡Jesús sea conmigo! ¡Dios me ayude!

D. Seb.—¡Oh cuánto me lastima v. m.! ¡Ceniza se me ha hecho el corazón! No traigan asiento, que aquí de rodillas sobre esta almohada veré lo que me manda.

D. Láz.—Ahora está éste como yo quiero; pero con todo eso me conviene proseguir con la simulación. Señor, no ha de estar así v. m.; espérese: volveré á probar si puedo hacerle lugar en esta cama; mas ¡ay, ay!

D. Seb.—No porfíe v. m., que ya yo estoy en esta almohada acomodado. Diga lo que se le ofreciere de su servicio.

D. Láz.—Pues mi Rey, ya que ello haya de ser así, escúcheme al oído, que yo seré breve.

Fed.—Con notable industria ejercita mi amo su vanidad: de rodillas le tiene al caballero inocente que, compadecido de su dolor, gusta de oirle con toda incomodidad y fatiga.

D. Seb.—Serviré á v. m. en lo que me ha mandado.

D. Láz.—No haya descuido, por amor de Dios, y deme licencia para que me recoja, porque no he dormido en toda esta noche.

D. Seb.—Es muy justo: v. m. tome reposo, que yo no le tendré hasta haberle servido.

D. Láz.—¿Fuese?

Fed.—Sí, señor.

D. Láz.—¡Qué os parece cómo no fué menester la silla!

Fed.—V. m. es muy ingenioso.

D. Láz.—Así castigo yo el atrevimiento de estos hidalguetes.

Fed.—¿Y sí hará el negocio?

D. Láz.—Más que nunca le haga y que se pierda, mi venganza estimo.

Fed.—¿Qué venganza, señor? ¿Cómo pudo haberla sin preceder injuria?

D. Láz.—¿No fué injuria, no fué grave crimen presumir éste, que aun de burlas podía yo visitarle? De aquí adelante le pienso llamar el Caballero de la Rodillada, entendedme por este término, y no sea menester declararme más con vos: cierto, cierto que siento mejores las costillas.

Fed.—Al fin aun una silla de ellas no le quiso dar v. m.

D. Láz.—No, porque fuera sentarle en lo que yo tengo más lastimado. ¿No sabéis?

Fed.—¿Qué, señor?

D. Láz.—He enviado á comunicar el caso con la Doña Cristina por otro papel, y quién duda que lo ha de celebrar mucho.

Fed.—Sí hará, porque es una mujer muy honrada y no menos bien entendida, y te conoce por loco.

D. Láz.—¿Qué decís? Ya os he dicho que no habléis en tono bajo.

Fed.—Digo, señor, que me holgara de hallarme presente; porque como dama de tan buen gusto, salará con mucha abundancia de donaires esta burla rodillona, para que con el tiempo no se dañe.

D. Láz.—¡Oh, qué bien! ¡Oh, qué bien!

Fed.—Burla es ésta que pudiera andar por las cocinas.

D. Láz.—¡Oh necio! ¡Burla de que he sido yo el autor la lleváis á tan mala parte!

Fed.—Sí, señor, porque burla que es de rodillas, ¿dónde tiene más propio lugar que en las cocinas, que es donde sirven todas?

D. Láz.—¿Sabéis que quisiera enviarle unos calzones al pobre hidalgo, por si acaso rompió con la mucha devoción alguna parte de los que traía?

Fed.—No, señor; que tanto nos gastó de almohada, ¿cómo pudo lastimarse de calzones?

D. Láz.—Bien decís, que aquí ludió la seda con la seda. ¡Oh cuánto estimara haberle hecho arrastrar por el duro suelo!

Fed.—Hombre que tiene tan poco de culebra, que se dejó engañar tan fácilmente, no se le dé haciéndole arrastrar la pena que á ella le dieron.

D. Láz.—No penséis que encierra poco veneno quien contra mí tenía tanta presunción.

Fed.—Señor, aquí se le cayó un papel.

D. Láz.—Levantad y veamos lo que contiene.

Fed.—Versos son, á mi parecer.

D. Láz.—Dádmelos á mí, que los presto alma cuando los leo y no quiero verlos descaecer de su autoridad en vuestros labios.

Fed.—¿Estos son?

D. Láz.—Estos son, pues dicen así:

En ser tan ostentativa
Mucho te engañas, Cardenia,
Pues fundas tu vanagloria
En lo que más te desprecia.
Tener gran corte de amantes
La vanidad lisonjea;
Mas lógranse mal los gustos
Y el crédito se despeña.
Hacer favores á tantos,
Ni es útil, ni honesta empresa,
Que de favores comunes
Se forman comunes quejas.
Haz elección del más digno,
Aunque yo la suerte pierda,
Que quiero ser desdichado
Porque prudente parezcas.
Enamorar dando celos,
Si es industria no la aciertas,
Pues bastan á dar cuidados
Descuidos de tu belleza.

Ganar con ellos amantes
No sé yo cómo ser pueda,
Pues haces medios de amor
Los que él tiene por ofensas.
Si á tanta fuerza de estudio
Tras tí los vencidos llevas,
Caras compras las victorias:
No es bien que te desvanezcan.
¡Oh cuán engañada vives,
Pues sólo á tu luz serena
Se deben tantas hazañas,
No á la vana diligencia!
Vive en tí propia y no busques
Más aplauso que á tí misma,
Que sólo tú propia puedes
Tenerte á tí satisfecha.
Para ser yo tu rendido
Muchas verdades son éstas,
Que siempre á los poderosos
Los humildes lisonjean.
Pues tienes deudas y amigas
En Menandra y en Ardenia,
Consúltalas y hallarás las
Tan fieles como discretas.
Quisiera ser gran Monarca,
No por gozar la grandeza,
Mas por darle á tu ambición
Con rendirte la materia.
Esto que soy te consagro,
Ya lo ganes, ya lo pierdas,
Que aún soy más que tú ambicioso,
Pues quiero rendir tus fuerzas.

¡Está bueno! Y dice luego aquí en prosa: «Para mi prima y señora Doña Cristina.» Escucha, por

Dios. Basta, que es el hidalguete primo de la Cristineja; mal hice en darla parte de esta burla, porque si se visitan y tratan como deudos, es fuerza que se la comunique; mas acudamos al remedio: yo me siento bueno, que el mismo cumplimiento de mi deseo me ha sanado del daño que hice; me dió para cumplirle. Vengan mis vestidos y sombrero nuevo, porque quiero celebrar mi salud, no estrenándole menos que con algún gran señor de Castilla ó con alguna dama hermosa y principal.

Fed.—¿A dónde vamos con tan lucido aparato?

D. Láz.—A casa de la Cristina, porque pretendo prevenirme y excusar algún encuentro con el caballero Rodillón.

Fed.—¡Cuán propia naturaleza de los descorteses es el ser cobardes! Ya voy á dar prisa al cochero.

D. Láz.—Hacéis bien, que su flema solicitador há menester. Mas ¿quién viene con tantas voces? ¿Quién con tan escandalosa alegría? ¡Oh, Marcelillo, Marcelillo! ¿Qué es lo que te trae acá?

Mar.—Lo mismo que se pudiera haber llevado el viento.

D. Láz.—Pues á peligro está de que tú te lo lleves.

Mar.—Ea, que de viento á viento ¡va por Dios! que si los dos paseáramos la mar, que corrían los navegantes fortuna.

D. Láz.—Al fin, ¿qué es lo que buscas?

Mar.—Aquí dice D. Sebastián que se le perdió un papel con ciertos versos amorosos. ¡Mirad si tendría bastante viento!

D. Láz.—Quiérole dar á entender que no le hemos hallado, para que con esto haga la diligencia en otra parte y yo le guarde para reirle después con la tal Doña Cristina, que es tan desenvuelta, que sabrá de él burlarse más, mientras más cercano deudo la tuviere.

Mar.—¿Qué me respondéis, Lázaro? Parece que estáis muerto y no lo desdice vuestro mal olor.

D. Láz.—Anda con Dios, loco; que el humor de los enfermos no está todas veces tan bien dispuesto, que sufra libertades sin dar la respuesta con violentos castigos. ¡Hola, llamen á los lacayos y los esclavos de la caballeriza, que por Dios que ha de haber manta!

Mar.—Mirad que este recaudo es de mi dueño, y que en mí le perderéis á él el respeto.

D. Láz.—¿Cómo dijo?

Mar.—Que os besaba las manos, y que si acaso se le había caído aquí algún papel con unos versos, le hiciésedes merced de enviarle conmigo.

D. Láz.—Pues ahora que me das el recaudo derechamente, responderé yo como debo. Que le beso las manos, y que si aquí se le hubiera quedado algún papel, no soy tan descuidado ni desagradecido que estuviera ahora por enviársele; y que si acaso en algún tiempo pareciere, yo propio iré á ponérsele en sus manos y á cumplir mi obligación; y con esto, desocúpame la casa.

Mar.—¿Tan pesado soy? Poco há que decíades lo contrario, pues me llamábades viento.

D. Láz.—Por esta misma razón; porque ¿qué enfermo no se guarda del viento, y más cuando

corre tan malo, que aun á los sanos puede ser dañoso?

Mar.—¡Por Dios! que si soy viento, que me pueden echar del lugar, porque de vuestra casa salgo apestado.

D. Láz.—Ea, no des tantas palabras al aire, si no es que lo haces por quedarte con ellas.

Mar.—Vos sois el que os quedáis con ellas, pues jamás cumplís ninguna que ofrecéis.

D. Láz.—Eso será contigo, por hablarte en tu lenguaje.

Mar.—Ya sabéis que me tenéis ofrecido un jubón: dádmele, por vida vuestra.

D. Láz.—Ven acá. Pregunto: ¿son méritos que adquieren dádivas magníficas, licenciosas libertades? ¿Hasme lisonjeado alguna vez, aunque sea con mentira?

Mar.—¿Pues puede ser de otro modo?

D. Láz.—¿Ves cómo vas desayudando el donativo del jubón? Tú mismo te le quitas; quéjate de tí propio.

Mar.—Ea, yo quiero obligaros: venga una guitarra.

D. Láz.—Vuelve la cabeza y verásla detrás de tí; que si la pediste de cumplimiento, tú propio te has hecho la burla.

Mar.—No estoy para burlarme, porque padezco extrema necesidad de jubón y quiero merecerle cortesmente.

A tus divinas luces,
Generosa Filena,

Consagro más suspiros
Que el cielo tiene estrellas.
  En estos campos verdes,
Que el Mayo los afrenta
De lluvias tan armado,
Que ser Diciembre muestra.
  En tus contemplaciones
Mi alma se deleita,
Haciendo tu alabanza,
Lo mismo que contempla.
  De que merece amarte
Tal vanagloria engendra,
Que al sol en luz y en fuego
Le opone competencias.
  Idolatra á los rayos
De tus lucientes hebras,
Fuente de resplandores
Que abrasan cuando ciegan.
  Tan humilde te adora,
Tan fiel te reverencia,
Víctima de tus llamas,
Que se regala en ellas.
  Despierta te imagina
Con bien dichosa idea,
Pues copia tantas flores,
Pues finge tantas perlas.
  Y aún no duda en el sueño
Intentar esta empresa,
Que hasta en él te retrata
Tan hermosa y más tierna.
  ¡Cuánto fingido halago
Entonces representa,
Que fugitivo y breve
Al llanto la despierta!
  Mas llorar en tal tiempo

Desdicha es, no fineza,
Si el fuego de su amor
Con el agua se templa.
Que para ella gozarse
En gloria tan inmensa,
En olas de tus llamas
Anegarse debiera.
Milena, aumenta fuego,
Pues mientras más le aumentas
Purificas mi alma,
Que ser tuya desea.

D. Láz.—Tú has adquirido este jubón cantando, y á otros se le dan á precio de lágrimas y cercados de cantores, bien que roncos, y lo mismo se había de hacer contigo. ¡Hola, Federico! denle á éste el jubón verde.

Mar.—Hasta en el color del jubón me dais esperanza de otros muchos y mejores.

Fed.—Señor, ya está puesto el coche.

D. Láz.—Despacharle presto y vámonos todos.

Fed.—Vuélvase después, que ahora estamos de prisa.

D. Láz.—Dádsele luego, y no le hagáis que le merezca á precio de sus pasos, que entonces no será darle una dádiva, sino pagarle una deuda.

Mar.—Oh caballero liberal, duro de gorra y no de manos, ¿qué se me da á mí de no tener parte en la bienaventuranza de tu sombrero, si la tengo en la de tu bolsa? *(Vanse.)*

DOÑA CRISTINA y DOÑA LUCRECIA

Doña Crist.—No podía creer mi primo D. Sebastián que le había burlado el caballero descostillado tan á su costa; y aunque se rió de que hubiese puesto á peligro su vida, por hacerle una treta tan pequeña, juró de armarle una burla ridícula é ingeniosa, que no os la puedo decir hasta después de su ejecución. El viene ahora á visitarme y nosotras le hemos de entretener de modo que no salga de aquí hasta más de la una de la noche, que él suele ser tan largo en las visitas como necio, y no será mucho empeñarle en alguna plática tan durable, que le amanezca en nuestra compañía; pero no será así, porque entre doce y una le pondremos en la calle, donde..... ¡Oh cuánto siento el estar obligada al secreto!

Doña Luc.—No lo digáis, que yo me holgaré más de saberlo en la misma ocasión; porque si es buena la burla y no se logra, me dará mucha pena.

Doña Crist.—En grande obligación os están las burlas ingeniosas y sutiles.

Doña Luc.—Mirad: cuando son entretenidas y no pesadas, particular deleite recibo con ellas; y esto es tan verdad, que aun de la burla que el Don Lázaro hizo á nuestro primo D. Sebastián, le quedó agradecido tanto, que por mí no perderá, hasta que me echen la tierra encima, el título tan propio y significativo del Caballero de la Rodillada ó Rodillón.

Doña Crist.—¿Qué demonio le daría el consejo al vanísimo D. Lázaro? ¿Quién le persuadió que aventurase sus costillas á un martirio que pudo ser tan peligroso?

Doña Luc.—Yo no sé: sólo contemplo el efecto, y al mismo tiempo me deleito y admiro; mirad, por amor de Dios, si fuera el rocín antojadizo de dar pasos atrás y le hiciera andrajos la cabeza, ¿qué tal quedara de tan mal aconsejada hazaña?

Doña Crist.—Por mi fe que me holgara mucho de que sucediera así, no porque padeciera tan grave daño, sino por ver pisado entre los pies de un rocín sombrero que él rehusa de ponerle en sus manos, quitándosele cortesmente á muchos que lo merecen mucho.

Doña Luc.—Parece que á nuestra puerta ha parado un coche.

Doña Crist.—Pues es menester que sepamos si es el tal D. Lázaro, porque quiero, para dar mayor campaña de viento á las alas de su vanidad, que salgamos á recibirle hasta la puerta de la sala.

Doña Luc.—El es, amiga: vamos muy enhorabuena, que deseo mucho conocer un hombre tan peregrino.

Doña Crist.—Prevenid admiración y silencio, porque veréis un hombre tan aliñado en sus palabras como majadero en sus acciones. Prométoos que la suya, para la elegancia del hablar, es muy buena escuela; pero en lo demás guardaos de tal maestro, porque lleva barbarísimas opiniones.

D. Láz.—¿Cómo? Vs. ms. salen á recibirme

hasta la puerta: ya esto pasa los límites de la cortesía y toca en grande exceso; si no es que, como vs. ms. son salteadoras de amor, se ponen al paso para robarme en lo más desierto del camino. Mas supuesto que eso está ya hecho y que todos los despojos son de vs. ms., retiren los pedreñales de sus ojos, y adviertan que si fuego arrojan, con fuego le recibo, y que en él no me dan lo que no tengó, sino aquello que más me sobra.

Doña Luc.—¡Jesús, Jesús, qué dulce es en las palabras el buen caballero! Tenéis razón, prima: más bien habla que hablan de él.

D. Láz.—¿Pues quién habla mal de mí?

Doña Luc.—Los muchos que tiene descontentos y mal pagados su gorra de v. m.

D. Láz.—¿Cómo? Notable lenguaje que dice v. m. ¿Mi gorra tiene descontentos y mal pagados?

Doña Luc.—Sí, señor, que hay muchos acreedores á ella; y si no empieza á pagar desde ahora, aunque tenga la vida muy larga, morirá muy adeudado en la cortesía, y vendrá á ser después de muerto el que debe por no haber vivido como debía.

D. Láz.—¿Vejamen á mí? Bueno, bueno, mi señora Doña Cristina. ¿Quién es esta doncella que se pule y afila en el razonado, y en fe de que en la cara tiene mucho de lo risueño y arrebatador, se empeña en decir atrevimientos y pesadumbres?

Doña Crist.—Mi prima Doña Laurencia es muy servidora de v. m.

D. Láz.—¡Oh! ¿Prima es de v. m.? Ese grado tiene más para que yo la respete.

Doña Crist.—¿Qué le parece? ¿No es muy hermosa?

D. Láz.—Atrevimiento fué de la naturaleza intentar tanta perfección, y le logró felicísimamente.

Doña Luc.—Si v. m. se arroja al golfo de las lisonjas, volveréle en el propio metal otras no menos lucidas.

D. Láz.—Méritos grandes de v. m. son los que gobiernan mi voz y mis palabras, y no quiero hacer sospechosa esta alabanza con afirmarla con juramentos, porque donde sobran, más disuaden que persuaden. Quédese esto así, que es como más bien nos está á todos; y caminando al caso, suplico á v. m., mi señora Doña Cristina, guarde fidelidad de secreto en aquella rodillada que la consulté.

Doña Crist.—¡Oh pobre de mí, señor! ¡Qué advertencia tan perezosa! Porque lo supo luego el mi pariente; mas desahogue v. m. congojas, porque él ha hecho risa y no sentimiento del caso.

D. Láz.—Con todo eso, me pesa de que lo haya sabido, que de haberse visto tan humilde podría ensoberbecerse y ponernos en algún cuidado. Parece que la bellísima Laurencia se ríe con agradable ostentación de rosas y jazmines.

Doña Luc.—La memoria de tan graciosa burla me hace cosquillas: tuvo mil puñados de sal.

D. Láz.—Pues si v. m. la celebra y aplaude, no pienso castigarla con el arrepentimiento: basta que estimo en más al D. Sebastián. ¡Por Dios que es hombre de buen gusto, pues aunque sea contra sí sabe celebrar una treta galana é ingeniosa!

Doña Crist.—Que no le nace la risa de verse

burlado, sino de que v. m. sacrificase sus costillas á tan menguada burla; tanto, que dice que al mismo precio se dejara estafar en la cortesía todas las veces que v. m. quisiere.

D. Láz.—¡Por Dios, que habla como escudero menguado: no lo entiende! Quédese con su ignorancia, que á mí no me toca el desengañarle.

Doña Luc.—Pregunto á v. m., mi señor D. Lázaro: ¿hale quedado á v. m. lleno el número de las costillas? ¿Están algunas, por ventura, mal acomodadas de asiento?

D. Láz.—No, mi señora: todas, gracias á Dios, están conformes y unidas.

Doña Luc.—Verdaderamente que estuvo v. m. á peligro de ser castigado en lo mismo que había pecado; porque si acaso fuera tan grande el golpe que se le cayeran quedando sembradas por aquel suelo, que no hay caso tan peregrino que tal vez no pueda suceder, había jurado nuestro primo Don Sebastián que había de hacer una silla de ellas y tenerla en su casa, para darla por asiento á los hombres más viles de la República.

D. Láz.—El conceptillo no me agrada; v. m. le ha fabricado ahora, y esto de apurar tanto un concepto que viene á quedar descostillado, no sé que nadie lo pueda juzgar por ingenioso.

Doña Luc.—Pues hablando ahora de veras, lo que dijo el D. Sebastián fué que v. m. le había dado antes la venganza que le hiciese la injuria, porque cuando él quisiera tomarla por su mano sangrientamente, ¿qué más pudiera hacer que molerle las costillas?

Doña Crist.—Escuchaos, que parece que sube la escalera Marcelejo y trae consigo guitarra.

Mar.—¡Oh Lázaro! ¿Acá estáis? ¡Por Dios que os traigo muy cerca de mi camisa!

D. Láz.—Qué, ¿haste puesto ya el jubón?

Mar.—Sí, por excusaros el arrepentimiento, porque aún estaba á peligro de que me le volviérades á quitar.

Doña Crist.—¿Es tiempo de que echemos fuera este majadero?

Mar.—Sí, que á eso he venido solamente, porque ya le están aguardando en el puesto.

D. Láz.—¿Qué dice á v. m. Marcelo al oído?

Doña Crist.—Que quieren venir acá mis primos.

D. Láz.—Pues yo me voy con licencia de vs. ms. por no embarazarlos, que mañana, si me dieren permisión, volveré con mayor reconocimiento á besar sus manos.

Doña Luc.—Siempre que v. m. honrare esta casa, hasta las paredes recibirán alegría por la que en su persona les viene.

D. Láz.—Deme licencia v. m. para que presuma que éste ha sido favor y no cortesía.

Doña Luc.—La primera vez es ésta que v. m. ha pedido licencia para ser presumido, y por eso se la doy de muy buena gana.

D. Láz.—Seré presumido con licencia de v. m.; con que vendré á tener una presunción muy privilegiada.

Doña Luc.—Dele v. m. á su naturaleza las gracias de esta maestría, que á mí en nada me puede quedar deudor, y mucho menos en esta parte.

Doña Crist.—¡Hola, hola! alumbren al señor D. Lázaro.

D. Láz.—No es menester, que de casa de v. m. todos salimos alumbrados y lucidos.

Mar.—Veamos si está de este parecer dentro de media hora. Adiós mis ángeles, que quiero también ayudar yo con mi pedazo de risa á este nocturno entremés.

Doña Luc.—En verdad que nos has de cantar algo primero, que después lo sabrás en relación como nosotros.

Mar.—Decís bien: mejor es que no me halle yo presente, porque si quisiere apercibir venganza, no se determine á ejecutarla sobre mí, por ser la parte menos valida; cantar quiero mientras él llora, que así me ocuparé en servir á tan bellas damas y no en ofender á caballero tan presumido.

Amor (Filena hermosa)
Aun del viento se agravia,
Que tiene, como es fuego,
La presunción mal alta.
En las sombras más leves
Inconvenientes halla,
Que á su luz siempre limpia
Cualquier sombra la cansa.
Las luces de tus ojos
Como cielos regalan;
Mas ¡ay! que tantos celos
Más que el infierno abrasan.
Injurian mi paciencia
Y anegan mi esperanza,
Cuando en el fácil sueño

Mi quietud sobresaltan.
  Toda el alma te ofrezco,
Y así en empresa tanta
Menos premio no busco
Que conquistarte el alma.
  Huir cobarde quise
De tus valientes armas,
Pregonando mis miedos
Con fugitivas plantas.
  Ausencia prevenía,
Cuando con voces blandas
Para echarme prisiones
Me buscas y me llamas.
  Más que vano remedio,
Pues no se ausenta el alma,
Porque lleva en sí misma
De sus penas la causa.
  Reciban mis suspiros
Alientos de tu gracia,
Para que hagan con ellos
Sonora consonancia.
  Corona mis deseos,
Pues les debes la palma
Con silencio perdida,
Que no solicitada.
  Ayúdame á vencerte,
Que si haces esta hazaña,
Darás á mi amor gloria,
No escarmiento á mi fama.
  Piedad pido, señora,
Sin vana confianza,
Que yo propio me acuso
De empresa tan gallarda.

Mis ángeles: esto ha durado poco, y si hubiera

sido menos les sucediera mejor, porque yo reconozco que canto mal; y ya que esta parte no la puedo enmendar, no quiero tenerla de porfiado, pues siendo la peor, está en mi mano el corregirla. Adiós, adiós.

Doña Luc.—Así te vas: ¡notable prisa!

Doña Crist.—Dejadle, pues ya es tiempo de entregarnos al sueño dulcemente, hasta que la aurora del futuro día nos despierte á ser compañeras de su risa, con la relación de la burla que se le está haciendo al caballero descostillado.

Doña Luc.—Decís bien: vaya norabuena, que ya el sueño me ha enviado á mí sus embajadores en unos bostezos disimulados.

Doña Crist.—El parabién os doy de tan dichoso estado; dormiréis con mucho gusto, porque no hay cosa peor para rogada que el sueño: él se ha de venir y entonces es sabroso.

Doña Luc.—Con todo eso temo desvelos de mi curiosidad, que el ansia de saber los fundamentos de esta burla y el fin que tiene me han de tener suspensa y divertida.

Doña Crist.—Vamos, que mientras nos despojamos de las joyas y vestidos, os aliviaré de la parte que puedo, que es referiros en qué se funda la treta: el suceso le sabremos mañana, que no podrá dejar de ser entretenido, supuesto que la burla no puede malograrse por cobardía ni negligencia de los actores. (*Vanse.*)

DON SEBASTIÁN y DON RODRIGO

D. Seb.—Digo, porque no me molestéis más con la pregunta, que de boca de nuestra prima y de la de un criado confidente suyo, entendí su maliciosa descortesía; y aunque él con la prevención de la caída me había anticipado la venganza á la injuria, con todo eso, pienso que si se me logra la treta como yo la tengo estudiada, que ha de ser graciosa y entretenida para el pueblo.

D. Rod.—Paréceme que el disfraz que traemos es tal, que en ningún tiempo podrá conocernos.

D. Seb.—Mientras durare la ejecución, conviene que se nos logre este fingimiento, que después yo propio pienso ser el pregonero, porque en su publicación consiste mi desagravio.

D. Rod.—¿Si se tardará mucho?

D. Seb.—Es imposible si Marcelillo ha ejecutado con puntualidad mi orden. ¿Parece que os habéis suspendido?

D. Rod.—He puesto los ojos y tras ellos he dejado correr la consideración por este campo azul, teatro de las estrellas. ¡Oh cuánto admiro de esta noche la belleza y el silencio; qué rica está de ojos y qué pobre de lengua! Y no le hace falta, que siendo éste un instrumento que hoy se ejercita sólo en pedir, sobrará en quien tanta riqueza tiene.

D. Seb.—¿Silencio llamáis éste? Voces son cuantas luces brillan, y voces que persuaden alabanzas de su hermoso Criador. ¡Oh prodigiosa armonía! ¡Oh perpetua y no entendida consonancia! ¡Oh

ministros, cuanto lucidos, obedientes de la voluntad divina! Escuela sois, no sólo de fulminantes resplandores, sino de humildades prontas y ejecutivas. Ni aun un paso breve no dais á vuestra elección sin consulta de más alta causa, sin determinación del motor primero. ¡Oh qué bien se ve que es vuestra patria el cielo, animadas estrellas, pues siendo hermosas sois fieles, que es lo que menos se usa en la tierra! Y la exterior belleza en las criaturas terrestres, testimonio es de infidelidad constante.

D. Rod.—Bueno: empezastes por la alabanza de esta perfección celestial, y habéis fenecido vuestro discurso satirizando; pareceros queréis á cierto venenoso ingenio que jamás alabó á nadie sin el desprecio de otro, siendo su fin dar con lo primero disposición á lo segundo.

D. Seb.—No me graduéis de doctor en facultad tan vil como necia; no quiero yo parecerme á éste que, halagando en presencia con viles lisonjas á los que pone en el número de sus amigos, después con desvergonzado rostro y lengua de serpiente los hiere y vitupera; yo generalidades reprendo: éste es mi estudio, que mi ambición no se profana fundando su gloria en el deslucimiento y precipicio ajeno. Escuchad, pues, que siento pasos; allí se descubre un hombre. ¿Quién va, caballero? Téngase. ¿Quién es?

D. Láz.—Bien pueden dejarme el paso libre, caballeros, que un hombre soy sólo.

D. Rod.—Ya le he conocido: D. Lázaro es. ¿Qué esperamos?

D. Seb. Callad y veréis cómo hago en su condición una prodigiosa experiencia de que ha de quedar al mundo incorruptible fama. Caballero, denos v. m. por cortesía á dos pobres soldados la capa.

D. Láz.—Por cortesía y á dos pobres soldados doy de buena gana la capa: tómenla luego.

D. Seb.—Por la propia cortesía volvemos á pedir que nos dé v. m. también la bolsa.

D. Láz.—Aunque eso es demasiado pedir, la doy por no mostrar que estimo en más la bolsa que la capa.

D. Seb.—Pues ya que v. m. tiene ánimo tan cortés, que nos ha entregado capa y bolsa, realce la cortesía con entregarnos también el sombrero.

D. Láz.—¡Cómo! ¿Mi sombrero? ¡Cómo! Ese es el que no le entregaré yo á nadie, aunque aventure en su defensa la vida.

D. Seb.—He aquí que le volvemos capa y bolsa liberalmente, sólo porque nos haga cortesía del sombrero.

D. Láz.—Desengáñense, que aunque me han vuelto capa y bolsa, no han de llevar el sombrero; antes por lo que me han ofendido con semejante petición, no han de llevar ni aun un pelo de mi persona.

D. Rod.—¡Ea, gentil resistencia! Entregue el sombrero ó pagarálo con la vida.

D. Láz.—Esperaos, que de esta manera entrego yo el sombrero: pícaros, ladrones, venid ahora á pedirle.

D. Rod.—¿No es cosa ridícula que ha puesto

mano en defensa de su sombrero, lo que no hizo por la capa ni por la bolsa?

D. Láz.—Hombres viles, no es cosa ridícula, porque yo por mi Rey y por mi sombrero tengo de morir.

D. Seb.—Mientras yo le divierto por este lado acuchillándole, pasad vos por detrás y corredle el sombrero, que yo querría que hiciéremos esto sin sacarle sangre, porque busco deleite y no pesadumbre.

D. Rod.—Estoy advertido, y vos lo quedad de que me iré con él á casa de nuestras primas, y allí os aguardo.

D. Láz.—¿Cómo? Uno solo me acomete y el otro se va. ¿Tan fácil juzga la empresa? Pues á su costa se lo enseñará el desengaño.

D. Rod.—Ea, dame el sombrero, caballero descostillado, que aunque te pese te le quito con violencia.

D. Láz.—¿Por detrás? ¡Oh aleve, oh traidor, y qué veloz huyes! Mas en el que delante me queda tomaré satisfacción de agravio tan insolente.

D. Seb.—Consolaos de que ya que habéis quedado sin sombrero, no tenéis más testigos que las estrellas celestiales, que no lo parlarán á Dios. Adiós, que á fe que habéis de saber esta vez qué cosa son catarro y romadizo.

D. Láz.—También éste se me va por los pies: todos me huyen, cuando yo quedo sin sombrero. Esta infelicidad, aunque ha sucedido de noche, no podrá ser encubierta, pues empieza con descubrirme á mí la cabeza, que es la parte principal del

cuerpo. Estrellas: si acaso alguna de vosotras tiene á su cargo el patrocinio de los sombreros, ¿cómo á vuestros ojos me han dejado sin él? Yo hago voto al cielo, á la patria y á todos los caballeros profesores de la presunción descortés, de no ponerme otro sombrero en la cabeza hasta cobrar el mío. Si yo pasare en algún tiempo á lugar sublime en la República, he de proponer que se establezca una ley severa contra los robadores de joya tan preciosa y sagrada. ¿Podré yo entrar de este modo en mi casa á vista de mis criados? Mas sí, que son fieles y ayudarán al sentimiento de tanta pérdida.

Fed.—¿Quién va? ¿Quién es?

D. Láz.—¡Mas si vuelven por lo que dejaron!.... Sí va: ¿quién lo pregunta?

Fed.—¡Oh señor! Federico soy. ¿Cómo está v. m. de ese modo?

D. Láz.—En casa lo sabrás: hanme quitado el sombrero unos ladrones.

Fed.—Quitar el sombrero y dejar la capa, más es acción de caballeros traviesos que de ladrones viles; y en v. m., que es tan escaso en la cortesía y con ella tiene á todo el lugar agraviado, aún se justifica más esta sospecha. Proponga v. m. la enmienda y redúzcase al gremio de los caballeros corteses, que éste es sin duda aviso del cielo.

D. Láz.—De hoy más pienso llevar el sombrero en la mano, y con no tener que quitar de la cabeza, los haré á todos iguales.

Fed.—Esa no es menor descortesía que la pasada, demás de que es doctrina muy vieja y platica-

da por otros autores más antiguos. Tome v. m. mi sombrero y recojámonos á casa, que yo me pondré la capa sobre la cabeza.

D. Láz.—He jurado de que no me he de poner otro sombrero hasta cobrar el mío.

Fed.—Ea, hónreme v. m. con ponerse el mismo sombrero que yo me he puesto; ea, haga esta liberalidad generosa. ¡Jesús, Jesús, Jesús! Dios ayude á v. m.: mire cómo estornuda.

D. Láz.—Hasta ahora, gracias á Dios, no sabía qué cosa fuese; pero ya por mis pecados he llegado á experimentar esta mala ventura.

Fed.—¡Jesús! Otra vez. ¡Jesús! Ea, vámonos á casa, que temo que v. m. caiga malo de un resfriado grande.

D. Láz.—¿Qué llamas resfriado? ¡Qué mal has entendido mi achaque! Antes la cólera me tiene tan fogoso, que arrojo llamas por los ojos y por la boca.

Fed.—Otra vez pienso que se purgan las narices de la ociosidad que han tenido tantos años. ¡Qué malo estaba v. m. para entrar ahora en Ginea! Y advierta que la noche es negra; y estando en su presencia y siendo mujer, parece que es el estornudar grosería, de modo que por todos caminos no puede v. m. librarse de ser descortés.

D. Láz.—Vamos, vamos, que estoy loco.

Fed.—Por lo menos no podrá v. m. hacer una acción que hacen los que se vuelven locos de amor en las comedias, que es arrojar entre las demás prendas de su persona el sombrero.

D. Láz.—Llama para que nos abran la puerta.

Fed.—No es menester llamar, que yo la dejé abierta cuando salió de casa el dueño de ella y mío.

D. Láz.—¡Oh miserables hados! ¡Oh fortuna inconstante! Yo os agradezco el no haber nacido Rey, que quien perdió su sombrero también perdiera su corona. *(Vase.)*

DON SEBASTIÁN, DON RODRIGO y MARCELO

D. Seb.—Ya él se entró: esperemos á que se desnude, y luego podrás provocar su cólera con cantarle el romanzón satírico.

D. Rod.—Antes no, porque si se acuesta y se duerme, echaremos esta diligencia al aire.

Mar.—Advierto que yo no lo sé de memoria y que he menester que v. m. que le compuso me le entregue copla á copla por el oído, y así le iré yo cantando con seguridad y descanso.

D. Seb.—Has hablado cuerdamente: hágase tu voluntad.

Mar.—Sentémonos en el umbral de esta puerta de enfrente, y así no nos podrán arrojar de las ventanas del ofendido nada que nos sea dañoso.

D. Seb.—¡Qué buenos consejos que te da tu miedo!

Mar.—Por lo menos prudentes y seguros. Paréceme que puedo empezar: va el pasacalle con sus ciertos repulgos de punteado, para provocar más los ánimos de los que esperamos por oyentes.

D. Rod.—No es bueno, sin duda, que han abierto la ventana y dos hombres salen á ella; y ¿quién duda que el uno de ellos debe de ser el D. Lázaro

y el otro su consultor Federico? Animo, que la próspera fortuna nos lisonjea.

Mar.—Si la tenemos en nuestro servicio, no hay sino aprovecharnos de ella, que es criado bien diligente. ¡Vaya!

D. Seb.—Vaya, y con mucha propiedad, pues vaya ha de ser lo que se canta.

Cautivo yace en prisiones
El sombrero de un hidalgo,
Pecador público al mundo,
Descortés y cortesano,
En casa de un confitero
A donde queda empeñado,
Con que ha venido á ser dulce
El que fué á muchos amargo.
Púsosele el confitero,
Y á muchos le fué quitando,
Por darle buena doctrina
Y enviarle bien enseñado.
Turbóse el sombrero noble
Con el repentino caso,
Viendo en sí tantas mudanzas
El que fué tan mesurado.
Cuatro reales fué el empeño:
Rescátale fiel cristiano,
Que el que le tiene le hace
Servir al fin como esclavo.
Estábase el sombrerito
Acostumbrado á regalo,
Habitando todo el día
En el alcázar más alto.
Desde allí miraba á todos
Despreciador y tacaño,

Trampeando la cortesía
A los grandes y á los bajos.
No le meneaban los vientos
Aunque soplasen bramando,
Que en los cascos que cubría
Los traía aprisionados.
De los vientos fué ventero
Por lo que en él se hospedaron,
Y era ventero ventoso
Si á los huéspedes miramos.
Muy de hidalgo se preciaba
Y más pareció villano,
Pues como á los que lo son
Le vimos encabezado.
El que se vió en la cabeza
De un caballero tan alto,
Es ya juego de los pies
De los burlones muchachos.
Ya se mira el pobrecito
De su patria desterrado,
Porque en la misma cabeza
Presume que le engendraron.
Cuando vaya de esta vida
No llevará pocos cargos
En las gorradas que debe
A muchos hombres honrados.
En el lugar le tenían
Por mal acondicionado,
Tan amigo de su asiento
Que jamás supo dejarlo.
Corriéronle á media noche,
Quedando el caballerazo
Al serenísimo viento
Descubierto y declarado.
Envióle sus mensajeros

El flemático catarro,
En cuatro ó cinco estornudos
Mal sentidos y bien dados.
Los humos de la cabeza
Con gran gusto respiraron,
Que él tenía tantos humos
Porque los guardaba tanto.
Cabeza de su cabeza
Era el sombrero, y es llano
Que con quitarla el sombrero
Entonces la degollaron.
Quedóse el caballerete
Los vientos acuchillando,
Que á sus mayores amigos
Los trató como á contrarios.
Y tuvo mucha razón,
Porque iba en ellos volando
El que le llevó el sombrero,
Que alevosos le ayudaron.
Ceñido el cielo de estrellas,
Común y rico aparato,
Le dió vaya con sus luces
Esclareciendo el estrago.
Si él adora en su sombrero,
Que muchos lo imaginaron,
Aunque está en prisión tan dulce
Dese priesa á rescatarlo.
Vuélvale á su primer trono,
Donde á los valientes rayos
De Júpiter tenga miedo,
Que dan siempre en lo más alto.
El consejo es de un amigo,
Más que lisonjero sabio,
Tanto que puede por él
Cortesmente saludarlo.

D. Láz.—¡Hola, Federico, dame la escopeta, que yo les pagaré el consejo en moneda de fuego! ¿Tal atrevimiento, tal maldad se consiente en una Corte política, en una República cristiana, donde hay Rey católico y justicia igual para todos?

Mar.—Vámonos, que pues este loco nos avisa á tiempo, será cordura excusar el peligro en el golpe de la escopeta; porque más fuera de juicio está quien no teme las demasías amenazadas por la boca de un loco, que el mismo loco que las ejecuta.

D. Láz.—¿No vais por esta escopeta? ¿Quién os detiene? ¿Quién os embaraza?

Fed.—¿En quién piensa v. m. hacer el estrago cuando la traiga, si ya se han ido los autores de su disgusto? Entreguemos ahora al sueño todos estos pesares, que mañana prevendremos el más seguro remedio.

D. Láz.—Yo no podré sosegar, porque para dormir es almohada muy inquieta un cuidado tan forzoso. *(Vanse.)*

ACTO SEGUNDO

DOÑA CRISTINA y DOÑA LUCRECIA

Doña Luc.—Buenos y alegres días, prima, que yo tales me los prometo con las nuevas de la feliz ejecución de tan graciosa burla. ¿Qué os parece? ¿Tendría efecto?

Doña Crist.—Sin duda, ó los ejecutores habrán caído conmigo de una altísima reputación, porque determinarse los galanes delante de las damas á una acción como ésta, que aunque no es bizarra es entretenida, el no conseguirla dice por lo menos poca industria, ya que el valor se libre de ser fiscalizado.

Doña Luc.—Mucho temo en D. Lázaro excesos de sentimiento.

Doña Crist.—¡Oh qué alegre día ha de ser para el pueblo. De sus lágrimas nacerá la risa común.

Doña Luc.—La nueva será á muchos increíble; pero á todos agradable, que de esto segundo tendrá su principio lo primero.

Doña Crist.—Por lo menos el sombrero ha de ser mío, que le pienso poner entre mis joyas, que

no será la de menor estimación, trayéndome con su vista á la memoria el peregrino capricho de su dueño. Pondréle plumas; adornaréle de cairel y toquilla de oro, y aun pienso que, en su opinión fantástica, si le ve sobre mi cabeza, dirá que ha sido indigno y humilde empleo.

Doña Luc.—Más servidor vuestro es de lo que pensáis; sin duda tendrá por favor demostración semejante: sólo sentirá el modo despreciable por donde ha llegado á vuestras manos; razón que le hará juzgar que todo es burla y juzgará cuerdamente.

Doña Crist.—Escuchad, que nuestros primos vienen y con no poco estruendo de risa: sin duda la burla ha tenido efecto.

D. Rod.—¡Oh señoras! ¡Oh primas! Denme vs. ms. esas manos; enriquezcan mis labios con su nieve.

Doña Luc.—Ea, primo, levántese v. m.; no esté de ese modo, que viene á ser exceso semejante cortesía.

D. Seb.—Primas, guarde Dios á vs. ms.

Doña Luc.—¿Han visto y qué escasamente nos ha quitado el sombrero?

D. Rod.—No se espanten vs. ms., que es el de D. Lázaro; y aunque mude de cabeza, no quiere mudar de costumbre.

D. Seb.—No es burla, no es fingimiento, ¡vive Dios! que no me le acierto á quitar á nadie, y que de mi casa á la de vs. ms. he cometido infinitos crímenes descorteses.

Doña Crist.—¡Éste es el sombrero de D. Láza-

ro! ¡Este el que ha cubierto aquella sublime y generosa cabeza! Dejadme, que le quiero festejar con una y otra reverencia humilde. ¡Oh precioso tesoro: tú serás el mayor blasón de mi casa, la principal curiosidad de mis camarines y la más opulenta riqueza de mi guardajoyas! Por tí sabré los vientos que corren, por ser quien los ha tenido encarcelados y sujetos. Dividido en pedazos menudos, podrás servir de reliquias á los navegantes contra la saña de estos atrevidos bramadores, de éstos que amotinan las olas contra el cielo y tienen escarapela con las mismas nubes. Bien puedes desafiarte con la Giralda de Sevilla, y sin duda vencerás, si acaso quisiere pretender que ha sido tan bien servida como tú de los airosos ministros. No se podrá decir por tí, aunque se te ha tenido sumo respeto, que no te ha tocado el aire, porque de él has estado siempre lleno. ¡Oh tú, fiel testigo de la vanagloria de los hombres y digna prenda del hombre más vano de todos ellos, perdona la estrecheza de mi casa y acomódate en su pequeñez; y si ella no bastare, aquí está mi corazón! Mas ¡ay! que es pasar de extremo á extremo: del aire y su centro, al fuego y su esfera; de la vanidad eternamente inútil, á la voluntad siempre provechosa. Segura estoy de que no te dejarás robar de los ladrones, porque, enseñado á ocupar tanta alteza, huirás de verte en cabezas infames y viles. Por amigo te quiero, por compañero te elijo, por dueño te reconozco.

Doña Luc.—¡Jesús, Jesús, y cuántos donaires se te han ofrecido! Y estoy por decir que te ocurren

más en virtud propia del sombrero que en la de tu feliz ingenio.

D. Seb.—Pudieran haber dado celos estas alabanzas á una piedra, si no tuvieran tanto de sátira ingeniosa y ridícula. Mas oye, que aquí viene Marcelillo, que le envié por espía á su casa del doliente D. Lázaro, para que entendiese el estado de sus lamentaciones y cómo se portaba en tan adversa y desconsolada fortuna.

Mar.—Atención, generosos caballeros y bellísimas damas; oid, oid, oid.

D. Rod.—Pareces rey de armas.

Mar.—Por lo menos todas son muestras de la voluntad con que solicito el silencio. Sabed que el D. Lázaro, ó ya arromadizado del sereno que le dió en la nunca hasta entonces descubierta cabeza, cayó enfermo; ó ya oprimido del vehemente sentimiento de la que fué en su opinión tan grave injuria, amaneció esta mañana su casa llena de dolor y desconsuelo y de algunos amigos de buen gusto que, entendido el caso, vestidos de luto acuden á darle el pésame, que él recibe con tanto agrado, que sólo esta burla, que él juzga lisonja, ha de ser bastante á restituirle la salud; y porque no se pierda en el mundo un humor que tanto le entretiene, es menester que todos acudamos á solicitarle su mejoría: por esto os traigo aquí estos lutos con que soléis acudir á semejantes ocasiones; y en estando allá vosotros, iré yo con un luto hasta los pies que tengo alquilado, y tan de disfraz, que será imposible conocerme con éste, pues pienso entrar y darle el pésame en nombre de la

comunidad de los sombrereros; y advertid que os convido para un rato bastantemente apacible.

Doña Luc.—Ya me le finjo yo sazonadísimo. ¡Oh quién pudiera gozar de tan apacibles horas! No se dilate, primos, la ejecución; vestíos las bayetas, aunque hace el tiempo bastantemente abrigado, que nunca los gustos se dieron tan de balde, que no costasen mucha parte de otros pesares.

D. Rod.—Por vuestro gusto se ha de hacer todo, demás de que en este caso el propio nuestro se halla muy interesado, por ser la ocasión tan digna de ser celebrada.

D. Seb.—¿Cómo digna de ser celebrada? Quisiera tener ahora aquí toda aquella abundancia de risa, por donde los necios se dan á conocer más fácilmente, para festejarla como debo. Ea, vamos, que la detención me acusa, y aun él allá debe de tenernos por sospechosos, pues no vamos á dolernos de su mal entre los demás amigos.

D. Rod.—¡Qué de veras lo tomáis! ¡Qué gustoso entráis en la trampa!

Doña Luc.—Ea, vístase, D. Rodrigo; dese prisa, pues parécele que esto en ningún tiempo debe tomarse de burlas. Milagro es que yo no vaya allá, que si no mirara que debo á mi calidad contenerme entre los límites de la modestia, saliera por esas calles como una loca.

D. Seb.—Adiós, mis señoras; adiós, mis reinas; adiós, mis dueños: yo me voy luego por ser en todo el más obediente.

Doña Crist.—¿De cuándo acá tantas gorradas y reverencias?

D. Seb.—Es que como me dejo ya acá el sombrero de D. Lázaro, heme vuelto al centro de mi natural cortesía.

Doña Luc.—Bien dijo, maravillosamente. Dios le acompañe y le guíe.

Mar.—Bien há menester todas estas bendiciones, porque como el luto va algo largo, aún puede tropezar al bajar de la escalera.

Doña Luc.—¿Y tú cómo te detienes? ¿Por qué no vas también á prevenirte?

Mar.—Quiero dejar que lleguen allá primero mis amos, para dar perfecta disposición á la burla, que ya yo tengo prevenido todo el ropaje y me adornaré de él fácilmente.

Doña Luc.—¿Ya tendrás estudiadas muchas malicias sutiles y graciosas para darle el pésame?

Mar.—Esto de las gracias es una cosa que pocas veces vienen fuera de la ocasión, aunque más se busquen; y puesto un hombre en ella que tiene buen natural, se le ofrecen copiosamente con facilidad notable, y así guardo para entonces este cuidado descuidado. Sabéis que sería bueno, oid, enviad allá á Sabina, la esclava berberisca, con un papel vuestro de conformidad, lleno de grave sentimiento, para que así tenga el pésame de todas suertes, por escrito y de palabra; conformad vuestra prosa, que yo sé que no irá pobre de agudezas y donaires.

Doña Luc.—Ven acá, ¿no habrá él conocido quién le hizo la burla, habiéndole cantado tú luego á su puerta aquel romance?

Mar.—No, mi señora; no, mi ángel, porque yo

mudé la voz tan groseramente, que parecía más becerro que hombre. Haced cuenta que sólo fuí un pregonero de aquellas coplas, que se las dije en altas é intelegibles voces para que se hiciese capaz de la pesadumbre. Adiós, señoras, que ya me parece que se llega el tiempo.

Doña Luc.—Yo me pondré en oración por el buen suceso, con tal que me ofrezcas avisarme luego.

Mar.—Yo seré el embajador.

Doña Crist.—Paréceme que nosotras podremos irnos á misa: demos lo principal del día á tan importantes veras, que ya éstas son demasiadas burlas.

Doña Luc.—Si pensara que en ellas había ofensa del cielo, no sólo las ejecutara, pero aun el intento severamente reprendiera. *(Vanse.)*

DON LÁZARO y FEDERICO

D. Láz.—Hanme aliviado dulcísimamente mi pesar las visitas de estos caballeros honrados que, con tanto sentimiento de luto y lágrimas, han celebrado mi desdicha. ¡Oh cómo los buenos son buenos!

Fed.—¿Es posible que no puede v. m. conocer la voz de aquél que nos cantó el romance? Porque por él se podría rastrear quién fueron los autores de tan achacosa burla; y bien digo achacosa, pues le tiene á v. m. tan doliente.

D. Láz.—Amigo, ya os he dicho que no le co-

nocí: en mi vida he oído cantar otra vez á tal hombre; y ruégoos que por hacerme placer, si me queréis bien, otra vez no la llaméis burla, sino traición alevosísima, maldad insolente y atrevimiento descarado. ¿Dónde vais?

Fed.—A ver lo que quiere este paje.

D. Láz.—Despachadle bien y presto, y volveos luego conmigo, porque en cogiéndome la imaginación á solas me hace muy pesadas burlas.

Fed.—Señor, este paje viene de parte del Caballero Rodillón y su primo, que quieren dar á v. m. el pésame de esta desgracia. Ya les he dicho que suban.

D. Láz.—Hicistes muy bien, y ponedles un par de sillas, que hombres que no se han dado por entendidos de aquel desprecio y me acuden en mis trabajos, mucha estimación merecen.

Fed.—Ellos son; ya entran, y ya las sillas los aguardan.

D. Rod.—Beso las manos de v. m.

D. Seb.—Y yo las beso mil veces.

Fed.—Adviertan vs. ms. que no les responderá más que con un suspiro; que el sentimiento interior no le deja hablar, y con razón justísimamente.

D. Seb.—Bien. Aunque no responda, ¿oirá lo que le dijéremos?

Fed.—Sí, mi señor, y tal vez también responderá.

D. Seb.—Digo, pues, señor: el sentimiento de tan grande trabajo como ha venido por su casa de v. m. ha lastimado nuestros corazones, y así venimos, á ley de buenos caballeros y de amigos

leales, á ofrecernos con nuestras personas, vidas y haciendas para la venganza de tan insolente y grave injuria.

D. Láz.—¡Oh bondad, oh bondad, oh bondad! Agradezco, estimo y reconozco.

Fed.—Y con lo dicho se ha vuelto del otro lado, y no hablará más palabra en mucho tiempo.

D. Rod.—Siempre el señor D. Lázaro es finísimo en sus sentimientos; sabe muy bien la estimación que debe á su honor.

Fed.—Rendido está de fierísima tristeza; mas el ver á Sabina en casa y con un papel en la mano, podrá ser que le aliente en tan humillada fortuna.

D. Láz.—Leedle vos y en voz alta, porque vean estos señores la discreción de estas damas. Así disimulo que no sé que son sus primas.

D. Rod.—También nuestras primas han querido ser partícipes y ayudantes del donaire: prevenid los oídos, que sin duda el papel ha de tener mucha sal y agudo ingenio.

D. Seb.—Federico, ¿estáis dormido? ¿Qué hacéis? ¿No empezáis?

Fed.—Sí, señor; dice así:

«La desgorrada muerte, que la pintan todos no sólo sin caperuza, pero calva, porque aun pelo no la cubre la cabeza ni aun pellejo, pues está desnuda en el mismo hueso, debió de tener envidia de v. m. viéndole gozar de eterno sombrero. Ella, sin duda, trazó que se le robasen de noche, por ser sus tinieblas tan parecidas á sus horrores. Esta casa ha hecho tan grave sentimiento de este daño,

que si como las mujeres acostumbramos á no traer sombreros, fuera lo contrario, nos priváramos de este hábito para siempre, por haberle sucedido á v. m. con él una afrenta tan incapaz de consuelo. Por lo menos andará ahora más bajo de cabello, que decían todos que sólo por no estar aquel breve tiempo desgorrado, se le beneficiaba muy de tarde en tarde y le dejaba extender con tantas ramas, y aun afirman algunos curiosos que sólo iba v. m. descubriendo la parte de la cabeza que le cultivaban las tijeras, y luego la reparaba; con que ningún fiel cristiano, aunque sea barbero, puede afirmar que le vió á v. m. la cabeza descubierta enteramente. Muchos han celebrado, y con razón, un raro prodigio en v. m., porque ven que ha hecho de mejor calidad los pelos de su cabeza que los secretos de su pecho; y de lo uno y lo otro, nosotras, que escribimos esto, tenemos bastante experiencia, pues cuando, más liberal de lo que convenía, descubre los secretos, escasísimo encubre y esconde los siempre reclusos pelos. Al fin, señor, en semejante pérdida conviene que se consulten luego todos los judiciarios científicos de la Corte para ver cuál planeta de los desgorrados del cielo pudo tener parte en este desmán, y si nos puede quedar viva alguna esperanza de su restitución. También será cosa acertada enviar á diferentes partes sus retratos para que los Jueces de las ciudades y villas de estos reinos le pesquisen y busquen, sacándole con esta diligencia de cualquier parte á donde estuviere encubierto. Finalmente, Rey mío, aquel poderoso Dios que cubre todas las cosas con su be-

nigna y piadosa mano, consuele á v. m. en este descubrimiento de su cabeza, que para los cortesanos de buen gusto ha sido de mayor estimación que el de las Indias, porque dice que gozan con la risa que les causa, si no mayor, más seguro tesoro.

»Dada en nuestro estrado un día después de la pérdida de tan ilustre y mal afortunado sombrero. —Amigas de v. m., *Doña Cristina.—Doña Lucrecia.*»

D. Láz.—¿Cómo es aquello de «finalmente?»

Fed.—Dice así: «Finalmente, Rey mío.»

D. Láz.—¡Qué bien dijo «Rey mío!» Por estas mujeres me pierdo yo, que saben el respeto, que son curiales en la cortesía. ¡Oh buenas señoras! ¡Qué hermosas damas! Cierto que son las que mejor me parecen en la Corte.

D. Seb.—Notable fantasía, prodigiosa vanidad: miren por el camino que se han ganado nuestras primas el titulazo de las protohermosas de la Corte.

D. Láz.—Responda la señora Sabina que Dios las consuele como me han consolado, y que después por escrito me dilataré como debo en los agradecimientos. Dios la guarde.

D. Seb.—Mucho se tarda Marcelillo.

D. Rod.—No, porque á la puerta llega un coche, y sin duda que viene en él.

D. Seb.—Federico nos sacará de esta duda, que ha ido á ver quién es el nuevo visitante.

Fed.—Señor, aquí ha llegado en un coche un hombre que, según viene enlutado, no le pude ver el rostro, y dice que trae á v. m. el pésame de

parte de la comunidad y oficio de los sombrereros.

D. Láz.—¿Cómo, hermano? Decid de los señores sombrereros, ponedle una silla y entre. Mis señores, háganle vs. ms. mucha honra, que este oficio es el más honrado de toda la República.

Mar.—Señor, la honrada y agradecida comunidad de los sombrereros, que debe á v. m. tanto, por ser quien ha dado mayor estima á las mecánicas obras que salen de sus manos.

D. Láz.—Señor, espérese. Reprendo el mecánicas: diga ilustres, y pase adelante.

Mar.—Digo, pues, que este generoso y alto gremio de oficiales abrigadores de la testa, ha hecho lamentable y fúnebre sentimiento por la pérdida de aquel castillo de su cabeza de v. m. ¿Dije bien? Castillo era y no sombrero: en lo fuerte, en lo firme, en lo inmutable; pero, señor, siempre las máquinas más ilustres tienen más vecinos los violentos estragos. Consulte á sus miedos y no á sus lisonjas quien se viere en más sublime asiento. Estos señores, pues, del arte sombrerista que me han hecho comisario de esta embajada para con v. m., deseando hacerle un servicio memorable, se ofrecen á darle en tributo en cada un año cien sombreros donceles y vírgenes de nadie estrenados, y quieren que este feudo pase á sus descendientes y que lleven á ponerlos en sus sepulcros sobre la cabeza de la figura de mármol que, retratando á v. m., se ha de perpetuar en él, cuando Dios, después de muchos años de vida, le saque de esta caduca y mortal.

D. Láz.—¡Oh qué agradable cosa, señor y amigo! Estimo el ofrecimiento lo que es justo; pero quiero que adviertan esos señores que no le acepto hasta que haya cobrado el que perdí, porque no ha de coronar mi cabeza otro sombrero mortal mientras él no pareciere, tomando yo enmienda bastante de los que intentaron agraviarme por aquel camino.

Mar.—Pues, señor, si para esa jornada fueren menester cien personas de nuestra profesión, avise v. m., que irán á servirle de buena gana con sus personas, vidas y haciendas.

D. Láz.—No, señor, porque yo solo tengo de hacer por mis manos la justa venganza; y adiós, que me duermo todo.

Fed.—Denle vs. ms. lugar para que repose.

D. Seb.—¡Oh qué cortesmente que nos ha despedido!

D. Rod.—Nadie puede perder su naturaleza.

Mar.—Más vale así, porque cuando las cosas salen de su común uso, ya monstruos son y amenazan prodigiosa ruína á las mortales criaturas. *(Vanse.)*

DOÑA LUCRECIA y DOÑA CRISTINA

Doña Luc.—Las llamas de amor, ¿de quién pueden ser reprendidas, cuando con generoso incendio abrasan? No que ames; la elección sí culpo, bellísima prima. D. Sebastián y D. Rodrigo, entrambos nuestros deudos y entrambos tus amantes,

te pretenden briosos. D. Rodrigo es libre y puede celebrar contigo felices bodas. Tú, más atenta á D. Sebastián, ofendes tu decoro, pues la solicitud de un casado, aun de burlas, deslustra y deshonra el crédito de una doncella noble. Despierta á las voces de mi desengaño, ó escúchate á tí propia discurriendo sobre el caso, que en tu divino ingenio hallarás bastante maestro. No te aconsejes con las violentas estrellas, que muchas veces llevan á nuestra inclinación, aunque las ves resplandecer tan lucidas, por campos de nieblas, sombras y horrores. Sean despojos de tu entendimiento y victorias de tu desprecio las tentaciones de este apetito tan vano como peligroso. Castiga á quien se atrevió á mirarte, prevenido de fuego, para abrasar las murallas de tu gloriosa fama; que yo, empeñada en los aumentos de tu virtud, como quien á tu lado asiste y debe manifestarte verdades, seré liberal de la sangre y aun pródiga de la vida por defender lo que te conviene tanto.

Doña Crist.—Si hubieras conocido, amada Lucrecia, que bien pudieras, mi espíritu bizarro, mi ánimo brioso, y que para mí las lisonjas de estos amantes son un florido jardín en que sólo me deleito de paso y no me detengo, no hubieras fatigado tanto tu estudio y prevenido sentencias y elegancias para reducirme á la opinión que en mi alma está escrita, y de ella más que de la tuya nace. Sabe, pues, que los verdores de mis años, suspendidos en tan dulces vanaglorias, como representan lágrimas y quejas de estos rendidos festejadores, cogen las flores, no el fruto. Ambición

tengo de ser amada; ambición que es tan gloriosa, que fingía la gentilidad, que se empeñaban en ella las deidades superiores. Engáñame el espejo, incurriendo en la misma culpa los bríos de mi juventud lozana. Agrádanse mis ojos de sí mismos, que, altivos y soberbios, se desconsuelan, se desconocen, mientras no avasallan, mientras no cautivan. D. Sebastián y D. Rodrigo igual desprecio padecen en mi ánimo: si con exteriores muestras he halagado más al uno que al otro, descuido ha sido. Mas yo desde hoy, por darte gusto, procederé tan igual, que ni el uno pueda formar quejas, ni el otro desvanecimientos.

Doña Luc.—No me has entendido; ni tú, con ser ingenio tan florido y alentado, te entiendes. ¿Quieres dejar correr á la afrentosa vejez una mocedad tan bella y ociosa? Revuelve sobre tus florecientes años, y goza en estado honesto el fruto de la sucesión. Elige dueño que apadrine tu fama, que resplandezca tu decoro; que una mujer viuda, hermosa y moza, sin madre y sin hermanos que la hagan compañía, es terrero de las flechas de los murmuradores y ocasionadora de atrevimientos infelices; que yo, si D. Fernando, mi esposo, no viene para el tiempo que me tiene prometido, me pienso retirar á un convento, porque una belleza grande en soledad de su esposo y festejada de otros, aunque mantenga interior virtud, el malicioso pueblo no se reduce á creerlo, ni yo me admiro de que no lo crea.

Doña Crist.—La materia del casarse pide largo estudio y consejo, por ser la más peligrosa y difí-

cil. Alarguemos ahora esta plática para tiempo de más ociosidad.

D. Seb.—¡Oh primas!

Doña Luc.—¡Oh señores! ¿Dónde están esas mujeres, dónde esas criadas que no entraron á avisar cómo vs. ms. venían? ¡Hola! Pongan aquí sillas.

D. Seb.—Las sillas nos las pondremos nosotros, y de hoy en adelante maltrátenos v. m. menos con tan impertinentes cortesías. Deudos somos y muy deudos, y así se hallan mal las ceremonias donde los lazos de la sangre son tan estrechos.

Doña Luc.—La pendencia es algo majadera: perdonen vs. ms. que lo digo con lenguaje tan desaliñado. Vamos al caso: ¿qué esperanzas del nuestro D. Lázaro? ¿Muere ó vive?

D. Seb.—¡Oh qué grande fiesta hemos gozado! ¡Oh qué horas tan entretenidas han sido las nuestras! Sin duda está loco y temo que pierda el juicio con sentimiento tan grave, pues algún medio hemos de buscar para que no perezca varón tan entretenido.

Mar.—Un ministro que ha sido ya embajador de la república de los sombrereros, bien puede entrarse sin licencia.

D. Rod.—¡Oh Marcelillo! Toma esa sortija, que el donaire y osadía con que hoy felizmente te has portado, de mayores premios era digno. ¡Jesús y cómo me admira tu habilidad! Si hicieras de ella mejores empleos, fueras hombre importante en la República.

Mar.—El donativo celebro y el consejo desdeño. Gobiernen otros la patria, que para mí no se

hizo la toga consular, sino el entretener á los que la visten cuando se hallan libres de tan graves cuidados como los cercan.

D. Rod.—¿Y tienes algo de nuevo?

Mar.—Sí.

D. Rod.—¿Qué?

Mar.—Un romance de buena mano.

D. Seb.—¿Sábesle bien? Porque me cansa mucho verte siempre tan despierto en el tono y tan dormido en la letra: apenas cantas copla sin tropezar en algún disparate, de modo que el romance más viene á ser tuyo que del compositor.

Mar.—Como de mi naturaleza soy músico y no poeta, voy dueño de lo que más me toca; y en esotro tan acaso, que es milagro no perderme aun en más graves errores.

D. Seb.—Dí que en el entretanto quiere buscar algún modo de consolar á D. Lázaro, haciéndole una restitución graciosa de su sombrero.

Mar.—¡Oh qué tal la he pensado yo! ¡Qué fácil! ¡A qué poca costa y para él no poco creíble!

D. Seb.—No lo digas: déjame fatigar un poco el ingenio por ver si hallo yo alguna cosa que, siendo sutil, sea conveniente.

Mar.—Ya os entiendo que lo hacéis por no agradecerlo; pues ¡por Dios! que cuando lo queráis saber, que lo habéis de comprar á precio de ruegos y dineros.

D. Seb.—Ruegos, no: bastarán los dineros cuando llegue esa ocasión, que yo pienso que no ha de ser necesaria.

Mar.—Bien está: yo me doy por vencido. Ven-

ga la guitarra, y si es posible ténganla de aquí adelante más bien prevenida de trastes y cuerdas, que no hay mayor martirio para el que canta que sujetarse á la falsedad de un instrumento disonante; porque es tal, que hará desentonar al más excelente músico; he dicho poco: aun al mismo D. Lázaro le hará perder su entonación, con ser el hombre más entonado del mundo.

D. Seb.—Pues si este instrumento ha de ser su remedio, no le retardemos tan fácil medicina; llevémossele.

Doña Crist.—Cante ahora Marcelo, que para templar tanta locura no hay instrumento que baste.

En un jardín que se viste
De jazmines, cuyo aliento
Respira más cuando nace
La fértil llama de Febo;
Tan floreciente y lucido,
Que puede en término estrecho
Dilatar las esperanzas
De cualquier feliz ingenio;
Aquí, pues, donde la rosa
Hurtó las galas al fuego,
Encendida y no abrasada,
Que es sólo aparente incendio;
A quien las rústicas manos
Del labrador más grosero
Tal vez se atreven indignas
Sin lisonja y con desprecio;
Al tiempo cuando sus rayos
El sol retira del cielo,
Pródigo de su luz misma

Con tanto hermoso lucero,
  Laura sujeta los suyos
A los halagos del sueño,
Junto al cristal de una fuente,
Sonoro y blando instrumento.
  Las aguas por no hacer ruido
Sus corrientes suspendieron,
O por verse tan hermosas
Con imitarla durmiendo.
  Las rosas de sus mejillas
De las rosas hacen lecho,
Porque enmienden sus retratos
Con la vecindad los yerros.
  Todas las flores despiertas
Cercan el hermoso cuerpo,
Que como vasallos suyos
Ser guardas fieles quisieron.
  Vistióse el cielo de nubes
Por mostrar con pardo ceño
Cuánto en la tierra le ofenden
Tan prodigiosos excesos.
  Hacer quiso la venganza;
Mas no pudo sin estruendo,
Que escandalizó la tierra
Antes con valientes truenos.
  Despierta Laura animosa,
Que su generoso pecho
A victorias enseñado,
No rinde hospedaje al miedo.
  Rayos flecha de sus ojos
Contra los rayos supremos,
Y encuéntranse en el camino,
Ya bajando, ya subiendo.
  La batalla es más lucida
Que mortales ojos vieron,

Porque fué guerra de luces
En el campo de los vientos.
Ondas de fuego á las nubes
Suben y vuelven huyendo,
Y árdese el mundo de gozo
De ver tan claros incendios.
Vencen los rayos de Laura,
Celebrándose á sí mesmos,
Porque á su propia victoria
De luminarias sirvieron.
Amor, que detrás de un murto,
Hecho espía del suceso,
Le esperaba temeroso,
Ya le celebra risueño.
Que vanaglorioso vuela
Dando más campo á su imperio,
Por ver que aun hasta los rayos
Del gran Jove tiene presos.
Desafía las deidades,
Y también al mismo tiempo
Cuanto corre, nada y vuela
Por tierras, mares y vientos.
A cuanto encuentra despoja,
Sin resistirle su intento,
Que trae crecidas las alas
Con el favor de tal dueño.
A dormirse volvió Laura,
Por hacer mayor desprecio,
Con ánimo tan seguro
De enemigo tan soberbio.
Y mientras duerme, un dichoso
Que goza de tanto cielo,
Con admiraciones mudas
Dijo, sin salir del pecho:
«Flores cultas como bellas,

Vestid más galas y olores,
Pues ya duermen las estrellas
En la cama de las flores.
Vestir cuanta ostentación
El Mayo puede traer,
Al tiempo que os viene á hacer
Su pródiga donación.
Brillar con rara invención,
Silvestres argenterías:
Deudas son, no cortesías,
Y aun pagarlas es deberlas.
Flores, etc.»

D. Seb.—¿Tanto ruido, tanto aparato? ¿Qué postas son éstas? Salgamos á la ventana. ¡Oh si fuese D. Fernando! El es sin duda, porque han entrado en casa. ¡Albricias, prima; albricias, Doña Lucrecia, tan digna de este nombre por la castidad como por la hermosura!

Sab.—Señora, aquí está el señor D. Lázaro, que viene de camino y á despedirse de vs. ms. para una jornada que dice serle muy importante.

Doña Luc.—Nuestra esperanza nos ha burlado pesadamente, pues no viene quien quisiéramos que llegara, y se nos va quien nos ha de dejar mucho pesar con irse.

D. Láz.—No me atreví á salir del lugar sin recibir de vs. ms. su bendición y licencia.

Doña Luc.—Pues, señor D. Lázaro, ¿tan presto se ha levantado v. m. de mal tan grave? Bien podemos decir que ha sido la resurrección de Lázaro. ¿Cómo está v. m. así? ¿Por qué no se pone el sombrero?

D. Láz.—Tanto por excusarme con esto de quitársele á nadie y hacerlos todos iguales, como porque he jurado que no ha de cubrirse mi cabeza con otro ningún sombrero hasta que cobre el que tan infelizmente perdí, que á eso voy ahora: éste es el último fin de mi jornada; éstos mis pasos; ésta mi inquietud.

Doña Crist.—¿Pues con qué relación se pone v. m. en camino? ¿Sabe dónde está ó quién le tiene?

D. Láz.—Un estrellado ingenio, y por eso lucido, quiero decir, señora, un eminente astrólogo. Este, pues, hecho espía de este caso, me ha dado nuevas y me ha dicho que le lleva un hombre que va camino de una rica y bien poblada ciudad, airosa y del calor poco importunada, donde se labran, no armas para el Rey, sino con ellas un metal que hace guerra á todas las demás armas del mundo.

D. Seb.—Será Segovia, porque esas son sus propias señas.

D. Láz.—Dice v. m. la verdad, y también tengo las del propio hombre que hizo el hurto.

D. Rod.—Veamos si da las vuestras; porque si no, ó el astrólogo se burló, ó le burlaron las estrellas, que será lo más cierto.

D. Seb.—¿Cómo que las señas tiene v. m. del mismo hombre? Si es cosa que se puede decir, suplico á v. m. nos la refiera.

D. Láz.—Sí, mi Rey; son éstas: un hombre grande de cabeza, con la señal de una herida en la frente.

Doña Luc.—Ahora, señor, digo que el ladrón está disculpado y que no merece ni de v. m. queja ni de la justicia castigo; porque aquel modo de falda de sus sombreros de v. m. es muy acomodada para encubrir heridas en la frente; puede ser excelente alcahuete de semejantes cicatrices; y como v. m. no permite que en la horma de sus sombreros se hagan para nadie, hallóse el que le hubo menester necesitado de hurtarle.

D. Láz.—Cuando el que le robó hubiese tenido esa razón por fundamento, que no lo creo, sería muy necio, pues por encubrir una pequeña herida se habrá puesto á peligro de que le den muchas heridas y todas mortales.

Doña Luc.—Con que si ello llega á efecto, podrá decir el miserable amante á su dama, si acaso la tiene:

De mis pequeñas heridas
Compasión solías tomar,
Y ahora de las mortales
No tienes ningún pesar.

Al fin, señor, ¿en qué va v. m.?

D. Láz.—En una posta con mucha comodidad y abrigo.

Doña Luc.—¿No seríamos poderosas para estorbarle á v. m. esta jornada, supuesto que en pocas horas el sombrerero puede hacer un sombrero tal y tan bueno como el que v. m. perdió?

D. Láz.—Yo no voy á cobrarle por el valor que le dió el oficial, que ese es muy humilde y pobre, sino por el que recibió de mi cabeza, y también á

castigar de camino el desacato y atrevimiento.

Mar.—Yo he callado todo este tiempo para que sepan vs. ms. que cuando quiero sé tener valor y puedo vencerme; pero ya es imposible no hacerle una pregunta al señor D. Lázaro: ¿cómo puede ir su merced en una posta con mucha comodidad, si es caballería en que el mismo demonio se hallaría desacomodado?

D. Láz.—Yo no vengo á tener conclusiones contigo, sino á despedirme de estas señoras y ver qué me mandan para Segovia.

Doña Luc.—De Segovia no sé qué se pueda traer para las damas, porque se sirven poco de paños y bayetas, aunque de ninguna parte mejor que de allá se puede remitir cosa muy de su regalo. Enviad unas cajas, no digo de dulces, aunque hay monjas que lo saben dar perfección, sino llenas del dulce que se hace en la Casa de la Moneda, y engañaos por mi cuenta en el presente.

D. Seb.—Si v. m. fuere, no deje de ver, pues ese cuidado que lleva dará lugar para todo, los Alcázares Reales y las dos Casas de Moneda, pues por lo menos se podrá divertir con la variedad.

D. Láz.—¿Yo había de buscar ocasiones de divertirme con entretenimientos, cuando llevo cuidados de tanta consideración? Mal conoce v. m. la entereza de mi ánimo y cuán constantes son las resoluciones de mi pecho.

D. Rod.—Pienso que no cometeré yo pequeña locura en intentar disuadir á este loco de jornada tan inútil; pero por lo que se debe á la caridad projimal, le diré aparte, porque no se corra de oir en

público algunas, las mejores razones que me ocurrieren. Señor D. Lázaro, una palabra con licencia de esos señores.

D. Láz.—Una y todas las más que v. m. fuere servido oiré yo con mucho gusto.

Mar.—Yo me voy, porque siempre fuí muy enemigo de hallarme presente á conversaciones tan secretarias que se tratan al oído.

D. Seb.—Parece que el cielo ha escuchado mis ruegos, dando disposición, con esta soledad, á que yo signifique parte de mis sentimientos. ¡Ay, dulcísimo dueño mío! ¡Ay, bellísima prima! ¡Ay!

Doña Crist.—¡No más ¡ay! por amor de Dios! Que si tanto hoy le reparte v. m. al viento, ¿qué hay en tu pecho que poderle entregar al fuego? Tres veces ¡ay! Sin duda suspira en fuga como cuando se canta un tono á tres voces, que entra la una tras la otra. El primero me pareció la voz del contrabajo, porque fué más grueso. El segundo la del tiple, porque fué más supremo y menos basto. El tercero.....

D. Seb.—¡Señora, mi ángel! ¿Así atropella v. m. las hidalgas finezas de mi ánimo? Cuando yo quiera llevar con paciencia los golpes de tan descubierto agravio, ¿podremos reducirle al amor á que perdone la parte que le toca? Esta deidad tan enseñada á obediencias y sacrificios, ¿querrá sufrir insultos y atrevimientos?

Doña Crist.—¿Qué deidad, señor? ¿Qué algarabía es ésta? Hable v. m. en términos castellanos: ya no hay más amor que la comodidad; hase hecho casero, burlón, entretenido. Si v. m. ama, como

dice, mis partes, gracias á lo poco que le embaraza esta pretensión. Viénese v. m. aquí, en el verano, á las cinco, cuando el sol moderado de rayos abrasa menos y alumbra tanto como cuando abrasaba más; siéntase en un taburete bajo por hallarse más vecino de las almohadas; afloja al ferreruelo el fiador y al cuello las trenzas; bebe frío y murmura caliente, porque no perdona aun las superiores acciones; vuelve acaso los ojos y veme á mí, más ostentativa de reverenda almohadilla que deseosa de hacer labor; repara en que no cumple con lo que juró, cuando le armaron de discreto cabalier, si no dice un par de requiebros de aquéllos muy desalmados, de aquéllos que su mismo encarecimiento los hace sospechosos y ridículos, y á título de este poltrón desvanecimiento, pretende palma de mártir de amor, y no advierte v. m. que conozco yo que ésta es comodidad y no voluntad. Este taburete ama, esta sala fresca, el agrado con que le recibimos, la puntualidad con que procuramos que sea servida su persona. ¿Quiere parecer amante? ¿Quiere dar estimaciones á su crédito y aprecios á su voluntad? Estas noches de este invierno próximo, cuya vecindad ya nos desafía, no se venga á ser del brasero de esta casa parte y no la menor de la muralla que le cerca, sino en vez de este reposo, reciba en estos umbrales las canales de sus tejas, que, cayendo en tropa cuando son furiosas, en poco tiempo convierten el arroyo en río. Sufra los hielos duros, rebeldes y obstinados, que entonces sus suspiros tendrán valor y abono, y traerán mejor padrino en esta generosa

constancia para ser juzgados por verdaderos, que en tanto juramento ocioso. Mas aquellos señores vuelven; otro día me dará v. m. la respuesta, aunque pienso que á esta razón no hay ninguna más propia que la misma obediencia.

D. Rod.—No he podido reducirle al señor Don Lázaro. Vs. ms. le den la licencia que pide, y el cielo le disponga un camino feliz y breve.

Doña Luc.—¿Al fin, señor, v. m. se nos va y tan por la posta? ¿No hubiera v. m. buscado otro modo de caballería más espaciosa para que nos sirviera de consuelo el poder presumir, que pues se ausentaba de nosotros con pies perezosos, nos dejaba contra su voluntad y gusto?

Fed.—Señor, v. m. me dé albricias como de su liberalidad me las ha prometido.

D. Láz.—¿Pues de qué? ¿Ha parecido mi sombrero?

Fed.—Sí, señor: aquí le traigo en esta caja para que venga con toda la reverencia que se le debe.

D. Láz.—¡El es! ¡Es sin duda mi sombrero! Digo que es imposible que en esto pudo haber engaño. ¿Cómo pareció? ¿Cómo ha sucedido esta maravilla? Refiere con brevedad; pero no por esto te olvides del menor accidente.

Fed.—Habrá media hora que un hombre en hábito eclesiástico, que significó ser confesor y sacerdote, preguntó por v. m. para un negocio que dijo ser de gravísima importancia; y viendo que hablarle era imposible, oyéndome acaso nombrarme allí por mi nombre, dijo: «¿V. m. es el señor

Federico?» «Sí, señor,» le respondí yo; y él entonces prosiguió así: «A mis pies llegó un penitente con mucho arrepentimiento de su culpa; éste me dijo que había robado de esta casa este sombrero, y me encargó le restituyese, ó al señor D. Lázaro en su persona, por haber entendido que era su verdadero dueño, ó á v. m. en su nombre, por ser de quien hace, con seguridad, confianza justa de sus mayores secretos.» Yo le dí cortesmente todas las gracias que supe, y apenas se apartó de mí cuando el sombrero, puesto en esta caja, le entregué á un esclavo, y los dos á toda diligencia hemos venido en busca de v. m. temerosos de que no se nos fuese del lugar antes de saber esta buena nueva.

D. Láz.—Mis señores, mis reinas, ¡adiós, adiós! Ea, Federico, demos la vuelta á casa.

D. Seb.—¿Qué es esto? ¿Cómo ha sido la aparición de este sombrero de D. Lázaro, que se halló tan fuera de sí, sólo con verle, que se volvió á su casa aun sin mirarnos á los semblantes?

Doña Crist.—Señores, yo pierdo mi juicio y quedo más loca que él se fué: ¿cómo es posible, estando en mi poder el sombrero y debajo de mis llaves, habérsele entregado? Pues que sea el mismo no hay duda, porque parece imposible haber hallado cosa tan parecida.

D. Rod.—Ea, señora, ¿de qué sirve armarse de fingimiento? ¿De qué fortalecerse con ingeniosas astucias? Pues si v. m. no le diera, porque debe de tener gusto en que D. Lázaro no se vaya del lugar, imposible fuera que llegara á sus manos; y

esto haberse hecho sin consentimiento nuestro, siendo los dos autores de la burla, no sé que ni en cortesía ni en correspondencia de honrada amistad pueda ser bueno.

Doña Crist.—¡Hola, Sabina!

Sab.—¡Señora!

Doña Crist.—Toma esa llave y busca con ella aquel sombrero que las dos guardamos juntas el otro día, y adviértote que de no parecer serás castigada, porque solas tus manos en casa son las sospechosas.

Sab.—Ya he suplicado á v. m. que no me dé á guardar ninguna cosa.

Doña Crist.—Antes sí, porque estando en tu poder lo que robares, será hurtado de tí misma, y así se ha de cobrar de tus raciones y aun muchas veces también de tus costillas.

Doña Luc.—Parece que aún tienes esperanza de que ha de parecer este sombrero.

Doña Crist.—Tal no tengo, sino que quiero convencer á esta esclava para hacer castigo en ella igual á mi sentimiento.

Sab.—¡Ay, bendito sea Dios, señora, y cómo el cofre era el ladrón y no yo! Ve aquí v. m. el sombrero, y de aquí adelante mándeme v. m. quitar la vida con el castigo que fuere servida, y no me injurie con darme vil nombre de ladrona.

D. Rod.—¡Vive Dios, que es el mismo sombrero! Aquí saldré yo más fuera de mi juicio que el propio D. Lázaro. ¿Cómo puede ser esto? No lo entiendo, no lo alcanzo.

Doña Crist.—Yo sí: arrojadle de la mano, arro-

jadle presto; dadle á los mismos demonios, pues es suyo. Sabed que esta Sabina es berberisca, y en su tierra, según me dijo quien me la presentó, fué hechicera famosa. Ella hace ahora ostentación de sus malas artes, y se vale de aquellos amigos tan sutiles como invisibles.

D. Rod.—Debe de haber algún diablo sombrerero insigne, porque el sombrero está hecho con tanta propiedad que parece el mismo.

D. Seb.—¿Pues ahora dudáis que el ministro de los sombrereros de D. Lázaro es el diablo? Pues pregunto yo: ¿á no ser así, infundiéranle en aquella cabeza tan arrogante soberbia?

Doña Crist.—Ahora, señores, véndanme esta esclava; llévenmela luego de mi casa, que no quiero tener en ella un demonio en figura de mujer. ¡Jesús, Jesús mil veces!

D. Rod.—Basta, señora Sabina; bueno, bueno. Alégrome infinito de que sea v. m. doctora en habilidad tan peregrina. ¿Por cuánto precio me dará v. m. un caballo que me ponga en Sevilla dentro de dos horas sin tropezar en el camino ni tener necesidad de decir «Jesús,» porque no se espante con lo mismo que yo elegiré por consuelo?

Sab.—Cierto que si no debiera á Dios el haberme traído á su conocimiento, que han dado vs. ms. bastante materia á mi desesperación. Yo, señores, aun cuando era infiel, nunca traté de tan vanas empresas como son hechizos y supersticiones; pues ¿cómo se ha de sospechar de mí que lo que aborrecía entonces ejercito ahora?

D. Seb.—Por Dios, señora, yo no sé qué res-

ponderme á eso cuando miro este sombrero, sino que por lo menos debe de ser éste un bien ingenioso juego de manos, y ésta es sutileza más loable, pues sin entrarse á conversación con los demonios, es una persona tan diestra, que hace trampas á los ojos fingiendo mentiras y desmintiendo verdades: sólo con esta habilidad, si fuera libre la señora Sabina, pudiera ganar su vida felicísimamente.

Doña Luc.—Parece que nos están escuchando de allá fuera y aun riéndose de nosotros. ¿Quién nos escucha? Entre ó váyase.

Mar.—Yo, que me alegro de ver vuestras confusiones; yo, que soy el maestro de tan ingeniosos artificios. Va de cuento, y adviértese que no hago de él ostentación con vanidad, sino que le sujeto á la corrección de vs. ms.; y si fuere algo erizo y montaraz, quiero desde luego ser yo condenado en costas y él en destierro.

Doña Luc.—¡Oh con cuánta confianza hablas! ¡Qué seguro te desvaneces! Sin duda que debes de haber hecho nueva burla á D. Lázaro.

Mar.—Y aun sin querer he comprendido en ella á todos vs. ms. de que no le ha cabido pequeña parte á la africana Sabina. Arrójome, pues, á la narración, y digo: «Yo, otro día, después de la noche que se hizo la burla al doliente Lázaro, traté de fabricar en su misma horma un sombrero; y aunque el oficial se resistió mucho, porque el orden que de él tiene recibido es que no se hagan más que para su persona, y á título de esto le da un salario considerable, demás de que entre

año le gasta infinitos sombreros, que se los paga generosamente, al fin pudo tanto, demás de pagarle todo lo que él quiso, el afirmarle que era para enviarle á una persona de esta Corte y muy distante, que se animó á darme gusto: yo le he traído dos noches puesto y he procurado manosearle un poco, porque por lo muy flamante no le desconociese, y ahora, viéndole tan determinado á partirse á Segovia, salí de esta casa, donde le dejé, y buscando á un deudo mío, que aunque no es clérigo lo parece porque trae hábito eclesiástico, le envié con el tal sombrero para que hiciese con el Federico la diligencia que habéis oído.»

D. Seb.—Por Dios que me has restituído al cuerpo los espíritus vitales, porque me pesaba mucho de que el sombrero que había sido despojos de mi victoria y venganza del oprobio con que me tuvo arrodillado, volviese á sus manos; pero con todo eso quiero ser cómplice en su engaño y ayudar á que él lo crea así, para ver qué festejo hace á la restitución de su sombrero, que después nos queda tiempo bastante para volverle á desengañar, aumentando más fuerza á su sentimiento.

Mar.—¡Oh! No piense v. m. que me descuido en nada, que también tengo prevenido mucho de lo que aún está por venir, porque de este consuelo le han de nacer pesados y desabridos desconsuelos.

D. Seb.—¿Parécete que recibirá parabienes? Porque yo quiero, vestido de ricas galas, ir á darle á entender cuán interesado ha sido en su alegría. ¿Venís, D. Rodrigo?

D. Rod.—Andad con Dios, que después nos veremos y seré cómplice en eso y en todo lo demás que se ofreciere de vuestro gusto.

D. Seb.—Vamos, Marcelo.

Doña Luc.—Dejénosle v. m. para alguno, aunque breve tiempo, que tenemos necesidad de esta persona. ¿Qué respondió?

D. Rod.—Tan veloz va, que ni nosotros podemos saber lo que nos responde, ni él comprender lo que de nuestra parte se le dice. Así conviene, para que yo publique mis ansias, para que tengan algún campo esparcido mis sentimientos. Salga, pues, de esta vez mi amor con el mayor lucimiento de sus demostraciones, ni la lengua ejercite más razones que suspiros, ni mis ojos viertan menos que sangre; poco dije, venga envuelta en fuego, porque así se signifique mi desdicha resplandeciente é impetuosa.

Doña Crist.—Prima, dejadme pasar á prevenirme de armas, que estos requiebros tan violentos temo que han de parar en desafío.

Doña Luc.—Basta, que hemos concurrido en un pensamiento; porque yo le he visto furioso, y tanto, que he pensado que caían sobre mí más rayos que labran las manos de aquel Dios achacoso de los pies para el otro que se dió tan lucido verde con todas las buenas mozas de la edad antigua.

Mar.—¡Siempre burlonas! ¡Siempre esparcidas en el lenguaje y cortas y mendigas en los favores! ¡Por estos desprecios ha de pasar un amante de bien, que no sólo tiene sangre en el ojo, sino sangre en entrambos ojos, pues según acaba de refe-

rir (que del mismo me valgo para esta alegación) la llora de ellos! ¡Vive Dios! que éste es un terminillo cuanto artificioso tacaño: ó bien se desembocen y liberalmente desdeñen y desengañen, ó bien correspondan y agradezcan finezas generosas, que hablar equívocos y tener los ánimos suspensos es insolente tiranía. ¿Mas qué hago? ¿Con quién ó por quién me pierdo? Determínese entre los mismos interesados la batalla, que yo con este instrumento quiero consolarme, aunque algunas veces estoy con resolución de aborrecerle por lo que se parece á las damas en las falsedades; mas ¡ay! que las de él ofenden á uno solo de los sentidos del alma, y las de ellas á toda el alma, sin reservar algún sentido. *(Canta Marcelo endechas.)*

Á tanta luz hermosa,
Ceñida en breve cielo,
El sol rinde sus rayos
Y amor dulces trofeos.
Milena, ¡oh cuánto es loco
Quien presume, soberbio,
Ser digno coronista
De tus merecimientos!
Lisonjas, no prisiones,
Hallan en tus cabellos,
Cuantos los ven felices,
Para quedarse presos.
El viento, que allí forma
Olas de rizos crespos,
Borrascas amenaza
En mares tan risueños.
Nadie que los navega,
Solicitando el puerto,

Veloz rompe sus ondas,
Porque le goza en ellos.
Mientras más impelidos
Del licencioso viento,
Que se burla y los burla,
Se muestran más serenos.
Engendrados parecen
En la esfera del fuego,
Y el viento no los huye:
¡Oh prodigioso efecto!
Consulta duda tanta
Con tu divino ingenio,
Que él de tan altos fines
Sólo sabrá los medios.
Amor con ellos vence
Tan pacífico y quieto,
Que pasan sus estragos
Sin fama de violentos.
Las demás perfecciones,
Generoso ornamento
De tu inmortal belleza,
Callando las venero.
Deidad eres, señora,
Y en tus virtudes vemos
El templo de tí misma,
Que eres deidad y templo.
En tus dientes y labios
Goza el amor suspenso,
Amena monarquía
Y cristalino imperio.
Toda eres inculpable,
Y así te admira el tiempo,
Como á quien no se rinde
Á sus vulgares fueros.

Vive para que pueda
Decir la tierra al cielo
Que él tiene breve aurora,
Y ella eterna en tu aliento.

Este que ha parado á la puerta es coche, y coche de camino, porque la palabra *jo* en boca de un cochero, significa mular caballería.

Sab.—¡Señora, albricias! D. Fernando, mi señor, es el que viene en este coche.

Doña Luc.—Palabras son que te han de valer la libertad. Sabina: desde hoy eres tuya, como yo siempre de D. Fernando, mi señor y dueño. Feriadme esta esclava.

Doña Crist.—En verdad que ha de recibir la libertad por mi mano, que no soy yo menos interesada en tan buenas nuevas, que no deba igualmente las albricias.

D. Fer.—¡Oh amiga! ¡Oh señora! ¡Oh mi bien! Mas dadme licencia para que bese las manos á nuestra prima, que, como es deuda de entrambos, y de entrambos con tanta vecindad, os aseguro que el cuidado que con más prisa me ha traído es el deseo de la conclusión de sus bodas.

Doña Crist.—Bien puede volverse, primo, porque ha hecho una jornada para v. m. muy impertinente y para mi bien desapacible.

D. Rod.—Señor D. Fernando, v. m. sea muy bien venido, que me he holgado mucho de hallarme aquí en ocasión tan dichosa para esta casa y para todos los que de ella somos deudos y servidores.

D. Fer.—¡Oh señor D. Rodrigo, y cuán cierto

estoy de la que v. m. siempre me hace, y á fe que me debe el desearle para su persona un feliz y venturoso empleo, y me parece que con bien poco que la fortuna me ayudase, me atrevía á hacer con sola una acción á dos bien venturosos, á dos á quien yo suma y eterna prosperidad deseo; entiéndase por eterna, constante, lo que durare la vida! ¿Qué tenemos de D. Lázaro?

D. Rod.—Grandes burlas, salados y graciosos chistes. ¡Si v. m. quiere oir parte!

D. Fer.—Bien quisiera; mas á su tiempo será la relatora Doña Lucrecia. Ahora dígame v. m.: ¿dónde hallaremos al señor D. Sebastián?

Mar.—¿Y para qué, señor?

D. Fer.—Porque es menester que se le avise cómo ha venido desde Salamanca su mujer y su suegra, siendo yo quien las ha asistido y acompañado todo el camino con muy buenos deseos de servirlas.

Mar.—¡Vive Dios, que le habéis hecho una pesada burla, pues le habéis traído en su seguimiento á su suegra desde Salamanca hasta Madrid! ¿Qué os hizo este caballero, qué injuria pudo ser capaz de tan sangrienta venganza?

Doña Luc.—¿Pues dónde se quedaron esas señoras?

D. Fer.—Apeáronse en Santo Domingo el Real á verse con sus primas en aquel convento tan ilustre por la cristiana pompa, por el eclesiástico aparato.

D. Rod.—Pues yo voy á dar aviso á D. Sebastián para que vaya por ellas.

D. Fer.—Adviértale v. m. cómo vienen á ser huéspedas de ésta mi pobre casa, que, aunque tan de repente, no faltará en ella prevención para servirlas.

Mar.—¡Oh infeliz mensajero, no le envidio las albricias que le han de dar por la nueva de la llegada de madama suegra!

D. Fer.—Antes la quiere bien D. Sebastián, porque le regala y da liberalmente su hacienda para sus entretenimientos; acción prodigiosa y nunca vista entre gente de tan desabrido parentesco.

Doña Crist.—Ahora, quédense con Dios, primos, que yo me retiro á mi cuarto por dejarlos hablar en soledad amena, que bien amena es la de dos casados que, aun cuando están presentes, se quieren tanto que siempre se desean.

Mar.—Yo me voy á Santo Domingo á ser también parte del acompañamiento, aunque ya temo á la feroz suegra, con tanto extremo, que pienso que viene también á serlo mía.

Doña Luc.—Vuestra jornada ha sido prudente, y en ella habéis procedido como caballero cuerdo y cristiano, porque con haber venido su mujer y suegra de D. Sebastián, á quien él, por los fines interesables que los dos sabemos, respeta tanto, no se atreverá á impedir las bodas de D. Rodrigo y Doña Lucrecia. Con esto tendrá esta señora compañía igual, tanto á sus méritos como á sus años, y nosotros habremos cumplido con la obligación de ampararla, por ser los deudos á quien más de cerca les pertenecía.

D. Seb.—Señor D. Fernando, seáis muy bien venido. ¿Cómo venís?

D. Fer.—A vuestro servicio vengo, como siempre. ¿Habéis traído á aquellas señoras?

D. Seb.—Sí, en el cuarto están de mi señora Doña Lucrecia, que, como está en el paso, podremos decir que las salteó en el camino.

Doña Luc.—Vámonos allá todos.

D. Rod.—No, que ya ellas suben.

Doña Luc.—En verdad que hemos de trasladar allá la conversación, aunque sea por breves horas.

D. Seb.—Vayan vs. ms., que yo voy luego; aunque ¿cómo puede ir quien en sí propio lleva tan importuno peso? ¡Oh amor, oh ciego, oh vano, y yo más vano y más ciego, pues te he creído! Dime, alevísima deidad y mentiroso rey, (mirad qué prendas para una majestad divina) ¿Qué has hecho de mi esperanza valiente? ¿Cómo pasó de tan alto á tan vilísimo extremo? ¡Mírala cuán cobarde, envuelta en sombras, miedos y amenazas, se retira y huye! ¡Oh bellísima prima! ¡Oh siempre superior á todas las bellezas humanas, invencible Lucrecia: ya te perdí ó yo de tí me he perdido; y como tal, con lágrimas desatadas en copiosa corriente me lloro! Mi esposa viene á sólo ser el tercero de éstas para mí bodas infelices: ¿cómo podré resistirla, si por tantas obligaciones debo respetarla, si están en sus manos los aumentos de mi persona? Al fin, conviene padecer en mi silencio, y por mi elección entregarme á la muerte. Puedan esta vez los hados cuanto han querido, y hagan dueño de tan singular belleza á quien menos la ha solicitado.

Quede yo expuesto en el teatro público para escarmiento de amantes, para desprecio de la vulgaridad plebeya; si no es que ya en algún ánimo piadoso despierte conmiseración tan mal merecida desdicha. Vamos, ojos, pues, á ser testigos de nuestra desgracia y á tener parte en la solicitud de ella. No os resistáis; vamos, que es forzoso, pues mientras mayor es nuestra tardanza, damos ocasión á que se engendre más grave sospecha, y no quiero, ya que atropello mi gusto, hacerlo tan cobardemente, que se conozcan en los desmayos de mis pies los achaques de mi voluntad enferma. *(Vase.)*

ACTO TERCERO

DON LÁZARO y FEDERICO

D. Láz.—Recibo de muy buena gana los parabienes que me dan por haber cobrado mi sombrero perdido, y quiero que se ponga en la recámara de mis sombreros, en lugar apartado y distinto de los demás, y que debajo digan unas letras: «Este sombrero que ves, ilustre caminante, por constelación infausta é infeliz fué perdido. Estuvo debajo de la tiranía de un salteador de poblados y nocturno bandolero cuatro días naturales, donde padeció, con invencible constancia, graves persecuciones. Rescatóle dentro del dicho tiempo el miedo justo del mismo robador, que temió la venganza de la mano poderosa del verdadero dueño, que clemente y piadoso, perdonando los agravios del atrevido, le depositó en este lugar. Si eres noble, hazle reverencia; y si no te correspondiere con la misma cortesía, no te admires, que esa costumbre le quedó del tiempo que anduvo en la cabeza de su dueño.»—*Vale.*

Fed.—¡Valientes esperanzas engendro de que

v. m. ha de venir muy presto á la corrección, pues se empieza á confesar por enfermo!

D. Láz.—Advertid que este depósito quiero que se haga con aparato, ostentación y lucimiento. Convídese de mi parte á todos los caballeros amigos, y sed vos uno de los correos que se ocupen en esta diligencia, que ya tengo enviado orden á Marcelejo para que acuda á la misma embajada, y él es tan entrometido que será bastante á llenarme la casa de ingeniosos y lucidos cortesanos.

Fed.—¡Oh qué dos epítetos tan pecadores!

D. Láz.—Qué, ¿tanto he pecado en ellos?

Fed.—¡Gravísimamente! ¿Dónde están esos cortesanos ingeniosos y lucidos? Que yo, aunque todos los más trato, á ninguno de esta calidad conozco. Si van por esas calles, la comitiva es poca, y esa envuelta en vilísimos pañales. Si entro en sus casas, más aparadores veo Talaverenses que Mejicanos. ¿Pues en qué resplandece este lucimiento? En los donativos, no, porque en Madrid ya no hay quien sepa hacer donados, después que murió aquel venerable fundador que en Santa Catalina, llamada por esta razón de los donados, dejó tan honrado instituto. La parte, pues, de ingeniosos es la que en ellos está más violenta: ¿cómo pueden dejar de ser ignorantes si aun de los libros curiosos que andan en su natural idioma huyen y se retiran? ¿Hay alguno que se atreva á saquear los tesoros de la lengua latina pasando por la dificultad de estudiarla? Apenas le conozco. Sus librerías son las casas de las mujeres, que ponen su belleza en la tienda; y siendo siempre estudiosos

de la pública deshonestidad, no se contentan con lo que ya está corrompido, sino que se atreven á poner cerco á las torres invencibles, á las murallas de poderosa defensa.

D. Láz.—Amigo, la enmienda de la República nos toca.

Fed.—Yo no la enmiendo, sino procuro dar á v. m. advertencias para que no dé con injustos títulos indignas estimaciones.

D. Láz.—¿Qué llamáis títulos injustos? ¿Qué indignas estimaciones?

Fed.—El decir v. m. que los cortesanos son ingeniosos y lucidos.

D. Láz.—Pues en no teniendo esas calidades, no quiero que vengan al acompañamiento de mi sombrero.

Fed.—Pues iráse solo. ¿Pero á él qué le importa que las tengan?

D. Láz.—Porque en él concurren.

Fed.—¿Cómo?

D. Láz.—Yo os lo diré: es lucido, por haber andado en la parte superior de mi cuerpo, que soy el caballero más lucido; de donde se sigue que ella será la más lucida, y él partícipe de este lucimiento. También por el consiguiente se prueba que en la cabeza está lo más noble del alma, que es el entendimiento, y ésta se cubre con el sombrero: siendo esto así, es fuerza que el mío, estando en la vecindad de un entendimiento tan noble, sea entendido sumamente.

Fed.—Quiero darle á entender que me ha convencido, por no porfiar con un hombre tan men-

guado, que mientras más bárbaramente discurre, con mayor pertinacia se defiende.

D. Láz.—¿Qué decís?

Fed.—Que la conclusión es verdadera.

D. Láz.—Ahora sí que seréis vos mi amigo, pues empezáis á conocer que tengo razón.

Fed.—Este ya está, sin remedio, despeñado en sus desvaríos; y pues mi corrección, en vez de aprovecharle, despierta en él ingratitudes y desprecios, y antes le pone más furioso que templado, quiero ayudarle á su propia caída blandamente, para que con esto dé el golpe, antes que en las ajenas, en mis manos, donde será menos ridículo. Empiezo, pues.

D. Láz.—¿Qué es lo que habláis con vos propio á vuestras solas?

Fed.—No hablaba tan á solas conmigo, que no tuviese mayor parte en la plática v. m.

D. Láz.—Decid, que os escucho con mucho gusto.

Fed.—¡Oh! ¡Con cuánta atención se oye á quien se determina á ser lisonjero! Digo, pues, que sería bien que aquel día de tan ilustre depósito fuese muy festivo, y declárome en este modo. Que la noche antes se pusiesen luminarias en nuestra casa y en las de todos los caballeros amigos. Que estos tales fuesen obligados á venir el día siguiente al acompañamiento, trayendo sombreros hechos en su horma de v. m., por cuya mano les han de ser presentados, que es lo mismo que enviarles una insignia ilustre, quedando con esto establecida una congregación de Caballeros de la Sombrerada, de

que v. m. ha de ser la cabeza. Que estos tales tengan ciertas constituciones que guarden, y entre ellas el ser descorteses y atrevidos, con que crecerá muy aprisa el número; porque ésta es costumbre que se la traerán enseñada, y no han menester para conseguirla nuevo estudio. También conviene que la comunidad de los sombrereros envíe á su costa un par de danzas, pues se le sigue tanto interés de la autoridad de tan alegre día. Item más: que se publique desde luego para aquel día un certamen poético, pidiendo á los ingenios floridos varios versos en celebración del dichoso hallazgo de este ilustre sombrero, y hame de dar licencia v. m. de que prometa en él á su costa unos premios, que bien sé que han de ser excesivos; pero conviene así para dar aumentos á la autoridad de un día que ha de ser tan prodigioso.

D. Láz.—Haced el certamen, que yo me ofrezco á pagar los premios, aunque sea con empeño grave de mi hacienda.

Fed.—El certamen yo le traigo en el pecho, dispuesto en el borrador. Si v. m. me da licencia para que se le consulte, harále á la margen las advertencias que le parecieren convenientes, y luego le daremos á la estampa.

D. Láz.—¡Oh qué bien, señor! Cierto que se os va enmendando el entendimiento muy aprisa; no hay cosa que al tiempo le sea imposible; algo estáis labrado y pulido: yo os sacaré ingenio con toda perfección. Vamos al certamen, y decid en alta voz porque os oiga con más descanso.

Fed.—Qué, ¿no quiere leerle v. m.?

D. Láz.—No, porque estando en el borrador iré tropezando, y os quiero excusar de la pena que reciben los autores cuando, estando presentes, ven que otros les leen sus obras desairadamente.

Fed.—Desdicha es, que aunque no la he experimentado, me parece incapaz desconsuelo.

D. Láz.—Pues porque no la experimentéis, decid vos mismo.

Fed.—Dice así:

«CERTAMEN POÉTICO

Considerando prudentísimamente el magnífico D. Lázaro, si es que alguna vez ha gastado el tiempo en consideración, porque hay muchos sabios de esta edad que defienden lo contrario; considerando, pues, que las trompetas y atabales de la fama son las coplas de los poetas, que con galas y flores lucidas visten la mentira de apariencias verosímiles; deseoso de celebrar á un tiempo el dichoso hallazgo de tan ilustre sombrero como el que perdió la noche infausta, que se contaron veintisiete de Enero próximo pasado, y juntamente la colocación que se hace de él en su sepulcro, donde ha de estar honrado por largos siglos, convida á todos los amenos y venustos ingenios de España, y principalmente á los que son lucido deleite de esta cortesana Academia, porque con más certeza tendrán noticia de su crespo y argentado humor, para que con variedad de versos aclamen, festejen y solemnicen su triunfo y restauración en

los temas siguientes, asegurando que á los dignos se les darán éstos, aunque no ricos, generosos premios:

TEMA PRIMERO

GLOSA

Por ser con gran pertinacia
Sombrero de obstinación,
Vine á dar en perdición;
Mas hoy quiero estar en gracia.

Al que mereciere el nombre de primero en haber glosado esta redondilla con más gracia, profundidad y agudeza, le promete el magnífico Don Lázaro ponerse en pie y quitarle el sombrero con entrambas manos, tan bajo, que pase de la barba y casi toque en la cintura. Al segundo se le quitará con la mano derecha y bajará con él hasta el duodécimo botón de su ropilla. Al tercero se le quitará con la mano izquierda y bajará con él hasta emparejarle con el cuello.

SEGUNDO TEMA

Al que con mayor pompa y artificio, y juntamente fácil y sonora disposición, compusiere unas endechas, llorando en ellas los cuatro días que estuvo cautivo en poder de tiranos tan generoso sombrero, comerá en un día solemne y público en banquete particular en la misma mesa y plato del magnífico D. Lázaro, beberá en su copa y se ofrece á hacer una vez en pie y descubierto un brindis

á la salud de tan ilustre poeta. Al segundo banqueteará en un día de entre semana, con menos ostentación y sin ningún brindis. Al tercero le pondrá una mesa aparte y le enviará de comer desde la suya regalada y espléndidamente, haciéndole él todos los platos por su mano, sin permitir que pase por la de ningún criado, aunque sea venerable y confidente.

TEMA TERCERO

Pídese una canción de seis estancias, tierna, suave y amorosa, como aquélla de Garcilaso, poeta primado de las Españas, que dice:

> El aspereza de mis males quiero,
> Que se muestra también en las razones
> Como ya en los efectos se ha mostrado.

En ésta se significará el grave y atroz sentimiento con que este héroe español aparta de su cabeza un sombrero que tanto quiso, dándole por disculpa su misma infelicidad, y que no quiere traerle más por no aventurarle á nuevas ocasiones de perdición, con lástima general y particular sentimiento suyo.

Al primero le promete boxearse con él por escrito y de palabra en todas las ocasiones que se ofrecieren, por el tiempo y espacio de un año primero siguiente. Al segundo, tratarse con él igualmente de merced, y volverle por dos una durante

el dicho término. Al tercero, llamarle cuatro veces merced durante la conversación de una hora, y esto una vez cada semana.

TEMA CUARTO

Pídense doce redondillas castellanas, cada una con su concepto fácil, agudo y breve. En ellas se alabará el oficio de los sombrereros, y se dará á entender de cuánto ornato son á la República y de cuánta utilidad á la naturaleza.

Al primero se le darán tres sombreros hechos y formados en la horma del magnífico D. Lázaro, con una señal particular para distinción de los que se pone su persona. Dos al segundo, y uno al tercero; pero quiere que sea condición que no se sirvan de ellos si no fuere las Pascuas y grandes fiestas del año.

TEMA QUINTO

Pídese un romance de diez y seis coplas, todas marcialistas, todas picantes, que con donaire, aliño y buen despejo den matraca al sonado y escandaloso romadizo que aquella noche infausta se atrevió á ser trasgo de la cabeza y pecho de tan ilustre varón.

Daránse al primero tres lienzos de narices, escogidos entre muchos que entonces se hicieron para el servicio y alivio del magnífico y fatigado D. Lázaro, rociados y perfumados con las propias

aguas y pastillas de que se sirve su misma persona. Al segundo, otros tantos; pero no tan delgados, y con rocío de menor calidad y cantidad. Al tercero, el mismo número; pero sin más curiosidad que bien lavados y doblados.

TEMA SEXTO Y ÚLTIMO

Pídese un epigrama latino, y déjase libertad al poeta para que se dilate y extienda en él todo lo que quisiere; porque fuera caso inhumano y contra toda razón natural coartarle con términos estrechos para que hable poco latín al que le posee, en un tiempo que tan pocos le saben, siendo tantos los que lo presumen.

Al primero se le dará una silla de terciopelo en que estuvieron sentados su padre y abuelo del magnífico D. Lázaro. Al segundo, la espada que llevaba la noche infausta que perdió el sombrero. Al tercero y último, una montera de las que trae por casa, que no se la haya puesto más que una vez, porque lleve consigo calidad tan excelente.»

Hasta aquí tengo escrito. V. m. señalará los jueces, el día y la persona á quien se han de dar los papeles. ¿Qué dice v. m.? ¿Cómo calla?

D. Láz.—Paréceme que los premios son excesivos. Amigo, yo os doy licencia para que dispongáis liberalmente de mi hacienda; pero de mi autoridad, no.

Fed.—Nada se podía hacer más en autoridad de v. m. que dar estos premios que yo aquí propon-

go, pues si el mundo los recibe por tales, siendo los más unas vanas y comunes cortesías, ¿qué mayor grandeza puede alegrar v. m. en su abono?

D. Láz.—Nunca el mundo podrá llegar á ser tan necio, con serlo tanto, que no conozca que éstos son los mayores premios, y que por esta razón se los negamos. Prometed vos en mi nombre joyas, como si dijésemos sortijas de diamantes, cadenas de oro y cintillos de la misma naturaleza, y subidlos de valor el dos tanto, que así veo que se usa en todos los certámenes; y como no se obligan con fiadores á sanear la cantidad, los poetas reciben amigablemente lo que les dan, y no importunan con molestia que les cumplan lo que les prometieron.

Fed.—Y en cuanto á los asuntos y temas, ¿qué le parece á v. m. de la elección que he tenido?

D. Láz.—También en eso hay que enmendar. Dadme el papel, que quiero verle muy despacio.

Fed.—Paréceme que esta fiesta poética se mal logra; porque los poetas son tan desdichados, que aun estos premios que yo aquí les proponía, con ser tan inútiles, se les van de entre las manos.

D. Láz.—Venid acá, por vida mía. Respondedme á esta pregunta derechamente, y no por rodeos.

Fed.—Sí haré, señor: pregunte v. m.

D. Láz.—¿No podría ser esta fiesta cabal y cumplida, sin que entrasen en ella los poetas? Porque mirad: aunque yo os confieso que son ingeniosa y lucida gente, son demasiado de advertidos; reconocen mucho las faltas ajenas, que, ceñidas en fie-

les consonantes, entregan al entretenimiento de los que son nuestros enemigos, y son tan artificiosos, que algunos, entre las más dulces lisonjas, encubren las más venenosas injurias.

Fed.—Pues, señor, queden los poetas descartados, y para esta fiesta venga en lugar de ellos música de instrumentos y de voces.

D. Láz.—Paréceme que no, porque en entrando música de voces es fuerza que tenga su parte la poesía, á quien yo aborrezco, no porque no la venero, sino porque la temo, pues música de instrumentos sola aporrea los oídos y no causa elevación en el espíritu. Paréceme que sin lo uno y lo otro haremos esta fiesta pomposa.

Fed.—¿Cómo puede ser tan pomposa?

D. Láz.—Con el acompañamiento de tanta gente ilustre como se va convidando para ella.

Fed.—Por sola una cosa me pesa; pero poco se pierde, pues los estudios de mi ingenio jamás fueron considerables.

D. Láz.—¿Cómo así? Hablad con llaneza y decidme todo vuestro ánimo.

Fed.—Digo, señor, que tenía yo escrito el tema quinto y con alguna satisfacción de personas de buen gusto.

D. Láz.—Señor, si todos los poetas fueran tan de casa como vos, no recelara yo algunas pesadumbres á título de alabanzas. Desenvainad luego el papel, y veamos qué tales poetas cría el pan de mi casa y de mi mesa.

Fed.—Para que v. m. vaya sobre el caso, quiero volver á leer el tema quinto.

D. Láz.—Leed muy enhorabuena, porque con eso estaré mejor advertido.

Fed.—Dice, señor, así:

«TEMA QUINTO

Pídese un romance de diez y seis coplas, todas marcialistas, todas picantes, que con donaire, aliño y buen despejo den matraca al sonado y escandaloso romadizo que aquella noche infausta se atrevió á ser trasgo de la cabeza y pecho de tan ilustre varón.

Daránse al primero tres lienzos de narices, escogidos entre muchos que entonces se hicieron para servicio y alivio del fatigado D. Lázaro, rociados y perfumados con las propias aguas y pastillas de que se sirve su misma persona. Al segundo, otros tantos; pero con rocío de menor calidad y cantidad. Al tercero, el mismo número; pero sin más curiosidad que bien lavados y doblados.»

D. Láz.—Todos los nueve lienzos que ofrecistes, divididos entre tres, han de ser para vos solo: decid con buen ánimo.

Fed.—Vale tanto ese ofrecimiento, que antes diré muy desanimado; pero al fin es forzosa la obediencia. Dice así:

Licencioso romadizo,
Despreciador y soberbio,
Que pisas cabezas altas
Y penetras sabios pechos.

¡Oh cómo eres prevenido!
Pues apenas breve tiempo
Viste una cabeza al aire
Cuando la embestiste luego.
Hízote un muy gran servicio
Tu fiel ministro el sereno,
A quien debes tus honores,
Tu veneración y aumentos.
¡Qué áspera condición tienes,
Pues vas de la casa huyendo,
Donde te hospedan con dulces
Y con suaves ungüentos!
Y por hacer del muy hombre
Traes aparato y estruendo
De calenturas ardientes,
Todo sed y todo fuego.
¡Oh cómo eres ambicioso!
Paréceste á muchos necios,
Pues gustas de ser sonado,
Aunque te acabas con esto.
Escándalo portentoso
Fuiste de mi noble dueño,
Pues antes que por la fama
Te conoció en el efecto.
Y el que no tuvo noticia
Por los estragos sangrientos
De la valerosa Holanda,
La consiguió por los lienzos.
Aunque, contra el gusto mío,
Bien sé que alabarte debo,
Por ser tan amigo de agua
Que sólo vives bebiendo.
No eres de los glotonazos,
Insolentes carniceros,
Pues comes con tal melindre

Que sueles volverte hambriento.
  ¿Qué calle, dime, no rondas?
¿A qué esquina no estás puesto,
Para entrarte por resquicios
Que el sol aún no entra por ellos?
  Con extremo eres valiente,
Pues aun cuando vas huyendo,
Piden contra tí socorro
A la piedad de los cielos.
  Muy bien puedes blasonar,
Gallardo, altivo y soberbio,
Pues también del sol te sirves
Cauteloso en los inviernos.
  Este es ministro seguro,
Más que el sereno travieso,
Pues todos van á buscarle
Sin defensas ni recelos.
  Yo temo que me acometas
Aun en los pies de estos versos,
Que también he visto yo
Que sueles entrar por ellos.
  Romance con romadizo
Es, Jueces, es el que os presento,
Y así para su limpieza
Bien necesita de lienzos.

D. Láz.—Sin acudir á importunar el Tribunal de los Jueces, te doy yo todos los nueve lienzos que aun antes de oir el romance te había ofrecido; y demos orden ahora en las demás prevenciones, porque nos hallemos el día del mayor cuidado desocupados y satisfechos. Mas ¿quién diremos? ¿quién viene? ¡Oh mi amigo Marcelo! ¡Oh Ministro diligente, y cuanto diligente, ingenioso!

Mar.—Tan ingenioso y diligente, que os ha hecho hoy un servicio que no tenéis hacienda con qué pagármele.

D. Láz.—¿Quién duda que habrás convidado á toda la Corte? No soy yo tan ingrato que te volverás con las manos vacías.

Mar.—Mayor servicio me debéis; digo que sé yo que en vuestra estimación sois pobre para satisfacerle.

D. Láz.—¿Cómo, amigo? Dí presto.

Mar.—He averiguado que aquel sombrero no es el mismo que se os robó, sino otro apócrifo y fingido. Guardaos no coloquéis en lugar sublime un embuste, una mentira, una copia de vuestro mismo sombrero, en fe de que él es el propio que se busca, y con esto se quede el original en cautiverio.

D. Láz.—Advertencia es ésta de tanta consideración, que siendo verdadera, como afirmas, no hay hacienda (como dijiste) en mi poder para satisfacerla, pues yo bien segura tengo la averiguación. ¡Hola, Federico! alcanzadme aquel sombrero.

Fed.—Aquí le tiene v. m.

D. Láz.—Si traéis con vos, como soléis, estuche, descosedle por esta parte el tafetán, y escuchad al oído.

Fed.—¿Qué es lo que dice v. m.?

D. Láz.—Mirad si tiene ahí dentro dos hebras de seda azul, que es la seña que yo les suelo poner á todos en trayéndolos, y guardadme con fidelidad este secreto, pues vos sólo sois á quien le he revelado en esta vida.

Mar.—¿Ese pago les dais á mis pasos por el aviso que hacéis de mi tan poca confidencia?

D. Láz.—No te agravies, Marcelo; no te ofendas, que si esta diligencia se hace así, es porque conviene.

Fed.—Señor, Marcelo merece muy buen agradecimiento y correspondencia, porque faltando las señas que v. m. me dió, este sombrero es apócrifo.

D. Láz.—¡Válgame Dios! Dejadme á mí hacer la experiencia. ¿Cómo es posible? ¿qué es esto? ¡Por Dios que es apócrifo! ¿Cómo? No sólo es verdadero, pero ni aun verosímil. Grave castigo merecería quien os hizo tan pesada burla. ¿Conoceréis al hombre que os le trajo?

Fed.—¿Qué importa que le conozca, si el que le trajo es un hombre sacerdote, ó por lo menos anda en hábito de tal, y á título de esto hemos de respetar, no sólo su persona, pero aun su sombra?

D. Láz.—Ahora me habéis satisfecho; ahora estoy por arrojarme todo á vuestros pies. A la dignidad sacerdotal, á la apariencia ó á la presunción de que aquél que viste hábito eclesiástico puede ser que la posea, debe reverencia el corazón, rendimiento los ojos, corteses sacrificios la lengua, liberales tributos la mano. Estos son los serafines humanos; estos rayos y resplandores de aquel sol que nunca se pone.

Fed.—Mucho me ha consolado oirle hablar en juicio éste, aunque breve, prudente discurso: esperanzas da de que el enfermo cobrará salud con

el tiempo; pero ahora es fuerza seguir sus pasos, por no despertar en él con la contradicción mayores furias.

D. Láz.—Pues, amigo Marcelo, ¿qué haré yo en tanta desdicha? ¿Qué puedo seguir que más bien me esté que la jornada de Segovia, que dejé tan inadvertidamente en sus principios?

Mar.—Bien decía v. m.: si todas las cosas del mundo no estuvieran sujetas á tanta mudanza, será muy posible que ya no esté en Segovia el robador, que es propio de los delincuentes pasar de una en otra parte por parecerles que en ninguna tienen seguro asiento. Vuelva v. m. á hacer segunda consulta con estos espiadores de los movimientos celestes, con estos bachilleres planetarios; óigales hablar un poco en jerigonza astrológica. Sepamos de qué semblante y aspecto se miran los planetas. Si hay ceño entre ellos, desafío y pendencia; quién está en casa de quién, y con qué gusto y voluntad es recibido; porque esto de andar por casas ajenas, aun para los planetas suele ser de muy gran trabajo. Si acaso el sol estuviere en casa de Venus, será conocido y vergonzoso infortunio; y está muy bien considerado, porque no sé yo á qué mayor desdicha pueda venir un Rey que á ser huésped en casa de una ramera. Averígüese también si hay algún planeta que vaya dando pasos atrás, que es lo que en propios términos se llama retrógrado, buena habilidad, y que sólo deben de alcanzarla los planetas y los desdichados; porque ningún infeliz, aunque tenga más méritos, puede dar pasos adelante, y si juntamente hay alguno que esté

combusto, porque una estrella medio frita en los rayos del sol no puede ser de ningún provecho. También la cauda y el *caput draconis*, que es lo que en vulgar llamamos cabeza y cola de dragón, hacen en estas ocasiones papel muy importante. Finalmente, señor, para mí es lindo entremés verles hacer anatomía de la esfera. ¡Oh qué amigo tengo yo, grande oficial de echar las tijeras á ese paño azul de los cielos y levantar en menos de dos horas media docena de figuras, que yo llamo de retales, y luego sentarse en una silla de costillas algo parecida con Adán, porque tiene una menos, y echar el fallamos que debemos condenar y condenamos al tal majadero interrogante á que no parecerá lo que busca, y en costas para nuestra cámara y fisco! Si v. m. quiere, que sí querrá (ofendido le he con la duda), que yo busque al tal astrólogo portante, porque anda como sacamuelas en un haca, haciendo á medio real figuras de éstas que llaman de memoria, y él las intitula adocenadas, yo haré que con todo cuidado estudie el punto y responda atento y modesto, sin equívocos como oráculo endemoniado, porque hablando con dos sentidos, es fuerza que lo uno ó lo otro sea, y siempre queden por verdaderos estos Ministros de la que la plebe llama adivinanza.

D. Láz.—¡Oh Marcelo, de cuántos gustos te soy deudor, de cuántas liberales finezas! Tan liberales, que apenas han recibido interés de mis manos, si no fué aquel juboncillo verde. Dadle luego, Federico, aquel vestido que hice para ir á los toros de Alcalá, y tomaos para vos el aderezo de

espada y daga, pues que Marcelo no se sirve de semejantes instrumentos.

Mar. — Vos habéis repartido con propiedad vuestras galas: lo que de mi parte me toca os agradezco, que Federico para responder por sí no ha menester procuradores.

Fed.—Semejantes liberalidades sólo tienen la respuesta en el deseo de servirlas lo que durare la vida.

Mar.—Habéis hablado breve y elegante. Sacadme mi vestido, que de camino me tengo de pasar por casa, porque bien cerca de ella vive el astrólogo respondón; tan respondón, que á todos cuantos van á consultarle con el dinero en la mano, responde agradable y pronto.

D. Láz.—¿Qué precio tienen las figuras?

Mar.—Son como barbas: unas de á medio real, otras de á real, algunas de á dos, y cual y cual de real de á cuatro, y conforme se las pagan las estudia, medita y considera. Hay figuras trasnochadas que se hacen después de cenar dando de cabezadas sobre las efemérides, y así vienen á ser sueños todo lo más que dice, y aun pienso que aun cuando está más despierto sueña, según la costumbre que ha hecho á hablar en el lenguaje dormilón, con desperezos y bostezos.

Fed.—Este es el vestido. Rompedle con mucha salud, que os prometo que es gala para lucir la persona de un señor.

Mar.—No es menos quien me le da.

D. Láz.—¡Oh! deja ahora los agradecimientos, que con nada serás más agradecido que con acu-

dir á lo que te he mandado diligente. ¡Vuela, vuela!

Mar.—Cuando vuelva de casa del judiciario, pienso que lo haré mejor, porque es un vejezuelo que tiene mucha parte de brujo; pero yo pondré tanto viento en los pies para este negocio, que no echaré menos las alas.

D. Láz.—Oyes, espera, que se nos olvidaba lo más importante: llévale ese doblón porque haga la figura con mucho cuidado.

Mar.—¡Oh! en poniéndole yo este metal en la mano derecha, tomará con ella la pluma animoso y formará unos caracteres tan vivos, que sólo el ver aquel tema celeste cause deleite y admiración.

D. Láz.—¿Qué te parece de la prosa del Marcelejo? ¡Qué despejado es! ¡Qué poco se embaraza en ninguna materia!

Fed.—Son calidades excelentes para el oficio que profesa, y entre todas ninguna tiene con más perfección que el ser insigne embustero, y bien se le ve en tratar con este género de astrólogos mecánicos y alquilones, porque los judiciarios ingeniosos y doctos que hay en esta Corte, que yo conozco algunos y los trato con toda reverencia, jamás hicieron venales los sudores de sus estudios, ni pusieron con insolente desvergüenza en almoneda el juicio de los efectos de los resplandores de las estrellas.

D. Láz.—Ea, señor, no me pudráis ya; dejadme hacer mi gusto, pues yo os permito comer mi hacienda.

Fed.—Con lo uno quiero yo pagar lo otro; pero necio soy en no acabar de conocer que este hombre no quiere consejos: al fin es fuerza ser cómplice en su precipicio. ¿No sabe v. m. cómo debe hacer una visita?

D. Láz.—¿A quién?

Fed.—A su suegra y mujer de D. Sebastián, que han venido de Salamanca en compañía de D. Fernando y son huéspedes de su mujer Doña Lucrecia.

D. Láz.—¿Quién duda que este efecto procede de oraciones y misas que ha hecho hacer y decir D. Rodrigo? Casaráse con mi señora Doña Cristina, que es de las hermosas mujeres que hay en la Corte.

Fed.—¿Cómo no dice v. m. que es la más?

D. Láz.—En la Corte, en ningún género de cosa se le puede dar á nadie el título de la demasía.

Fed.—Al fin, señor, el buen D. Fernando ha dado en esto un medio como hombre que tiene cristiandad y prudencia, pues estando presentes respetos tan graves para D. Sebastián, no turbará estas bodas de D. Rodrigo, que ó era fuerza que se dilatasen largo tiempo, ó que fuesen muy sangrientas. Con mucho rigor culpo á las mujeres que, estando en estado libre para casarse, se dejan festejar de hombres que tienen el impedimento en otro matrimonio para no poder conseguir el suyo. ¿Cómo se olvidaron tanto las leyes que no señalaron graves y particulares penas para los que escandalizasen la República con semejante delito?

Mas quién duda que no lo previnieron, porque nunca lo imaginaron.

D. Láz.—Si (como os tengo dicho y rogado muchas veces) renunciáseis este oficio de corrector del mundo, que por ninguna parte os toca, viviéramos en descanso y saludable paz. Hablar de las faltas públicas quien no puede remediarlas, gana tiene de murmurar, supuesto que con lo que dice no las enmienda. ¡Qué poco cuidado tenéis de mi congoja! No os sabré significar cuánto estoy corrido de que aquel sombrero que os entregaron fuese apócrifo.

Fed.—¡Extraña desdicha y notable miseria es la de este hombre, pues en hablando en esta materia es loco, y en saliéndose de ella, en todas las demás prudente y cuerdo!

D. Láz.—¿Que haya en todo género de estado gente cautelosa? ¿Que hasta los que se visten hábito eclesiástico se atreven á hacer un engaño? Todo soy fuego: no sé con qué entretuviese mi esperanza; no sé con qué poder divertirme mientras vuelve Marcelejo.

Fed.—¿Parécele á v. m. que le será de alivio oir la comedia, pues le han convidado á ella aquellos caballeros toledanos y tienen tan buen aposento en el Corral del Príncipe?

D. Láz.—No gusto de ir á las comedias, por el desprecio con que las oyen los ignorantes y el poco premio que tienen los que con ingenio y gala las escriben. Este es el parto más infeliz de las musas castellanas, y no el menos curioso y sutil: al fin está expuesto á que sea su juez aquel vulgo infe-

rior y se provee esta insigne cátedra, siendo votos en ella los mosqueteros vilísimos.

Mar.—No se admire v. m., que aun las de las facultades en las escuelas suele proveerlas la canalla más ruda; porque siempre es mayor el número de los menos nobles y más ignorantes, y en estas cosas hace fuerza, no la calidad, sino la cantidad.

D. Láz.—No sé si es acertado; pero pase porque no quiero quitaros el cargo que os habéis tomado de perro ladrador de las faltas públicas. Sólo os puedo decir que las comedias tienen su estimación fuera de España en cualquier parte, y principalmente en Italia, donde aunque sean (como sucede á muchas) trazadas de repente y razonadas en humilde y desaliñada prosa, se escuchan con silencio.

Fed.—Verdad es y á mí me pesa, como si fuera uno de los interesados; pero yo no dejara de entretenerme con ellas por esa ni por otra cualquier causa; mas ya tengo en qué v. m. se divierta.

D. Láz.—¿En qué?

Fed.—En estas seis pinturas que hoy trajeron á v. m., que estando vueltas á la pared no se gozan. Veamos en esta primera quién es la persona contenida. ¡Oh! bueno está: es la fábula de Adonis y Marte.

D. Láz.—Casi la tengo olvidada.

Fed.—¿Cómo casi olvidada?

D. Láz.—Sí, de muy sabida, porque abracé en tiernos años este estudio y olvidéle luego.

Fed.—Es, pues, el caso: va de cuento, y aun-

que viejo no de los que cuentan las viejas. Marte, dios de los espadachines y rufianes cuyos altares se perfuman con mosto y sangraza de estos vilísimos hombres, amaba ¿á quién diremos? á aquel estrellón lucido y despejado que sale cuando el sol se pone. ¿Pensará v. m. que me falta un texto castellano para confirmar mi opinión? Pues engáñase, porque allá entre los romanzones antiguos, que ya tienen roña y polilla, hay uno que dice:

Sale la estrella de Venus
Al tiempo que el sol se pone.

Al fin él amaba á la placentera Venus, mujer muy amiga de entretenerse y de entretener, que cuando esto es así es la correspondencia igual. Holgáronse mucho tiempo larga y espaciosamente, á pesar del maridejo Vulcano, marido sin pies y sin manos: sin pies, porque era cojo; y sin manos, porque era tan gallina que no se atrevía á romperle algunos leños en las costillas, con ser su cabeza un monte tan espeso. Acechábales en todos tiempos y andábales poniendo redes, todo más ridículo que provechoso. Como Venus era mujer tan desenvuelta y amiga de variar el gusto, cansada de ver á Marte tan hosco de melenas y de oirle unos requiebros llenos de temeridades, que eran para amor nublado con mucha piedra, empeñó fina voluntad en un mozuelo bien despoblado de barba, que dijo llamarse Adonis, tan de azúcar en las palabras, que pudiera servir de lamedor al catarro más rebelde, aunque fuera el que se nos en-

tró en casa por la falta del robado sombrero. ¿Cuántos buenos ratos se dieron estos amantes por valles y montes de campañas fertilísimas? Hablen las aguas que lo vieron y murmuren tanta lascivia, pues es fuerza que sus cristales helados se ofendiesen de ver reinar tan poderoso á su mayor enemigo el fuego. Marte, que, por ser tan majadero como valiente, vivía muy satisfecho de sus partes, no entró en muchos tiempos en tan venenosas sospechas. Pero al fin una ocasión entre muchas le dió á beber más desengaños que él quisiera, porque le amargaron pesadamente. Bien pudiera hacer la venganza descubierto y animoso; pero esta vez quiso proceder con más artificio que valentía. Era muy dado á la venatoria el mozuelo, gran persona de quitar vidas á los moradores de los desiertos. Salió á este ejercicio gallardo para deberle su fama á su desdicha, porque Marte, disfrazado en figura de este furioso puerco-espín, que aquí tan vivo nos representa la pintura armado de puntas de saña y fuego, se le opuso al paso, y cerrando el uno con el otro, quedó la victoria por él, que era imposible que la perdiese. Desgarretóle con los colmillos, cuya blancura enrojeció la intempestiva sangre. Lágrimas de Venus celebraron sus exequias; pero no fueron bastantes á restituirle la vida. La historia pasó así, y éste es un traslado sacado de los *Metamorfoseos* de Ovidio, corregido y concertado con su original, de que doy fe.

D. Láz.—Vos habéis dilatado la historia con tan buen donaire, que sola su narración ha basta-

do á entretener el tiempo de la ausencia de Marcelo, pues ya vuelve, como lo avisan estas voces, que es tan poco cauteloso, que antes que llegue á la puerta nos da desde la calle noticia de su venida.

Mar.—Buen negocio ¡por Dios! que le ha hecho el dobloncillo al tendero de los planetas (que los vende como si fueran cintas ó guantes) sudar con particular estudio sobre este punto, y traigo nuevas honoríficas y que sospecho que son verdaderas.

D. Láz.—¿Cómo así, amigo? No te embaraces en vagabunda prosa: vamos al punto, vamos á la substancia.

Mar.— El me ha dicho que su sombrero de v. m. fué quitado en venganza de cierto desprecio, y que ha sido tan dichoso, que está hoy en poder de una mujer ilustre en sangre y tan bella, que es una amable inquietud de esta Corte, en cuya casa se halla tan venerado, que sólo por haber venido á gozar de tan alta reverencia se puede dar por bien perdido.

D. Láz.—¿Dió las señas? Podremos rastrear quién es esa divina señora para hacerla el debido reconocimiento, que si me iguala en calidad me casaré con ella.

Mar.—Señor, en eso ha vuelto á trabajar con atención, y para esta noche se hace una Junta de judiciarios en su casa, que es lo mismo que si fuera de médicos: éstos, mientras más fueren, podrá ser que levanten mayor polvareda de confusión; pero yo me hallaré presente para moderarlos y haré que me den su parecer antes de la cena, por

excusar el peligro á que los pone después la alegría de la demasiada carga á resbalar en promesas vanas. Si así lo hiciera un gran caballero de estos reinos que ya pasó de esta vida con ciertos abogados, saliérale más acertada la consulta.

D. Láz.—¿Cómo así?

Mar.—Hízoles un espléndido banquete en una casa de recreación, y después les propuso un caso, á que respondieron tan agradables, que le firmaron un parecer muy largo en que concluían ser llana su justicia. De allí á pocos días, volviendo á conferir en ayunas el mismo negocio en el patio de Palacio, se retractaron de lo dicho; y puestos á considerar el punto con estudio más maduro, se rompió aquel escrito y se hizo otro con ciertos conques bien limitadores.

D. Láz.—Al fin, señor, ¿cuántos son los judiciarios? Vamos á nuestro caso.

Mar.—Señor, son tres, porque este número es perfectísimo; el uno de ellos, que es el proto-astrólogo de estos mecánicos, habló: «Há menester venir en una silla, porque está impedido de una sarna rabiosa que casi toca en lepra.»

D. Láz.—Federico, dadle cien reales para que reparta entre estos señores judiciarios.

Fed.—Marcelo, una palabra.

Mar.—Y aun muchas, señor Federico.

Fed.—Cincuenta os pienso sacar, y quedarme yo con la otra parte, porque entendiendo yo la treta que le estáis jugando á este loco de mi amo, bien merezco, porque os la disimulo y callo, ir á la parte en el provecho.

Mar.—Para mayores cosas os quiero por amigo: hágase todo como vos lo dispusiéreis.

D. Láz.—¿Qué te decía Federico?

Mar.—Encárgame mucho esta diligencia como si yo fuera hombre que me descuido en vuestro servicio.

D. Láz.—¡Oh leal criado! no hay caballero en esta Corte tan bien servido como yo. Qué, ¿es posible que te encargaba mucho esta diligencia?

Mar.—Tanto, señor, que quiere tener parte en ella.

D. Láz.—¿Cómo parte en ella?

Mar.—Sí, señor: en el premio, no en los pasos.

D. Láz.—¿Cómo? ¿Qué dices?

Mar.—Que quiere participar en los pasos de este negocio, y conviene mucho así.

D. Láz.—Holgaréme yo mucho de que presida á esta diligencia un criado tan confidente.

Mar.—Señor, es el caso que después que haya desembarcado aquella preñez de tanto inútil astrólogo, entre los dos, por las señas que nos dieren, buscaremos la casa y la persona, y podrá entonces, como Embajador de v. m., hacer Federico en su nombre una visita á la tal señora, y quedará tratado el modo que ha de haber en la restauración de nuestro sombrero, y de camino sabremos su calidad y partes, para ver si es digna del liberal ofrecimiento que v. m. la hace de celebrar bodas con ella.

D. Láz.—Pues yo me voy fuera, porque ya tengo puesto el coche. Ahí sale Federico, que tú y él

juntos, uno fiel y otro solícito, haréis diligencia provechosa.

Mar.—¡Oh Federico! Pensaréis que no me he vengado muy bien de vos por la parte que me estafáis de este dinero.

Fed.—¿Cuál es la venganza?

Mar.—No es pequeña, porque le he inducido á vuestro amo á que os haga partícipe en los pasos que doy en este negocio.

Fed.—Supuesto que hasta ahora en él está por dar el primero, y no es menester dar ninguno, pienso que estaré bien ocioso.

Mar.—Con todo eso, hemos de hacer una diligencia con quien tiene el sombrero.

Fed.—¡Qué gracioso disparate! Pues ¿quién sabe quién tiene el sombrero?

Mar.—Al fin ya yo y vos somos amigos, porque nada obliga á mayor correspondencia que el ser compañeros en un delito: según esto, con vos hablaré; mas temo.

Fed.—No temáis.

Mar.—A vos, no, sino á estas paredes, que por ser de D. Lázaro no quiero que me escuchen, porque si tienen oídos peligrará mi secreto.

Fed.—Pues vamos donde vos podáis hablar con seguro descanso, que desde luego me constituyo por deudor vuestro, supuesto que me reveláis un secreto que, aunque os confieso que es ridículo, el haber estado tan oculto le da estimación de curioso. *(Vanse los dos.)*

DON SEBASTIÁN solo.

¡Oh grande rigor de estrellas! ¡Oh fortuna sin piedad con quien más te ha creído! ¿Así agradeces veneraciones? Mas justamente castiga el cielo á los que se dejan llevar de tan vanas promesas, de tan inútiles esperanzas. ¿Podráse contar por delito haber amado lo que es con toda perfección hermoso? Bien sé que me culparán el haberme entregado al peligro con proseguir una comunicación tan larga, y esto lo dirán así los que no supieren que amor con singulares bellezas conquista en un volver de ojos más que con otras moderadas hermosuras en infinitos siglos. De una vez hizo amor todo su efecto: apenas ví cuando quedé rendido. El rayo poderoso, estrago de todo lo inferior con quien se encuentra ó se le opone, apenas toca cuando hiere sin dejar esperanza de salud: golpe y muerte son una misma cosa. Así este fuego que abrasó mi pecho, hijo fué de rayo, no de materia menos violenta. Mas ¡ay, que tan dulcemente muero, que á mi satisfacción dejo arderme! ¡Oh bellísimos ojos, flechad más; daos toda prisa á consumir si alguna parte de mi corazón os queda! Cuéntese entre vuestras cenizas este principal ministro de mi vida, que pues tiene alas, dando cercos á vuestra luz como la mariposa, podrá entregarse él mismo para hacer el sacrificio tanto más loable cuanto más animoso. ¿Ausentaréme de este lugar? Mas ¿de qué sirve, si llevo conmigo la causa de mi inquietud?

¡Qué bien lo sintieron estos versos!

Si á quien el alma rendí
Por fuerza en mí ha de reinar,
¿Qué importa mudar lugar
Si no me ausento de mí?

(Entra Don Fernando.)

¡Qué alterado estáis! ¿Qué turbaciones son éstas, que en vuestro rostro escriben cuán poca paz interior gozáis? Mas diréis que cómo dudo lo que tan fácilmente deja conocerse. Enfermo sois que, aun callando, publicáis vuestro mal. Esta es la ocasión de hacer el último esfuerzo: hoy se concluye lo que vos llamaréis vuestra desdicha. Hallaros presente es peligroso, tanto para vuestra paciencia, como para la reputación de esta señora, por si acaso reventase el fuego de la mina donde está encerrado. Vámonos los dos y dejemos esta casa libre á los que han de concluir el tratado de estas bodas.

D. Seb.—Mal conocéis vos el modo que yo he elegido para curarme: de eso mismo de que vos teméis que ha de salir aumento á mi mal, nacerá mi remedio. Presente quiero estar para verla reducir, como espero, á las persuasiones de estas señoras, y entonces, con mirarla yo rendida pagando ingratamente mi voluntad, quedaré libre.

D. Fer.—¿Qué llamáis pagar vuestra voluntad ingratamente? ¡Oh cuánto puede una pasión, aun en el hombre más bien advertido, aun en el más

cuerdo! ¿Cómo podéis vos, siendo hombre casado, obligar á una mujer principal, que por ningunos respetos ha de entregar las últimas prendas de su amor sin su estimación y decoro?

D. Seb.—Mi pretensión no ha sido merecer de ella favores indignos, sino embarazar para que no los goce nadie, aunque sea en estado tan lícito.

D. Fer.—¿Pues qué bien se os sigue de eso?

D. Seb.—Presumir que algún día podría yo llegarme á ver en estado tan libre, que pudiese merecerlo.

D. Fer. — ¡Oh prodigiosa ingratitud! ¿Luego deseáis la muerte á vuestra esposa, á quien tenéis peregrinas obligaciones?

D. Seb.—Tal no deseo; tal intento aun en la imaginación no le he admitido.

D. Fer.—¿Pues cómo puede ser lo que decís?

D. Seb.—En eso conoceréis que tales son los extremos de los amantes, pues quiero hallarme libre sin muerte de la persona á quien debo tanto; y al mismo tiempo deseo llegar á los brazos amados en estado que no manche con torpes afrentas su lucido decoro.

D. Fer.—¿Veis cómo digo yo bien, que os estará mejor no hallaros presente á una plática que os ha de ser tan aborrecible? Venid conmigo, que yo os pondré en manos de quien os dará verdadero consuelo.

D. Seb.—¿En cuáles?

D. Fer.—En las de un hombre aprobado por su virtud y admirable por su sabiduría.

D. Seb.—¿Tanto dudáis de mi valor? ¿Tan poca

estimación hacéis de mi ánimo constante? Venid conmigo, que quiero que veáis con cuán gallardo pecho doy las nuevas de su felicidad á mi primo D. Rodrigo. Allí os admiraréis mirando con cuántos parabienes, con cuántos abrazos celebro la prosperidad de su fortuna.

D. Fer.—Señor, por mi amistad os ruego y por Dios os encargo que consideréis que aventuráis muchas cosas en acción tan atrevida. Advertid el peligro.

D. Seb.—Creedme, que aunque vuestro consejo en todas ocasiones será el más cuerdo, en ésta sé muy bien lo que debo hacer, sin escándalo de la fama de esta señora, que no sería poco el que se seguiría si yo no me hallase presente á la celebración de sus bodas, y encendería en mayores sospechas á mi esposa, que aunque no está libre de ellas, al fin no son de las muy confirmadas, que éstas turbarían la paz con que hasta ahora hemos vivido.

D. Fer.—Paréceme que os habéis retirado tan aprisa al sagrado de la razón, que sois otro hombre nuevo. ¡Oh superiores milagros de la prudencia! *(Vanse.)*

DOÑA CRISTINA, DOÑA LUCRECIA, DOÑA LAURA y DOÑA CLAUDIA.

Doña Crist.—¿Juzgáis por pequeña victoria haberme reducido á que vuelva á tomar estado cuando tan lejos estaba aún de representarlo en la imaginación, cuando aún las sombras de esta cárcel

me ofendían? ¿Yo he de volver por mi voluntad á ponerme en las prisiones, si escapé una vez de ellas felizmente y me veo libre? Si importuné con tantas lágrimas al cielo que me sacase, aunque fuese con mi muerte, del poder de mi primero esposo, y anduvo tan benigno que quiso que fuese con la suya y no con la mía; si acaso errase tanto en esto segundo, ¿á quién podré quejarme? ¿Con qué rostro verteré lágrimas?

Doña Luc.—Aquí, donde la virtuosa condición y modesta vida de D. Rodrigo son tan conocidas, esas razones son inútiles y vanas. Entre nosotras ha vivido. ¿Qué hemos visto en él de hombre descompuesto? ¿Qué de caballero desapacible? Todas las buenas artes profesa, y en todas, excelente y entretenido, deleita y admira. Ocupado en ellas, no se deja robar de los vicios, saqueadores profanos de la juventud cortesana.

Doña Crist.—Bien conozco todas esas buenas partes; bien las alabo; bien las reverencio. ¿Pero quién no teme entrarse muy aprisa en una cárcel, aunque sea dorada?

Doña Lau.—No es cárcel, sino dulcísima libertad, un matrimonio cuando se busca con tan prudente elección. ¡Qué bien os dicen esos miedos cuán ofendida quedastes del primer estado, pues tantas conveniencias, tan evidentes razones, tan dificultosamente os vencen! ¿Qué dudáis? ¿Qué decís?

Doña Clau.—¿Ya qué puede decir? ¿Qué dudar? Paréceme que la misma fuerza que la hemos hecho la hace detener, y que la grande copia de rue-

gos que hemos puesto de nuestra parte, la representa sospechoso el contrato; pues aunque más fugitiva vuelva el rostro, aunque más se resista y defienda, ha de quedar esta noche desposada.

Doña Crist.—Señoras, pregunto: ¿esto es voluntad ó violencia?

Doña Lau.—Voluntad, y vos nos habéis confesado muchas veces que la tenéis.

Doña Crist.—Sí tengo y no pequeña; pero paréceme que faltan muchas disposiciones para que esto se ejecute.

Doña Clau.—Casa propia es ésta donde ahora estáis: dígolo por si acaso reparáis en que aún no se ha buscado por parte del que ha de ser vuestro esposo; los adornos que están en ella también os sirven con mucho gusto, demás de que éstas son cosas que se hallarán en muy breve tiempo en esta Corte con el dinero, y más quien tiene tanto y tan á mano como D. Rodrigo.

Doña Crist.—¿Pues las amonestaciones no están por hacer?

Doña Lau.—Ya hay dispensación para que sin ellas pueda tener efecto este santo y bendito matrimonio: por eso no finjáis impedimentos, no forméis inconvenientes vanos.

Doña Crist.—Tan lejos estoy de fingir impedimentos ni inconvenientes, que me dispongo á que sea como lo ordenáis, pues si yo no tuviera voluntad libre y animosa, hubiera despedido esta proposición; pero yo conozco que me está bien por muchas causas, y no es la menor el haberse hablado tanto en ello.

Doña Clau.—Pues, señora, vamos á vestiros y á tocaros, que de aquí á la noche hay algunas horas, y siendo tantas, pienso que saldremos muy bien con ello.

Doña Crist.—No, señoras, yo no tengo de mudar el hábito de viuda hasta que me haya desposado: en éste tengo de dar la mano á D. Rodrigo.

Doña Clau.—¿Pues por qué?

Doña Crist.—Porque no dejo de ser viuda hasta que esté casada, y no quiero despedir antes el hábito que el estado.

Doña Lau.—A quien en esa parte se gobierna tan cuerdamente, los consejos sobran, y las persuasiones serían más indicios de malicia que de voluntad.

Mar.—Al fin se concluyen estas bodas: doime á mí propio logrados parabienes por los donativos que de ellas se me han de seguir.

Doña Luc.—¿Qué te has hecho? ¿Dónde has estado, que en los días más solemnes, cuando más es menester tu gratis-data, faltas y te escondes?

Mar.—Ya habréis entendido por un papel mío, que bien sé que os le dieron, las burlas astrológicas que hice al tal D. Lázaro; y como últimamente prometió casarse con la tal dama, que tiene su sombrero, si fuese de su calidad, atento á que le trata con veneración, determinéme á decirle que estaba en poder de su muy amada Doña Cristina, con que le parecieron las bodas más apacibles y aumentó la voluntad deseos; pero así como entendió que estaba tan adelante D. Rodrigo en ésta no pensada felicidad, despachó un embajador,

que es Federico, criado confidente suyo, por el cual la dice.

Doña Crist.—¿Qué es lo que me dice? Sea principio de la fiesta de este desposorio su embajada.

Mar.—Dice, pues, que este sombrero no puede estar en poder de mujer que no sea propia suya; pero porque no parezca que quiere restaurarle sin dar alguna honrada satisfacción á quien le tenía tan venerado, se ofrece á haceros tres veces cada año un presente de chapines valencianos, que la labor de ellos sea toda sombreros, porque traigáis en vuestros pies el retrato de lo mismo que él puso en su cabeza. Dad licencia para que entre Federico.

Doña Crist.—No, que tú le responderás en mi nombre lo que quiero que en el mío diga á su dueño. ¡Admirada estoy de tanta humildad!

Mar.—No penséis que procede de la estimación que hace de vuestra persona, sino en correspondencia de la que yo le he dicho que hacéis de su cautivo sombrero.

Doña Crist.—Menester será que entremos todas en consulta, porque la respuesta salga tal, que se siga á ella alguna ocasión de gustoso entretenimiento.

Doña Luc.—¡Oh! ya vos estáis en vuestro centro: en llegando á esta plática olvidaréis las bodas, y os parecerá que no pueden ser felices si en ellas no se hace juego y risa de este ventoso caballero.

Doña Crist.— Dejadme, señoras, engañar el tiempo; hagámosle tretas por las que él nos hace:

de modo que cuando él presuma que pasa muy pesado, venga á ser apacible y entretenido.

Mar.—Al fin, señora, ¿qué le responderemos? Que yo me holgaría que la respuesta fuese de buen aire, para ver los extremos que hace con ella.

Doña Crist.—Dile que yo me he holgado mucho de que este sombrero suyo cayese en mi poder, y que me hallaba con él tan ufana, que por no desposeerme de él, como ahora será forzoso, nunca he querido revelarle el secreto; pero ya que no puede ser menos, se le entregaré con muy buena voluntad, aceptando el donativo de los chapines, con tal que se ha de servir de venirse esta noche á mi posada á la hora que se celebrare mi desposorio y asistir con él puesto lo que él durare para que tenga más solemnidad, pues es cierto que con esto será un acto muy honorífico y yo conseguiré más autorizada grandeza en esta ocasión que muchos grandes Príncipes de la cristiandad; y si te pareciere hacer algunas adiciones á la embajada, yo te doy licencia para que te dilates y extiendas todo lo que fueres servido.

Mar.—No pienso hacer tal, porque todo lo dicho es de tan buen gusto, que aquí cualquier cosa que se quitase ó aumentase vendría á hacer la embajada imperfecta. Paréceme que será bueno que se halle presente un Escribano á hacer las capitulaciones de este contrato, y que en la escritura se declaren las condiciones con que vos entregáis el sombrero y D. Lázaro le recibe.

Doña Crist.—Tú podrás hacer ese oficio, que para tales contratos tal Escribano es suficiente.

Mar.—No soy, señora, ¡pobre de mí! Estad en el caso, y advertid que aunque nos burlamos de este hombre, hemos de hacerle las burlas con tanta fuerza de veras, que duren las burlas por muchas edades.

Doña Luc.—Por Dios que nos des lugar ahora para tratar de otras cosas de más importancia y disponlo como tú quisieres, de modo que venga á ser muy entretenido, que pasando por tus manos, que tienes en estas cosas tanta destreza y á ésta tan particular voluntad, ¿quién duda que tendremos, sin llamar ningún autor, comedia que nos haga bien festiva la noche?

Doña Lau.—Paréceme que estos señores podrán ya tardarse poco, y sería bien que, ya que os quedáis en el traje de la viudez por vuestro cuerdo consejo, os pusiésemos el tocado más alegre y algunos aliños, que los traen por esta Corte muchas viudas que no esperan desposorio. Manifestad ese cabello, pues es tan para visto, y permitid que os hagamos en él algunos rizos, que ya esto del rizarse y ponerse manteos guarnecidos con el propio metal de que ellas fingen los cabellos, es común en viudas y casadas. Bien podéis adornaros de manillas, gargantilla y sortijas brillantes, que yo os prometo que no habéis de merecer por ello el nombre de autora.

Doña Clau.—¡Qué cierto es eso, aun no sólo en las viudas mozas, por quien responden los verdes años y el lícito deseo de asegundar bodas, sino en unas que pasan de mi tiempo, en unas que están ya desamparadas de la edad, contra quien piden

mandamiento de amparo á los afeites artificiosos, y es quien les vale menos, porque con ellos se descubren más, tanto porque no hallan ya la materia dispuesta con que puedan obrar felizmente, como porque ellas cargan mucho la mano pensando que por allí lo enmiendan; con que más que rostro humano parece pared lucida!

Doña Lau.—Déjelo v. m., madre, por amor de Dios, que parece mal que, siendo todas mujeres, murmuremos tanto las unas de las otras.

Doña Luc.—Eso está ya muy puesto en costumbre: debe de ser desdicha de nuestra cautelosa naturaleza. Nosotras nos infamamos, nosotras somos las primeras á pregonar las imperfecciones de las parientas estrechas de las amigas interiores. Quien dice que los hombres quitan la reputación á las mujeres, mucho se engaña, porque los hombres de bien callan, y los ruínes, si hablan, no son creídos. ¿Pues quién? Nuestros ánimos envidiosos; nuestra ambición civil y mecánica, puesta en tener cuatro manteos más ó menos, y al fin quien no cae en tan baja miseria que padezca estas faltas ni las conozca en sus amigas, viendo que es fuerza reverenciar sus costumbres, se atreve á los defectos de la belleza publicando los medios con que procuran suplirla ó por lo menos aumentarla. Pienso que entre nosotras no pasará este lenguaje, porque nos corren honradas obligaciones, aunque las más dicen esto y después hacen esotro.

D. Láz.—Pues, señora, ¿qué traje es éste para novia? Aunque como v. m. no necesita de más aliños que las galas naturales que la dió el cielo,

con ellas vence al más vigilante estudio, al más atento artificio. V. m. goce el estado muchos años, y todos esos viva yo para servirla la merced que me hace con la restitución de mi sombrero.

Doña Crist.—Señor, todos los años que yo viviere en éste ó en cualquier Estado, serán para á v. m. servirle. El sombrero restituyo de muy buena gana, guardándose entre nosotros las capitulaciones referidas en el contrato.

D. Láz.—Desde luego las acepto y me constituyo con muy buena voluntad por obligado á cumplirlas.

Doña Crist.—Lléguese v. m. más cerca, que quiero que le reciba de mi propia mano.

D. Láz.—Si se me hace esta merced con tanta solemnidad, llegaré á recibirla de rodillas.

Doña Crist. — Escuchen, señoras, y estén atentas.

Doña Luc.—Diga v. m., señora mía.

Doña Crist.—Digo así: «Yo Doña Cristina, dama celebrada por hermosa entre las más hermosas de la Corte, restituyo al caballero D. Lázaro, y por otro nombre llamado el Cortesano descortés, un sombrero suyo, que por cierta violenta fortuna vino á mi poder, con tal que me guarde y cumpla las capitulaciones que entre nosotros tenemos asentadas, porque por cualquiera de ellas que faltare, el contrato no tendrá efecto. El cual sombrero, delante de los testigos que están presentes, paso de mi cabeza á la suya, porque de aquí adelante le sirva de disculpa para no ser cortés con

nadie, pues no es justo que haga reverencia á ningún barbado con sombrero que ha estado en cabeza de una dama tan hermosa como yo.»

D. Láz.—Empeño á v. m. mi palabra de no quitarle á nadie de cuantos hoy son nacidos, si no fuere á las personas reales.

Doña Luc.—Esta capitulación será la que cumplirá v. m. más bien, aunque no esté expresada en el contrato.

Sab.—Ya están esperando aquí fuera á vs. ms. todos estos señores con el Teniente Cura de la parroquia, y me han mandado que entre á dar aviso.

Doña Crist.—Vamos, que ya una vez determinada por mi voluntad, no quiero dar con la tardanza apariencias de arrepentimiento.

D. Láz.—¡Oh para mí bienaventurado día! ¡Oh sumamente dichoso! Yo te consagraré á la posteridad en los bronces canoros de las musas, que éstos son los más eternos.

SILVA

ALVANIO Á LAURA

Ahora (Laura hermosa)
Que en brazos del Octubre
Rejuvenece el Mayo,
Y con gala dichosa
El campo se descubre
Cuando esperaba su mortal desmayo;
Ahora que templado rayo á rayo
Respira el sol con luz tan apacible,
Que se vuelve á engendrar la primavera
En el monte, en la selva, en la ribera
Y en los cultos jardines,
Dando nieve olorosa en los jazmines
Y púrpura fragante en los claveles;
Ahora, pues, que en las labradas huertas
Los árboles más útiles
(Que los de las riberas de los ríos
Ostentadores de galanes bríos)
Resplandecen en fruto más que en hojas;
Ahora que descubre los rubíes
Liberal la granada,
De quien antes se vió tan avarienta
Que en obscura prisión los detenía,
Si no es que con piedad los defendía;
Ahora que las parras trepadoras
Cargadas de los fértiles racimos
De su hermosa preñez han hecho gala,

Cuya vista instimula si regala,
Instimula al deseo,
Y el deseo á la mano
Para que las despoje grano á grano,
  Sal, pues, ¡oh Laura bella!
Con la primera risa de la aurora
Á esta fértil campaña,
Á quien jamás el tiempo desengaña,
Porque siempre vestida
De lisonjeros fértiles verdores
Del hielo desconoce los rigores.
  Desata aquí el deseo
En espacio tan grande como hermoso;
Alienta los sentidos,
Que cobarde tristeza
Turba, siendo traición á tu belleza,
Y aprenderá tu ánimo vencido
De inclementes pesares,
Risa deste cristal de Manzanares;
Serviráte de escuela
Risueña y cristalina,
Como de espejo á tu beldad divina.
  Mas ¡ay! que de risueña escuela puede
Manzanares servirte;
De cristalina no, que en tí miramos
Cristal de más belleza
En quien blasona la naturaleza,
Y con justa razón se desvanece,
Que así su propio estudio se agradece.
  Y porque tu divino
Ingenio tenga parte
En más amenas flores,
Ya que no puedo dártelas mejores
Que el verde monte del Parnaso cría,
Recibe de la humilde musa mía

En este ramillete
Tan pobre y tan pequeño
Como está la esperanza de su dueño,
Las que el ingenio alcanza,
Y entonces será rica mi esperanza.
¡Oh superior beldad! que en monarquía
De un imperio de luz estás suspensa,
Admite el don, con mi humildad dispensa,
Y quedará glorioso
El breve estudio mío:
Tanto de tu virtud noble confío,
Mientras que con más voz, con más aliento
Me consagro á tu fama;
Mas ¡ay! que ella en sí propia se apercibe
Laureles inmortales
Más fijos que las lumbres celestiales.

EL NECIO BIEN AFORTUNADO

Á D. FRANCISCO Y D. ANDRÉS FIESCO

CABALLEROS DE LA NOBILÍSIMA REPÚBLICA DE GÉNOVA.

AUTOR

ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO

VECINO Y NATURAL DE ESTA VILLA DE MADRID.

CON PRIVILEGIO

En Madrid, por la viuda de Cosme Delgado. Año 1621.

A COSTA DE ANDRÉS DE CARRASQUILLA

MERCADER DE LIBROS

APROBACIÓN DEL ORDINARIO

He hecho ver el libro intitulado *El Necio bien afortunado*, y no hallo en él cosa que ofenda á la religión cristiana y buenas costumbres, y así doy licencia para que se imprima.

En Madrid á 31 de Octubre de 1620.—*Dr. D. Diego Vela.*

APROBACIÓN

DE D. JUAN VARONA ZAPATA

CAPELLÁN DEL REY NUESTRO SEÑOR

Este libro, intitulado *El Necio bien afortunado*, he visto por mandado de V. A.: no hallo en él cosa que á la piedad cristiana ni á la modestia de las buenas costumbres pueda ser de ofensa; antes cada día, en el ingenio de su autor, nuevos méritos, que da siempre ocasiones de admiración y alabanza. Bien digno es de que V. A. le honre con hacerle la merced que suplica.

En Madrid á 8 de Noviembre de 1620.—*D. Juan Varona Zapata.*

SUMA DEL PRIVILEGIO

Tiene licencia y privilegio por diez años Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo para que ninguna persona, sin su licencia, pueda imprimir este libro, intitulado *El Necio bien afortunado*, so graves penas, como en el dicho privilegio más largamente se contiene.

Su fecha en Madrid en 31 de Diciembre de 1620.—Pasó en el oficio de Hernando de Vallejo, Escribano de Cámara. —Refrendado de Pedro de Contreras, Secretario del Rey nuestro señor.

FE DE ERRATAS

Este libro, intitulado *El Necio bien afortunado,* está bien y fielmente impreso con su original.

En Madrid á 20 de Junio de 1621.—*Ldo. Murcia de la Llana.*

SUMA DE LA TASA

Este libro, intitulado *El Necio bien afortunado,* está tasado por los señores del Real Consejo á cuatro maravedís cada pliego, en papel, el cual tiene catorce pliegos, que al dicho precio monta cincuenta y seis maravedís.

De que dió fe Hernando de Vallejo, Escribano de Cámara.—En Madrid en 21 de Junio de 1621.

A D. FRANCISCO Y D. ANDRÉS FIESCO

No es tan ilustre el blasón de los grandes Príncipes que reinando se hacen temer y admirar, como el de los caballeros generosos que, con gallardía de ánimo, se conquistan noble imperio en los corazones, estableciendo la grandeza de sus hados sobre las voluntades: Monarquía tanto más digna de estimación, cuanto es cierto que es pródiga donación del cielo. Siendo esto verdad, nadie ha llegado á poseerla con tan justas razones como vs. ms., que con obras admirables supieron adquirirla, dando en ellas claros testigos al mundo de su nobilísima sangre, de quien diré con brevedad alguna parte de las que yo alcanzo. Es la casa Fiesca antiquísima é ilustrada desde sus principios, por haber procedido de ella Pontífices, Cardenales, Condes y muchos grandes varones, que así en el estado eclesiástico como en el secular fueron elegidos á las dignidades supremas de la Serenísima República de Génova, y justamente colocados en el sublime trono del sagrado Imperio Romano.

Su calidad recibe el origen de Alemania, pasando su noticia á Francia, y con no menos admiración á Italia y España, á donde se precian de tener ramos, que en sus provincias florezcan eternamente, de tan generoso árbol. La casa Justiniana también lo es de más de cuatrocientos años, como tantas historias antiguas lo publican, y una superioridad se les debe por ser caballeros de tan excelsa y admirable República, que el valor de ella compite con los más dilatados imperios, como lo manifiesta su lustrosa pompa, su autoridad establecida y antigua nobleza, por tantas marítimas victorias y belicosos sucesos eternizada. Y el señor Sinibaldo Fiesco, que de estos insignes triun-

fos goza su merecida parte, es padre de vs. ms.; varón tan generosamente conocido, como la Corte lo confiesa, por la estimación que hicieron de su vida y el sentimiento que tuvieron de su muerte, de quien fué digna compañía la señora Doña Tomasina Justiniana, cuya ejemplar vida resplandece siempre tan altamente en las virtudes. De tales fuentes en su claridad proporcionadas, traen vs. ms. su nacimiento dichoso, haciendo cada día en sus obras indubitable fe de su nobleza, siendo tales que aun halagan los ánimos de sus mayores émulos, que vencidos de la razón alaban sus entendimientos singulares, viendo que en tan floridos años poseen sazonado y maduro fruto de prudencia, haciendo con la liberalidad el piadoso oficio de la Providencia, que con solícito cuidado enriquece de dones la pobreza más desconsolada; mientras están tan lejos de la ostentación vanagloriosa, que no buscan más premio del hacer bien que el gusto de verse ocupados en tan digno empleo. ¡Oh cómo extendiera yo el vuelo y dilatara la pluma en este campo ameno y tan ilustremente adornado de sus merecimientos, á no conocer que todos los colores que puede dar el pincel de la Retórica son ornamentos pobres y desnudos para vestir tan ricas obras! Estas me obligan; que en todos tiempos me consagré á vs. ms., ofreciéndoles ahora este pequeño libro, confiado en el ánimo grande de vs. ms., á quien guarde nuestro Señor por largos siglos, tan prósperamente dichosos como yo su servidor deseo.

En Madrid á 20 de Junio de 1621 años.

DE D. JULIAN RABASCHERO

SONETO

Este de erudición campo florido,
Cuyo (en métrico acento desatado)
Numeroso cristal, hoy ha limado
Cuantas flores engendran Pafo y Gnido,
Sonora es suspensión del Dios mentido
En dulzuras del pájaro nevado;
Culta es admiración del que ha dejado
El dulce leño en Delfos suspendido.
Tú, que á lira de nieve, á plectro de oro
(Ceñido Salas de laurel y oliva)
Suave envidia das, vences sonoro,
Canta, y muda tendrás la voz altiva
Del que inspirado del Aonio coro
Frigia llama cantó con tropa Argiva.

TOMAS SIVORI

EN ALABANZA DE ALONSO DE SALAS

SONETO EN TOSCANO

Vedo la fama gir nel' alto cielo,
Che la voce di Alonso spiega intorno,
Ch' a noi rimena assai più vago il giorno,
Mentre disgombra a gli occhi nostri il velo.

Indora il verdeggiante e lieto stelo
La chiara luce, ch' al bel sol fa scorno;
E mentre sorge il fortunato adorno,
Contemplo i raggi dil suo nobil zelo.
Et indi ascolto il pletro, e 'l dolce suono,
Che per le orecchi mi rapisce il core
Qual divo Orfeo, con real decoro;
Ma se il suon mi rapisce, il bel tesoro
I suoi bei raggi infonde al mio splendore,
E assai più da che non toglie il suo dono.

D. DIEGO CARRILLO DE MENDOZA

SONETO

Suspendió dulcemente tristes penas
Impelido valor, si ruego al culto
Demétrico en las aras á su bulto
Lira sacrificó, rompió cadenas.
Obeliscos esféricos, almenas
Hospedan de ciudad, que el pastor culto,
Si rémoras acentos forzó oculto
Materia al muro aun de terrestres venas.
Etéreo asiento simulacro ofrece
A las treguas que puso á su tormento
Memoria observan del tebano Piras,
Honras debidas al que más merece,
¡Oh Alfonso! á tí de nuestra edad portento,
Lustre de Iberia, pues á Apolo aspiras.

SEBASTIAN FRANCISCO DE MEDRANO

LIRAS REALES

(Adviértese que empiezan los versos con las letras del nombre del autor.)

A tus divinas sienes
Luciente Apolo ciña de esmeralda,
¡Oh tú! que sólo tienes
Nombre de Sol en la Elicona falda,
Siendo tu nombre al suelo,
O gloria de la luz, ó luz del cielo.
Generoso y bizarro
Estatuas de oro el tiempo te levante,
Rindiéndote su carro,
Olvidando á Virgilio, al Tracio amante,
Nunca á tu entendimiento
Ingrato el bronce de inmortal aliento,
Mudo el cielo te alabe,
Oyendo de tu voz la armonía,
Dulce, sonora y grave;
En cuanto el aire purifica el día,
Será mayor la gloria
A cuantos celebraron tu memoria.
Los libros que has escrito
Alas serán que toquen las estrellas,
Si bien su gran distrito
Breve alfombra será para tus huellas,
A quien por tu elocuencia
Respeta el Sol, admira y reverencia;

Vuelen de gente en gente,
Acreditando de Madrid el clima,
Donde dichosamente
Ingenios nacen de tan alta estima;
Llore la envidia fiera,
O viviendo por tí á tu sombra muera.

DE ANDRES DE CARRASQUILLA

NATURAL DE CÓRDOBA

Con vuestros rayos de oro,
Los de Febo y su belleza,
Hacina vuestra grandeza
Hoy en el celeste coro;
Vuestro ingenio es el tesoro,
Donde cualquiera valiente,
Para ser más eminente,
Imitaros solicita;
Que vuestra luz le habilita
Y le hace más excelente.

AL NECIO Y PRESUMIDO LECTOR

¡Qué cierto es, necio y presumido lector, que en leyendo el título de este prólogo harás muy del melindroso y volverás la hoja, como dando á entender que no habla contigo, declarándote más en lo mismo que piensas encubrirte; con que vendré á haber escrito estos renglones en vano! Mas por si acaso alguna vez divertido pusieres en él los ojos sin saber lo que te haces, cosa que muchas veces te

sucede, te ruego que adviertas en cuánta obligación me quedas para todas las ocasiones que se me ofrecieren contigo, por haber intentado ser en ésta tu cronista, bien que mancamente, porque yo no soy hábil para referir todas las necedades que tú eres poderoso para hacer. Corrige este retrato contigo propio, que eres el original, y enmiéndale de las imperfecciones que ha tenido en copiar tus imperfecciones; censúrame, si eres crítico, con escandalosos visajes; fléchame con las ignorancias de alguna venenosa apología; estrágame las márgenes con necedades pedantescas: que todo será darme materia para la segunda parte de tu historia, aunque antes saldrá el prometido *Don Diego de noche*, cuyos pasos seguirá *La Incasable mal casada*, y los de ésta, *El Cortesano descortés*, á pesar de algunos hipócritas holgazanes, que tienen por más virtud roer las haciendas y vidas ajenas, que darle al mundo, con ingenio y sal cortesana, sutil, apacible y honesto entretenimiento.

EL NECIO BIEN AFORTUNADO

CAPÍTULO PRIMERO

Madres, las que tenéis hijos necios, oidme todas, si ya no parece licenciosa ambición solicitar tanto número de oyentes. Recibid el parabién de vuestra felicidad. ¡Oh tres y cuatro veces venturosas las que dísteis al mundo fruto de majadería, satisfechas consigo mismas y consoladas! De tales partos se os seguirán lucidos honores y estimaciones grandes. Desengañaos, y advertid que en todos tiempos quien enriquece, quien honra, quien levanta un linaje, es un hijo necio; porque la fortuna apadrina sus imperfecciones y halaga sus desaciertos, por hacer ostentación de sus fuerzas en lo más indigno.

Mas ¡qué cierto es que no estáis vosotras dudosas de esta verdad, pues habéis multiplicado tanto el número de los ignorantes!

¡Ea! Califiquemos nuestra opinión con una historia verdadera, sucedida en nuestros tiempos, y por eso más sabrosa.

Digo, pues, que en nuestra edad hubo un gentil majaderón, que fué milagro conocerle por tal, por ser hombre tan entregado á los libros, que más

parecía letra que dueño de ellos. Fué la dicha, que se acompañó con un socarrón hijo de vecino de Madrid, su nombre D. Leonardo de Vargas, y con un arrogante andaluz, pretendiente, llamado el Ldo. Campuzano, que traía todo un Lucifer en la cabeza y se perfumaba con azufre el rostro para hacerle pálido; dejaba crecer la barba, afectaba severidad, engullía la risa, arqueaba las cejas, y con esto, y menear la cabeza de cuando en cuando y decir «bien está» y «algo dice,» pasaba por el más sabio del mundo. Su mayor asistencia era en las librerías, particularmente en una que hay enfrente de San Felipe, donde entonces se solían juntar grande número de curiosos de buenas letras.

Aquí, pues, concurrieron una tarde, víspera de Navidad, los dos amigos, socarrón y arrogante. Y después de haber registrado las mejores maravillas de la hermosura, que entonces paseaba la calle Mayor en diferentes coches, obligóles el ocio de los ojos á pedir entretenimiento á la lengua. Acordóse D. Leonardo de preguntar al Licenciado por el Dr. Ceñudo, un hombre bien opinado en lo crespo de las letras; respondió que había muchos días que se hurtaba á aquel concurso y que temía estuviese ausente ó enfermo.

—Cierto que me pesaría—replicó D. Leonardo, —porque siendo esta Corte tan copiosa de todas las cosas de gusto, no tiene ninguna que me lo dé tan grande como ver que aún hay en ella quien la fertilice de risa, cual es ese Doctor, por quien mejor que del otro Emperador se puede decir que nació para el regalo del género humano. Yo pien-

so que si este hombre hubiera nacido en la República de los atenienses, que le alimentaran de gastos públicos en el Prytaneo, como hacían á todos los varones á quien reconocían alguna deuda. ¿Hay cosa que importe tanto en una República como la risa? Todos los cuidados de la vida van encaminados á este fin. El ambicioso pierde el sueño; el codicioso, el juicio; el fácil, la hacienda y honra, sólo por este idolillo, por el gusto, cuyo mayor testigo es la risa. ¿Qué tenía Epicuro que quebrarnos la cabeza, examinando cuál era la mayor felicidad, sabiendo que había risa en el mundo: que cuando no tuviera otro abono de su parte más de que ningún hombre, mientras está risueño y alegre, ha hecho delito que merezca ceño, le bastaba para llamarse el mayor bien de tejas abajo? ¿Qué virtud no se halla en un hombre alegre? Luego le veréis liberal, y luego apacible, cortés, agradecido, entretenido, cuerdo; finalmente, agradable. ¿Hasta hoy se ha visto hombre melancólico que no tenga alguna falta que le ocasione la melancolía? Filósofo hay que funda en la razón natural los delitos feos, y piensa que proceden de la melancolía. Tengo por sin duda que si hubiera muchos hombres de éstos en el mundo, hubiera pocos vicios.

—No diga eso v. m.,—replicó el Licenciado muy enojado.—Pésame que lo diga un hombre tan bien entendido. ¿V. m. no echa de ver que la demasiada alegría afemina los ánimos y que es indigna de un varón prudente y sabio?

—¿Qué llama v. m. afeminar los ánimos?—dijo

D. Leonardo.—Yo he leído que los lacedemonios llevaban á sus batallas instrumentos músicos, bailes y canciones alegres con que, recreados primero los soldados, acometían después en los encuentros con más gallardía: ahora sabe v. m. que el temor y la tristeza andan juntos. ¿Por qué piensa, que no se cuenta, que ningún borracho huyese jamás en las pendencias que á cada instante les ocasiona el vino? La alegría de aquel dulce licor es quien los anima y esfuerza. ¿No suelen decir cuando una persona está triste que tiene apretado el corazón? Luego, al revés, cuando está alegre, le tendrá desocupado y libre.

—Ahora, Sr. D. Leonardo, eso es meternos en Filosofía—dijo el Licenciado,—y no es para este lugar: más despacio hablaremos de esto en otra parte; que le prometo que tengo hecho un trabajo sobre este punto que se ha de holgar de verle.

De esta manera se escapaba de los aprietos nuestro arrogante; y viéndose desahuciado de respuesta D. Leonardo, le dijo:

—Si v. m. quiere tener buenas Pascuas, véngase conmigo á ver al Dr. Ceñudo, que yo sé su posada, y verá el mejor hombre que ha visto en su vida.

—Vamos norabuena—dijo el Licenciado,—que ya yo tengo noticia de él y él la tiene de mí, y le prometo á v. m. que si no se singularizase en algunas opiniones, que muestra un ingenio muy delgado y no estéril elocuencia, que es el mayor esmalte de un dorado ingenio; mas él ha tomado el camino de la alabanza por el atajo, como dicen,

que es diciendo mal de todos y contradiciendo lo bien advertido de otros. Hay hombres de éstos que no les parece bien delgado concepto, si no toca en herejía ó no se dice en lengua remendada adrede, como capa de pobre; mas allá se lo hayan, que lo que entiendo es que no se entienden; que por donde piensan dilatar su fama la han de acortar, porque sus obras han de morir con ellos mismos, porque faltando quien las lea con glosa, ha de faltar quien las oiga con paciencia.

Iba D. Leonardo divertido, y con decir, ya que le pareció que paraba el trueno, «allá darás, rayo,» cerró la conversación y llegaron á la posada del Dr. Ceñudo: llamaron á la puerta; respondió un mozuelo, al parecer paje del Doctor:

—Dice mi señor que no está en casa.

Rieron mucho la simpleza, y replicando que le dijese como estaba allí el señor Ldo. Campuzano y D. Leonardo, fué con el recado el mozo, y antes de abrir la puerta replicóles que quién era el Ldo. Campuzano.

Aquí pensó perder el juicio el buen Licenciado, y acometiendo á decirlo D. Leonardo,

—No lo diga v. m.—dijo él,—que mis obras lo dirán algún día; y si hasta hoy no he dado muchas á la estampa, ha sido detenido de mi modestia. Esto nos perdemos los forasteros, que por mucho que nos hayamos quemado las cejas, no tiene nadie noticia ni aun del humo, con ser tan licencioso. Mucho me espanto que el señor Doctor dude quién soy, pues en más de una conversación lo puede haber sabido.

—No se enoje v. m.—replicó el rapaz,—que no es el Doctor, mi señor, quien lo duda, sino yo solo, que tengo orden suya para negarle á todos los que no fueren de su profesión y entretenimiento, y aun ahora no sabe que están vs. ms. aquí.

—Eso creo yo muy bien,—dijo el Licenciado; y mesurándose un poco, pasaron un zaguán pequeño y una antesala bien socorrida de sillas, bufetes y esculturas y pinturas, y habiendo acercado el oído el paje á la llave de una puerta que estaba cerrada, dijo:

—No es ocasión ahora de ver á mi amo, porque está meditando á voces: entreténganse vs. ms. aquí un rato, ó vuélvanse por acá otro día; que yo diré como han venido á hacerle esta merced.

—Entretengámonos con lo mucho que hay aquí que admirar—dijo el Licenciado,—que yo vengo tan deseoso de verle, que daré por muy perdido el tiempo que no diere á su conversación.

Así estuvieron deleitando los ojos en varias pinturas. Mas temiendo D. Leonardo algún desatino del Licenciado, acercóse á la puerta para ver si podían entrar. Reparó en que estaba la llave de la parte de afuera; y como no hubiese quien se lo estorbase, porque el paje se había salido de allí mucho rato antes, abrió, y haciendo seña al Licenciado, entraron juntos á una pieza muy curiosamente hermosa de libros, pinturas, maravillas de vidrios de Venecia y barros de Estremoz, muchas curiosidades muy graciosas de bronce y de papelón.

Apenas entraron, cuando de golpe se volvió á

cerrar la puerta con llave. Estaba el aposento poco claro, porque, aunque era de día, tenía cerradas las ventanas, y sólo le daba luz un candil de tres ojos.

Al ruido de la puerta, se levantó el Dr. Ceñudo, que estuvo hasta entonces suspenso con un libro en la mano.

—Beso las manos de v. m., dijo el Licenciado.

Arrugó la frente el Doctor, y con un tonillo melindroso, sin responder á la cortesía, dijo:

—¡Hola! ¡Vulgo fuera!

Apenas pronunció esta voz, cuando, sin saber por dónde, vieron venir dos hombres de desesperada grandeza, vestidos á lo romano, enfaldados los brazos y piernas, su tez negra y vellosa, coronados de unas sierpes enroscadas; traía cada uno una gentil penca en la mano, con que mostrando enojo celebrado de varios y disformes gestos, dieron sobre el pobre Licenciado, con tantas ganas, que le quitaron como por la mano las que traía de ver al Doctor.

Halláronse aturdidos los visitadores de ver semejante visión, y mucho más el Licenciado, que la palpaba con sus costillas; decían ambos entre dientes todo el calendario: no pensara nadie hasta entonces que el Licenciado sabía tanto de historias de santos.

Hizo allí el miedo bizarra ostentación de su saber: invocaba á San Antón con grandes veras y á San Jerónimo, y todo el *Flos Sanctorum* le venía estrecho. Parecióle al Doctor que estaba bien castigado; hizo una seña á los verdugos, y

al instante se hundieron en el propio aposento.

—¿A dónde me ha traído v. m., Sr. D. Leonardo? ¿Qué infierno es éste? No pensé que estaba en la Corte tan cerca del infierno.

—Le prometo á v. m., señor Licenciado, que yo también he sido engañado en esta venida; que nunca pensé que un hombre tan cristiano como el señor Doctor diera en hechicero.

—Sosiéguense vs. ms.—dijo entonces el Doctor con voz severa;—sosiéguense y siéntense, que hay mucho que decir á ese propósito.

—Por escrito podrá v. m. satisfacernos, si fuere servido; que no es esta conversación para de asiento.

Esto decía, acercándose á la puerta y haciendo sus diligencias para abrirla; mas no pudo, porque, como dije, estaba cerrada con llave.

Aquí pensó morirse el afligido Licenciado; mas viendo que no podía llevarse aquello por voces, en lugar donde á las cortesías se respondía con pencas, hizo, como dicen, de la necesidad virtud. Ablandóse, y sentáronse todos tres, como si tal no hubiera pasado. Prosiguió el Doctor entonces:

—Yo, señores, en mis primeros años, como lo sabe el mundo, fuí poeta cómico; hice algunas comedias que, impresas después, fueron asombro de Italia, Alemania y Francia: eran todas de estilo, lenguaje y espíritu levantado, muy bizarras de novedades, muy pomposas de versos y muy floridas de conceptos; mas como el vulgo no dilata el vuelo de su discurso á tan levantadas esferas, y es su centro la ignorancia, comenzó á extrañar la

lengua como extraña, la traza como extranjera y los versos como peregrinos. No paró aquí el desprecio. Silbáronlas con descarados silbos, y fueron tantos y tan fuertes, que levantaron borrasca en mi opinión, que la anegó en profundo desprecio hasta hoy día.

Quedé yo del caso, como el mercader codicioso que, habiendo pasado á las Indias y cargado las piedras de mayor precio, llegando de vuelta al puerto, donde pensó satisfacer la sed de sus deseos, vendiendo dichosamente toda su riqueza, ganada más á precio de peligros que á cambio de hacienda, naufragó el opulento navío, tropezando en oculta peña, que acechaba entre las ondas su destrozo, y desperdiciándose entre las aguas sus diamantes, plata, cristales y perlas, no le queda más que el escarmiento, de que aún no desdeñoso procura salvar su vida, confiándola á una tabla, pensando que aún lleva riquezas al puerto de sus desengaños.

De éstos me valí, y puse silencio á mi inclinación, mas no á mi enojo: éste, que me durará toda la vida, me enseñó la venganza contra el inquieto y bárbaro vulgo. De aquí me nació la contradicción que tenazmente hago á todas sus cosas. No hay palabra aprobada por esta bestia que yo no juzgue á herejía. No me pareció bastante mi ingenio para tan grande enemigo, y andando atormentado de este cuidado, supe como había llegado á esta Corte un famoso hechicero, conducido de cierto poderoso, para facilitar ambiciones hidrópicas. Tuve suerte en tener entonces un ami-

go, que lo era íntimo suyo. Este me llevó á verle; apadrinó mi intento; díjele cómo era de tener algún familiar que, á imitación de aquel demonio de Sócrates que le decía á la oreja muchos de sus atrevimientos dichosos, como escriben Platón, Plutarco y Apuleyo, me advirtiese á mí razones y modos con que contradecir al vulgo y sus dislates.

El oro, los ruegos y cierta conformidad aconsejada por las estrellas, le hicieron cortés la voluntad, de manera que me dió un anillo con tales conjuros labrados y en tal influencia de estrellas hecho, que tiene vinculada virtud, para que todas las veces que yo le moviere en este dedo del corazón y pusiere el sello, en que está esculpida la imagen de Saturno, hacia fuera, vengan los demonios necesarios á mi intento. Estos unas veces parecen en la forma que ahora han parecido; otras veces, sin tomar forma alguna visible, me dicen á la oreja razones y argumentos jamás imaginados de ingenio humano, para contraminar las opiniones del necio vulgo. Mas nada tienen que tanto merezca mi agradecimiento, como una virtud que he experimentado, y es que nadie los ha visto hasta hoy que no lo guarde en perpetuo secreto, ó si lo publica, no padezca grandes martirios de sus manos. V. m., señor Licenciado, entró ahora con una necedad del vulgo temeraria, diciendo que me besaba las manos. ¿Qué quiere decir en esto? ¿No echa de ver que es disparate?

—Señor mío—replicó el Licenciado algo turbado:—besar la mano es señal de obediencia, es confesar superioridad.

—Bien estoy con eso—dijo el Doctor:—besar la mano señal es de vasallaje ó sujeción; pero decir que besa las manos y no besarlas, es cosa muy diferente. Sepa saludar. ¡Nunca Dios le dé salud! Imite á la prudencia antigua, que con un salve saludaba, que quiere decir lo mismo que el Dios os guarde que usan los entendidos; mas por ser primerizo, no quiero apretar más la mano. V. m. se enmendará, á lo menos cuando se hallare con gente culta.

—Esta es cortesía tan recibida en el vulgo—dijo el Licenciado,—que pareciera temeridad apartarnos de ella.

—¿De manera—replicó el Doctor,—qué sólo con que la usa el vulgo le parece que está bien apadrinada? ¡Mire qué Platón ó Aristóteles alega por padre! Ahora dejemos esto, y dígame v. m. qué es lo que le trae á este pobre albergue.

—Sólo dar á v. m. las buenas Pascuas,—dijo el Licenciado; y al mismo punto, haciendo otro melindre el Doctor:—¡aún hay más vulgo!—se vió levantado hasta el techo en una como nube manchada de pardas sombras, á vueltas de muchas llamas confusas, con larga copia de humo. No quedó entonces con ánimo ni aun para pedirle á los Santos. El aturdido Licenciado quedó pálido y desmayado, sin poder ni aun despedir el aliento.

D. Leonardo, que veía al compañero tan cerca del techo que quitaba las telarañas á las vigas con la cabeza, pensó que aún él no estaba seguro con su silencio. Hincó ambas rodillas, puso las manos,

arqueó las cejas, clavóle los ojos entre respeto y miedo, y dijo:

—Señor Doctor, este caballero ha venido en confianza mía; es un grande apasionado de v. m. é ingenio digno de mayor estimación; es forastero y recién venido; no está en las leyes que v. m. ha puesto á los entendidos: sírvase, por quien es, de perdonarle algunos descuidos y de publicar la ley antes que la pena.

—Válgale su forastería,—dijo el Doctor.

Y al punto se deshizo todo aquel nublado.

Apeóse el Licenciado de aquella dignidad por fuerza. Quedóse en la silla en que estaba, sin color ni pulsos.

—¡Gentil bisoñería!—dijo el Doctor.—¿Es decir, que me viene á dar las Pascuas, como si ellas no hubieran llegado dos días antes! Y si dice que me las viene á dar buenas, ¿cómo piensa hacerlo? ¿qué pavos ó capones me trae? ¿qué buenas nuevas? ¿Sabe lo que dice? ¿No es temeridad decir lo que no siente, ó sentir lo que no dice?

—Señor Doctor, por las llagas de Dios—dijo D. Leonardo,—que le deje v. m., sino, es darle garrote, para que vuelva del desmayo.

—Más le costó á Platón la sabiduría—replicó el Doctor:—no importa pase por estos trances, que por mayores peligros pasó aquel sabio, pues navegó la mayor parte del mar y rodeó lo más de la tierra.

Ya había vuelto el Licenciado de aquel aturdimiento, y decía como si hablara entre sí:

—¡Oh cuánto me cuestas, virgen hija de Júpiter

y madre de la verdad! ¡Sacra sabiduría, cuánto me cuestas! Mas ¿quién dió alcance al oro sin romper montañas de piedra? ¿Quién llegó á las Indias sin pasar los miedos del mar? ¡Bien empleados peligros, dichosas solicitudes que me facilitaron tan gran tesoro de verdades! ¡Basta! ¡Que es cierto cuanto como entre sueños he pensado de Zoroastres! ¡Basta! ¡Que es poderosa la magia para tales transformaciones! ¡Basta! ¡Que los demonios andan entre nosotros, lado á lado, y no los conocemos! ¡Basta! ¡Que Madrid está tan cerca del abismo que respira por ella sus alientos de fuego! ¡Oh grande nobleza del alma, que tiene á su imperio los infernales espíritus; á su imperio, aun no bien declarado, sino por señas y entre dudas, se mueven estos demonios, y al instante toman formas de jayanes para obedecerla! Sabio Doctor, no creas de mi ingenio que ha de concebir enojos de lo que merece gracias. Yo tenía alguna noticia de tu ingenio, pero pequeña y no comparable á la experiencia que me has dado; si antes deseé verte como oráculo, si te aplaudí antes, sólo atento á tu opinión, y á opinión tan corta, ¿qué haré después de haber experimentado tus maravillas? Hombres como tú desprecia el vulgo; varones tan excelentes no veneró; olvida el uso y gloria de las estatuas en tiempo que tú vives. ¿Qué mayor muestra de su ignorancia, de su envidia, de su barbaridad? Yo, á lo menos, para serle porfiado enemigo, no he menester más agravios que los que á tu ilustre ingenio ha hecho, pues en él están injuriados todos los ilustres ingenios; á todos les cabe, si no el gol-

pe de este agravio, á lo menos el eco. Que de la manera que el laurel que se da á un benemérito, corona igualmente á todos los que lo son, así el castigo injurioso los afrenta igualmente. No quiero pedir que me tengas en tu gracia, ó porque yo me contento y tengo á suma felicidad servirte siempre sin más correspondencia, ó porque fuera desprecio de tu ingenio pedirle que no sea ingrato.

—Jurara yo—dijo el Doctor,—que amigo del Sr. D. Leonardo había de imitarle en el ingenio: nunca creció la amistad entre desiguales. Yo condeno mi cólera en no haber dado lugar á que v. m. hablase; que es, sin duda, que le conociera al punto, y le hubiera dado el lugar que merece en mi estimación.

—Ya que se acabó la borrasca—dijo D. Leonardo,—dígame v. m. cómo está.

Apenas dijo esto, cuando de un salto se puso á su lado un mono de terrible cuerpo, jugando con la cola y cocando con extraños meneos: traía en la mano un orinal de vidrio lleno de aguas menores.

—¿Qué manda v. m.?—dijo con gentil donaire D. Leonardo.—Pues sabe cuán dócil soy ¿para qué me quiere enseñar, tan á costa mía, cosa que tengamos otra escarapela?

Esto decía, y el mono porfiaba á ponerle el orinal delante de los ojos y muy cerca de ellos; temía el pobre caballero que se lo quería dar á beber, y aun estaba determinado á no replicar temiendo mayor castigo. Tomóle para obedecer, y ya le acercaba á la boca, diciendo:

—Fuerte cosa es que use v. m. tan mal de nues-

tra paciencia, por ser sus amigos y tan apasionados. Pudiera burlarse más cortesanamente y mereciera, en los mismos desprecios, mucho agrado de nuestra parte; mas estas burlas no se pueden hacer con un pícaro.

—¿V. m., Sr. D. Leonardo, no me preguntó cómo estaba?—dijo el Doctor.—¿Con qué intento me lo preguntó?

—¿Con qué intento lo he de preguntar sino de saberlo?—replicó D. Leonardo.

—Pues eso, ¿cómo se puede saber mejor que mirando la orina?—dijo el Doctor.—Y si eso no basta, pregúntelo al pulso con los dedos.

—¿No es mejor y más fácil—replicó D. Leonardo,—preguntárselo á v. m. y que me lo diga? ¡Cierto que es terrible!

—No, señor—dijo el Doctor:—ahora está en eso, porque ó yo estoy en la cama pálido y flaco cuando me lo pregunta, ó alegre y gordo sentado en una silla, como estoy ahora. En el primer caso, no hay que preguntar si tengo salud: que la fisonomía dice que no la tengo; pues si esto es cierto, la pregunta no viene á desear saber eso, sino en qué estado está el humor que causa mi enfermedad, si está de partida ó si de asiento. Esto no hay enfermo que pueda saberlo para decirlo: sólo la orina y el pulso entienden de esto. En el segundo caso es más necia la pregunta, porque ó es fiel el rostro á lo que queda en el cuerpo, y entonces no hay que preguntar por la salud, porque él lo dice y merece crédito, por ser lo más noble de nuestro cuerpo, ó es infiel, y, pareciendo alegre y gordo,

encubre malos humores, y tampoco entonces puede responder ni dar razón de su salud; porque las enfermedades que prometen salud en el rostro y liberalidad de los miembros son tan traidoras, que no sólo engañan á los demás, sino al mismo que las padece. Según eso, es tan oculto dueño, que ni él tampoco podrá responder á esa pregunta. Luego forzoso es que de aquí adelante se pregunte eso tomando el pulso ó pidiendo el orinal: vuélvasele v. m. á ese enfermero mío, si ha conjeturado ya el estado de mi humor.

—Sí, por cierto—dijo D. Leonardo dándosele: —bien he conjeturado el humor de v. m., que le gasta bueno.

—No le gasto, Sr. D. Leonardo—replicó el Doctor;—mire v. m. cómo habla: yo no le gasto, sino empléole, y esté en lo que dice. Gastar buen humor es de habladores, que hablan con buen humor sin aprovechar con él: eso es gastar propiamente. Emplearle es de hombres discretos que acaudalan siempre con él, ó agrado y aplauso en los oyentes, ó enseña á los descuidados, como yo ahora á vs. ms.

Ya se había desaparecido el mono, y estaban más alentados los dos amigos; dijo el Licenciado:

—¿No me dirá v. m. qué es la causa por qué un día tan alegre está tan encerrado en su aposento, y con luz artificial cuando la da el sol tan espléndida á todo este hemisferio? Mil días há que he notado que no frecuenta v. m. aquel pedazo de la calle Mayor, como solía. ¿Qué novedad es ésta? Que en los varones generosos cualquier mudan-

za arguye fuerte razón y valiente, pena de fáciles.

—Mucho me ha preguntado v. m.—dijo el Doctor,—mucho me ha preguntado; y si no estuviera cerrada con llave la puerta, temiera que se me habían de ir antes que acabase de responder. Hay mucho que decir en eso. Vs. ms. ya habrán comido: de aquí á las nueve de la noche hay muchas horas; no será mala obra entretenérselas. ¿Preguntan vs. ms. por qué estudio con luz artificial siendo de día? Pues si entrara la luz del sol en mi aposento, ¿pudiera yo estudiar? ¿No había de divertirme considerar que aquella luz nacía del sol, y que se aprovechaba de la cortesía del aire para derramarla por todo el universo, y que no sólo la daba al mundo, sino también á las estrellas, y que la luna la aprendía de él, como se ve en los eclipses, y que éstos mostraban la redondez de la tierra, porque siendo causa su sombra interpuesta entre el sol y la luna, ésta parecía siempre redonda? De aquí era fuerza considerar si estaba el agua sobre la tierra ó la tierra sobre el agua, y si hacían ambos elementos un cuerpo redondo. ¿Pues cómo se me podía escapar luego de la memoria la opinión de aquel filósofo, que dijo que andaba el mundo sobre el agua como navío? Luego descendiera á la del otro, que pensó que era más antigua y más noble que la tierra, y que era la causa de la generación de todas las cosas por la parte húmeda, en que se funda la vida. Pasara de ahí á la generación de los animales y plantas. Parara en lo segundo, contemplando en la hermosura de las flores, que con tanta gracia y alegría publican la

grandeza de Dios. Pensara luego, con Cicerón, que cuando no hubiera otros testimonios de que había Dios más que la belleza del mundo, bastaba para acreditarle la majestad. ¿Pues cómo me podía olvidar, llegando á esto, de ser gramático y advertir como *mundo* en latín es lo mismo que *adorno* en castellano, y que se llama así esta máquina por la hermosura que la adorna? De manera que en ninguna manera pudiera yo estudiar, si viera la luz del día. A lo segundo, por qué estoy, yo lo diré; mas han de tener paciencia.

—¡Qué llama v. m. paciencia?—dijo el Licenciado.—Llámela gozo y acertará; está brotando perlas por la boca, y tiene por tan dormida nuestra codicia, que se para á despertarla. Prosiga v. m.; suplícoselo, y esté seguro de que no da las margaritas á los puercos.

Pensaba el Doctor que sí, porque había visto á D. Leonardo determinado á serlo con el orinal, y el Licenciado olía á haberlo sido con el miedo de las visiones.

Prosiguió, pues, diciendo:

—Yo, señores, no estoy con estómago para digerir tan grandes yerros como los que miro cuando salgo á espaciarme á ese pedazo de Vizcaya en los muchos que tiene; provócanme el vómito; no puedo sufrirlo, y los que me ven vomitar hacen melindres; pues no tienen razón: que no es de hombres tener tan fuerte estómago, sino de avestruces ó elefantes, bestias, finalmente. Y si no á todos les hacen mal como á mí, es porque están criados con ese veneno, como el otro Rey, que

no sólo no le mataba, mas antes le sustentaba.

¿Quién ha de sufrir aquella junta de necios con capa ó manteo de doctos? Yo bien pasara porque fueran todos necios, que pocos trato yo que no lo sean: lo que me enoja es que lo sean fingiendo ser doctos. ¡Gente maldita! Los demás tontos del lugar disculpados están con que no saben que hay sabiduría en el mundo, ó si saben que la hay, la desprecian en su opinión y la tienen por una loca; mas que vosotros, que sabéis ó entendéis que la hay, y la veneráis tanto que os ennoblecéis con su apellido, no la sigáis ni la veáis jamás, ¿que embeleco es este? Si la estimáis, ¿cómo no la seguís? O si la seguís, ¿cómo no la alcanzáis? No por falta de plumas, que no ha habido siglo tan dichoso ni tan próvido de ellas, como lo dice tanto número de libros: que exceden los cuerpos de los de esta edad á las letras de los de aquélla que fué ilustre con tantos filósofos; no tampoco por falta de ingenio: que yo os veo ingeniosos en hallar las faltas ajenas; flojedad es vuestra, vanidad es vuestra, que os ha persuadido que la gloria y felicidad de la sabiduría no consiste en ser sabios, sino en parecerlo. Os contentáis con vana ostentación de noticias de libros: alcanzáis ésta sin más desvelo que llegándoos á la tienda donde se venden y leer los rótulos, y cuando mucho, cansando al pobre librero para que os alcance éste ó el otro, para consultarlos la primera hoja y saber de ella lo que contiene todo el cuerpo, como por fisonomía.

Dirá v. m., señor Licenciado, que por qué no voy allí á lo que todos, á divertirme viendo la gen-

te que pasa: sí hiciera, si yo tuviera paciencia para sufrirlo. ¿Quién ha de sufrir ver allí una escuadra de soldadillos guardando el decoro y concediendo toda veneración á muchos que tal vez en aquella parte concurren? Mas volviendo á la chusma, digo: éstos, pues, que porque oyeron decir á sus abuelos, contando cuentos, que había guerras en el mundo y que se mataban en ellas unos hombres á otros, nos vienen aquí á mentir mil hazañas, que aun no saben ellos mismos si son posibles, nunca vieron la guerra ni insignias de ella, y lo peor es que ni aun son aficionados á sus estruendos; échase de ver en que, si lo fueran, no vinieran á martirizar la Lonja de San Felipe con tanto espacio, porque fué providencia del cielo adunar los grandes trabajos con darnos inclinación á ellos. Yo confieso que son intolerables los de la guerra; mas si hay inclinación, no pueden serlo: de ahí nace que muchos grandes Príncipes que pudieran vivir en el suave ocio de la Corte, le desprecian, llevados de su inclinación, y escogen por mayor y más blando entretenimiento aquel horror, aquellos miedos de las armas. Bien sé que dicen que vienen á que el Rey los premie sus servicios; mas para saber que no tienen ninguno, ¿qué mayor acusador que su misma solicitud? Soldado amigo, si tú lo fueras con toda el alma, en serlo hallaras el premio. ¿Qué artífice mecánico no se da la norabuena y se tiene por dichoso el día que acaba alguna obra con acertada perfección? En su centro están los hombres que se ocupan en el alcance de su natural: si el tuyo fuera de seguir las armas, no salieras de entre ellas.

Saliste, ¿y no te mueres por volver? No eres de aquel centro: pacífico eres; desnuda esa braveza y entendámonos; trescientos cuarenta y siete años estuvo triunfante Roma después de su fundación, sin dar sueldo alguno á los soldados: sin sueldo peleaban, sin sueldo dilataban los términos de aquella Corona del mundo: acierto fué próvido, porque de esa manera sucedía que nadie iba á la guerra sin inclinación y denuedo natural; nadie iba llevado de la hambre y deseo del robo; generosidad de ánimo era quien los alistaba en aquel venturoso ejército: de ahí nacía que todos eran valerosos, todos esforzados.

¿Querrá v. m. que me entretenga en ver los coches? No lo quiera Dios. Veo tantas cosas en ellos, que me llevan la paciencia por los ojos. De las mujeres no quiero decir nada, porque las he menester, y es el animal que más se enoja de los desprecios y que más se rinde á las lisonjas: otro lo dirá. Dígalo un poderoso: que le queda otra cosa con que agradarlas; por majadero que sea, haga este yerro, pues le queda con que dorarle; que los que nacimos aojados ó mal mirados de las estrellas, hemos menester mucha zalema para poder vivir. Debemos mucha cortesía á las mujeres, y no es fineza, sino deuda forzosa en que pagamos todo el desvelo, con que ocupan días y noches en nuestros halagos, puliéndose, afeitándose, previniendo lisonjeros regalos en la lengua; no tratan de otra cosa, no tienen otro cuidado, fuera de que vivieran una vida sumamente desconsolada, viendo sus imperfecciones y faltas, que mancamente las dejó

la naturaleza, si no las consolásemos y borrásemos de la memoria con estas lisonjas, que, por desenvueltas que sean, juzgan á verdades, y se engañan con ellas.

Mucho más adelante pasara el Doctor, si no le cortara el hilo de su plática un profundo suspiro del Licenciado, que arrojó con algunos pasos de garganta.

—¿Qué le aflige á v. m.—dijo D. Leonardo,—cuando ve la humanidad con que el señor Doctor nos comunica los partos de su fecundo ingenio? Ya no hay que temer más visiones, fuera de que con callar se remedia todo.

—No es cosa de cuidado—dijo el Licenciado, y dió otro suspiro con cola, deteniéndose al fin adelgazando el aliento.

—¡Qué, por vida mía!—dijo el Doctor,—¡qué, por vida mía! No se extrañe v. m. á mi amor, que es acusarle de poco fiel, y mire que está en parte donde no se encubre pensamiento alguno, por más que se retire al corazón y se aparte de la boca. Mas ¿para qué me canso yo en preguntar, habiendo mostrado el deseo de saber?

Esto diciendo, corrió una cortina pequeña, y detrás pareció una figura de bronce, que parecía á Cupido en la aljaba, venda y alas.

Apenas la descubrió, cuando se oyó esta voz nacida de ella: «El hombre está enamorado.» Apenas oyó esto el Licenciado, que ya tenía ensayos para no temer visiones, cuando muy alentado dijo:

—Señor Doctor, el cielo me ha guiado hoy á ver á v. m. en el tiempo más apretado que ha te-

nido mi corazón: lo que dice este espíritu es la misma verdad; diréselo á v. m. más por extenso, porque espero remedio de su profunda ciencia, y sabrá de camino que la causa porque hoy hay tan poco amor en el mundo, es porque le tengo yo todo: de manera que no queda amor para nadie. En mi pecho tiene toda su armería con ostentación bizarra; allí su templo y aras, con más gallardas demostraciones, con más piadosas ceremonias: que si la antigüedad consagraba á la lisonja de sus dioses sangre de animales brutos, aquí le derramo por víctima mi propia sangre, que poco á poco y sin sentir me consume con su fuego ardiente.

Paseándome una tarde de verano en un coche por el Prado de San Jerónimo, ya no prado, sino monte, en que se cazan con lastimoso estrago, no fieras, sino hombres, caí en los lazos de unos cabellos; rendíme á las flechas de unos ojos; confiéme de la risa de una boca; dejéme llevar del agrado de unas mejillas con melindre rojas. Iba el dueño de estas armas en otro coche; aferramos el suyo con el mío; hubo concepto tierno de parte mía y donaire lozano de la suya. Nunca pensé que en alientos lisonjeros podían venir vengativas llamas. Vinieron entonces en los de sus voces apacibles; quedé por suyo; seguíla como dueño; supe su casa, su estado y el de sus padres; supe que tenía un hermano igual en edad y gusto al mío; busquéle la amistad por varios caminos; tuve entrada de esta manera en casa de Doña Dorotea, que así se llama aquélla que es feliz en todas las gracias; ha-

bléla tierno; respondióme apacible; leyó mis versos y celebrólos; dió entrada á algunos regalos míos, todo lo cual pasaba con seguridad y resguardo para con los padres, en fe de que era amigo de su hermano. Pensaban que aquello era cortesía y no gala, voluntad y no amor. El tiempo, las ocasiones, el trato, me hicieron cada día más dichoso en su gracia: puedo asegurar que tuve primero esperanza que amor; tan anticipados anduvieron sus favores á mis deseos. Salíanles al camino, bastando para otro salir á recibirlos. Finalmente, siendo esta dama, por ser la más hermosa, la más deseada de todo género de pretendientes, porque tenía caudal para todos los deseos, hacienda para los codiciosos, nobleza para los nobles, hermosura para los galanes, virtud para los cuerdos y discreción para los entendidos, yo solo fuí el venturoso dueño de su amor, yo dí saco al alcázar de su pecho; ganéla el corazón; mas no sin pérdida y destrozo mío, si merece nombre tan severo acción tan apacible como darle en cambio de su corazón el mío. Majestad es de amor, que no sabe rendirse á desiguales: otro amor ha de nacer, otro le ha de llamar á desafío. Nunca sin amor se triunfó de amor. De esta manera pasaba yo las más alegres horas que puedo yo esperar en mi vida, cuando la fortuna, envidiosa ó justamente enojada de que humanos méritos tiranizasen partes tan divinas, me la hurtó á mis ojos y á mi esperanza tres días há: tres días há que no estoy en mí; tres días há que vivo sin saber dónde estoy, porque no sé dónde está la que es dueño de mis

sentidos. Fuí el primer día de Pascua á visitarla con ocasión de ser Pascua: no la hallé en casa; pregunté á su madre por ella; díjome estaba á ver una tía suya; hallé en la calle á su padre; díjome que ella y su madre estaban á una novena al Santo Convento de Alcalá. Eché de ver el engaño en la discordia de los testigos; consulté á su hermano; halléle confuso; y no sospechando que me tocaba tanta parte del suceso, contóme la mayor desventura que ha sucedido en el mundo. ¡Oh pensiones de la hermosura, qué grandes sois! Nunca, divina Dorotea, nacieras hermosa, si habías de ser desdichada. Sin duda se precia de hermosa la fortuna, pues persigue tanto á los que lo son. ¡Ay estrella mía, jurara yo que me querías derribar con más peligro, cuando me levantabas á tan alta fortuna! Nunca las cosas sumamente perfectas y colmadas duran mucho. En la misma perfección está encubierto el peligro. En la misma altura está amenazando la ruína. El sol, en llegando al crespo signo donde está más levantado, vuelve á perder alturas: no dura en la mayor alteza ni un minuto. Contóme como á amigo en quien no esperaba desmayos, sino alientos, que faltaba su hermana desde la noche antes; que yendo en un coche con su madre á los maitines, á la vuelta, sin saber quién ni dónde, las apearon en una casa tan parecida á la suya, en lo que permitía la noche y el sueño, que engañadas se entraron en ella, y que al instante desapareció el coche, y á ellas las cerraron en dos cuadras diferentes, bien aderezadas y que mostraban un poderoso dueño; que lue-

go ofrecieron á su madre una silla de manos para llevarla á su casa, diciendo que ya su hija estaba en ella sin peligro ninguno; que callase; que el amor de un poderoso había intentado cosa que le salió en vano; pero que, finalmente, Doña Dorotea estaba libre ya de todo miedo. Con esto se fué engañada su madre, y apenas los que la llevaban llegaron á la calle donde vive, cuando la pidieron que se entrase sola en su casa, porque no querían ser conocidos acaso con las luces que saldrían á recibirla. Con esto se entró ella, y ellos se desaparecieron en un instante; de manera que cuando supo que no estaba en casa su hija y llamó al padre y hermano para la venganza, no hallaron nadie en quien hacerla.

Cuando yo oí tan lastimosas nuevas, pensé quedar difunto; pensaba el que las refería que lo hacía por su amistad solamente; holgábase de hallar tan vivo el sentimiento, esperando que le ayudaría á buscarla como fiel amigo: así se lo prometí; mas en vano, pues no hay ni sombra de ella; tres días há que la busco con todo desvelo, mas ocupa la vergüenza al cuidado; no hallo camino ni aun para mostrar solicitud. Tan desdichado soy, que ni aun puedo mostrar que tengo deseo de hallarla, cómo ó por qué camino, que no sea en grave afrenta suya: esto me tiene sin seso; esto es lo que no cabe en mi pecho y se sale entre suspiros; ésta es la causa que me arroja á tus pies, varón doctísimo más que cuantos han nacido; duélate por Dios tan grave desdicha; no se alabe la fortuna de que tiene imperio sobre los sabios, pues hay

quien diga que los sabios tienen imperio sobre la fortuna. Dime dónde está quien la ha robado, cómo se ha defendido, en qué ha de parar esta confusión. Consulta ese espíritu que ha penetrado mis pensamientos; sepamos de él el fin de mis ansias, pues supo ya el principio de ellas.

No quisiera haber escuchado tanto nuestro Doctor, porque le había dado más celos que palabras con su relación; mas entabló la venganza de esto y de la soberbia con que se había pintado único dueño de la que lo era de todos, y fué de esta manera: que apenas cesó el Licenciado, cuando hundiéndose el idolillo que había dado la primera respuesta, dejó un vacío en la pared por donde podía pasar la vista señorilmente á otra cuadra ricamente curiosa.

—V. m., señor Licenciado, se anime—dijo el señor Doctor,—y verá por sus ojos el estado de su desvelo: asómese por ese vacío y mire lo que pasa.

Hízolo así el Licenciado, y vió á Doña Dorotea que estaba en buena conversación con un galán de buen talle y disposición.

—Por ahora, esto basta.—Y corrió la cortina. —V. m. sabrá que esta dama está ya vencida; no puedo decirle la parte en que está, porque no conviene ni le importa, supuesto lo dicho. A sus padres podrá decir que un astrólogo le ha pronosticado que se la volverán á su casa dentro de muy pocos días; que no hagan ruido entre tanto, pues á nadie le está peor que á su honra. Pésame que un hombre tan entendido se deje engañar de falsos halagos de una mujer. Sepa que nunca le

ha querido sino sólo para marido, ocupando el amor más de su gruesa hacienda que de su persona.

Estaba pasmado el arrogante galán, porque se le habían entrado por ojos y oídos maravillas nunca pensadas: no sabía qué decirse; ahogábale el enojo de ver aquel agravio y de oir aquel desprecio.

D. Leonardo, que no estaba menos admirado, pareciéndole que el hombre no estaba ya de provecho, levantóse, despidiéndose del Doctor, con lo cual hizo lo mismo el Licenciado, sin acertar á pronunciar razón alguna; al fin, dándole muchas gracias por agravios, se fueron los dos, cayendo y tropezando, y preguntándose el uno al otro si era verdad que habían visto las pasadas visiones.

CAPITULO II

CUENTA SU VIDA EL NECIO Á UN AMIGO SUYO CON LA OCASIÓN DEL SUCESO REFERIDO

No le encerraban á nuestro Doctor los enfados de la calle Mayor, como había dicho al Licenciado; que aquéllos más fácil remedio tenían, pues hay otras calles en Madrid más sosegadas, y salidas en el campo más apacibles.

Amor era quien le ponía su casa por cárcel. ¿Quién te lo dijo, historiador amigo? ¿Cómo lo sabes? Pocos hay que respondan á esta pregunta; mas yo soy tan amigo de quitar dudas, que salgo á ella de muy buena gana.

Díjomelo un caballero natural de Madrid y amigo del Doctor, de los más ceñidos á su confianza; su nombre, D. Félix del Prado: éste me contó su vida, y particularmente el maravilloso suceso que me dió ocasión á escribirla.

Daba cuidado á D. Félix la tristesa y encerramiento del Doctor, que ya era notable entre todos sus amigos; habíanse pasado las Pascuas y las alegrías de ellas, sin que el Doctor hubiera alcanzado un bocado. En casa se estuvo siempre sin dejarse ver de nadie; y una vez que se entraron dos sin licencia, les costó larga pesadumbre, como he referido.

Era este caballero de natural apacible, y perdido por hacer amistades; habíaselas hecho muy buenas al Doctor en la ocasión de aquellos amores, hasta ser el tercero de ellos.

Díjole, pues, un día que le halló algo más desahogado de suspiros:

—Por cierto, amigo, que no os entiendo: decís que estáis perdido por esta mujer; tenéisla en casa y sin riesgo alguno: ¿qué os falta? Gozad la ocasión; declaraos con ella; dejémonos de embelecos.

—Bien veo yo—dijo el Doctor,—que tengo cercanos y fáciles esos cristales para festejar mi sed; bien veo que puedo forzarla sin peligro, pues ella piensa que soy extranjero con el disfraz que he hecho, de que luego te daré larga cuenta; mas yo no derribo mis deseos á tan humildes victorias; yo su amor deseo; su alma conquisto; no me pago de menores prendas; es el amor la sal de todos estos gustos: con el amor es gloriosa la vista de la dama, y aun la de las paredes de su casa; con el amor es dichosa la esperanza; con el amor es de estimación cualquiera promesa, es regalo cualquier asomo, es dulce cualquier palabra; todo se sazona con el amor: si él falta, ni vale verla, ni hablarla, ni cuantas demasías puede asegurar el atrevimiento.

—Ahora digo—replicó D. Félix,—que es gran desdicha ser discreto un hombre: si vos no lo fuérais tanto, no adelgazaríais el discurso de esa forma; gozaríais la ocasión, con que despicado diérais una higa al amor.

—Solos estamos—dijo el Doctor,—y con inten-

to de no salir de casa ni recibir á nadie que no fuere de ella. Yo estoy preñado de ese pensamiento y experimentado de su verdad; dadme atención por vida vuestra; escuchad el discurso de mi vida, y veréis de camino cuán acertado habéis andado en ese concepto; veréis cómo todo el tiempo que fuí necio, fuí el más dichoso hombre del mundo sólo con serlo, por más que me desampararon los hombres y la fortuna. Esta me desamparó, aun cuando era necio, porque imaginaba que algún día había de dejar de serlo.

—Yo no tengo cosa á qué acudir—dijo D. Félix,—sino á vuestros cuidados, y así me holgaré que también me digáis el origen de ellos, porque de esa manera camine yo con más luz.

—Uno y otro sabréis esta tarde, aunque lo último es renovarme llagas, y no sé si tendré sufrimiento. Yo, amigo, fuí concebido en necedad original, y puedo decir que soy necio de todos cuatro costados, porque siendo mi padre un hombre bien nacido y graduado de Licenciado por Alcalá, ya con el pie en el estribo para un muy honrado cargo, se enamoró de mi madre, siendo una doncella mal nacida, pues nació de padres pobres, y necia por su persona. Estaba el bueno de mi padre perdigado en los rayos de sus ojuelos; perdíase por ella; dió en pensar que podía engañarla; dióla palabra de casamiento, con intención de dejarla con la media carta. Creyóle ella fácilmente; ambos anduvieron necios, porque él quedó después casado por justicia, y ella tuvo casi en trances últimos su honor. De esta necedad de ambos nací yo, en

ocasión que el Consejo de Indias había nombrado á mi padre á un gobierno de aquel Nuevo Mundo, que fué como matarle para éste: como yo era recién nacido, parecióle que era aventurar mi vida embarcarme consigo, y así determinó de dejarme en poder de un hermano suyo, Cura entonces de Odón, tres leguas de Madrid: hízolo así y partióse con su mujer.

Fué, pues, mi crianza en Odón á los pechos de una labradora rolliza, de tosco parecer y lenguaje: veis aquí ganado el perdón, si en mi historia fuere poco aliñado de palabras, ¿qué gala había yo de aprender de una mujer de esta traza? Dióme en la leche la quinta esencia de ajos, cebollas y vino con que ella se sustentaba: veisme aquí rústico de cuerpo y alma; mas como toma siempre el cielo más á su cargo á quien desamparan los hombres, yo crecí fuerte y robusto con esta aspereza; quedóme, empero, la fisonomía del ama, la tez parda y un temerario ceño, acaso aprendido del que ella me ponía siempre que me miraba: ¡tanto puede la imaginación! De tal manera se apoderaba de mí el temor de su desabrimiento, que imaginando siempre en él, se me quedó estampado en el rostro: fortalecióme la cabeza á puras descalabraduras, el sufrimiento á puros enojos.

Ya le parecía á mi tío, á los siete años, que era tiempo de aprender á leer y escribir: enseñómelo en compañía de otro sobrino que tenía en casa, de los mismos años. Mostraba yo, en el semblante, un ingenio contumaz y rebelde; contestaba con esto un silencio confuso, que hablaba contra mí

temerariamente, por donde en el lugar cortesmente me llamaban el Ceñudo, por llamarme el tonto; era mi tío áspero de condición, pero tenía su trozo de imaginativa; y así, aunque azotaba á cada instante á mi condiscípulo por el descuido de la lección, á mí no, sino muy de tarde en tarde, diciendo que yo que era tonto, disculpado estaba con mi rudeza; mas no el otro, porqué mostraba desatado ingenio. Desde entonces me empezó á ser de provecho mi necedad, pues me ahorró tantos azotes y no perdí nada, pues finalmente aprendí tanto como el otro, porque él aprendió muy poco.

Ochocientos ducados le valía el Curato á mi tío, y con todo era tan miserable, que se servía de nosotros en vez de criados y no tenía otro alguno; nacíme yo con no sé qué soberbia escondida acá en el pecho, que me tiraba del brazo y reprendía todas las veces que hacía cosa poco liberal. Enviábame por vino, y yo, que era algo achacoso de estómago, hacía la salva al jarro, y como aquel lugar es copioso de agua, pagábale doblado en el primer arroyo; reparaba mi tío en el sabor algo desmayado, y daba en decir que por ser yo un tonto se atrevía la tabernera á darme de lo peor, y así no me envió más por ello. Acudía á estos recaudos mi compañero con gentil aire, porque naturalmente era apicarado y esparcido; mas no me salió de balde, porque me costó el cuidado de las campanas, cosa, en mi opinión, durísima, y que fuera imposible pasar adelante en aquella vida, si Dios no lo remediara y mi necedad no me socorriera. Quería ahorrar de Sacristán el bueno del

Cura, y que lo pagase yo: no tenía cabeza para subir y bajar tantas veces al día el caracol de la torre, ni sufrir el ruido de las campanas, porque como mamé en la leche tanto vino y ajos, quedóseme en la cabeza una borrachera perpetua.

Acuérdome que, estando yo durmiendo en lo más sabroso de la noche, llegó un labrador del lugar con brava prisa á pedir á mi tío que mandase tocar á parto, porque estaba su mujer para parir; despertóme, pues, mi buen Cura, diciendo: «Levántate, Perico, levántate y toca á parto aprisa, aprisa.» Levantéme, y como los tontos tenemos tanta memoria, quedóseme en ella el aprisa, aprisa: de manera que toqué las campanas tan aprisa, que los vecinos del lugar entendieron que tocaba fuego sin duda ninguna. Salieron todos de sus casas: unos con cántaros, otros con calderos, otros con herradas, otros con jeringas; íbanse todos derechos á la torre, y preguntábanme: «¿adónde, adónde?» Yo respondía: «en casa de Fulano,» pensando que querían saber dónde era el parto.

Habíase vuelto á dormir el Cura; no tenía yo quién me enmendase; fueron todos los vecinos, así prevenidos, con grande alboroto á la casa de la parida; y como viesen salir grande copia de humo por la chimenea, porque acaso había encendido su velado fuego de pajas, que es carbón de pobres para lo necesario, pensaron todos que se quemaba por allí la casa; empezaron á arrojar cántaros, calderos y jeringas de agua; á destejar el tejado y romper la chimenea para ahogar el fuego; otros acudieron á romper las puertas con mucho ruido;

y viendo á la pobre mujer dar voces con los dolores en la cama, creyeron que lo hacía del temor del fuego; sacáronla en brazos á la calle, sin que la bastasen satisfacciones ni ruegos. Cuando acudieron á ver más despacio dónde era el fuego, había caído tanta multitud de tabiques sobre él, que imaginaron que se debía á aquella buena diligencia la vida de la pobre parida, la cual parió delante de todo el lugar, en medio de la calle y de muchas luces, como si fuera el parto heredero de algún mayorazgo tramposo.

No bastó, para con el lugar, la relación del marido, para pensar que no había sido llamado para fuego, sino para parto; jurábalo una y mil veces y no le creían: ¡tan ordinario es dar más crédito á un badajo que á un hombre de bien! Harto me pesó á mí de que no cayesen en que yo tenía la culpa; pero sospechólo mi tío, que era lo que mejor me estaba para mi descanso, pues viendo que no sabía el oficio, me le había de quitar á pocos días; disimuló entonces, porque no se enojasen las partes agraviadas.

Murió de allí á pocos días un hombre de lo mejor del lugar, hijodalgo y bien emparentado; pero persona que se dejaba bufonizar del vino; de manera que, alegre, se salía los días de fiesta con tamboril y flauta á hacer corro y baile á las mozas y mancebos del lugar. Súpolo mi tío, y al punto fué á mí muy apresurado y dijo: «Ea, Perico, ve á tocar á muerto, y sin pereza, por amor de Dios: alegremente, alegremente.»

Pensaba que yo entendía de campanas, y pare-

cíale que bastaba hacerme de señas; fuí á mi campanario muy cuidadoso de obedecerle con toda puntualidad, y reparé en que me había mandado que tocase á muerto alegremente. ¡Válgame Dios! Sin duda ha muerto el Médico del lugar ó el Escribano, pues quiere mi tío que se celebre con tanta alegría. Acordéme luego que el más alegre son que había á mi parecer era la chacona, y toco una chacona á dos manos, con dos campanas, tan al vivo y con tanto aire, que después me juraron muchos que les había hecho bailar. Los parientes del muerto dieron en pensar que era motejarle de tamboritero; toman sus chuzos y lanzas, y vanse derechos al campanario, y antes de llegar empezaron á darme voces: «Pícaro rapaz, ¿no mirarás lo que haces?» Como yo me ví aquella cuadrilla junta, armada de todas armas, confirmé mi sospecha y creí bien y fielmente que festejaban con algún torneo de á pie la muerte de alguno de los dichos. Empecé á saborearme más en el son, y ellos doblaban las voces. Paré un poco por curiosidad y oigo que me dicen: «¿Quién te lo mandó, rapaz? ¿Quién te mandó que tocases de esa manera?» Yo, que creí que lo celebraban, respondí que mi tío el Cura. Apenas lo oyeron, cuando parten hacia su casa: ya él venía, aldas en cinta, derecho á la torre, corriendo, sudando la gota tan gorda, y dándome voces: «¿Qué haces, tonto? ¿Qué haces, bestia?» Como le ví enojado, dejé las campanas y él prosiguió: «Baja de ahí, bestia, que me echas á perder.» Bajé yo y hallo á mi buen Cura rodeado de todos aquellos sayones; daban muchas vo-

ces; no oí lo que decían; sólo escuché que dijo mi tío: «El lo dirá, dígalo él.» «Ya lo ha dicho,» replicaban todos, y en esto llegáronse á mí y dijo mi tío: «Ven acá: ¿mandéte yo que tocases la chacona, hijo de puta?» No pudiera decirme más mi padre; dije yo: «¿El no me mandó que tocase alegremente, pues qué más alegre lo quiere?» Dió entonces allá sus satisfacciones y jurómela. ¿Quién dijera que esta necedad no había de ser toda mi perdición? Pues no fué sino todo mi remedio, porque á mi tío se le amansó la cólera, y echando de ver que lo había hecho por ignorancia, no me castigó el descuido; antes, por no verse en otra, me quitó el oficio de ayo de las campanas, y se le dió á mi primo y compañero.

Teníale por sospechoso en esto de la golosina, y aunque por quererle más que á mí le había ocupado en el cuidado de la despensa, como el hombre era miserable, parecióle que acertaba en mudar ministros: hízome, pues, su despensero; dióme la llave de un aposento en que tenía todos sus regalos. Veisme aquí dueño de todo mi descanso á puras necedades. Diómelo todo por cuenta: quesos, miel, berenjenas en arrope, cajas de carne de membrillo, dos docenas de perniles y otras tantas de longanizas, y otras mil menudencias de monjas. Yo le sacaba al fin de cada comida algo de esto, y si decía misa temprano, cuidaba también de darle un bizcocho en vino; hacíaseme de mal darlo todo sin dejar algo para mí; temía que había de conocer la falta mi tío, y que me había de quitar la llave y echarme al coro á cantar á

bulto; dí en una traza, y fué echar fama de que había muchos ratones: con esto comía lo que quería de quesos, bizcochos y tabletas. Era yo algo más aficionado á los perniles: no me pareció que me podían disculpar los ratones en esto, porque ellos ordinariamente comen poco, porque se embarazan en las cortezas, y mi tío entraba cada día en la despensa á ver el estado en que estaba su regalo; díjele, pues, una vez: «Cierto que no se puede sufrir esta mala vecindad que nos hacen los ratones, porque siempre hallo algo goloseado: si á v. m. le parece, bueno será meter dentro de la despensa un gato que los dé su pago.» Parecióle bien á mi tío el consejo: que estaba muy enojado con la tiranía de los ratones; hice gatera en la puerta; entrábame yo á servir de gato, y cortaba lo que se me antojaba de los perniles y longanizas, y mientras los demás estaban en la iglesia, y una viejecilla en la plaza por carne, me lo freía yo y sacaba el vientre de mal año. Venía el Cura, notaba la falta y caía luego en que el gato lo había comido; y aunque le hacía más mal, era tanto el enojo que tenía con los ratones, que lo daba por bien empleado, y decía: «No importa, á trueque de que muera esta mala canalla.» Tenía yo cerrada siempre la gatera, porque como el gato y yo éramos entonces de un oficio, no quise que se me adelantase en nada.

Diez y seis años gasté en esta vida, sin saber que podía haber otra más dichosa: no lo era poco para mí, porque mientras un hombre no desea más de lo que posee, puede decir que posee aun aquello

que no desea. Sentía yo en mí cierta codicia de libros, que no me dejaba. Salíame al campo con algunos de los que tenía mi tío, *El Pícaro* y *Lazarillo* y otros de este género; entretenía con éstos dulcemente todos los ratos desocupados, que eran muchos, en verano á la sombra y al sol en invierno.

Sucedió que en la ocasión de la fiesta que se suele hacer al Sacramento, estaba en la fortaleza de Odón preso un gran caballero, por cierta pendencia que con un poderoso había tenido en la Corte; tomó á su cargo hacerla, y para eso trajo una compañía de comediantes de Madrid; los mismos que habían hecho allí los autos: representaron en Odón dos de numeroso verso, de profundo concepto y sobre todo con grande adorno de vestidos. Quedé yo pasmado de admiración; andábame tras ellos la boca abierta, como si se me hubieran de entrar por ella todas aquellas gracias. Hicieron algunas comedias en la fortaleza para entretener aquel caballero; no perdí ninguna ni estaba en mi mano; á tres días que estuvieron allí, ví que trataban de irse; tenían dos coches á la puerta y ya se despedían del Alcalde: aquí pensé perder el juicio; no quisiera haberlos visto; no me parecía que podría vivir en su amarga ausencia. Pudo tanto en mí este deseo, que me rompió la cobardía y aquel encogimiento natural que siempre me embarazaba con torpe vergüenza; lleguéme á uno de los comediantes y preguntéle dónde iban; díjome que á Madrid; repliqué si habían de representar allá otras tantas veces; rióse él y dijo: «Allá, amigo, cada día hay dos comedias, y muchas veces más de seis con

los particulares.» Ya yo tenía noticia de que Madrid era el mayor lugar de España; mas no sabía en qué lo era ó qué le ilustraba, porque jamás había salido de Odón, ni yo tenía opinión para que mi tío me dejase salir. Cuando yo oí que en Madrid había de aquello cada día, y después supe que era allí cerca, pensé que estaba muy cerca del cielo; maldecía mi suerte, que me había privado diez y seis años de un lugar, donde todos los días había dos comedias y muchas veces seis con los particulares. Ya yo proponía de decir á la muerte, cuando viniese con el mandamiento de ejecución para hacerla en la vida, que faltaban diez y seis años, porque los que se me imputan que viví en Odón no fué vivir ni cosa que lo parezca. ¡Qué! ¿Es posible vivir entre estos bárbaros que no tienen dos comedias cada día y muchas veces seis con los particulares? Esto repetía cada instante en mi imaginación.

Sucedió después que como se alargase la prisión de aquel caballero que estaba en la fortaleza, venían hombres muy entretenidos y damas de muy buen talle á visitarle. Andábame yo por allí entre ellos hecho ojos, como si descubriera nuevo mundo. Tomé amistad con un paje de mi edad, muy estrecha, con la codicia de que me informase de aquellas cosas. Díjome que aquéllos con quien su amo se entretenía y engañaba la tristeza de la prisión, eran hombres que habían estudiado buenas letras y que hacían versos y aquellas comedias que poco antes se habían hecho allí, y que también escribían los libros de entretenimien-

to de que ya yo tenía noticia; preguntéle si eran de Madrid ellos y aquellas damas; díjome que sí. Preguntéle también con mucha simplicidad si se usaba en Madrid tener tantas mujeres los caballeros. «Y aun los pícaros también, dijo él, tienen cuantas pueden alcanzar con la industria ó con su dinero.» «Eso había leído yo, le dije, del gran Turco.» «Amigo, dijo él, ese tiénelas como mujeres propias; estos otros, no.» «Tanto que mejor, dije yo; mucho más apacible me parece ese modo de gusto: ahora digo que el gran Turco no sabe holgarse.» Cuando yo supe que en Madrid había comedias, hombres entendidos y mujeres bizarras y hermosas, y que sin la pensión del casamiento se permitían á precio de dinero ó industria, dime á prisión de este deseo, rendíle las armas y propuse que sería luego la partida; y como sabía que no bastaba ir á Madrid, si no iba el dinero conmigo, porque el pobre vive desterrado dentro de las calles, dí en trazar cómo ir á Madrid bien y fielmente.

Enviaba todas las flotas mi padre hasta cuatrocientos escudos al Cura, mi tío, para el gasto que le parecía que haría en mí, teniéndome en Salamanca oyendo la Facultad de Leyes, cosa que yo le había encomendado por muchas cartas, á que mi tío respondía que aún estaba tonto; que esperaba que me descortezase un poco más, porque allá no fuese mofa y risa de todos. Vino en este tiempo la flota y con ella los cuatrocientos escudos: parecíame que era lástima que se pagase con tanta liberalidad quien con tanta miseria me cria-

ba; y como á un deseo determinado nunca le falta un pedazo de Teología que le dé el pie, no me parecía caso de restitución quitarle lo que venía para mí: así lo hice, y con resguardo de mi opinión, que aun para hurtar es bueno tener opinión de necios. Ponía los calzones donde tenía la llave del dinero, debajo de la almohada, cuando se iba á acostar mi tío; era imposible abrir el escritorio sin grande escándalo; fué, pues, ésta la industria: eran las dos de la noche; hacíala obscura; levántome con gran silencio, y abro la puerta de la calle y todas las que había hasta la pieza donde estaba el Cura, y luego vuelto á mi cama empiezo á dar voces: «¡Señor tío, señor tío, ladrones, ladrones!» Despertó él, y oyendo mis voces en un punto se puso en el suelo y tomó una espada que tenía á la cabecera, y alborotado dijo: «¿Dónde los oyes, dónde están?» «A la puerta de la calle hacen ruido,» dije yo. Fuése con esto hacía la puerta de la calle, que no estaba cerca, diciéndome que me levantase á encender una luz. Dormía á todo esto mi primo; levantéme; visité las faltriqueras; hallé la llave del escritorio donde estaban los cuatrocientos escudos recién venidos, y hallándolos en un bolsillo, dejé el escritorio abierto; y aunque me pareció que había hallado luz, fuí á encenderla, después de haber puesto á buen recado el bolsillo de mi alegría, mi vida y todo mi remedio. Como el Cura halló abiertas las puertas, ocupóse en cerrar la de la calle primero con llave, que la tenía de la parte de adentro entonces, y quitóla de la cerradura, pensando que estaba el ladrón

dentro y que con eso le impedía el paso y le cogía con el hurto en las manos; daba voces: «Mozo, daca esa luz, esa luz.» Salí yo con ella y hállomele muy arrimado á la puerta de la calle, puesto en forma de pelear, tirando tajos y reveses por aquellos aires, diciendo: «¡Sacrílegos, al Cura, al Cura, sacrílegos!» Llegada la luz, dijo: «Ven acá, Perico; sígueme, vamos visitando cada cuadra de por sí.» Así lo hicimos: íbamos cerrándolas todas, hasta que llegamos á donde se había hecho el hurto. Cuando él vió su escritorio abierto, pensó morirse; quedó con un desmayo helado, como si le hubieran sacado la sangre, y no fué mucho, porque el oro sangre es de la vida, sin quien nadie puede respirar. Al cabo de un gran rato del arrobamiento de ver el robo, dijo: «Esto es hecho; *tarde piache.*» Llegó á una naveta; vió que faltaba el bolsillo y dijo: «*Resurrexit, non est hic;* júrálo yo: los ladrones son ya idos; ese fué el ruido que tú sentiste á la puerta; vamos al Alcalde, que haga la averiguación del cuerpo del delito; pero no: quédate tú en casa y cierra por dentro, no sea el diablo que mientras vuelvan por más.» Con esto se fué y yo mostré algún sentimiento del caso. Vino la justicia; hizo lo que suele en tales casos. Dejé yo que pasasen algunos días, y uno que amaneció alegre y dorado, y de quien se podía tomar buen agüero, confortado el lado del corazón con el bolsillo, tomé el camino de Madrid. Iba pensando en el nuevo modo de vivir que me ofrecía el cielo, y lo que me daba más cuidado era el apellido de Hernández, que heredé de mis padres,

y que Pedro Hernández sonaba á tonto de tablado; acordábame que debía más á mi ceño que á mi padre, pues por él había tomado tan descansada vida, y así propuse de llamarme siempre Pedro Ceñudo.

Entréme por la Puerta de la Vega; dí luego con la Plazuela de San Salvador, y viendo allí confuso número de gente, pregunté qué era: dijéronme que Alguaciles y Escribanos; ya me pesaba de haber llegado á lugar donde había tanta justicia. «¡Pecador de mí! decía yo; no podíamos vivir en mi lugar sólo porque había en él un Escribano: ¿cómo viviré aquí donde hay tantos?» A pocos pasos que dí por la Puerta de Guadalajara, encontré con el paje con quien había trabado amistad en Odón. Alegróse mucho de verme. Díjele que había reñido con el Cura y que venía determinado á vivir en la Corte. «A buen tiempo llegas, replicó él, porque á mí me han encomendado en cierta parte que les busque un paje: si tú quieres serlo, buen modo es para vivir.» Reparé en el consejo y que no me estaba mal, porque puesto que yo traía buen dinero, eso se gastaría fácilmente si yo viviera desacomodado, y era mejor guardarlo para soldar faltas.

Llevóme á la ropería; compré allí sotanilla y ferreruelo de perpetuán negro. Luego llegamos á una tienda donde se vendían cuellos y puños aderezados: compréles también y púseme más galán que un Narciso, porque Narciso nunca se puso cuellos tan bien aderezados. Desde entonces supe que el dinero era el mayor poderoso del mundo, y que

remediaba á la Naturaleza; pues un hombre que venía tan rústico como quien se había criado entre las bestias del campo, en un instante, por virtud de este gran Príncipe, era galán airoso y cortesano.

Llevóme, pues, á vistas. Era el dueño un caballero aragonés, largo de talle y años, y corto de vista; estaba casado con una niña de hasta diez y seis; pretendía en la Corte título, y para calificarse, tenía mucho cuidado con el número y adorno de los que le servían: así, como me vió bien vestido y con un semblante tan severo como un Alcalde de Corte, dijo: «No me parece mal: ¿de dónde sois?» «De Madrid soy natural,» respondí; y él: «No seréis necio,» como si en Madrid no pudieran nacer necios. Quiso tratar del salario; y como yo no sabía de aquello, dije: «No repare v. m. en eso, que yo tengo por bastante interés honrarme con el título de suyo.»

Veis aquí que aún me aprovechó allí el saber poco; porque, obligado de la cortesía, el buen caballero me cobró voluntad y me daba cuanto había menester con mano liberal; y si hubiera tratado de concierto, muy advertido como los demás, diérame el salario que á los demás, en que no había para zapatos.

El nuevo traje y la ocasión despertaban en mí no sé qué luces divinas, que me hacían admirar de mí mismo.

Fuí á besar las manos á mi señora: hallé en ella el agrado que en su marido; hízome algunas preguntas, á que satisfice breve y misteriosamente,

mostrando siempre, en los colores del rostro, un honrado y modesto natural.

Como era pretendiente mi amo, no paraba un punto en casa: pasábalo yo muy mal, porque no quería que se quedase paje ni lacayo alguno, pensando que perdía su nobleza en perdiendo de vista á cualquiera de nosotros.

Ved cuáles son las honras del mundo y las ostentaciones que acreditan méritos, pues las dan unos viles lacayos y sucios pajecillos. Desde entonces empecé á filosofar ¡que es posible que todos pasen por esta locura, y que se tenga por merecimiento y prenda de estimación lo que es ajeno y de dueño tan escaso como la fortuna, mujer al fin avara y variable, que al primer melindre se le antoja decir: «Esto es mío!»

Andábamos, pues, todo el día siguiendo un caballo, y decía yo entre mí: «¿Dónde vas? ¿Dónde te dejas llevar? A una bestia sigues: no quieras más pruebas de que no aciertas.» Otras veces salía en coche mi pretendiente, y aunque le sobraba lugar en los estribos para cuatro pajes que éramos, no quería darnos esta honra, por no quedar sin la que le dábamos yendo á pie alrededor del coche con nuestra librea verde, como lacayuelos de la tarasca. No descansaba la noche, porque lo más de ella ocupaba en llevar billetes y recados á éste y aquel poderoso, cosa insufrible para mi humor por las dificultades melindrosas que suele haber en las puertas de esta gente, y por las ceremonias á que suele obligar su presencia. No podía yo sufrir aquello de hacerme danzar por fuerza con

tanta reverencia y encorvado de todo el cuerpo; ¿pues qué el hincar la rodilla á un descuidado de éstos que, por no volver los ojos, tendrán á un hombre renegando con devoción?

Duróme esta mala ventura mientras la opinión de entendido. El diablo me metió á mí en querer parecerlo y ser bachiller; porque confiado de esto, mi dueño enviaba conmigo todos los recaudos, de manera que no paraba un punto. Volvíme á necio y fuí dichoso; el modo fué extremado: estaba yo tan cansado, como solía, una noche bien tarde; había escrito una carta mi amo para enviar por la estafeta; llamábanle para cenar, y díjome: « Cierra tú esta carta, ponle el sobrescrito y llévala á la estafeta de Aragón, que me importa muchísimo.»

Fuése á cenar y quedé yo leyendo la carta: parecióme que era de amores, porque después de muchos requiebros tiernos, enviaba á decir á una mujer que, en todo caso, viniese á verle, que por sus ocupaciones no podía él faltar de su casa. Decía á la margen el nombre de la persona á quien escribía, como suele hacerse ordinariamente, y con esto no me dijo el nombre que había de poner en el sobrescrito, pareciéndole que yo echaría de ver que era para una hermana suya en el nombre que dejaba escrito á la margen.

Había cerca de nuestros barrios una dama de amores de éstas que reciben visitas; persona tan amiga de los que se las hacían, que no podía vivir sin que la dejasen alguna prenda suya en que adorar sus memorias; estafaba descaradamente; era

de Aragón, y llamábanla por mote *La Estafeta de Aragón.*

Como yo ví papel de amores y para la estafeta de Aragón, parecióme que sin duda era para ella: cerréle; no quise ponerle sobrescrito, pareciéndome disparate ponérsele á papel amoroso.

Llevésele á *La Estafeta*; preguntóme cuyo era; respondí que de un caballero de Aragón, cuyo nombre venía en el papel. Abrióle muy amorosa, y leyó así:

«Amiga mía: Para ser yo muy dichoso, no me falta más de que tú lo quieras y lo muestres viniendo á verme; el camino es breve, y ojalá yo estuviera desocupado, que yo te aseguro que le había de andar todos los días: no faltará con qué regalarte los que quisieres venir á alegrar ésta tu casa. Y porque espero verte presto, no te doy cuenta de otros cuidados de mayor fondo.—Dios te guarde. Madrid, etc.»

Quedó ufana de la cortesía del papel, y codiciosa de cumplir cuanto la pedía. Díjome si me parecía ocasión aquélla. Respondíla que sí, porque mi amo mostró grandes deseos de que fuese al punto, cuando me envió á llamarla. Hízome sentar en una silla, y llamando á una criada medio mulata, se entró en otro aposento más adentro; previnose de manteo bordado con mucha bellaquería de oro; jubón de alegría de plata, guarnecido con disparates de lo mismo; chinelica juguetona, perfume hablador y baloncica gestera de lentejuela traviesa. Tomó la criada de la mano, y tapadas de medio ojo llegaron al degolladero.

Adelantéme á prevenir á mi amo; halléle cenando con su mujer; lleguéme á la oreja y díjele: «Ya, señor, está aquí *La Estafeta de Aragón.*» «¿Qué dices?» replicó él. «Que la traigo aquí, hermosa como mil oros.» No sabía el buen viejo que había estafeta tan apacible: pensaba que todas eran barbadas; no me entendía; hubo mil réplicas, y tampoco le entendía yo; finalmente, le dije: «Salga v. m., que en su aposento le espera, y no es cortesía tenerla así; menos tardó ella en aliñarse que v. m. en levantarse de esa silla.»

Levantóse el buen viejo, haciéndose cruces; bajó á su aposento, que tenía cerca del zaguán, bien aliñado; halló en él á *La Estafeta,* una moza de muy buena cara, mucha blandura en los ojos, mucho agrado en las mejillas, toda risa y entretenimiento; tenía su papel en la mano, y después de haberla hecho el viejo su cortesía, pasmado de la novedad, díjole ella: «Pues, señor mío, ¿para mandar v. m. á quien tiene á tanta dicha ser suya, era menester papel tan cortés? Cualquier recado bastaba en que me mandara servirle.» Cayó en el yerro, que podía haber allí, el viejo, y algo alegre el corazón, ¡pardiez! antojósele entretenerse y dar por muy acertado el engaño.

Mi señora, que había notado el secreto que le dije en la mesa y que se levantó alborotado de ella, quedó con cuidado; envió una criada á que acechase: ésta la contó lo que vió y lo que no vió. «Mi señor está amancebado, dijo, y Perico es el alcahuete; ella es la más brava moza que hay en el lugar; á fe que no es tan liberal con v. m. mi

señor como con ella. ¡Oh hi... de puta, y qué manteo de oro la ha dado; qué jubón de tela! ¡Verá el viejo verde! Eso merece v. m. por su necedad. ¡Estará después muy fina, siendo servida de tantos señores! Dirá después:—¿Y mi marido? ¿Y el amor que le debo? ¡Fuego en el mejor! ¿Quién pensara que no bastaran los años para ponerle vergüenza? Miren, si éste es así, ¿cuál será un maridico barbiponiente? ¡Mal año para la boba que se casare! No está el tiempo para fiarse de nadie. Por el siglo de mi madre, señora, que como le oía tan frío con v. m., pensé que se le habían olvidado los requiebros con la vejez. ¡Mal fuego le queme! Que á fe que no se le olvidan para quien quiere bien.» Pensó perder el juicio la pobre señora; mas viendo cuán vergonzosa cosa sería para ella que se supiese que un viejo podrido la despreciaba por una fácil mujercilla, disimuló con la mayor cordura que pudo: no quiso darse por entendida, y dió muestras á la criada de que no la creía.

Fuése *La Estafeta;* llamóme mi amo; riñóme; satisfícele; díjele mi credulidad; y como no le había estado mal, pasó por ello y propuso de tenerme de allí adelante en opinión de tonto; quitóme los papeles y recados, temiendo otra necedad más pesada.

Veisme aquí ya descansado sólo con una necedad. ¡Mirad qué fuera si hiciera muchas! Así como reparó la fortuna en que era un necio, dió en mirarme con mejor semblante y tratarme como amigo por la semejanza.

Habíase ablandado mi señora á los ruegos, cui-

dados, desvelos y finezas de un Príncipe que con igual poder y recato la servía. Dejábase rogar cortesmente; recibía sus regalos, sus comedias, sus fiestas, sólo por no ser grosera. Respondía á sus billetes, por no ser descortés; finalmente, la parecía bien el mozo, porque la parecía mal el viejo. Teníame á mí por secreto, cuerdo y disimulado. Graduóme con la alcahuetería de su marido, y pidióle que diese licencia para que yo acudiese á su servicio, sus recaudos y acompañamiento, y que el paje que ella tenía hasta entonces para esto, le serviría á él de lo que yo le servía. Holgóse del trueque mi amo; pasó por ello como quien se descartaba de un caballo.

A pocos días del nuevo dueño, me llamó aparte una dueña en una cuadra sola, haciendo ojos á todas partes á ver si nos oía alguno; reparé en la inquietud, y tuve por sin duda que me quería dar alguna fraterna por la alcahuetería pasada. Estaba la reverenda señora con sus tocas de pontifical, rosario de ermitaño al cuello, un librico de devoción en la mano y dos vidrieras en los ojos. Tomóme, pues, por el brazo y dijo: «Aunque á los hombres de bien no es menester advertirlos para que lo sean, porque su natural se lo está enseñando, siempre, con todo eso, se deslizan en muchos yerros, por no saber el camino; éste os quiero yo ahora enseñar, hijo mío. Vos estáis en una casa muy principal y honrada; hasta ahora habéis servido al dueño de ella; mas los descuidos que se hacen con ellos no son tan notables como los que se hacen con las señoras; á mi señora servís, es-

tad en esto; á su gusto habéis de acudir; su voluntad habéis de hacer; los que sirven no han de disputar si es justo ó no lo que se manda: que eso más es de Letrados que de pajes; si queréis acertar, no habéis menester más norte que la obediencia y el secreto; obedeced, amigo, y callad, si queréis ser obedecido algún día; muchos veis por esas calles muy bien servidos, sólo porque sirvieron bien. Mi señora ha conocido que sois leal y secreto, porque lo habéis sido con vuestro amo, y aunque esto ha sido en agravio suyo, os lo estima como es razón, considerando que también seréis fiel con ella, siendo su criado de aquí adelante. A mi señora pasea un título de esta Corte, persona poderosa y liberal: es mujer y mal casada; tiene algún agradecimiento al amor de este príncipe (díjome el título); vos le habéis de llevar este papel, que es respuesta de otro suyo: que las albricias que él os diere os advertirán si es bueno servir con secreto; y porque no parece bien trataros con él siempre, desde ahora os prevengo que todos los recados que os dieren para la prima de mi señora, los llevéis al Conde. Esto basta para primer lección.» Dile las gracias por la buena doctrina y llevé el papel.

Allí eché de ver cuán perjudicial es un necio, pues por mi necedad venía aquella señora á dejar de serlo, celosa y vengativa de su marido. Es la necedad en los hombres como el veneno en los animales venenosos, de quien escriben los naturales que nunca les hace mal el veneno á ellos mismos, sino á los demás. Yo engordaba con mis ne-

cedades, y otros se perdían con ellas; reparé en que la facilidad de las mujeres casadas las más veces era aprendida de sus maridos, porque como dice Plinio en el *Panegírico á Trajano,* tienen por honra imitar á sus maridos. Casado amigo, que dejas á tu mujer las más noches y vas á buscar la ajena, no te fíes en que es tu mujer muy obediente, que aun por eso te querrá imitar con más facilidad.

¡Qué vida me pasé tan regalada con el nuevo oficio! Los primeros pajes del mundo, aquéllos que tomaron por elección suya esta ocupación, y no por uso como ahora y á más no poder, fueron cebados de esta prosperidad de los pajes; hablemos claro, de la alcahuetería; el paje que no es alcahuete no es paje, sino pretendiente de paje. Esta es la mayor fortuna; á ésta se encaminan todos sus deseos. El paje que vieres galán, alegre y lucido, ya ha llegado á su perfección; los demás, rotos y descoloridos, aún están en jerga. ¡Qué de comedias oí! ¡Qué de fiestas ví! ¡En qué de meriendas me hallé! ¡Qué de doblones recibí y qué de amistades gané! ¿Y por dónde me vino esta dicha? Sólo por la opinión de necio. Pensaba mi señora que no se me entendía cosa de lo que veía, y fiábase de mí, como si no fiara nada de mí.

Sucedióme en este tiempo un caso gracioso.

Estaba picado el caballerizo de una dama de entre dos luces, ni bien grave ni bien risueña; habíala regalado como enamorado tierno; habíala lucido las manos con algunos diamantes, en quien resplandecía su necedad. Pocos días antes, llegan-

do con el recato que él pensaba convenía, hallóla ocupada con un señor título; volvió otra noche; hallóla con otro; quedó con tan honrados celos muy hueco y casi para reventar. Entabló su venganza, pidiéndome que me pusiese el más galán vestido de mi amo, que estaba en su poder, y acompañado de los demás pajes de casa la fuese á visitar, fingiéndome Conde, y que la estafase cuanto pudiese por buen camino, porque era mujer que no sólo sus joyas fiaba de los señores, mas aun á sí misma se entregaba con mucho crédito. Reparé yo en que no quería, siendo tan grave, que la primer vez la visitase de noche, y quedamos de acuerdo que fuese de día y en el coche de mi amo, el cual entonces estaba tres leguas de Madrid á ver á la hermana, á quien escribía, cuando llamé á *La Estafeta*. Encomendóme, sobre todo, que me fingiese necio, porque con eso se confiaría más la loca de la rapaza. Hízose así: llegamos á su casa, yo muy galán en la testera del coche y los pajes de acompañamiento; mandé que dijesen cómo estaba allí el Conde de la Rapiña; pidió licencia, entramos, hice mi cortesía poca y mesurada, sentéme y sin hablar palabra estúveme mirándola de hito en hito un largo rato. ¡Qué! ¿Pensáis que era de enamorado? Nunca tal me pasó por la imaginación: traza fué para lo que oiréis después. Mirábala yo, y consideraba ¿que es posible que tan buena cara tenga tan ruínes términos? ¿Que tan hermosa cabeza esté tan vacía? ¡Que borrachera es perdernos por la hermosura! Yo siempre pensé que se estimaban las buenas caras, porque prome-

ten perfección en todo lo demás, así del alma como del cuerpo; porque en nada anduvo tan piadosa Naturaleza con los hombres como en ponerles en el rostro un sobrescrito, que dice el natural de cada uno; por él se conoce quién es cualquiera. El ceñudo, como yo, está diciendo con el rostro: «guardaos de mí, que soy mal contentadizo;» el alegre dice que es todo agrado y bondad; el moreno, que tiene el alma de jerga; el rubio encendido, que es un desesperado: de ahí la nació, pues, su estimación á la hermosura; mas bien mirado, no se le debe, pues vemos que una mujer hermosa como ésta, que cierto lo era con grande extremo, era por lo menos falsa y loca: falsa con mi caballerizo, loca conmigo; vos lo veréis. Turbóse de ver mi suspensión, y dije: «Ella es, sin duda, aunque está agraviada en el retrato.» Preguntóme qué era lo que decía. Díjela que estando en la Rapiña, mi estado, ocioso, envié por los retratos de las mujeres y más hermosas damas de la Corte, y que el suyo me había enamorado, de suerte que dejé á mi señora madre y muy buenos perniles sólo por ver el original, y que me había parecido más perfecto que el retrato. Celebró con risa disimulada la señora madre y los perniles; calificóme por necio; ya la parecía que era señora de toda la Rapiña; hablóme toda hecha almíbar; arrollábame y arrullábame con grande blandura. Qué, ¿pensáis que me enterneció? Mentís, que aunque he confesado que soy necio, no que soy bruto. ¿Es posible que haya quien estime este género de mujercillas, que sólo hacen

la fiesta á lo peor y menos estable que tenemos?

Tres bienes nos adornan: del alma, del cuerpo y de la fortuna: los dos primeros, que son discreción y gala, son los más dignos; el último no es nuestro: éste, pues, halagan, á éste festejan, y nada estiman en él tanto como el ser poco estable; pues de ahí es que se pasa á sus manos con facilidad. ¡Que haya hombre que estime estas lisonjas, sabiendo que no son para él, sino contra él, y que le están diciendo en buen romance: «Tú tonto eres y feo, tu dinero me agrada! No digo yo que no es razón galantear las damas con espléndida liberalidad, que antes es ejecutoria de amor que afrenta. Lo que me pudre es que sea lo principal el interés, y que no se acuerden de otras prendas más divinas. Yo os aseguro, á fe de mal acondicionado, que no me enamoró la rapaza, sino que antes me enfadó tanto, que abrevié la visita, encareciendo lo bien que me habían parecido unas sortijas de diamantes que tenía en las manos, de éstas que forman estrellas con muchos diamantes pequeños, y sin aguardar más se las saqué de los dedos, diciendo: «Por vida de mi madre que le han de hacer otras tantas á v. m. de esta misma hechura: ¡qué bien labradas sortijas y qué risueñas! ¡Hola, á la platería!» Con esto me despedí y ella me salió acompañando con muchas muestras de agradecimiento y gusto, ofreciéndose muy por mía.

Llevé mis sortijas al caballerizo, que nos esperaba cerca; metíle en mi coche; dile mi lado; partió conmigo y despicóse, y entonces echó de ver que los que se muestran picados de este género de

mujeres, no es tanto por su amor como por lo que les cuestan: corrimiento es, no herida; de corridos lo hacen, no de enamorados. Ibale yo reprendiendo el mal gusto, y añadía: «Mejor me va á mí de amor, porque estoy enamorado de una doncella, donde no hay peligro de esas vilezas. Si me hace algún favor, es fiel y verdadero, porque no la enseña á fingir la codicia; si no me le hace, no es desprecio, porque pienso que lo hace por guardarse el decoro que se debe, y aun me quedan esperanzas de que disimula el amor. No tengo esos infames celos, porque estoy seguro de sus méritos, que no se dan á prisión fácilmente.»

Saboreábase el Dr. Ceñudo recitando su amorosa empresa; esperaba grande aplauso de D. Félix, y miróle con atención para ver cómo le celebraba, y echó de ver que se había quedado dormido. Corrióse el historiador del descuido; no quiso darse por entendido de que aquél era sueño. Sabía que era enfermo del corazón, y que se solía desmayar con poco achaque; tomó un jarro bien lleno de agua, y diciendo: «Jesús, Dios te valga,» se lo arrojó por toda la cara. Despertó D. Félix, y viendo que le había tenido por desmayado, tuvo á mucha dicha hallar esa disculpa de su grosería. Vióse mojado y deshecho todo el laberinto del cuello; dióle las gracias, y diciendo que no se sentía bueno, se fué, prometiendo de volver el día siguiente. Cumpliólo así, y muy determinado de no dormirse, y después de haber repetido el cuento, el Doctor prosiguió su historia.

CAPITULO III

PROSIGUE SU HISTORIA Y CUENTA LO QUE LE SUCEDIÓ EN LA CORTE SIENDO PAJE, HASTA QUE SALIÓ DE ESTE PECADO, Y VARIOS SUCESOS EN SALAMANCA.

Este modo de amor platónico, estos conceptos al óleo, estos deseos corteses, me confirmaban más el nombre de necio, porque como los hombres son tan enamorados de sí mismos, juzgan por feo todo aquello que no ven en sí; no había quien amase de esta forma; fuerza era que la culpasen por desaliñada y necia. Rióse mucho el caballerizo de lo que debía admirar. Alabábale yo la entereza y resguardos con que se dejaba ver mi doncella; celebraba sus desdenes, más satisfecho que si fueran favores, diciendo que aquello era demasía en mujer de su decoro y honestidad. Era algo socarrón el caballerizo, y dijo: «¿Ahora qué me quiere apostar el señor Ceñudo, que si va á verla esta tarde con la pompa que ahora va, y la hace creer que ha venido con la flota toda esta riqueza enviada de su padre (cosa fácil de creer, pues ellas sabían que tenía yo padres en Indias y en no mediano puesto), que le halaga tierna y le corresponde humilde?» «Corriérame yo, respondí, de apostar imposibles; pero vamos en buen hora.»

Fuimos; llegó un paje y dijo cómo estaba yo allí; asomóse á una reja baja la niña de mis ojos; veíame y aún no me conocía, hasta que la pedí licencia para besar sus manos; reconoció la voz; salió alborotada; informóse del paje de la novedad; él, que estaba ensayado ya en la mentira, pintóme muy poderoso, y á mi padre Presidente de Canaria ó cosa así; salieron madre é hija á recibirnos; entramos con grandes cortesías; turbáronse de la grandeza; no sabían si me llamarían señoría ó merced. Finalmente, se determinó mi doncella á llamarme de tú con grandes caricias y agrados; habíamonos sentado en sillas altas; díjome que me sentase en una almohada á su lado, que me quería ver más de cerca. Tomóme las manos; alabó los diamantes; valíme de mi necedad para no dárselos, que aunque es falta caer un hombre en opinión de necio, eslo mucho mayor caer en opinión de avaro, y así tuve á suerte escapar de ésta, cayendo en aquélla; manoseóme muy risueña; tomóme la mano, no para decirme la buenaventura, sino por pensar que la tenía muy cierta; mirábame de cuando en cuando el caballerizo, á quien llamaba yo entonces primo, y con cada miradura me sacaba nuevos colores al rostro de ver cuán ufano estaba con haber hecho aquella experiencia. Pedí agua: diéronmela con mucha variedad de dulces, todos agrios para mí: tan señora estaba de mí la vergüenza, que no me permitía ni alcanzar lo que se me venía á las manos; pensaba la rapaza que lo hacía de corto y necio.

Finalmente, nos despedimos muy regalados.

Pidióme muy de veras que la viese aquella noche; que no fuese extraño; que no me olvidase con la nueva fortuna del amor que la debía, y con esto y no sé qué facilidades, nos acompañó hasta la puerta (cortesía nueva en damas), y la madre hizo grandes ofrecimientos á mi primo, y aun no sé qué le había dicho, mientras aparte nos holgábamos, del dote de su hija, de su calidad y otras cosas que olían á casamiento.

Púsome de vuelta y media mi primo cuando nos vimos solos; quedé corrido y escarmentado viendo que todas eran unas. Despiquéme del amor como quien sabía que ni el primer desdén se me había hecho á mí, sino á mi pobreza, ni el último favor había celebrado mi persona, sino mi fortuna; tan necio estaba yo en sus amores, que estimaba sus desprecios como por crédito de su valor, y decía yo entre mí: «Esto es lo que se ha de estimar, esto es gloria.»

Aprovechéme de la cortesía; visitélas de noche algunas veces muy galán, de ferreruelo de color y sombrero á lo bravo, espada dorada; todo del caballerizo, que gustaba mucho de verme entablar mi venganza.

Largo tiempo fué el que gocé de todo lo que permite la estrecha religión de la virginidad: muy buenas meriendas, y aun algunos favores de precio. Ved la locura de las mujeres, que sólo por tenerme en opinión de rico, sin haberlas dado cosa alguna, mas antes recibido muchas, me estimaban que no sabían qué hacer de mí. Sospecho que la rapaza me había ya cobrado amor muy de lo de

tres altos. No podían imaginar que un hombre tan necio como yo podía mentir ni burlar tan de veras. Aunque conocía yo el amor de la niña, no quise ser agradecido, porque sabía que no se hacía á mí aquella fiesta, sino á la falsa riqueza que imaginaban me venía de Indias, y así la remitía á ella el agradecimiento; enojábame yo muy en forma, y decía entre mí: «Qué, ¿es posible que sea tan fácil el género de las mujeres, que amen lo que no es ni puede ser, y olviden y desprecien lo que tiene ser y valor? ¿Que ame ésta en mí lo que no tengo y desprecie lo que tengo?»

Con las ocasiones y el trato dí en arrimar á un lado la vergüenza, porque es sentencia de sabios, que es mala compañera para los trances de amor.

Hablábala ya como dueño; no la decía de los requiebros herejes que solía cuando era más necio; acordábame que era mujer de carne y hueso, porque la miraba de cerca, y al mismo paso que la despreciaba yo esparcido, se despreciaba ella; al mismo paso que yo la tenía por fácil, se facilitaba. Entonces aprendí cuánto importa ser muy necio un hombre para lograr su amor: mientras fuí discreto, mientras supe guardar los decoros que todo hombre entendido debe guardar al amor, pasábame con viento y humo y aun tomaba opinión de loco; mas después que fuí necio en rigor y discreto, según el uso, alcancé cuanto quise, llamado y rogado como testigo de testamento. Es, sin duda, que nosotros tenemos la culpa de la soberbia de las mujeres: nuestras estimaciones las dan la estimación; nuestros decoros las hacen mi-

rar por él, porque como todas son crédulas sumamente y más en las lisonjas, dannos crédito y tienen por sin duda que son como las pintamos y merecen la reverencia y aplauso que las hacemos, y así se estiman en lo que las estimamos. ¿Qué mayor indicio de su credulidad (de todas digo) que acabando de ponerse cara nueva y no muy cara, pues no cuesta más de lo que los afeites cuestan, mirándose al espejo creen que aquella color blanca y colorada es propia y sacada del vientre de su madre? Es sin duda que lo creen, porque si no lo creyeran, no hicieran estimación de sí como lo hacen. Lo mejor es despreciarlas, que quien más las adora y venera da armas contra sí: no falta quien diga que quien hizo loco y descortés á Narciso no fué su hermosura, sino la lisonja de una ninfa. ¿Qué mayor abono de tu belleza que verte solicitado de ella con tantas caricias?

La fuente no pudo decirle tanto; antes le dijo que era una flor caduca y fácilmente sujeta á desmayos.

Hallaba, pues, yo muchas noches otras visitas de diferentes galanes: pasaba por todo sin pedir celos, cosa que me daba cartas de favor para que me quisiese para marido; hasta la avaricia me valió para esto; que yo aceché una vez que me lo alababa su madre, diciendo: «Este nos importa, hija mía; éste sí que sabrá guardar su hacienda y no la derramará entre mujeres de amor, pues teniéndotele tan grande, jamás ha hecho demostración de pródigo: bien haya la madre que le parió, que eso me agrada, y no estos galanes alcorzados,

que con dos maravedís de bachillería, cuatro cumplimientos, ocho cortesías y diez y seis lisonjas, todo aprendido como ciencia de papagayo, por haberlo oído decir á otros sin saber lo que se dicen, nos quieren hacer creer que son unas águilas y los pelan como unos palominos.»

Como me había acercado tantas veces al fuego, estaba ya metido en calor: entré por esto del casamiento, y pensando que en la palabra llevaba todas las Indias, dióme en cambio de ella muchos corales, perlas, cristales, plata y oro, y aun la pareció que quedaba corta. Quitóseme de todo punto el amor; empalagóme tanto número de requiebros; relajóme tanta dulzura: otro se comiera las manos tras ello; pero los gustos en los hombres son casi tan diferentes como los rostros.

Habíasele antojado á mi amo salir al Prado un domingo con más ostentación que nunca, porque había de bajar Su Majestad aquel día á la huerta del Duque: quiso que le acompañásemos todos los criados de casa, así los suyos como los de mi señora; fuí entre ellos, y llegando al Convento de los Clérigos Menores, veo dos mujeres tapadas con humo tejido y nieblas de seda: tan delgadas eran mantos y tocas. Mirábanme con cuidado, y como ya yo me tenía por dichoso en trances de amor, dí en pensar que se les antojaba algo de mí; engreíme un poco; mesuré el paso; dejé pasar la carroza de mi amo y la mala compañía de los pajes, procurando no parecerlo; pero era imposible, porque llevaba la *S* y clavo por todo el cuerpo en la librea: el diablo inventó esta gala; más quisie-

ra llevar un virote, que aun ese se podía disimular con los cuellos que ahora se usan, mas una librea, que por todas partes está diciendo que es ajeno, no hay cosa que la pueda desmentir. Acerquéme á ellas un poco tierno de ojos y díjelas: «La presa es suya, reinas mías; envainen las flechas, que en quien se rinde tan presto son perdidas.» Fuí diciendo muchas ternezas, no de las bobas, sino de las esparcidas y socarronas, y ellas callaban y mirábanme; hablaba la una á la otra en secreto de cuando en cuando y suspiraba; decía yo entre mí: «Esto es hecho, ¡por Dios, que suspira por mí la moza! ¡Y después reprenderán en la comedia que se enamore una dama de un bizarro caballero y recién venido, á la primera vista, pues siendo yo un pobre paje y con librea, y que há cuatro años que enfado las calles de Madrid, está suspirando por mí esta mujer!» Parecióme que la vergüenza la detenía; empecé á ensayarla en picardía, mostrando mucha de mi parte, como sabía ya por experiencia el por aquí van allá de estas aventuras. Callaban aún las tapadas, con que no me enamoraron poco, porque el amor es hijo de la admiración y no hay ninguna como ver callar dos mujeres tanto tiempo: sacó la más airosa una mano, con que afrentaba la nieve en la blancura; hízome seña con ella que las siguiese, y tomaron el camino hacia lo más desierto del Prado alto; seguílas yo más ufano que Medoro cuando triunfó de la bella Angélica, maldiciendo mi estrella, que ya que me había hecho tan dichoso en amores, no me hubiera dado con qué ser agradecido.

Ya que llegaron á la soledad de aquellas huertas, paráronse; acerquéme á la de las manos habladoras; llegué el rostro á brujulear el suyo, y al punto, asiéndome con la una mano de una oreja, empezó á dar con la otra muchas bofetadas, y la otra, armada con dos varas de chapines en las manos, me dió muchos palos de corcho de que quedé medio aturdido. Con la escarapela descubrió el rostro la que tomaba aquello con más ganas, y veo que era la doncella liberal que, viendo mis Indias pajizas, tomó aquella desesperación; y viendo que ya la había conocido, desenvainaron las lenguas y diéronme muchas cuchilladas en mi honra: quise satisfacerlas, mas era imposible, porque hablaban á porfía y no había remedio de que me dejasen hablar. Hinqué la rodilla; dije grandes finezas; aprovechéme de aquello de los yerros por amor, y el amor todo lo iguala, y otras necedades de esta manera; mas ni valían conceptos ni humildades: antes, volviendo á aporrearme de nuevo, se fueron cansadas, pero no hartas, amenazándome que me había de costar la vida el bocado. Deshice la rueda viendo los chapines; ya me iba desenamorando el lugar, viendo que lo mejor que tenía era lo peor. Sucedió que de allí á pocos días hizo mi amo una ausencia de aquéllas que solía. Llamóme la dueña; dióme un papel para el galán de mi señora, y encomendóme que estuviese alerta aquella noche, porque había de venir el Conde á verla: que le abriese yo la puerta. Prometí de hacerlo; llevé el papel; valióme una cadena de oro, con que me puso en nuevas prisiones el Conde, y con

ser yo de natural libre, mal acondicionado y que no podía sufrir cosas poco decentes, este metal, que por ser hijo del Sol parece que tiene el imperio de su padre, me torció la condición y me sujetó como esclavo.

Vino la noche y sacóme mi necedad de este peligro, que sin duda era grande. Fué la necedad querer mostrar á mi señora que sabía los trances en que andaba su honor, pensando que por aquí granjearía su favor, que me estimaría y regalaría más, viendo que estaba en mi lengua la vida de su opinión.

Cuando no tuvieran otro agrio los gustos de amor más que éste de sujetarse al paje malicioso y á la dueña engañosa, era ocasión para despedirlos sin hacerlos la salva. Llegué muy bachiller; díjela el gozo con que quedaba el Conde de ver tan cercano el puerto de su esperanza. Hízose de nuevas; no pudo entenderme, hasta que después de apretadas preguntas que me hizo de quién me había dado el papel, cayó en que era embeleco de la dueña, que había tratado de venderla aquella noche, codiciosa de las dádivas que con mano amorosa, que es lo mismo que liberal, el Conde la daba. Preguntóme si le había llevado otros papeles ó recados; dije que infinitos, y que todos me los había dado la dueña; hízose mil cruces turbada y dijo: «Así, ¿vos sois el que se hacía del tonto, y ella la que fingía santidad? ¡Buena me habéis puesto! Pues á fe que tengo marido que sabrá castigaros.» Fué mucho poder pronunciar estas razones según la había ocupado el enojo todo

el pecho; retiróse á un aposento donde tenía la cama; quedé yo burlado y con el pago que merecían tan ruínes servicios. Corríme de la burla que me había hecho la dueña: que sólo una dueña podía burlar á un hombre. Esta, lejos de vana ostentación, descortezaba siempre cuanto llegaba á sus manos; desde entonces aborrecí este género de mujeres: no hay gente tan engañosa ni de tan viles pensamientos, y nada me enoja tanto como que sean tan malas debajo de tocas y manto de devoción; no piensan en otra cosa que cómo venderán la doncellica que fió la madre de su regazo ó la casadilla que fió el marido. Con éstas es menester andar alerta, que son alcahuetas muy cubiertas; no con la otra Celestina, que por las roturas del manto descubre el oficio. ¿Quién diablos inventó aquellas tocas, pues no todas son viudas? Su engaño las inventó; para engañarnos se las pusieron. ¡Cuán de vidrio es la honra de las mujeres, que ni basta ser bien nacidas, ni basta el resplandor de las costumbres, ni el adorno de un noble marido!

Todo se quiebra en las manos de una dueña codiciosa, que pensando que todas son tan malas como ella lo fué cuando pudo serlo, imaginan que les hacen lisonja en hacerlas afrenta y prometen en su nombre feas facilidades: venguéme de la dueña muy á mi salvo. Era ya tarde; habíase acostado temprano pensando madrugar á las dos de la noche, que fué la hora señalada para el insulto; púseme un ferreruelo de gorgorán; llegué á su aposento y cama en que estaba sola, y crujiendo seda

y ahuecando la voz, fingí la persona del Conde; tomé mi petrina y con palabras y manos severas la castigué muy á mi contento, como dándome por agraviado de que á un Conde como yo hubiera burlado de aquella suerte, siendo su señora tan casta y santa. Si otras alcahuetas quedan hechas obispos, ella quedó hecha cardenales. Fuíme á la puerta de la calle, con intento de despedir al Conde; hallé que había quitado la llave de ella por mandato de mi señora, que mal fiada de mi simpleza y de la santidad de la dueña, la quiso guardar consigo aquella noche, y aun había cerrado muchas puertas que había antes de la cuadra donde tenía la cama; fuíme acostar, viendo que aquello estaba bien remediado; no dormí en toda la noche de enojo y pesadumbre del caso, y de ver cuán inciertos son los juicios de los hombres, y cuán poco crédito se puede dar ni aun á los ojos, con ser el más fiel sentido.

Había yo visto que recibía regalos y fiestas suyas; mas no sabía mi señora que eran suyas, antes pensaba que era agasajo de una amiga, por cuya mano venían.

Tan desdichada es la hermosura, que aun la misma amistad la hace traición. No se quejen las feas de poco dichosas; créanme que trae muchas pensiones la hermosura, y que paga cualquier falsa lisonja con muchos pesares verdaderos.

Levantéme con el día, medroso de lo que podía sucederme; fuíme á ver al Conde; halléle que se estaba acostando, quejándose de la cabeza; fingí turbación; pedí que nos dejasen solos, y díjele:

—Bueno es que burle V. S. con tanto desprecio á mujeres tan principales; vengo á avisarle de parte de mi señora que tiene entrada en su casa como en su pecho, y no acude á la hora que le señala: dejara V. S. el juego por una noche con la maldición, que por picado que estuviera, debía estarlo más de quien tanto le ha estimado, que casi le ha de costar la vida.

—¡Por el hábito que tengo—replicó el Conde—que he estado hecho una piedra de su umbral desde las dos de la noche!

—Pues, señor—dije yo,—V. S. tiene poca fortuna; yo estaba esperándole á la puerta poco antes de esa hora; oí que paraba un caballo; creí que fuera V. S.; abrí la puerta, y dije: «Es el Conde: entre V. S., que espera mi señora con hartos deseos.» Apenas dije esto, cuando apeándose el tal caballero, que era mi amo, me tomó de un brazo, y metiéndome en casa y mandando cerrar la puerta á un criado que le acompañaba, me metió en un aposento suyo, y después de haberme dado muchos azotes, me apretó á que le dijese quién era el Conde que esperaba. Yo le dije un nombre fingido, y añadí que no era traza de mi señora, sino mía y de la dueña, que por dádivas con que nos había ganado la lealtad, le habíamos prometido la puerta aquella noche. Con esto me dejó, conjurándome que guardase secreto, y fué á castigar á la dueña y saber de ella lo demás. V. S. corre gran peligro si ella lo descubre, y pienso que lo hará.

—Tienes razón—dijo el Conde,—que es mujer:

mal me he fiado; yo soy perdido; el marido es aragonés y noble; hame de buscar para matarme; tiene razón que es gran ventaja; yo quiero ausentarme.

Así lo hizo de allí á pocos días, con ocasión de ir á ver sus lugares; dejóme acomodado con un hermano suyo que había de ir á Salamanca muy presto, con lo cual salí de paje, y tomé el camino de la discreción á puras necedades. Veis aquí que no sólo me era de provecho el ser necio, mas aun fingir que lo era. Sólo fingir que había hecho una necedad tan grande como salir á recibir al otro, que venía á caballo, pensando que era el Conde, como si los galanes, y tan recatados como él lo era, rondasen á caballo, me valió y granjeó un nuevo dueño que fué todo mi remedio. Era segundo en la casa del Conde; tenía hasta diez y seis mil ducados de renta eclesiástica, y tenía más necedad que renta. Querréis ya que me pare aquí á tratar mal de palabra á la fortuna y la diga que es una loca, pues á un ingenio como el del Dr. Ceñudo desdeñaba tanto, que le hacía criado de un necio (que también en esto tiene su horca y cuchillo la ceguezuela), y al otro majadero, todo bobería, le daba diez y seis mil ducados de beneficios tan simples como él, y aun acaso mejor opinión de entendido que á mí; porque como es la lisonja la aposentadora de la fama, tenía dinero con que obligarla, y así la tenía muy de su mano; jamás dijo disparate que no fuese muy celebrado por levantado concepto. ¡Oh riquezas! ¡Quién pensara que teníais valor, siendo caducas, para comprar

glorias inmortales, cuales son las que deja la buena opinión vinculadas en claros monumentos! Ahora digo que tienen razón los que os adoran; ahora digo que son de natural generoso y espléndido los que se entregan en vuestra confianza, pues logran en ella tan altas ambiciones. Amigo mío, si vos, que os criásteis con el vulgo, habéis entendido que hay fortuna, quejaos de ella muy á vuestro gusto, ó la llaméis hado, ó influencia de las estrellas, ó como más quisiéreis; mas yo, que sé que toda esa celestial armonía tiene sus polos en la Providencia de Dios, ya he caído en que no puede dejar de ser muy acertado y justo cuanto nos repartiere de bienes ó males; y si vos no penetráis el modo, culpad vuestro discurso ó no le culpéis á él, sino á vuestra soberbia, que quiere llamar á examen á Dios. Si murmurase un ciego tinieblas en el sol, ¿no le diríais que estaba la falta en sus ojos? ¿Pues por qué no diréis lo mismo á quien en el sol de justicia acusa descuidos de Providencia? Mas porque echéis de ver como está en vos la falta, ¿no os parece que há menester más aquellos diez y seis mil ducados el necio de mi amo, que nació así, porque fué forzoso, según el orden de los cielos; pues si no los tuviera, padecía dos gravísimos detrimentos y que argüían injusticia: uno, en nacer desnudo de los bienes mayores, que son los del ingenio; otro, en que con esa falta quedaba también sin socorro que ayudase la necesidad humana? La Providencia, pues, estuvo en que ya que no se le dieron los bienes más excelentes, se le diesen éstos, que todos llaman bienes, y que ya que no se le dió inge-

nio para socorrerse, se le diese hacienda con que estaba socorrido; mas yo, que gracias á Dios nací con un discurso desocupado, si malas lenguas no me le embarazan, ¿qué mayores bienes? Ya que pude valerme con él, y empleado en oficios ó ejercicios diferentes granjear lo que há menester mi naturaleza, ¿por qué me he de quejar de que no nací rico y poderoso? Quejaos vos, que sois un necio, y mirad cómo os quejáis; que otras quejas obligan, mas éstas enojan. Pobre estoy y en opinión de necio, que si tuviera opinión de sabio no fuera pobre; mas hacedme vos bueno y asegurad-me que cuando tomo la pluma sé lo que me digo, que yo me doy por muy dichoso, y allá os avenid vos con vuestra opinión y riqueza vana, que bien la habéis menester. Había acreditado mucho el Conde mi modestia, mi recato y secreto, cosa que me hizo la cama para mi descanso, porque con esto me ocupó mi amo en las cosas de su gusto solamente; habíale celebrado mi simplicidad y no le desmentía yo con mi ceño, y así la primer gallardía que hizo en llegando á Salamanca fué hacer plato á sus amigos de mi mansedumbre y bondad; añadía á esto que tenía de cuando en cuando unos conceptazos que sobredoraban mi humor.

Determinaron, pues, de mostrar lo que sabían, descubriendo lo que ignoraba; mas yo descubrí lo que ignoraban, mostrando lo que sabía.

Juntáronse hasta doce de los criados de aquellos caballeros amigos de mi amo, y en su presencia una noche adornados de borlas y capirotes, como Junta de Doctores, después de haber hecho

la salva con trompetas y atabales, enviaron un recado á mi amo en mi presencia, en que le decían que en aquella Universidad era uso aprobado por largo tiempo que se hiciese examen secreto del ingenio y habilidad de cada uno que llegase á aprender alguna Facultad, porque de no haberlo hecho así los siglos antes, se habían seguido muchos yerros, que dispensaban con su merced, respecto de que su buena opinión había ya respondido en su abono; más que Pedro Ceñudo, su criado era sospechoso en la habilidad, y así, que diese licencia para que llegase á examen; respondió mi amo que fuese muy enhorabuena, y agradeciendo mucho á los Doctores que quisiesen honrar su posada, los recibió en una cuadra la más capaz y bien aliñada que en ella había; sentáronse por su orden los Doctores, como mostrando que se guardaba el uno al otro su antigüedad, y después que propuso uno, con más dilatadas razones, las mismas que habían dicho en su recado, llegaron dos maceros por mí; pusiéronme en medio de la sala en un banco pequeño con dos hachas encendidas á los lados, que fuesen testigos de mi vergüenza. Preguntóme cada Doctor varias cuestiones: ellas y sus respuestas tengo escritas en este papel, que para convencer la autoridad de los Doctores y fortalecer los desmayos de mi opinión, tuve luego cuidado de escribirlas en diálogo por abreviar, con estas dos letras: *M.*, que quiere decir Maestro, y *N.*, que quiere decir Necio. Léale v. m., que tiene más libre la vista; verá cuán poco se puede confiar de Doctores ni desconfiar de necios, pues

tuvieron por necedades esas sentencias. Tomó D. Félix el papel, y leyó así:

EXAMEN DEL NECIO

M. ¿Cuál es la necedad más discreta?—*N*. El amor.—*M*. ¿Cuál es la necedad más entretenida?—*N*. El juego.—*M*. ¿Cuál es la necedad más disculpada?—*N*. La ambición.—*M*. ¿Cómo podrá un necio dejar de serlo?—*N*. Sabiendo que lo es.—*M*. ¿Cómo sabrá que lo es?—*N*. Hablando con entendidos.—*M*. ¿Qué há menester un hombre para ser bien entendido?—*N*. Ser modesto y dócil.—*M*. ¿Por qué hay tantos necios en el mundo?—*N*. Porque nadie piensa que lo es.—*M*. ¿A qué ciencia sois inclinado?—*N*. A todas.—*M*. ¿Y podréis saberlas todas?—*N*. ¿Sabréis enseñármelas todas?—*M*. Todas se enseñan en esta Universidad.—*N*. Pues si todas se enseñan, ¿por qué no se aprenderán todas?—*M*. Es corta la vida de un hombre para tan largo empeño.—*N*. ¿Hay más de alargarla?—*M*. ¿Cómo se ha de alargar?—*N*. Quitando los nudos que la encogen.—*M*. ¿Qué nudos la encogen?—*N*. Los gustos de amor, los encantos del juego, las necedades de la ambición, las locuras de la codicia. Estos son los nudos, por quien la vida, que de suyo es larga, parece corta.—*M*. Nunca ó raras veces un ingenio es capaz de más que una ciencia, y así la Universidad tiene ordenado que examinemos los ingenios por cuestiones de todas las ciencias, y le enseñemos aqué-

lla en que respondiere con más felicidad.—*N.* Ese es un disparate, no digno de tanta borla y capirote. Porque si yo acierto en una ciencia, ¿qué necesidad tendré de que me la enseñen? Enséñenme aquélla en que acertare menos.—*M.* Aunque tengáis ingenio fácil para una facultad, y tan fácil que sin haberla estudiado, guiado de natural dichoso, podáis responder á cualquier pregunta, es de gran consideración estudiarla en esta Universidad y coronaros con su laurel; y de manera es de grande consideración, que aunque sepáis más filosofía que Aristóteles, por haberla aprendido en libros y soledades, no parecerá que sabéis palabra si no os llamáis Maestro ó Doctor.—*N.* Yo tengo poca fe con borlas, después que he visto machos de arrieros con infinidad de ellas ni con capirotes, después que he visto muchos locos con capirotes; mas pues hemos de seguir el humor al mundo, no hay sino paciencia: yo quiero examinarme; vengan preguntas.—*M.* ¿Queréis aprender derechos?—*N.* Bien fuera yo Letrado, si no hubiera que aprender.—*M.* No os entiendo.—*N.* La jurisprudencia no es más que una razón que nos guía á seguir lo justo, y ésta vive en los ánimos, no sólo doctos, pero también rústicos. ¿Quién no acierta con la razón si no le embaraza alguna pasión ó afecto? El daño, pues, que tiene esta facultad es que haya tanto escrito en ella y tanto que aprender, porque de ahí nace la obscuridad y las tinieblas de la razón ó justicia. Cuando yo veo que un labradorcillo grosero va á informar á un Letrado, y que de camino que

le cuenta el caso, sin saber lo que se hace, le advierte de su justicia y las razones que le alientan, echo de ver que el oficio del tal Letrado no es más que autorizar la razón del otro, con su titulazo del Licenciado ó Doctor Fulano. ¿Pues quién podrá sufrir que se estimen tan poco los profesores de esta facultad, que si dicen que ahora es de noche, no les den crédito sino es que aleguen veinte textos, y á Bartulo y á Baldo, con otros cien mil escritores?—*M*. El oficio de Juez, á donde se camina también por esta facultad, no padece esos riesgos.—*N*. ¿Cómo que no? Yo veo cada día que lo que sentencia uno lo reprueba otro. ¿Esto en qué va? O es pasión ó ignorancia: pues no quiero yo oficio tan á pique de tales extremos.—*M*. ¿Queréis ser Médico?—*N*. Yo soy tan amigo de tomar el pulso á las mozas y manosearlas, que lo fuera de muy buena gana; mas aquello de tomar la orina y preguntar cuántas cámaras ha hecho, no viene bien con mi estómago.—*M*. Según eso, ¿sólo querréis ser filósofo natural?—*N*. No hay ciencia que me lleve el natural como esa; mas para aprenderla no viniera yo á Salamanca, ni fuera á Alcalá, porque yo veo que todos los filósofos antiguos se van desmintiendo los unos á los otros como van naciendo, y que hoy reprobáis á Aristóteles y acaso tenéis razón; no puedo sufrir que me fundéis todas las causas naturales en el cálido y húmedo, y que aunque no halléis salida á muchas dificultades, os estéis quebrando la cabeza toda la vida con sofísticos argumentos, sólo por defender al otro filósofo que lo dijo; y si viviese hoy y os oye-

ra dar voces, os dijera, sin duda, que no lo dijo por tanto. Esta es ciencia, á mi parecer, que toda está escrita en la contemplación, y no hay librería como ese campo fresco y alegre una mañana de Abril.—*M*. Paréceme que el bueno del hombre es dado á la poesía y buenas letras.—*N*. Lo que es la poesía ya há muchos días que la sé.—*M*. ¿El arte sabéis vos de la poesía? Pocos he visto que le sepan en el mundo.—*N*. Los preceptos de la poesía son como los preceptos de la ley de Dios, que todos los saben, mas pocos los guardan; y así no hay duda sino que el arte se deja saber, mas no se deja usar fácilmente.—*M*. Según eso, ¿pasaréis la vida en leer filósofos, historiadores y retóricos?—*N*. Todos me parecen gente cansada; porque los filósofos antiguos no fueron más que unos holgazanes, que se andaban de banquete en banquete y de vino en vino, con lo cual vivían alegres, engendraban buena sangre, y tal vez por descuido decían algunos dichos agudos, como ahora los dicen á docenas los que están alegrès de vino; y como tenían grande y venerable opinión, observaba el vulgo mentecato aquellos dichos como oráculos; nacía de allí á algunos años un hombre elegante; hallaba aquellos dichos canonizados por la estimación del pueblo; pulíalos y escribíalos para la posteridad, con el nombre del poltrón que los dijo, y como los venideros los hallaron bien engalanados y encomendados con la veneración de la antigüedad, diéronlos crédito; de modo que una verdad de aquéllas, aunque se parezca á las que nosotros llamamos de Perogrullo, tiene

tanta autoridad entre los doctos como si fuera ley de un Concilio sagrado. Hombre soy yo, que el día que tengo dineros ó buenas esperanzas de la moza que requiebro, ó buenas nuevas, digo más conceptos que dijeron todos los filósofos antiguos en más de mil banquetes y jardines; sino que esto de no tener opinión y estar todo el mundo lleno de sabios, que cada cual quiere ser el alabado, sin dejar una brizna de laurel para el otro, me tiene desvalido, y particularmente lo roto de la sotana, porque he nacido en tiempo en que el buen vestido es seña de buen ingenio: ¡como si no hubiera caballos bien enjaezados! El otro día encontré un amigo mío Médico, y preguntándole cuándo empezaba á desocupar el mundo de enfermos, me dijo que esperaba dineros para una mula, como si la mula hubiera de tomar el pulso ó juzgar la orina. Los historiadores me muelen y matan á cuchilladas. ¿Hay gente más inquieta en el mundo? Todos son guerras y más guerras, como sueños de loco, y si algún rato cuentan cosas de paz, pasan tan aprisa por ellas, como gato por brasas; no les sacarán de la guerra mil arcabuceros. Yo pienso que era gente de mal gusto y por eso estoy mal con ellos; porque saborearse tanto en pintar un ejército de desalmados y alabar por grandeza de ánimo la temeridad del otro bárbaro, ¿no es indicio de un natural endemoniado? ¡No hallara yo un historiador pacífico, un historiador de estrado, uno que me tuviera conversación como hombre cuerdo, y no estos demonios, que piensa un hombre que habla con persona de juicio, y cuando me-

nos piensa le ve armado de punta en blanco! Historiador de Lucifer, ¿no hay casos en la paz que merezcan largas memorias? ¿No suceden maravillas de excelentes virtudes? ¿Por qué no nos las cuentan? Mil veces he maliciado que lo hacen adrede, por meter el boato y estruendo de las armas y hacer con eso la oración pomposa y corpulenta. La retórica yo no la llamo arte, sino chilindrina, porque para persuadir hablando, ¿qué más arte es menester que saber ún hombre lo que se dice y tener buena gana de decirlo? Cuando yo veo un mercader que vende sus mercaderías, que sin saber retórica persuade que el paño erizo es terciopelo liso, y que las medias de lana de camello son de seda de Toledo, doy al diablo la retórica y á quien dice que es menester en el mundo. —*M*. Ya fuerza es que entendamos que venís á aprender las ciencias ó artes matemáticas.—*N*. Dios me guarde mi juicio. Aquella ciencia que se mete en conversación con las estrellas, claro está que peca de loca; porque las estrellas están muy lejos de nosotros, y porque, caso que las busquemos la vida y sigamos los pasos, es de gran tristeza acechar la fortuna y sentir tres veces los males y defraudar la alegría á los bienes. Siéntense tres veces los males: antes que lleguen, con el temor; cuando llegan, con el dolor; después, con la memoria. Defráudase la alegría á los bienes, porque ya cuando llegan está relajada la esperanza y los disfrutó poco á poco, desde el día que empezó á esperarlos. Las demás artes, Música, Geografía, Aritmética y Cosmografía, no son para mi có-

lera, que en no entendiendo la cosa de media vez, quiebro los dientes á quien me la dice.—*M.* A estos señores les ha parecido daros término en que deliberéis mejor la ciencia que más cuadrare con vuestro ingenio; y entre tanto que dura vuestra tontedad, os condenamos á que sirváis, que es la más propia ocupación de tontos.

Celebró D. Félix el examen del necio, con que lozano el Doctor prosiguió su tema.

Todos estos sabios dichos tuvieron por necedades, sólo porque no respondía como ellos pensaban que debía responder; de manera que la necedad entre los hombres no es otra cosa que una contradicción de pareceres: aquél sólo juzgamos por necio, que no juzga lo mismo que nosotros. De aquí es que en vuestra opinión no hay hombre discreto; desaforrad vuestro pecho y miradlo bien, que yo sé lo que me digo; yo sé que sólo tenéis por altos conceptos vuestros delirios, y que todos los que os los condenan quedan en vuestra opinión por muy necios, y sóislo vos solo, que no echáis de ver que no sois Angel, teniendo tantas cosas de hombre y aun de bruto, y que lo más cierto es que no sabéis cosa alguna de cierto. Como yo ví que una Junta tan grave de Doctores pagaba en risa lo que merecía aplausos, dí en menospreciar desde aquel día todo hombre que se llamase Doctor, pensando que todos eran tan necios como aquellos Doctores; imaginaba yo que la discreción y el buen ingenio no estaba en las borlas, porque veía también que se adornaban de ellas los jumentos de los aguadores. Aborrecí tanto la pa-

labra Doctor, que aun estando enfermo de unas reumas muy porfiadas, que se destilaban de la cabeza al pecho tan á costa de la garganta, que me había persuadido que era garrotillo, no quise hacer lo que me mandaba un Doctor, que era sangrarme muy aprisa. «Basta que me maltraten la opinión los Doctores, decía yo, sin que me acaben la vida.» A dos días estuve bueno: esto me valió la necedad de no querer Doctores, pues si le hubiera obedecido me echaba á perder para muchos días, si es cierto en Medicina que no hay cosa peor ni más contraria para las enfermedades frías que quitarlas la sangre. No acudía yo á oir las lecciones que me había mandado aquel Colegio de tontos, pensando que ellos mismos eran los maestros que enseñaban la facultad de Cánones. Acreditaba mi sospecha el ver que sin método ni arte enseñaban una facultad que tanto lo había menester. Despreciélos, pues, y valióme esta necedad largo descanso y mucho provecho, porque el tiempo que había de dar á estas lecciones, en que sólo se trataba de escribir los sueños ó los hurtos del tal maestro, le daba á uno ú otro libro de la facultad en mi posada, donde con mejor estilo, más claridad, mayor elegancia, aprendía más en una hora que podía aprender en un año de las lecciones de los Doctores. ¿Quién pensara que la necedad podía aprovechar para hacer doctos los hombres? Veis aquí que me hizo docto: ahorré con esto mil enfados de pretendientes que cansan todo el día con reverencias para que les oigan una hora; ahorré las inquietudes de las cátedras; no me

cansaban para pedirme el voto, porque de media vez que se le prometía, como no me tenían como ingenioso para mentir, me daban liberal crédito; no me encargaban las troneras de los vítores y rótulos, pareciéndoles que no era para eso; de suerte que, gozando de mansa quietud, los tenía á todos por amigos. Mi amo, que me veía tan poco aficionado á las escuelas, dióme un oficio que no sólo no me obligaba á verlas, mas antes me apartaba de ellas con muchas leguas. Había conquistado, á fuerza de armas de su dinero, una niña toda de alcorza blanca y dulce; era celoso y tenía por qué, por ser poco anarcisado y frío con grandes veras. Púsome por su guarda, pareciéndole que quien mostraba tan romo ingenio no tendría pico para inquietar aquellas flores; respondía por mí la severidad de mi semblante, lo mesurado de mis pies y lo flemático de mi boca. Teníala en una casa en compañía de una madre vieja y una criada moza; quiso asegurarse y púsome de guarda: allá comía, cenaba y dormía, y con saber que yo estaba hecho un Argos con la moza, descuidaba el galán de mi amo, como si la tuviera en la faltriquera. Parecía palacio encantado, porque sin cuidar de cosa alguna, á las horas de comida y cena hallábamos puestas las mesas con muchos regalos (cuidado de mi amo, que no pensaba en otra cosa): ahora disculpo á las mujeres que muestran agrado á este género de galanes. Estos necios, como tienen variedad en la imaginación, no se divierten á otro cuidado más florido, no piensan en otra cosa; y como no tienen discurso para desenvolver

faltas, enamóranse más de asiento y estiman con más reverencia. Un hombre bien entendido, como tiene el alma libre, vuela de este pensamiento al otro; diviértese; finalmente, tiene variedad y no se ve sujetarse á cárceles humildes; demás de esto, una vez ú otra conoce faltas; y como por sí mismo se estima, porque lo merece, viene á despreciar con más licencia cualquiera falta que note, porque comparada á sus méritos le parece grande. Esta es la causa por qué comunmente vemos mejor logrados estos hombres: estiman de veras, solicitan de veras y adoran de veras; mas porque no les envidiéis la dicha, oid cuál fué la de mi amo:

Habíase criado en el estrado de su señora madre, riñendo con las criadas sobre la merienda, y con otros melindres más de doncella que de estudiante. Nacióle de aquí un despego amajaderado que echaba á perder la fiesta; hablaba á la bella niña como si fuera una tía suya; decíala unos requiebros que parecía habían pasado por Somosierra, y esto no por falta de amor, que harto tenía, sino por encogimiento natural. Estaba con esto el pecho de la dama que podía servir á una cantimplora: ¿qué maravilla? Creedme que son como la luna con el sol, que como ella aprende luces de aquel galán dorado, así las damas se ensayan en agrados con los que reciben de sus galanes.

Pensar que por más rico que seas te han de querer, si eres frío, es frialdad; siendo rico, podrás hacer rica á tu dama, pero no agradable; agrado

has de tener si quieres que ella le tenga; si eres frio, mejor eres para sótano que para galán: pretende una alojería. Nadie da más de lo que tiene; darásla romadizos ó catarros; ya sabes que son enfermedades del pecho, donde está el corazón: esto tiene malo la buena fortuna, que dando mucha confianza quita muchas gracias; todo les parece que les sobra á estos poderosos sólo con serlo, y hállanse después en las calles y vienen á servir de mayordomos á los que tienen agrado: así sucedió á mi amo, porque desvelándose mucho en engalanar la moza y en regalarla, era yo el dichoso dueño de su corazón; porque el trato y largas conversaciones que teníamos, la había dado á entender que merecía yo más que mi amo, por menos necio y por más dichoso; así que mi amo me servía á mí y mejor que yo pudiera servirle. ¿Cómo queréis que me queje de poco afortunado, si siendo yo un descarado traidor, con un trozo de necio, tengo diez y seis mil ducados de renta, que gasto por mano ajena en mi regalo? Estas y otras aventuras de no menor suerte me sucedieron en Salamanca: no las cuento todas por no ser tan á propósito; sólo os diré el remate de mis cursos, que fué tan necio como el principio.

Cuentan los poetas que cuando Júpiter hermoseó el mundo con tanta variedad de esmaltes é ilustró al hombre con tan liberal copia de bienes, tuvo grandes celos de que no le pagaba la franqueza, porque ocupaba todo el amor en aquellos bienes que gozaba, de manera que no se acordaba del autor de ellos. Dióle el enojo el remedio, y

escarmentado de allí adelante de la ingratitud, labró aquellos mismos bienes con cierta mezcla de males que les templasen la estimación, pareciéndole que con eso no los amarían tanto los hombres ni olvidarían al Criador; mas antes, como le habían menester aun para sufrir los mismos bienes, le invocarían á cada instante y le rendirían la religión, reverencia y memoria que merecía deidad tan grande. Templó el bien de las dignidades con los desvelos y cuidados de administrarlas; la felicidad del ingenio con la persecución de la envidia; los méritos con la pobreza; la riqueza con la avaricia, y así todos los bienes que adornan los hombres. Llegó al amor, y halló que era el mayor bien que tenían; pues aun él mismo, con ser el padre de los bienes, siempre parece que se confesaba pobre de éste, mostrando tanta codicia por él: parecióle, pues, que era necesario mezclar mucho agrio para desmentir tanta dulzura, porque tenía por cierto que no se acordarían de los que se viesen validos de un bien de quien él mismo blasonaba tanto, que es de ser queridos, y que era de temer que no se quisiesen apellidar dioses, y levantarse con el cielo los que se veían gloriosos con las mayores insignias de bien afortunados. Hizo alarde en su memoria de todos los males, y el que más se mostró severo y cruel fué el mismo que entonces le había tiranizado el pecho.

Si yo con ser deidad—dijo Júpiter,—á quien estáis sazonando alegrías y tranquilidades tanta muchedumbre de ministros lucientes; si yo, que estoy cercado de un cielo de diamante á quien los

males no pueden penetrar, por agudos que sean, me veo vencido y saqueada toda mi gloria de los celos que tengo del hombre, ¿qué hay que dudar de que éste es el mayor de los males y que bastará á templar el mayor de los bienes? Mezcló, pues, con celos el amor, con que quedó acedo este bien, y aun en peligro de parecer mal. Llegué á probar el agrio de mi amor cuando más lisonjeado de sus verdores; halléme celoso, que es lo mismo que enfermo de muerte; recibía con apacible semblante la rapaza una visita de cierto caballero de la ciudad muy apadrinado de cuello, cadenilla y felpa, que entonces era gran gala. No dudaba yo de mis méritos; pero temía la elección de la moza, que, como niña, se le iban los ojos tras las niñerías, y ya le había relajado el estómago mi conversación apacible. Pensaba yo que muchas buenas partes se lograban mal por la mala elección de las mujeres, que por la mayor parte es poco prudente. Yo ya tenía envidia al cuello de seglar, y pensaba que cada abanico era un tiro de artillería contra aquella fortaleza; maldecía el encogimiento del hábito de estudiante, y echábale la culpa de mis desprecios; amenacéla muchas veces con mi amo; mas como me tenía comprada la libertad con la suya, reía mis amenazas, pareciéndola que callaría sus atrevimientos por no peligrar que ella publicase los míos. Así como me sentí celoso, lo tuve á mal agüero, pensando que estaba en los umbrales de la discreción, acordándome de lo que dice Lope de Vega Carpio, oráculo de las musas españolas y Príncipe de su florida y luciente monarquía:

Hombre que sin celos ama,
O no quiere bien ó es necio,
Porque la desconfianza
Es madre de los discretos.

Según eso, decía yo, discreto debo de ser, pues tengo celos; algún gran mal me ha de venir, pues soy discreto. Acordábame que jamás me había descuidado de ser necio, que no me hubiera costado algún grande peligro. Veía que la vez que en Madrid gozaba las flores de la doncella liberal, sólo con ser necio me escapé de esta pensión de amor; ya me pesaba de ser discreto por lo mal que me estaba; que cuando no tuviera la necedad otro halago de su parte más que el ser hidalga y libre de celos, es calidad bastante para ser estimada y preferida á la más rica discreción. Acaso os dará que pensar verme á ratos discreto y á ratos necio, y aun allá en vuestra malicia me estaréis acusando de mentiroso, y yo os aseguro que no sea en lo peor.

Malicioso amigo, si piensas que los demás discretos y necios del mundo no son así, eres un necio; porque el más discreto se descuida y toma ociosidad en su discreción, y tiene por gala hacer ó decir algún desalumbramiento, ó para realce ó para esfuerzo de los aciertos. Cuando oyeres decir: «Fulano acertó en esto; téngole por muy discreto,» no entiendas que es discreto aquel hombre, sino que anduvo discreto; lo mismo en los descuidos: no has de pensar que es necio porque se deslizase en alguna necedad, sino que anduvo necio. Cuando quieren canonizar algún santo, no se con-

tentan con uno ó dos milagros, sino con muchos y muy grandes. ¿Por qué has de canonizar tú por discreto á nadie, porque acertase una vez ú otra? Quizá era necio de suyo y no pudo más; quizá sabía tan poco que aun ser necio no sabía, y se dejaba llevar de su fortuna, sin permitir delirios á su ciega elección.

Cumplieron los agüeros sus amenazas, porque los malos agüeros son naturales del reino de Aragón, y antes olvidarán su Dios que su enojo. Costóme muchas inquietudes; veíame cercado por todas partes, porque si quería pasar adelante con la amistad, hallaba luego un desengaño muy desvergonzado que me decía: «No há lugar, porque ha entrado otro con un cuello tan grande y un ferreruelo de felpa, tan hueco que aun él no cabe.» Si quería dar rienda á mis enojos y soldar mi agravio con la venganza, temía que había de ser muy á costa mía; tenía por qué callar, y era fuerza ó morir, y aun era fuerza morir si callaba. Tan ocupado me tenía el enojo, tan aprisionado el miedo, que diera por bien empleado cambio perder los regalos pasados, por hurtar el cuerpo á los tormentos presentes.

No es el amor para hombres de bien: muy necio ó muy ruín ha de ser quien le ha de sufrir. Cuando no hubiera ley de Dios que nos tirase de la capa al empeñarnos en estas ruínas, bastaban los males que engazan consigo para detenernos: la desdicha es que no desembozamos los gustos, que yo aseguro que si les quitáramos la capa del deleite y halláramos los fines desdichados que luego

amenazan, que no les diéramos tanto crédito. Fué providencia divina sazonar el mismo pecado con la penitencia, porque aun cuando más lisonjeados de sus risas y serenidades, hallásemos el desengaño y conociésemos nuestra ceguedad.

Al fin me determiné de dejarla, cuando entendió que me había dejado, y con resguardo no sólo de mi cabeza, mas de mi opinión, díjele á mi amo lo que pasaba; la frecuencia del galán, la porfía; dile algunos de los celos que á mí me sobraban, y diciéndome que esa pendencia se había de tener con la moza, porque no dándole ella esperanzas, tenía por sin duda que él no las tuviera, ni atrevimiento para mirarla, alabéle la treta cuerda, y como ví que peligraba mi opinión por aquel camino, porque ella, viéndose descubierta, me había de descubrir, salíle al paso y dije que ella en ninguna manera daba entrada á sus deseos, mas que él era tan majadero que se la tomaba; con que quedó satisfecho y con determinación de acuchillar al galán porfiado. Bien veo yo que tuve poca razón en lo que dije, que antes siempre fuí de contraria opinión: siempre entendí que cuantos tienen esperanzas, deseos y atrevimientos, los fundan en algún favor, y que no puede haber deseo sin esperanza; mas ved, por vida vuestra, cuán importante cosa es ser necio ó parecerlo, pues aprovecha aun para persuadir opiniones falsas y graduarlas por verdaderas; si se lo dijera Platón á mi amo, creyera que le engañaba con la fuerza de sus argumentos, y que lo hacía por ostentación de su agudeza; mas como se lo de-

cía un hombre de quien él pensaba que no tenía habilidad más que para decir verdad, como si esto no fuera más difícil, no le quedaba sospecha ni malicia alguna. Era mi amo algo desconfiado en esto de tajos y reveses: previno todos sus criados; salimos hasta seis hombres como seis leones, guardándole el cuerpo, y llegando á la calle de la bella malograda, vimos al galán parado á la puerta con otro embozado. Acometí á reconocerle, y reconocido, sin hacer seña á la demás celada, metí mano, y á la primer ida y venida le dí una gentil cuchillada en la cabeza. Llevéle dos ventajas: la una el ser agraviado, y la otra el empezar primero la pendencia. Llegó la cuadrilla; cercáronles, y después de haberles dado muchas cuchilladas, porque es fácil cosa esto de acuchillar á bulto, dejándolos por muertos, nos retiramos á nuestra posada.

CAPITULO IV

CUENTA LA VIDA QUE TUVO SIENDO JUEZ Y DESPUÉS PRETENDIENTE EN LA CORTE

Como tenía mi amo opinión de cuerdo, modesto y detenido, murmuraban el desafuero los mismos que le habían ayudado; y con saber que era yo el bóreas de aquella tempestad, ninguno me culpaba, pareciéndoles que yo de ninguna necedad merecía castigo, porque cumplía con mi oficio en hacerlas. ¿Quién creyera que era bueno ser necio aun para no parecerlo?

Hasta aquí puede llegar la dicha. Yo, que fuí el necio principal, no fuí murmurado sólo porque era necio, y mi amo, que era cuerdo, pagó las costas con su opinión. Hubo varios votos en lo que se había de hacer: venció el mío, que fué dejar á Salamanca, por ser los heridos ó muertos de lo más ilustre de aquella ciudad, y de quien se podía tener muy igual correspondencia.

Era el fin de nuestro tercero curso, y aun le teníamos ya probado; tomamos mulas la misma noche, y á pocas jornadas, porque las abreviaba el temor, dimos con nosotros en una aldea, la mejor de los Estados del Conde, su hermano, y residía él allí entonces, porque aunque la salida de la Corte no fué por muchos días, agradóle lo ameno

y apacible del sitio, lo lisonjero de los árboles, lo risueño de las fuentes, de manera que se volvió agrado lo que fué necesidad. Tenía el buen caballero todo aderezo de gustos: perros para la caza, libros de entretenimiento en grande y curioso número, jardines bien labrados, bosques bien poblados: no supo la causa de nuestra retirada, porque como era fin del curso quitaba toda sospecha. Era yo, y aun lo soy y lo seré toda mi vida, grandemente inclinado á conversaciones de mujeres: ¡mirad qué traza para ser necio!

Parecíanme muy bien las arboledas y los ríos; mas á mi parecer faltábales el alma, que es el concurso de una ú otra buena cara, que con su vista las dore como el sol. No podía sufrir aquella soledad yerma; mas acordándome de los males que me habían venido por apetecer sus bienes, dí en filosofar, de manera que á pocos días me reduje á pensar que la verdadera felicidad la había de vincular un hombre dentro de sí mismo, esto es, adornándose de letras y virtudes, porque las demás que con rostro sereno se fingen felicidades, ó no lo son ó no son durables; consideraba que aunque era suave el gozar del colmo de ellas, era tan cierta la caída, que se pagaba dos veces el gozo: la una con el temor de caer, que se atreve á molestarnos aun cuando estamos más en la cumbre; otra con la caída, que como se funda este edificio en columnas de vidrio, cuales son las facilidades de las mujeres, es fuerza que se rindan á cualquier peso.

Dí en encerrarme en el aposento donde el Con-

de tenía sus libros: pasaba allí todas las horas del día y muchas de la noche; reíame yo de que me convidasen á salir á caza y á jugar á los trucos y naipes. Tan cierto es que ningún gusto lo es para nosotros más que aquél á quien da leyes inclinación. Tenía por imposible que hubiese quien gustase de andarse toda una tarde, á pesar de muchas llamaradas del sol, siguiendo una liebre ó persiguiendo un lobo; pues los naipes, no podía yo creer que hubiera quien pudiera sufrir que esperando un siete de copas para hacer su juego, viniese una sota de espadas muy desvergonzada á disculpar el siete y decir que no podía venir, y aquello de brujulear el naipe, como si por eso hubiera de mudar figura: todo aquello tenía yo por necedad, y daba mil gracias á Dios que me apartase la inclinación de tan necios entretenimientos. Estábame yo con mis libros, la gente más discreta del mundo, pues sabiendo tanto, nunca hablan palabra si no se la preguntan; cansábame tal vez y engañaba el cansancio con la variedad; tomaba aquél enfadado de éste, porque como yo no estudiaba para ostentación, sino para entretenimiento, ni me daba cuidado el dar alcance á un pensamiento, ni dejarle en la mitad de la carrera. Finalmente, yo hice deleite del trabajo y con eso aseguré la duración.

Vino el tiempo de repetir los cursos; dábanos prisa el Conde, y yo, que ya estaba quejoso de la fortuna de que no me hubiera pagado la lisonja que la hice en hacer la necedad de las cuchilladas, ejecutéla entonces. Tenía yo grande opinión de docto, ganada con los encerramientos en la li-

brería. Confiado, pues, de esto, lleguéme al Conde una vez que le hallé solo, y dije: «Cierto, señor, que podía V. S. excusar el cuidado que le da esta jornada, porque su hermano, Dios le guarde, no há menester ver aquellas escuelas para leer cátedra á los maestros de ellas; porque aunque es verdad que la modestia y encogimiento le abonan poco, tiene un ingenio profundo y de veras entregado á su profesión: yo os aseguro que ha alcanzado más en tres años que otros en treinta. Cerca de este lugar está el Monasterio de Irache: puede tomar en él el grado de Bachiller y quedarse á pasar en esta soledad, que le será de más provecho que no ir á divertirse y olvidar lo que aquí ha aprendido en Salamanca, que, en efecto, es ciudad populosa y no tan á propósito para ejercicios de ingenio como esta soledad apacible.» Agradóle el consejo; graduámonos por Irache; ahorramos dos años de fríos de Salamanca, en premio de una necedad.

Dos años dí á aquella soledad y en ellos aprendí del Derecho civil lo que bastaba y de las buenas letras más de lo que bastaba. Como yo tenía opinión de estudioso, y la confirmaba con ciertas sentencias de Catón, dieron en llamarme el Doctor en casa del Conde; usáronlo de manera que ya no se sabía otro nombre que el Doctor Ceñudo. Volvimos á nuestro centro, la Corte; pasé plaza de Doctor como si realmente lo fuera. Honró entonces Su Majestad á un caballero amigo del Conde con el oficio de Corregidor de una de las más ilustres ciudades de España. Era el tal Corregidor

perdido por mandar, y echábasele de ver de cien leguas, porque teniendo bastantísima renta para vivir muy conforme á su calidad, se perdía por ser Corregidor y se comía las manos tras las alcaldadas. Temía llevar Tenientes cabezudos que se lo quisiesen mandar todo. Consultó con el Conde sus miedos, á que le salió, proponiéndole mi persona para uno de los dos oficios, realzando mi modestia, mi encogimiento y todo aquello que venía con lo que el Corregidor deseaba. No faltó quien me dijo que le había dicho entre mis alabanzas que era un necio. Apenas oyó esto el Corregidor, cuando diciendo que eso era lo que él había menester, y no bachilleres entretenidos, le concedió el oficio para mí, y aun añadió que él era el dichoso en llevar persona tan bien acondicionada. Veisme aquí Alcalde mayor de una ciudad populosa; veis aquí que me vale más el título de necio que el título de Bachiller ni Doctor. ¿Es malo ser necio? Yo sé que más de cuatro lo quisieran ser, á trueque de acabar con sus pretensiones.

Yo sé, como fiel experimentado, que no sólo para dar alcance á las dignidades, mas también para gozarlas, importa mucho la necedad: ahora lo veréis.

Dió el otro oficio de Teniente á un hombrón muy casado con las leyes y con su condición; hombre de «quieran que no quieran» y «escrito está, hacerse tiene;» no fué esta elección del Corregidor: mandato fué expreso de un poderoso, á quien él debía las más de sus alas. Llegamos al puesto; tomé el aire á aquello de traslado y los autos y otras

menudencias de que me industriaban los procuradores y escribanos; dí en hacerme de cera; no les negaba cosa, y con esto y no escrupulizar en sus demasías, venían á mí todos los negocios: ganaba por mí y mi compañero, á quien llamaban el rey D. Pedro, porque era grave y justiciero con brava determinación, y huían de él como de la virtud. ¡Búrlense con la necedad si sabe apadrinar los suyos y castigar los ajenos! Veis si es bueno ser necio, aun para administrar los oficios que tan de veras desean discreción y prudencia. La verdadera discreción, amigo mío, es medirse con el tiempo. ¿Qué querían? ¿Que fuese yo mártir de alguaciles y escribanos? Aunque me crié con ajos y cebollas, no soy tan fuerte. Allí supe como el mayor verdugo de las virtudes era el poder. ¿No te dije cuán enmendado había salido de aquella soledad, cuán filósofo, cuán recogido en mí mismo, cuán despreciador de todo deleite y gusto traidor? Así como me ví poderoso, salí fuera de mí: ¡qué mucho si estaba fuera de mi centro! Nadie sabe lo que es ser juez ordinario de una ciudad populosa. Estaba yo sobre una cumbre muy levantada; era enfermo de la cabeza: claro está que me había de desvanecer.

El primer traspié que dí fué con la soberbia: escaseaba el sombrero; ayudábame mi ceño para esto con grandes ventajas; con todo el lugar era un león; sólo con mis alguaciles era cordero. Desbarré luego por la facilidad de Venus; rondaba de noche, no para prender ladrones, ni matadores, ni otra gente alguna, sino para darme á prisión á la-

dronas y matadoras. Enfadábame ya este género de gusto; cansábame con la presteza; perdíame por las dificultades; adoraba en los imposibles; allí arrimaba el hombro; allí me empeñaba. ¡Cuántas fortalezas derribé no más de con sola una vara! ¡Cuántas voluntades torció el miedo! Vergüenza tengo de deciros los medios viles con que postré por tierra nobles extremos. Decía yo que estas victorias merecían festejo; éstas que, aun cuando huyen y se dificultan, coronan al vencedor. Entraba en cualquiera casa que me parecía, por celada que fuese, con gran facilidad; porque ó fingía que buscaba algún delincuente, ó que quería examinar por testigo al dueño de ella de algún caso que jamás sucedió.

Una vez me acuerdo que llevé preso á un marido de una mujer que yo deseaba, fingiendo ciertas sospechas, y le tuve en la cárcel todo el tiempo que quise que no me embarazase en su casa. Todas estas demasías eran flores en la opinión de mis ministros: celebrábanmelas en vez de murmurarlas, y en rigor es, sin duda, que les parecían bien, porque como todos ellos, por la mayor parte, son gente de este humor, abonan todas las acciones en que le ven retratado. Era yo poco codicioso, y con esto tenía muy de mi parte el vulgo de la ciudad, la tabernera, el mesonero, el sastre y toda esta gente que, como es la más vil y más libre, da ó quita la buena opinión á su albedrío. La gente noble no se quejaba, si tenía por qué, por no manchar más su honra publicando su deshonor. Con esto caminaba yo desenfrenadamente por mil gé-

neros de insolencia. ¡Oh, cuánto importa elegir hombres necios ó doctos para los oficios! No es menor el daño que echar veneno en la fuente pública: á todos les cabe un trozo de muerte; todos participan de estos males; á todos prenden estos yerros, bien que la culpa ó el descuido en la elección es de sólo uno, y sólo uno. Abrevio aquí, porque me parece que estáis esperando saber cómo me fué en la residencia: no debéis de saber que los que la hacen buena ó mala son los Escribanos y Alguaciles, pues como éstos eran mis amigos por tantas razones, no hubo quien no me alabase en vez de acusarme. Finalmente, yo salí bien de todo y algo rico; mi compañero mal y pobre: yo salí amigo del Corregidor; mi compañero enemigo. ¿Es bueno ser necio? Mas diréisme que no lo fuí en esto, sino muy discreto: casi tenéis razón, porque no contradecir á mi Corregidor en cosa que ordenase por injusta que fuese, discreción es; porque, en efecto, es mi superior y yo no tomé aquel oficio más que para obedecerle. Tener amistad con los Alguaciles y Escribanos, ¿qué cuerdo no lo hace? Ser apacible á sus ruegos, liberalidad es, no necedad; mas sea lo que fuere, yo fuí dichoso por este camino.

Presenté en Madrid mi persona y mi residencia; quedé por bueno y justo Juez; ayudábame el Corregidor con mucho esfuerzo, para que Su Majestad me hiciese merced de otro mayor oficio, y entre tanto hospedóme en su casa; dióme su mesa y su coche, con que pasaba yo en Madrid una vida de un Príncipe; traíame inquieto la ambición, por-

que aunque yo de mi natural no era aficionado á vivir en desvanes, habíame estragado la cordura el verme ya puesto en el camino; estaba engolosinado de las lisonjas que me hacía el poder. No me parecía que vivía el día que no mandaba. Con todo eso, el agrado del Corregidor era tanto y los entretenimientos que en la Corte tenía tan grandes, que me divertían este deseo: yo pienso que fuera imposible que los pretendientes tuvieran tan largas esperanzas en deseos tan ardientes, si no vivieran en un lugar encantado cual es Madrid, que tiene tantos letargos con que adormecer cualquier deseo, cualquier ambición. A la fama de mi necedad venían Corregidores á docenas, ofreciéndome lo que el mío; mas yo, que quería ser necio de asiento, dí en pretender plaza de asiento sólo por no estar ocioso en mandar algún día, como lo estaba entonces mientras me daban otro oficio. Ayudaba mi pretensión todo el poder que había favorecido á mi Corregidor, y no sé si lo diga; mas vos amigo sois y no lo diréis á nadie. Llevaba yo gran ventaja sólo en ser necio á todos los pretensores que tenían méritos, porque ellos, fiados de que lo merecían, hacían unas diligencias melindrosas, pensando que no tenían otro cuidado los que les habían de honrar más que conjeturarles por la fisonomía sus méritos. Amigo digno y merecedor, ¿qué importa que lo seas, si no todos lo saben? Dilo á voces, y asiste noramala ó no seas pretendiente. Yo, pues, como no tenía otros arrimos en que fundar mi pretensión más que mi solicitud y favor, cargaba de esto con sumo cuidado. En este tiem-

po aprendí la mayor parte de la discreción cortesana, lisonjas y cortesías. Estábame yo meditando una hora, antes de salir de mi aposento por la mañana, nuevos modos de lisonjas con que granjear nuevos favores. Yo fuí el primero desde Adán acá que dijo á los señores que se parecían á Dios en hacer mercedes sin esperar retorno. Otra vez dije á un poderoso: «V. E., señor, á ley de quien es, tiene obligación precisa de favorecerme, porque siendo V. E. tan amigo de hacer mercedes y favorecer á todos, yo le he servido en suplicárselo, y le he dado materia en que lograr la generosidad de su ánimo.» Otra vez dije á otro: «Ya ha llegado el tiempo en que puede desahogar el pecho V. S. y hacer mercedes, porque estando tan preñado de ellas, sólo mis cortos merecimientos pudieran ser capaces vasos de su liberalidad. Si lo mereciera, señor, no fuera exceso; mas en esto sirvo á V. S., pues mereciéndolo tan poco, campea más el beneficio á las sombras de mis deméritos.» De tal manera decía yo estas lisonjas, que les hacía creer que realmente eran los Príncipes que más favorecían á los suyos.

En las dádivas y presentes cobré nombre de necio entre algunos que lo eran, porque jamás presentaba cosas de comer. Decíanme que no acertaba, porque los regalos de esta manera costaban poco y eran campanudos. Yo fuí siempre de diferente opinión: nunca se han de presentar cosas que no estén presentes mucho tiempo y representen la memoria del dueño, que por eso se llaman presentes. Las cosas de comer no son de esta

calidad, antes se perderían si no se gastasen luego. Solamente en una ocasión me acuerdo haberme olvidado de este precepto: que estando en una antesala esperando ver cierta señora, por cuyo norte caminaban mis pretensiones viento en popa, salió una dueña á entretenerme á mí y á otro caballero que me apadrinaba en aquellos encuentros: empezó la dueña la conversación preguntándole qué había comido; qué cocinero tenía, y otras preguntas de este rumbo.

El caballero, que á la cuenta debía de ser muy discreto, empezó á mentir regalos jamás imaginados, y que tenía un cocinero que hacía los más excelentes pastelones de jigote de ternera, pechugas de ave, de perdices, pichones y tórtolas, que no había tal cosa en el mundo.

Apenas hizo ostentación de su cocinero, cuando la dueña, que era curiosa, le pidió la muestra; prometióla el discretazo, y muy ufano de que le hubiera creído y de que se entendiese que era hombre de estómago entretenido.

A costa de muchos cuidados y doblones, buscó cocinero que supiese hacer buena su mentira: yo como era un necio, escarmentado de la caída de mi padrino, llegando á preguntarme lo mismo la dueña, dije que tenía una cocinera que hacía un menudo maravillosamente y una ensalada que se podía dar á un muerto, y era verdad, porque un vivo no pudiera sufrir el olor: pensé que la había descartado con esto; mas como yo soy tan desgraciado con dueñas, antojósele el menudo y ensalada: prometíselo y cumplílo muy honrada-

mente; mas temiendo que si el menudo iba muy menudo se le había de antojar otro, mandé á un criado que comprase uno muy grueso de esos de las esquinas; llenósele, y no sé si fué golosina de dueña, ó habérsele encarecido por muy regalado, ó desdicha mía. Todos los sábados tenía un recado de la dueña en que enviaba por el menudo: sentía yo más aquel tributo que si me enviara á pedir el menudo de cien doncellas; parecíame que perdía mi hidalguía; y como la libertad obliga á grandes demostraciones, mandé á un criado un sábado que me trajese un vientre de carnero, relleno naturalmente, antes de desembarazarle las tripas. Hízolo así; parecióme que venían algo flojas; mandé que las llenasen lo que faltaba de cebollas y mucho dulce, como fieles y leales morcillas. Enviésele, pues, muy bien sazonado, y no sé si tuvo la culpa la miel, si mi desdicha, que el sábado siguiente tuve otro recado en que me daban las gracias del menudo pasado, y me pedía más. No tuve otro remedio si no decir que se me había muerto la cocinera la noche antes: ¡mirad quiénes son dueñas! De allí á media hora me envió un recado en que me pedía la dijese dónde pensaba enterrarla, por que quería decirla algunas misas y hacer que los criados de su señora la fuesen honrando cuerpo que tales menudos supo hacer, y que si acaso había dejado la receta con que hacía aquellos menudos, que la hiciese merced de enviársela. Hube de hacer una receta de menudos, la que se me antojó, y enviársela, diciendo que ya estaba enterrada la cocinera y que

yo tendría cuidado de hacerla decir misas. Hoy es el día que estoy temiendo que me ha de enviar á preguntar si ha resucitado la cocinera de los menudos.

Mejor me iba en los presentes ingeniosos, porque tal vez me costaban menos que si fueran regalos de comer, caducos y perecederos, y por la mayor parte eran tales, que era como ponerles á su lado un paje que les acordase mis negocios. Una vez á un Ministro lastimado de los ojos le presenté una caja de antojos, diciendo que habían venido de Italia, que me los había enviado un hermano mío por la joya más preciosa que había en aquellas partes, que conservaban la vista maravillosamente, y que fueron los antojos con que el Rey D. Fernando *el Católico* había visto sujeta aquella nación. Procuré que la caja fuese curiosa y rica, con lo cual calificaba los antojos con más abonos. Creedme, que no acertáis los que, fiados en que es grande la presa que ofrecéis, descuidáis en el adorno y aparato; que hay quien si ve un caballo en pelo que sea más veloz que los del sol y más brioso que Bucéfalo, le tendrá por rocín de noria, y si viese bien enjaezado al rocín de Don Quijote, le tendrá por el Pegaso de Belerofonte. A mí me ha sucedido hacer más ostentación con un plato de ensalada italiana, que me tuvo de costa hasta quince cuartos, que si enviara un camello cargado de francolines.

No hay cosa como flores, esmaltes y afeites; y si no, preguntadlo á las damas más confiadas de este tiempo, y dirán cómo si no fuera

por el artificio no hubiera quien las mirara á la cara.

Poníase mis antojos el tal Ministro de la ignorancia, y antojábasele que era un lince; y estaba tan agradecido del presente, que como si yo le hubiera dado ojos nuevos, me decía que me traía siempre delante de los ojos, para mis negocios, sólo con traer mis antojos delante de los ojos: éste sí que se puede llamar presente, que no se quita un punto de los ojos del poderoso á quien se envía. Preciábase de lindo otro señor en quien yo libraba mis esperanzas; mas era algo carilargo: de manera que traía los huesos de las mejillas muy declarados con su lindeza, jurando que le habían de hacer mal oficio.

Tenía yo noticia de cierto mercader que tenía espejos falsos que hacían los rostros de mil maneras: escogí, pues, uno entre ellos coronado de ébano y marfil, que hacía las caras redondas y llenas; presentésele por el más fiel que se había visto, diciendo que era el espejo en que se tocó la Cava dos horas antes que enamorase al Rey D. Rodrigo; que se había hallado ahora en la cueva encantada de Toledo, por industria de un hombre mágico; que era prenda digna de hospedarse en un Palacio como el de Su Excelencia, siquiera por la veneración que se debía á la antigüedad.

Aceptóle con semblante agradecido; miróse en él; hallóse gordo y carirredondo; y como si yo le hubiera remendado la cara, me dió las gracias, diciendo que era la cosa que más gusto le había dado, y es de creer, porque le lisonjeaba por los

filos, que él había menester: fiaos de espejos y comparad los amigos á los espejos, que bien hacéis, pues hay amigos que lisonjean como espejos y os hacen creer que sois carirredondo y perfecto, siendo flaco y fácil en vuestros afectos.

Después supe cómo todos los días se consultaba cuatro veces en su lindeza, y le tenía ya tan engañado, que decía que sólo aquel espejo era verdadero, y que sólo en tiempo del Rey D. Rodrigo se sabían hacer esos espejos; que hoy todos los artificios estaban adulterados; que no se hacía espejo verdadero en toda España. Tan cierto es no parecernos verdadero más de aquello que nos está bien. Diréis que fuí necio en presentar un espejo á un señor, y que más propio presente fuera un caballo: no sabéis lo que os decís, porque un caballo no fuera presente, no estuviera presente, digo, no le acordara mi voluntad, porque él siempre andaba en coche ó en silla; mas el espejo siempre estaba presente cuatro veces al día, y muy despacio ponía por intercesora á la Cava para que me favoreciese. Como de esas socarronerías han pasado por necedades, por ser vos un necio. ¿Qué diréis de otro presente que hice de un reloj con su despertador que atronaba todo un barrio? ¿Paréceos mal acuerdo acordar de esta manera mi negocio todas las horas?

En ningún presente me parece que he acertado como en uno que hice á cierto Ministro bravamente soberbio. Tenía éste vilísimos principios; habíale levantado la fortuna á aquel puesto: ella se entiende, porque no luciera, no campeara su

poder, si no hiciera en quien es nada ó poco; tenía su clara ascendencia en un aguador; fuélo su abuelo, y olvidándose de que aquellas aguas le murmuraban, como dicen los poetas, no mostraba buena cara á nadie. La verdad es que no podía más, porque la tenía muy mala: que aún tenía en ella estampados los reniegos que hacía su abuelo con el jumento. Halléme acaso entonces en una almoneda donde se vendía un papagayo; llegué al concierto y examen de su habilidad; dijéronme que era nuevo; que ahora empezaba á hablar; que no sabía decir más que «aguador, aguador;» parecióme que había hallado el Miércoles de Ceniza de la soberbia del Ministro; hícele una jaula, que podía serlo de una dueña: ya te he dicho que soy perdido por la pompa y aparato; presentésele á mi Ministro por la más rara habilidad y más buen ingenio de papagayo que había en el mundo; hablaba la jaula en su favor mil maravillas; quedó agradecido, y mi buen papagayo mostró á pocos días su buen entendimiento, dando sermones y desengaños al Lucifer con garnacha. Todas las veces que entraba en casa le hallaba con el *Memento Homo* en el pico; siempre le recibía con «aguador, aguador.» Repetía esto con gran presteza, y como jamás decía otra cosa, reparó en ello; parecióle hablaba algún ángel por boca de papagayo; empezó á temblarle, plegó la rueda y desplegó el ceño. Finalmente, el hombre se convirtió con los sermones del papagayo. Ya daba audiencias con más facilidad; ya hablaba con más agrado, y á mí particularmente, á quien solía de-

cir debía una gran deuda, sin que yo supiese cuál era. No llegaba vez á casa que no quitase la gorra al papagayo, diciendo que toda aquella cortesía se debía á los Maestros. De allí á pocos días mudó de pláticas, porque tenía otro papagayo vecino, de quien había aprendido aquello de «¿cómo estáis, loro?» y «¿quién pasa, quién pasa?» Con todo eso no perdió la credulidad su dueño de que era algún espíritu vestido de verde, y atribuía aquella mudanza de conversación á la enmienda de su soberbia; de modo que por ningún camino hablaba el papagayo, que no pareciese misterioso. Bien veo yo que esta necedad podía salirme á la cara, por ser tan pesada.

No os fiéis de necedades, si no sois venturoso, si ya no decís que para ser venturoso basta ser necio; en efecto: yo era tan dichoso, que lisonjeaba con los agravios, y ganaba favores con los desprecios. Parecíame que estaba fuera de mi centro mientras no enamoraba. La pretensión de un oficio á la de una dama es tan parecida que fué fácil pasar de aquélla á ésta: con lisonjas se pretenden los oficios, con lisonjas las damas; con regalos se facilitan aquéllos, con regalos éstas. Para los oficios no hay cosa que menos importe que el merecerlos, porque la fortuna que los reparte es ciega. No hay cosa que menos importe para las damas que merecerlas, porque también es ventura ó desdicha quien hace con ellas la tercería ó el tiro. Enamoréme muy al óleo de una señora doncella, hija de nobles padres, y más que nobles, ricos. No sé si habéis reparado que todos

mis amores son con doncellas: esa es la mayor de mis necedades; era todo el regalo y cuidado de sus padres; no tenían otro hijo con quien divertir el amor; todo le tenían en la bella niña. Habíase criado en el regazo de su madre con alcorzas y confites de anís, de manera que le habían labrado un corazoncito todo melindres.

A la fama del dote se le habían ofrecido muchos casamientos de varios estados, de Ministros, de caballeros de hábito y gente de gruesa hacienda. Habíalos tripulado todos, á cada uno con su achaque: á un Alcalde de Sevilla, galán y entendido, descartó sólo por decir que no se quería ver en poder de justicia; á otro caballero de buenas partes despidió, sólo porque siempre que la visitaba, que era muy de ordinario, la preguntaba cómo estaba, diciendo que era muy curioso para marido: que ella no quería maridos tan preguntadores; á otro, porque en cierta comedia particular le vió mirar por un antojo el estrado de las damas, le preguntó como celosa, qué miraba. Respondió él saliéndole al paso á sus celos: «No miro las perfecciones, sino las faltas que hay en estas damas.» «Pues, señor mío, le dijo ella con gentil desdén, no quiero yo marido tan amigo de ver faltas ajenas, que por verlas descubra las suyas propias; no supiera yo que v. m. era falto de vista, si v. m. no quisiese saber cómo eran estas damas faltas de belleza.» De otro, porque la dijeron que sabía hacer versos, dijo que no quería hombre que tenía por gracia el mentir y hacer lisonjas.

De esta manera se le habían ya llegado los cua-

renta años; se le habían muerto los padres, más de cansados que de viejos, y ya se la juraba el tiempo que si se detenía mucho en admitir ruegos, la haría que empezase á rogar, y no sin riesgo de no ser admitida.

Estaba ya fuera del distrito de los melindres; mas con todo, se abroquelaba con sus escudos, que eran muchos y de oro; admitía visitas de gente bien entendida; preciábase de discreta y de que la tuviesen por sibila en el lugar, sólo á título de que la consultaban en varios conceptos los más entendidos.

Entréme, pues, con título de discretazo; alegué en mi abono cuatro sonetos á unos ojos negros y seis redondillas á unas manos blancas, que había hecho en lo más crespo de mis años, y con esto, y hablar de cuando en cuando mesurado y como haciéndome de rogar, pasaba plaza de Catón. Pesábame mucho de verla tan sabia, porque aunque siempre he sido amigo de mujeres bien entendidas, no quisiera que lo fuesen más que yo, ó porque siempre la igualdad es más amable, ó porque va á peligro de ser engañado quien contrata con más sabio.

Receloso, pues, de no enojarla, no le dí parte de mi amor, aunque no me estuviera mal, porque ella jamás lo tuvo: halléla sola una tarde, cuando la dudosa luz del día da más lugar al atrevimiento y entretiene la vergüenza; y después de haber tratado diversas cosas, acercando mi silla á su almohada, la dije así:

«La diferencia que hay entre los discretos y los

necios, á mi parecer, es esta sola: que los discretos hacen y dicen solamente aquello que les enseña la razón y claro discurso; mas los necios, como están desamparados de aquélla y éste, siguen su antojo ó lo que ven hacer á otros. Si v. m. no fuera tan discreta, dilatara decirla un pensamiento que há muchos días que me da prisa, porque temiera que había de seguir el parecer del vulgo y llamar agravio lo que es veneración.

»Yo amo á v. m. tiernamente desde el punto que la ví y hablé; mas ámola con honestos fines, con corteses estimaciones. V. m. es discreta; no ha de guiarse por el vulgo, que yo aseguro que le dijera que era descortesía declararse presto un galán; por la razón se guíe v. m.; verá lo que habla en mi abono; que el ser amada una mujer es lo más glorioso, es el fruto y el fin de sus perfecciones; que el declararse presto quien la ama, puesto que amarla no es descortesía, es mayor fineza, porque es indicio de mayor amor; poco incendio ocupa la casa que no despide por las torres lenguas de fuego que lo digan; pocos vientos luchan en el pecho de la tierra si no rompen boca para sus bramidos; grande terremoto indicio es de batalla grande de la inquietud del viento; yo amo á v. m. por elección; otro dijera que por violencia del hado; yo no, porque no quiero que se lleve la fortuna las gracias que se deben á su belleza y á mi cordura.

»Licencioso parece el nombre de esta pasión: amor lo he llamado; más casto pareciera llamarla voluntad; mas es muy frío para declarar tan alto

incendio; amor es en rigor; mas es noble y advertido, no codicioso, no ciego, no espera correspondencia, no pide premio, porque lo tiene ya: ¿qué premio como adorar á quien lo merece por tan dignas prendas? Calificado me ha este amor de muy entendido: ¿qué mayor premio? Dirá v. m. que no se parece al amor conocido: tendrá razón, mas no por eso deja de ser amor; salgamos de dudas; llamémosle estimación y acertaremos: estimación es más que ordinaria, que pasa á veneración en cierta forma; con esto sale de riesgos y merece agradecimiento si no correspondencia; agradecimiento no se debe á quien paga deudas; el corazón debía yo á esa belleza, á esa discreción, yo lo confieso; mas en siglos tan ultrajados del tiempo, de agradecer es que haya quien se acuerde de pagar sus deudas con tanta lealtad.

»Sospechas doy de interesable refiriendo servicios, mas son falsas sospechas: refiérolos, no para facilitar el premio, sino para acaudalar estimación; porque sabiendo v. m. que soy tal que he sabido venerarla dignamente, me estime en más por esta prenda, que es la mayor, ó á lo menos no se acuse de poco cuerda en hacerme la merced que me hace, pensando no tengo méritos para recibirla, pues para graduarme de muy entendido basta entender lo que merece.»

Como se preciaba de bachillera y me vió bachiller, por entonces nos hizo amigos la semejanza: quedó quieta y casi agradecida. Enamorado estaba yo; mas no tanto como antes, porque dicen que la confianza es el veneno de amor.

Fué un día á visitarla sin mí un amigo que siempre llevaba yo conmigo cuando la visitaba; persona de sagaz ingenio, de despejada conversación y grande fondo en los conceptos. Trataron de diferentes cosas; fué la conversación una ensalada italiana, mucho de todas las cosas y poco de cada una; y en toda ella no hubo ni un trozo de mi memoria, bien que en las ocasiones que podía, sin violencia, me nombraba.

Así como supe la tibieza, me embistió un volcán de amor; eché de ver que lo primero había sido no más que agrado cortés, que duró en su pureza mientras duré yo en la mía; mas que viéndome con segunda intención había variado la suya, y que aquel despego era traza para despedirme por buen estilo.

Quedé picado; envié á caza de conjeturas el recelo, y á pocos lances me vino con una más que la verdad clara; hallé que la causa podía ser no haberme sentido igual en la riqueza, que amor es tan amigo de igualdades, que aun en las riquezas las desea. No, pues, no me atemorizó sospecha de que el descarte era por poco lindo ni por menos discreto, porque ya sabía yo por experiencia que amor no repara en eso; que si bien es verdad que (como dicen los filósofos) amor es deseo de hermosura, las hermosuras y perfecciones, en quien puede emplearse este deseo, son tantas como los mismos deseos y opiniones. Cada uno, pues, tiene por hermosura, no una cierta forma reducida á ciertas perfecciones, sino todas aquéllas que tienen semejanza con la suya ó frisan con su inclinación: el

entendido tiene por hermosa la mujer que fuere muy entendida; el necio tiene por muy hermosa la mujer que fuere callada, y alaba por virtud lo que es necesidad; unos alaban las carilargas, otros las carirredondas; ¿pues qué los colores de los ojos? ¿Qué la forma de la boca? En los cabellos son más las opiniones que los cabellos; finalmente, la hermosura es toda opinión, y para cada opinión hay su hermosura aparte, y habrá quien diga que Venus y Elena fueron muy enfadosas, y aun algo feas.

Ya me pesaba de haberme declarado, viendo que había perdido sus bachillerías por ser licenciado y licencioso; mas al fin dí en el remedio, más por hacer experiencia de esta sospecha que por acaudalar amor en ella, porque aunque estaba picado, no estaba enamorado; amábala yo, mas no la quería bien. ¿No me habéis entendido? Pues hágoos saber que amar y estar picado no es lo mismo que estar enamorado y querer bien, porque aquello puede ser ó por tema ó por venganza; querer bien no puede ser sino por agradecimiento y con mucho agrado.

Yo, pues, estaba picado y la aborrecía sus laberintos con bravo enojo, y me parecía que, si entonces se entregara por mía, levantara el campo, dejara la conquista, y sin admitir despojos dijera: «Bástame la gloria de vencedor.»

Fingíme enfermo; empecé á quejarme del corazón, diciendo que tenía en él mil víboras, y otros dislates que suele aconsejar el dolor. Mandé á un criado mío que no dejase entrar á nadie en la pie-

za donde yo tenía la cama: cuatro días estuve encerrado en mi aposento para esforzar el engaño; ya lo sabía todo el lugar; llegaron algunos amigos con los mejores médicos de la Corte; tomáronme el pulso, vieron la orina, y con la relación de mis quejas y afectada melancolía, juraron que el mal era de muerte; creyéronlo todos, y aun casi yo lo creía, aunque me sentía bueno y sano. ¿Quién no lo había de creer, si lo decían cuatro hombres retratos del tiempo en lo viejo y barbado? De manera me apretó este miedo, que el día siguiente mandé que, en lugar de la mía, enseñasen á los Doctores la orina de un paje mío, el más alegre y regocijado que había en el lugar.

Miráronla, y arqueando las cejas, despidiendo temores del pecho con el aliento, dijeron que aquel mal iba tiranizando el corazón, y que cada día se mostraba más amenazador: entonces dí en que no era yo el enfermo, sino ellos, que no entendían más de aquello que lo que les decían mis criados de mis quejas y demasiados suspiros. Como eché de ver que estaba bueno, proseguí mi embeleco: bramaba que me oía toda la calle y aun casi la discretaza, causa de mis bramidos. Creyó, sin duda, mi enfermedad, y aun creyó más de lo que yo quise persuadirla, y con todo eso no tuvo cortesía para enviarme un recado: ved lo que hace la desigualdad de los bienes de la fortuna. Ya que me pareció que había tenido bastante enfermedad para morirme, porque los médicos me habían desahuciado, hice mi testamento: llamé un fiel amigo; vino el Escribano, y dejé por heredera

de hasta cien mil ducados de bienes libres á mi señora Doña Temeraria, poniendo al fin de la cláusula, de mi propia letra (cosa que enterneció al Escribano, con ser Escribano): «por lo bien que la he querido y por la merced que me ha hecho.» Dando un profundo suspiro decíame mi amigo muy confuso: «Señor Doctor, ¿qué bienes deja v. m. para cumplir este testamento?» Y respondíale yo: «Señor mío, ¿qué testamento ha visto v. m. cumplido por muchos bienes que queden? Yo tengo bastantes bienes para que se cumpla cuanto he mandado; en este membrete están los que ha de satisfacer sus dudas.»

Dile con esto un largo memorial de una muy gruesa hacienda, que era bien bastante para mi testamento: ésta fué la acción que más me calificó por necio, y aun me puso en opinión de todos por loco. Apenas salió el Escribano de mi aposento, cuando fué á pedir albricias á mi heredera, contándola todo el testamento y aconsejándola que hiciese decir misas porque Dios me llevase al cielo; no porque me llevase al cielo, sino porque me llevase. La señora, que oyó el nuevo exceso de mi amor, al punto, sin dilación alguna, tomó su silla y criados, y sin reparar en su virginidad, dió consigo en mi posada muy llorosa, como si realmente fuera yo su marido; llegó á mi cama, empezó á abrazarme y regarme el rostro con sus lágrimas, pensando que yo estaba malo de sus desdenes y que así me curarían sus favores. ¡Oh locas! Aunque necio, ¿quién lo es tanto qué no os trate como nos tratáis? ¡Yo enfermo, yo

mortal de amor! ¿Estáis en vuestro juicio? ¿Vos sois la discreta? Luego lo veréis. Dejéla decir ternezas; dejéla llorar y hacer extremos, fingiéndome tan muerto que no la conocía.

Habíase juntado en la misma pieza grande número de amigos y conocidos míos; parecióme buena ocasión para mi venganza, y levantando la ropa de la cama con gran ligereza, parecí vestido y no poco galán; sentéme en una silla; pedí silencio, y dando admiración, dije así: «Yo, señores, soy hijo de una travesura, de una burla amorosa, que fingía amor y era bellaquería; criéme en Madrid, no en las selvas de Arcadia; aprendí con ejemplos ajenos escarmientos propios. Esta señora, que por mil títulos merece veneraciones, fué el ídolo de las mías; améla con grandes veras y no menor recato, con justo fin, con modo cortés.

»Mientras pensó de mí que la igualaba en riqueza, casi me igualó en la correspondencia; cuando entendió que no la igualaba, quitó de su amor lo que faltaba á mi hacienda rata por cantidad. Halléme picado; y como siempre he sido curioso y todo mi gusto es examinar razones, quise saber cuáles eran las que helaban una correspondencia tan pura, tan bien defendida; fingíme enfermo del corazón: jamás le tuve tan sano, porque si bien le tuve algún día con algunas llagas, los desdenes fueron agua rosada que le aliviaron de ellas; no creáis que hay amor sin correspondencia, que es imposible. Un amor llama otro amor; un agrado engaza otro agrado; desprecios sólo producen desprecios. Natural cosa es que toda cosa engendre

su semejante: picado quedé, no tierno; inquieto quedé, no enamorado.

»Dejéla en mi testamento por mi heredera, mas de bienes que jamás tuve. Apenas me sintió liberal y rico cuando la renació el amor, que estaba escondido entre corduras suyas. No me tengáis por dichoso en amores, que jamás lo he sido; no me llora por Doctor Ceñudo, por rico me llora; no la enamoré yo, mis cien mil ducados la enamoraron; bien pudiera pasar adelante la venganza y casarme con ella, que es rica, hermosa y discreta; mas esa venganza fuera muy á mi costa. No quiero mujer que me desprecie á mí por las sombras mentidas de mi hacienda. Nombre de necio me habéis dado por el exceso de mi amor, mas condenásteme sin oirme; ahora juzgar lo que quisiéreis, pues me habéis oído.»

Apenas dije esto, cuando todos desataron la risa, que tenía presa la admiración. Corrióse del caso la bella ingrata, y sin hablar palabra se salió á toda prisa, cubriendo la vergüenza roja con el manto negro. Llegaron los médicos preguntando si había espirado, y viéndome bueno se fueron, jurando que habían de quemar los libros. Celebraron todos la ficción por la más cuerda que habían visto ni oído.

CAPITULO V

DA CUENTA EL NECIO Á D. FÉLIX DE SUS AMORES CON DOÑA DOROTEA, QUE FUERON LA PRINCIPAL OCASIÓN DE ESTE DISCURSO.

Con estas conversaciones engañaba su tristeza el Doctor Ceñudo. Oíale D. Félix de buena gana; gustaba de oirle lo ingenioso de sus cuentos y lo nuevo de sus agudezas. Habíanse pasado ya las Pascuas; parecíale temeridad tener á Doña Dorotea en aquel encerramiento tan á costa de los cuidados y lágrimas de sus padres, y una tarde que le halló más desenfadado de humor, proponiéndole estos inconvenientes, le apretó á que le dijese el norte donde caminaban sus pensamientos. Mas el Doctor, que estaba viento en popa en su historia, con el aire que le había dado D. Félix con su silencio y aplauso, juró de no declararse con él hasta que le oyese lo restante de su vida, que era poco, pero forzoso para ayudar al parto de aquel concepto suyo, que todas sus fortunas le habían venido por ser necio y todas sus desdichas por ser discreto. No fueron las desdichas muchas, porque fueron pocas las discreciones; pero fuéronlo las fortunas, porque fueron muchas las necedades.

Aceptó el partido D. Félix, rogándole que abre-

viase, porque le tenía suspenso aquel caso, y la suspensión es martirio del entendimiento. Prometiólo el Doctor, y prosiguió así: «Ya la fortuna llamaba á mi puerta con una garnacha, pareciéndola que tendría en mí por ser necio un ministro de sus delirios, y que podía descuidar conmigo y envainar todas las desdichas y trabajos, á lo menos en la provincia donde yo fuese Juez necio, pues era sin duda que yo bastaba para azote de toda una nación. Acordábase la ceguezuela de lo bien que la obedecí siendo Teniente, cuando serví mal al Rey, y con eso aseguraba su confianza, y parece que solicitaba ella más mis acrecentamientos que yo mismo; mas el cielo, que tiene tantos ojos como estrellas para mirar por la conservación del mundo, viendo que quedaba ocioso si me permitiera ser Juez y superior porque no dejara hombres á vida en quien él pudiese emplear de allí adelante su movimiento é influjos, remedió el daño que ya amenazaba; mas con tanta prudencia é hidalguía como quien él es. Sucedió, pues, que estando un día en una librería cerca de Santa Cruz, ví llevar preso con gran diligencia á un sacerdote viejo; iba con el alguacil que le llevaba á la cárcel del Vicario un hombre anciano, escandalizando la calle con quejas, diciendo: «¡No hay justicia, no hay justicia! ¡que esto se sufra entre cristianos!» Lleguéme al ruido, y apenas me llegué, cuando el clérigo que iba preso se abrazó de mí, diciendo: «El es sin duda, aunque ha barbado; él es sin duda.» Cuando yo me ví abrazado y casi besado de un hombre que al parecer llevaban preso

por un muy grave delito, pensé que me tenía por cómplice en él y estuve para perder el juicio, y empecé á decir: «No soy, ¡voto á Dios! que soy hijo de muy honrados padres, y no había de hacer lo que vos debéis de haber hecho por cuanto hay en el mundo.» Preguntóme el viejo vengativo, el de las voces, quién fué mi padre. Yo dije mucho más enojado: «Mi padre fué muy buen cristiano y me enseñó á serlo, y tan hidalgo como el que más, y no se dijo de él jamás cosa que no fuese muy santa y muy buena. Bien saben en Madrid quién fué el Ldo. Diego Hernández, y si yo tengo algo bueno, es ser su hijo.» Apenas dije esto, cuando el mismo viejo dijo: «Tiene razón, que él es, él es sin duda.» Llégase á mí y abrázame muy apretadamente. Yo, que aún estaba en mis malas sospechas y creí que me quería prender, y que aquello era agarrarme y no abrazarme, empiezo á dar voces diciendo: «Es testimonio falso; juro á Cristo que soy muy hombre de bien.» En esto el viejo, que ya me había abrazado, empezó á soltar la risa, diciendo: «Por las voces le conocería yo entre una capilla de cantores; porque voces tan necias sólo pueden ser de Pedro Hernández. Sobrino (dijo entonces el clérigo), quítese v. m. y mire que este caballero es un testamentario de su padre, que murió Oidor de la Contratación de Sevilla y viene á buscarle y cumplir su testamento, y porque yo no he dado buena cuenta de su persona, me llevan preso.» Pedíle perdón de mi inquietud, y abrazándome otra vez, nos fuimos juntos á su posada, despidiendo al alguacil.

Llegados á ella y quietos, me contó el buen caballero como mi padre, con el deseo que tenía de ver á España y morir donde nació, había pretendido una plaza en la Contratación de Sevilla, y que se había embarcado para ella; que en el camino murió mi madre, y él enfermó de tan grave mal que, á tres días que desembarcó en Sevilla, murió, dejándome en su testamento mejorado en tercio y quinto entre otros dos hijos que había tenido en Indias.

Mostré el sentimiento que debía á la pérdida de tan grandes prendas, y realmente mostré más de lo que tenía, y eché de ver que, cuando lloramos algún difunto, no le lloramos por el mal que le ha sucedido, que si va al cielo no le ha sucedido ninguno, y si al infierno tampoco merece que le lloren, pues tiene lo que merece, y si al purgatorio, tampoco, pues tiene esperanza de gloria, que es cierta parte de gloria; no le lloramos, pues, sino por la falta que nos hace, y si no nos hace falta, no le lloramos.

Yo, pues, como ví que me dejaba bien acomodado con su muerte, no quedé muy afligido; pero quedé triste, pensando que empieza á morir un hombre, cuando se le muere el padre, la madre ó el hermano. Consoláronme con cuerdas razones; pero para consuelo de un huérfano, no hay ningunas tan eficaces como éstas: *Philippus Hispaniarum Rex,* grabadas en el dinero que queda del difunto. Después que me vió el caballero algo aliviado, sacó el testamento, que lo tenía en un escritorio, y hojeando algunas cláusulas, leyóme una

que decía así: «Y por cuanto Pedro Hernández, mi hijo, es necio, tonto, mentecato é incapaz de arte ó ejercicio alguno con que ganar de comer y pasar adelante, le mejoro á los dichos sus hermanos en el tercio y remanente del quinto de mis bienes, y quiero y es mi voluntad que se le libre en lo mejor parado de mi hacienda, y se funde con ello un mayorazgo, el cual ande siempre y pase á los incapaces y necios que descendieren del dicho mi hijo, y no al mayor en ninguna manera, si no fuere necio é incapaz, atento á que tiene mejor mayorazgo, más dichoso y durable, aquél á quien dió el cielo partes para sustentarse y hacer mayorazgos. Y por cuanto los dichos mis dos hijos Diego y Fernando son personas hábiles y suficientes para ganar mucha hacienda, quiero y es mi voluntad que se contenten con su legítima.'

Esto he querido leer á v. m. (añadió luego) para que se consuele; largos cuatro mil ducados de renta son los que le caben de la herencia de su padre, todos en juros de á veinte; que su padre, que esté en el cielo, tuvo mucha prudencia con su hacienda. Véisme aquí heredero de cuatro mil ducados de renta sólo por ser necio. ¿Paréceos que fué disparate de mi padre? ¿Estáis loco? ¿Cómo había de hacer disparates siendo Oidor? ¿Qué cosa más justa que socorrer á quien no podrá socorrerse; dejar hacienda á quien no podía ganarla? A mí, á lo menos, me pareció aquella cláusula la más justa, prudente y santa que jamás se ha hecho.

Instruyéronme el testamentario y mi tío en las partes de mi hacienda y modo de su cobranza,

y el uno se volvió á Sevilla y el otro á Odón. Luego que me ví señor de cuatro mil ducados de renta, vendí los libros de Derecho y juré de no ser Ministro en toda la vida. Habréis de saber que en la mía, la mayor gloria que he deseado es ser querido de todo género de gentes, y esto ha nacido de quererme yo tanto á mí mismo. La razón por que llamo la mayor gloria de las mías el ser querido, es porque como el amor y estimación se funda en prendas merecedoras, es indicio de tener muchas el hombre que es muy querido. Los ricos y poderosos no pueden hacerse este examen, porque puede ser muy querido un rico por sus riquezas, mas no por su persona y dotes naturales; entretiénese el amor en sus adornos y opulencias, que como son tan lucientes y doradas, enamoran más que su dueño, que acaso es lerdo y mal acondicionado.

En los poderosos hay el mismo peligro, porque la reverencia que les rinden todos, más parece tributo del temor que de amor, porque éste jamás fué tributario de nadie. Salí, pues, al encuentro á ambos peligros; dábame cuidado que siendo Juez ó siendo rico, ni sabía si tenía amigos ó si tenía forzados; temía que viviría en perpetuo engaño conmigo mismo, porque la amistad falsa en que se pierden los poderosos, no sabe más que lisonjas y adulaciones, y así alcé la mano de mis pretensiones y púsela sobre mi hacienda, encubriéndola con tan grande artificio, que nadie sino vos piensa que soy más que un pobre Doctor; de esta manera gozo de todos los privilegios de la pobre-

za y de los bienes de la riqueza, sin gustar el acíbar de la una ni de la otra. Si alguna vez socorro la necesidad de algún amigo, como no tengo opinión de muy sobrado, crece el agradecimiento; si doy algo, parece más de lo que es, mirada mi corta fortuna. No hay despensero ladrón que se meta en serlo mío, á la fama de que no tengo bastante hacienda.

Ninguna mujer me desea por marido aunque me desee para galán, pensando que no tengo para ponerla coche; de éstas y otras comodidades gozo, por tener oculta mi hacienda. Tengo dos criados de mi propio humor, leales y bien acondicionados: tengo la casa que veis, adornada de pinturas y libros que lisonjean mi gusto; nadie la ha visto, á nadie permito la entrada de esta pieza adentro.

En medio de esta buena fortuna me enamoré de Doña Dorotea una mañana de San Juan, que salía á ser ninfa de Manzanares y á murmurar los rayos del sol con sus cabellos, esparcidos al aire. Víla cerca del Parque, y juré luego que salía á caza, y no lo desmintieron sus ojos, pues me cazó con ellos. ¿Para qué hay arcos ni pistolas, si hay ojos hermosos? ¿Para qué hay ejércitos bravos, si hay ojos apacibles? Eranlo los suyos, y con eso dos veces valiente, porque mataban y mataban á poca costa de sus fuerzas: descuidos suyos bastan para cualquier estrago.

El tiempo de la aurora, que ya había puesto á Venus sobre el horizonte, parece que desataba agrados é influía atrevimientos amorosos; atreví-me; habléla en aquel estilo rapaz que enseñaban

las niñas de sus ojos; hallé no sé qué hospedaje en ellas, que me aseguraron la esperanza; seguíla; supe su casa, sus padres y las demás partes. Como mi edad y mi profesión me calificaban, no quise galantearla en público; tuve traza como visitarla de noche, porque ella y su madre eran grandes amigas de una señora deuda mía, y con eso facilité el visitarlas, y parecía cortesía lo que era amor.

Seis meses há que lucho con sus desdenes, y con tanto recato, que no sólo mis competidores, que son muchos, mas aun ella misma no sabe cuán adelante está en mí el imperio de amor. Quedé escarmentado en el peligro de la discreta castigada; que porque me declaré en breve con ella, bien que dorado, me despidió de su gracia, y aun despidió de sí sus gracias. Hablábala yo tierno, mas con tantas caras cada razón, que si quería que pareciese agrado, la hacía parecer agrado; si cortesía, cortesía; si amor, amor.

La noche de Navidad llegué á su casa en ocasión que ella y su madre se metían en un coche: como las ví tan de camino, no quise hablarlas; púseme en la arquilla del coche; iba el cochero en uno de los caballos; dejóme su lugar, teniéndome por escudero de aquellas señoras; arrimé el oído á la ventana del coche mientras iba caminando al Carmen, y oigo esta conversación. Decía la madre: «¿Cómo no ha venido por acá esta noche el loco del Doctor? Estará discreteando en otra parte. ¡Qué cansado majadero! ¿Qué, es posible que haya quien piense que nos ha de vencer á puros argumentos?» «Mujeres somos, no conclusiones

(decía Doña Dorotea); él tiene exremado humor: yo aseguro que está ahora haciendo villancicos para alguna monja devota suya; porque hombre tan hablador no es posible que no sea devoto de monjas. ¡Qué confiadico está él de su filatería! Pensará que con cada concepto derriba un corazón; no pensé yo que en tanta bachillería podía caber tanta necedad. ¡Pues lo que él se enjuaga los dientes con cada palabra! Dios me libre de hombre tan flemático. Para mí tengo que para cada palabra espera que con aplauso le respondan *amén* los oyentes. ¿Este hombre tiene que comer?» «¿Pues si tuviera que comer (replicó la madre), estuviera tan desvanecido? El hambre le tiene así.» «No hay cosa (dijo Doña Dorotea), como oirle apedrearme esta cabeza con todo género de pedrería: el otro día hice la cuenta, y venía á tener en ojos, mejillas, labios y cabellos, más de dos millones de piedras preciosas.» «Yo aseguro (dijo entonces la madre con mucha risa), que te galantea para casamiento. ¡Qué donosa locura! ¡Entretenido es el hombre! No debe de saber que el Licenciado Campuzano tiene menos palabras y más obras. Este si que se puede sufrir, que aunque tiene su trozo de majadero por lo hinchado, es rico y tiene lo que hemos menester. En verdad que pienso declararme, pues se ha declarado, y que hemos de engañarle á toda prisa. Estas cosas no sufren dilación; que hay hombre que por la mañana estará loco de amores, y después de comer, más duro que un Faraón. Mañana vendrá á darnos las buenas Pascuas, y á fe que las hemos de recibir y que

ha de haber boda; que tú eres ya persona y es vergüenza que estés sin dueño.»

Con esto llegaron al Carmen, entraron á maitines y yo á tinieblas con mi imaginación. Quedéme á la puerta embozado; halléme más picado de su desprecio que enamorado de su hermosura; tracé la venganza, y fué así: que cuando salieron no estaba allí el cochero, porque se había llegado á la ermita de San Martín más cercana á hacer pasos de garganta. Dijeron: «Pedro, llega el coche;» púseme en forma de cochero; llegué el coche; cerraron sus cortinas, porque eran ya más de las dos y temían el sereno. Caminaba yo con mi coche lleno de desprecios; acercaba el oído para beber más desengaños, y no hablaban palabra, porque venían dormitando. Como las ví de aquella manera, en vez de llevarlas á su posada, trájelas á la mía por la puerta falsa, que por ser á mano derecha de esta calle y parecerse algo en el umbral á la suya, fuera de que las disculpaba el sueño, las engañó, y ellas se apearon y entraron en ella. Envié luego el coche con un criado, que le dejase á la puerta de su posada, y después que otro apartó á Doña Dorotea en una cuadra, prevenido en secreto, llevó á la madre en una silla de manos de la manera que contó aquí el Licenciado Campuzano. Ya le escuchaste; ya acechaste todo lo que pasó en esta misma pieza. El segundo día de Pascua, ya sabes el estado de los miedos de Doña Dorotea y de sus padres.

—Ya lo sé—dijo D. Félix,—y por eso me admiro de que tengáis tan poca atención á lo que se de-

be á las partes de esta señora, que atropelléis así su honor y fama, y por un camino de que sacáis tan poco provecho.

Si ella padeciere quiebras en su opinión—dijo el Doctor,—y no las merece, á mi costa será: yo se las soldaré, casándome con ella; mas si las merece, ¿qué culpa tendré yo? Esta, venganza es, que no agravio; defensa es, no injuria.

—¿Qué pensáis hacer de ella—dijo D. Félix,—que estáis hecho un Tántalo con su cristal á la boca?

—Preñado estoy de mil pensamientos—respondió el Doctor.—Dios me alumbre con bien. Yo, amigo, soy filósofo moderno, y porque no os escandalicéis, habéis de saber que lo que los antiguos embelecadores llamaron filosofía, llaman los castellanos severos poltronería: yo soy, pues, de esta secta, y siempre miré por mi quietud y descanso. Todas las veces que mi natural me tira á algún entretenimiento, antes de darme por vencido, hago con él este concierto y le digo: «Mirad que soy regidor en los placeres y que se me ha de dar el gusto sin contrapeso; santo es el matrimonio, pero más santo es un martirio y acaba la vida.» Viendo, pues, este gusto con tanto hueso, he pereceado, he sacado pies afuera, he dicho á mi natural que no es esto lo que yo buscaba; mas no estoy tan libre que no sienta algunos llamamientos en el corazón que no me dejan tomar puerto. Bien me abalanzara yo al santo matrimonio, según estoy de picado, si hallara en Doña Dorotea algún trozo de aquella gloria que llaman corres-

pondencia; que siendo ésta cierta, tengo por seguro que es el matrimonio el más alegre y dichoso estado de los mortales. Esta es mi calma, ésta es mi suspensión: en este examen gasto todo mi discurso, y por esta causa tengo el delincuente preso hasta hacer la averiguación de su delito, que lo es grande enamorar con ingratitud; delito es de falsedad, que se hace adulterando los sellos de amor, y ésta me ha enamorado fingiendo amor.

—Dadme licencia—díjo D. Félix,—siquiera por la amistad antigua que profesamos, á que llame majadería esa que habéis llamado filosofía, y á que os pruebe cómo esa que tenéis por discreción y me la habéis vendido á precio de tantos enfados, es una necedad de las de tomo y lomo. ¿A qué título pretendéis, por vida vuestra, que esta señora os tenga amor? Diréis que á título de que sois un hombre bien entendido, y aun si os dejo, diréis que sois galán; mas paremos en lo primero: ó esta señora es bien entendida, ó es necia: si es necia, no hay que culparla, porque ó no tiene buena elección, ó no sois su semejante, pues sois discreto; si es bien entendida, es sin duda que no os ha de querer bien, ó porque como discreta ha de reparar en que tenéis opinión de pobre, ó porque es desdicha de discretos ser siempre aborrecidos de discretos. ¿No habéis reparado en que nunca los hombres excelentes en ingenio han sido celebrados de los excelentes en ingenio, porque cada uno se quiere la gloria para sí, y no cualquiera gloria, sino el titulazo de *Primero, Excelente* y *Unico?* Fuera de eso, jamás deseamos lo que poseemos.

Si esta señora es discreta, ¿por qué ha de desear discretos? Si vos fuérais un necio, que no habláráis palabra con ella, que no fuera celebrando sus bachillerías, tendría razón de estimaros. ¿Qué predicador hay que no quiera más al hermano compañero, que se está durmiendo la mitad del sermón y la otra mitad pensando encarecimientos con que celebrársele, que no al otro maestrazo, que le lleva la gloria y la gente?

Esta vileza tienen los muy entendidos, que no saben hacer camino para la alabanza, si no huellan las coronas de los demás; no saben pasar adelante sin atropellar al que va delante. Vuestra buena cara claro está que no la enamorara, porque es algo mejor la suya y con menos barbas. Advertido esto, si alguna cosa la puede enamorar, es ver en vos alguna cosa excelente, que ella no tenga y la esté bien tenerlo, porque todos los deseos se conciben así; mas habéis sido tan gran majadero, que teniéndome cuatro mil ducados de renta, cosa que podía enamorar á cuatro mil vírgenes, porque es cosa hermosísima y que no la tienen todas, no sólo no habéis hecho ostentación de ellos, mas antes los habéis encubierto. ¿De qué os quejáis? Sabed enamorar y no os andéis de concepto en concepto, que os tendrán por loco.

—Algo decís—dijo el Doctor con mucha flema, —algo decís. No me ha parecido mal este pensamiento, que es muy nuevo, delgado y discreto. ¡Por Dios que habéis dicho una cosa que, si fuérais extranjero, os podía calificar por el primer hombre del mundo! Voy reparando en ello y á

cada instante me parece mejor. Digo que está muy bien dicho; por algo sois vos mi amigo: claro está que había de haber simpatía en los ingenios. Yo quedo vencido y confieso que he sido un necio, y desde luego me determino á declararme con Doña Dorotea y hacer alarde de esas prendas con que por fuerza la he de enamorar; mas porque esto del yugo suele durar toda la vida, quiero antes examinarla. De esta señora quiero saber si le ha influído Madrid sus facilidades, que no sé á qué filósofo oí que también la tierra tiene sus influjos: la áspera cría personas ásperas; la llana y apacible, llanas y apacibles, y así Madrid, por ser tierra llana, amenaza ciertas llanezas que se me hacen muy cuesta arriba.

—Por eso pasaré yo de buena gana, dijo D. Félix; y dejándole ya menos hereje en sus opiniones, se despidió por entonces, ofreciéndose con más alientos al seguimiento de aquella empresa.

CAPITULO VI

EXAMINA EL DOCTOR LA CONSTANCIA DE DOROTEA

Viendo D. Félix que iba venciendo en razones al Doctor, cobraba nuevas ganas y nuevos bríos para proseguir el alcance. Determinóse, pues, un día á hablar recio, fiado de la victoria de los encuentros pasados; llevaba lleno el buche y traza de dejarle reducido. Halló al Doctor con un pequeño libro en la mano y los ojos en las vigas del techo, tan divertido que no le vió entrar ni oyó su cortesía.

Estaba diciendo á voces estos desatinos no sin causa: «¡Oh grande hijo de Venus, héroe generoso, te celebró el más florido, más alto, más puro y terso de los poetas! No sin causa mereciste la pluma de aquel cisne cuyo canto no es conjetura de muerte, sino seguridad de vida; no mata, antes inmortaliza. Esta sí que es hazaña; ésta es victoria; éste es triunfo; no, haber hollado con despreciadora planta las atrevidas llamas de aquel incendio, que aun no perdonó bronces; no, hurtarse á los hambrientos peligros de Scila y Caribdis; no, bajar á la tenebrosa isla, reino de las desdichas, adormecer el perro del infierno, entretener sus fu-

rias, amedrentar sus guardas; no, destrozar tantos ejércitos y en imperio extraño: en todos esos hechos tenía competidores; Ulises escapó de los peligros del mar con menos marineros; Hércules bajó al infierno y Orfeo, y ambos sin fuerza de encanto ni industria de Sibila. Alejandro hizo suyos los reinos más extraños á fuerza de armas; pero huir de una mujer blanda y amorosa, que con su hermosura y con sus halagos pone cercos de diamantes, nadie lo ha hecho sino tú, valiente Eneas. ¡Tú solo, tú solo mereces el sonoro monumento, la dulce pirámide, la eternidad numerosa del gran Virgilio! ¡Oh, si yo te imitara! ¡Oh, si diera ocasión á los ingenios españoles á que con igual deseo, si con menos fortuna, llevasen de tiempo en tiempo, de gente en gente, éste mi esfuerzo! Vendrá, pues, siglo en que sirva de admiración y de escarmiento ésta mi historia; contarála al despeñado hijo el anciano padre, para animarle con mi ejemplo á desprecios de amor; escribirála el cronista sabio entre las maravillas de esta edad; pondrá á la margen aplauso y atención con majestuosos atributos á tan alta obra. Mas ¿dónde voy? No quiera el cielo entregarme á la memoria de los hombres tan á costa de mi ingenio; peligraré sin duda nombre de necio entre los venideros; llamarán grosería lo que pareció en Eneas grandeza de ánimo: eso no; no es eso lo que me llama la ambición. Perdona, gran poeta, que ya te entiendo, y á fe que allá en los retretes de tu imaginación llamabas necedades sus determinaciones. Destreza fué de la lisonja, quien se atre-

vió á poner pedrerías en lo que merecía pedradas; lisonjeaba á Augusto, glorioso entonces de contarle entre las estatuas de sus primeros. Maestría fué también de tu ingenio, gallardía fué de tu fecundidad realzar con colores troncos desnudos, malezas yermas. Más me agrada Claudiano, que es menos lisonjero y más libre, é introduce á Plutón, que en medio de las miserias de aquél su imperio ciego, pide mujer á Júpiter con ruegos de hermano, y olvidado de la desigualdad de su reino con el de los demás dioses, sólo le da envidia, sólo le enoja la ventaja que le hacen en tener mujeres: esto pide como en recompensa de sus trabajos; con esto le parece que no tiene que envidiar al mar ni al cielo, reinos de sus hermanos. ¿Qué cielo como una mujer hermosa, discreta y agradable? Allí retratan las estrellas sus ojos; allí el cabello remeda la luz derramada en torno; la voz suave imita las sirenas de sus movimientos, y todo el semblante, ilustrado de un cortés agrado, finge todo el cielo cuando más sereno.»

Apenas oyó esto D. Félix, cuando con grande risa se llegó al enamorado Doctor, y tomándole de la mano le dijo: «Eso es lo que yo digo; esa es mi tema: acabemos ya de conocernos. ¿Tenéis mucha prisa por llegar temprano y buscáis rodeos? Acabad, señor, que os echáis á perder con vuestros conceptos. A fe que pudiérais tener experiencia de lo mal que os está ser discreto, pues ninguna vez lo habéis sido por descuido en toda vuestra vida, que no os haya dejado el castigo.»

—No há muchos días—replicó el Doctor,—que

estaba yo preñado de ese pensamiento, y maldecía mi fortuna, porque había traído mi juicio á estado de perfección; porque os aseguro que paso las soledades más escandalosas con éste mi juicio después que es Doctor, que se pueden pensar, porque como le tengo tan veloz, despierto y claro, no se le encubre cosa, todo lo penetra y todo le penetra. Yo estoy de manera que haría mucho agravio á mi amor si pensara valerme del discurso. Yo confieso que me ocupa todo de forma que no deja á la razón en qué ocuparse. Vos, que estáis libre de mis pasiones, decid, no como amigo, sino como legislador, lo que os pareciere, y pensad que tomáis en las manos un poco de cera dócil y dispuesta para imitar cualquiera forma, que no pocas esperanzas os puedo prometer de mis remedios, pues á lo menos es prudencia confesar que no la tengo y pedírosla á vos obediente.

Aprovechóse de la licencia D. Félix, y dijo: «Sólo un examen falta que puede inquietaros en Doña Dorotea: saber si es fácil ó firme. La traza sea ésta; ya ella piensa que está en casa de algún poderoso: vos os habéis de fingir Embajador de Alemania y convidar á comer á todos los amigos, previniéndolos de que vengan vestidos de Embajadores de naciones diferentes: cuál de Inglaterra, cuál de Francia, cuál de Saboya, cuál de Venecia, cuál de Persia. Haréisles un convite espléndido, y todo en lugar que ella pueda acecharlo y creerlo por infalible; y con esto dejadme á mí el oficio de tentador, que lo demás nos dirá el tiempo.»

Abrazóle el Doctor por la traza, y estaba tan en ella, que dijo: «¡Por vida del Emperador, que es lo que se puede desear!» Encomendóle que convidase los amigos y los previniese de vestidos en casa de un autor de comedias. Hízolo así D. Félix; juntáronse el día siguiente hasta ocho bellacones en una pieza ricamente aderezada; sentáronse á la mesa con adorno y copia espléndida. Era de ver lo que se celebraban los unos á los otros los disfraces. Acechaba una pieza adentro Doña Dorotea, acompañada de D. Félix, Mayordomo fingido del Embajador de Alemania.

Estaba atónita y fuera de seso de verse en aquel cautiverio confuso; y viéndola así D. Félix, la dijo: «Ya es tiempo, señora, que os diga el fin que han de tener vuestras suspensiones. Arnaldo Boni, mi señor, Embajador de Alemania, se enamoró tiernamente de vuestra belleza un día que acaso os vió destruir con ella el Prado; y como le apretaba el deseo y la demasiada majestad que debe á su oficio, no le permitía buscaros en vuestra casa y galantearos, en obediencia de su mucho amor, determinó robaros por medio de criados y amigos suyos. Así lo hizo, como vos sabéis bien, á costa de vuestras lágrimas. No ha querido forzaros la voluntad, porque no es gloria entre tan grandes Príncipes violentar el amor. Desea, sobre todas sus ambiciones, que le tengáis por vuestro, y en prendas de que se os rinde, os entrega las maravillas que veis adornan su casa, y promete haceros muy rica, y de manera rica, que seáis codicia para casamiento á más de dos galanes. Vos sois

cuerda y echaréis de ver que no se puede perder nada en ganar tanto.» Vergüenza parece que la infundía por las orejas, no palabras, D. Félix, según llenó de ella todo el rostro. Mas después que la dió lugar en el pecho para encaminar el aliento á la boca, con muchas razones celebradas de lágrimas que por no enternecer al oyente no refiero, hizo gentil ostentación de su bizarría, de su grandeza de ánimo, diciendo que no tenía tesoros Alemania con que cambiarla el menor descuido de su castidad. Añadió amenazas D. Félix; mas era añadirla nieve, porque todas la hallaban más helada á sus pretensiones.

Dejóla el Mayordomo con ademán de que la había de estar muy mal la desdeñosa resolución, y llegándose á la oreja del Doctor de Alemania, le dijo algo en secreto que obligó á los demás Embajadores á curiosidad, particularmente al del Gran Turco, que teniendo una gran copa de vino en la mano para hacer la razón, dijo: «Juro á Cristo de no hacer la razón hasta saber la causa que tiene suspenso á V. S.» Estaba el Doctor muy escondido detrás de unos antojos que le tomaban todo el rostro, y quedaba vidriera para el vecino, y dando una gran porrada en la mesa, con que la derribó toda por aquellos suelos, fingiendo un enojo desesperado, empezó á dar voces diciendo: «¡Traédmela aquí; traédmela aquí luego, que la he de degollar!»

Llegó D. Félix como un sayón por la pobre señora; tuvo bien poco que hacer en traerla, porque la tenía ya fuera de sí el miedo, y sólo supo pre-

guntar á D. Félix si el Embajador era cristiano. Llegó al Tribunal en ocasión que el de Alemania se estaba mesando unas barbas rubias, nuevas, flamantes, que poco antes le habían costado un escudo.

Cuando vió tan desatinada cólera Doña Dorotea, pensó que ya tenía el cuchillo sobre la garganta, y no pensó del todo mal, porque apenas la vió en su presencia el de Alemania, cuando arrebatando un cuchillo que acaso halló entre los destrozos de la mesa arruinada, se iba para ella como un desaforado jayán; mas el Embajador de Francia, que era un buen hombre, y sobre todo muy galán y servidor de damas, le detuvo el brazo, con que por entonces se suspendió el sacrificio. Dieron voces todos: «¿Por qué es el desalumbramiento? ¿Por qué es la demasía delante de tan ilustres varones?» Sosegóse un poco á las severas voces el de Alemania, y pidiendo atención les dijo así:

«Yo me enamoré por descuido de esta mujercilla; robéla; ofrecíla las mayores riquezas que traje de Alemania, y es tan necia, es tan grosera, que me responde que no tiene mi nación joya que la merezca: esto me tiene fuera de mí. Juzgue ahora el más severo, el más prudente y templado, qué castigo merece, y mire primero que es dar lugar á muchas licencias si se le permite á una mujer de cortas prendas tomarla contra un Embajador y apellidar libertades con tanto atrevimiento.»

Apenas dijo esto el de Alemania, cuando todos, con ademanes y señas misteriosas, dieron á enten-

der que era el caso grave y digno de ejemplar castigo; y así, á pocos lances se levantó el de Persia, que era capón ó á lo menos lo parecía, y dijo que importaba al bien público de todas las naciones que hiciesen pedazos á aquella mujer, por atrevida y rebelde al amor y al dinero, y que cada uno de los Embajadores se llevase su pedazo para amedrentar con él á otras.

Otro dijo que no era menester, porque no había otras en el mundo de aquella condición.

El de Inglaterra anduvo gentil, y dijo que no sólo no merecía muerte, mas antes estatua inmortal de metal luciente, por única despreciadora del dinero.

El de Venecia dijo que la metiesen monja, y sacasen la que hallasen más cercana al torno.

De esta manera andaba la vida de la desdeñosa dama; y después de advertidos todos los votos, pareció que los más consentían que la quitasen la vida. Respecto de que uno había dicho que la metiesen monja y otros que la hiciesen jigote, lo cual al parecer era todo uno, decretóse así la sentencia; llevóla de allí el Mayordomo desmayada, y tan perdida del temor que casi no tenía la muerte qué hacer en ella. Entre tanto, pues, que se hacía el castigo, oró el de Alemania así á aquel ilustre Senado: «Entendidos y fieles amigos: yo he deseado con amor perfectísimo á esta dama, honor de este siglo; hela dicho mis deseos como galán, y helos acreditado como hombre de bien. Ni el tiempo ni el trato han bastado para descuidarla de su cordura: no hay bronce así advertido en la perti-

nacia. Despedido de los ruegos y de las lisonjas, diéronme la mano las amenazas y las violencias; fué lisonja de la imaginación pensar que podía más el miedo que el amor: tan corrido se queda el uno como desesperado el otro. Ya habéis sido testigos de su constancia y fortaleza más que humana. Examen ha ostentado que podía calificar Lucrecias y Porcias. Desdicha es mía que jamás me enamoró mujer, por corta que fuese en fortuna, por criada que fuese entre licencias cortesanas, que no viniese á ser de hielo. He pensado mil veces dar salida á mis intentos casándome; que aunque esto es duro, seré como el paciente que deja que le corten un brazo por guardar la vida. No sabe hospedarse la mía donde no esté mi encanto; mas contradice á esta determinación su corta fortuna. Es mujer pobre; es mujer de desdeñosa suerte; mas ¿qué importa, si es entendida, si es hermosa, si es constante y casta más que cuantas celebran las historias? Quien piensa que se puede hallar riqueza y adorno de alma y cuerpo en sólo un sujeto, poco sabe de locuras de la fortuna, pues no sabe que raras veces repartió sus alhajas entre grandes merecimientos. El menos cuerdo echará de ver que siendo esto así, es elección dichosa la que me emplea en estos soberanos y felices bienes, no la que mira aquellos fáciles y poco estables. Para esto os he llamado; para esto he hecho las demostraciones airadas que os han suspendido. No ha bastado fingirme poderoso con opulencias y con crueldades, para derribar su estable y firme pecho. ¿Qué mayor abono de sus vir-

tudes y de mis elecciones? Decidme ahora la vuestra, que aunque me veis empeñado y entregado del todo á mis deseos, no lo estoy tanto que me niegue á mejor parecer y más prudente consejo.»

Celebraron todos el intento del Doctor con grandes ademanes de admiración. Cuál decía: «¿Este es el necio?» Cuál: «¡Qué pocos escrupulosos hay de éstos en el mundo! ¡Por Dios que tiene buenos pensamientos!» Finalmente, el Doctorazo fué aplaudido y aprobado por todas las monarquías del orbe. Pasaron al modo que se debía guardar, y tomóse, por último, desengañar la novia por boca de D. Leonardo, y que convocados los amigos y deudos de ambas partes, se tratase el santo matrimonio. Con esto se despidieron los Embajadores, y el novio quedó contento y apacible.

¡Quién fuera poeta ó hubiera hablado alguna vez con hombre que lo fuese, para saber delinear con fieles colores una conversación la más dulce, más amorosa, más regalada que han tenido amantes, desde Venus y Adonis á este siglo! Musa, si algún día dejaste por enfado ó buen gusto de ser doncella, y por curiosidad te permitiste halagar de trances amorosos, si te hallaste tal vez en tiernas conversaciones, ahora es buen tiempo para lograrte; ahora puedes hacer ostentación de tus verdores y plato de tus agrados. Mas dirá algún poeta: «¿Quién le mete á éste en conjurar las Musas hablando en prosa? Qué, ¿há menester para hablar en prosa ayuda de Musas? Poeta mal acondicionado, si mi prosa fuera tan menguada como tus versos, pensaras bien; mas hágote saber que no está

la poesía en los consonantes, sino en la alteza del espíritu y flores de las palabras.»

Habíase levantado Venus sobre el horizonte algo licenciosa á espaldas vueltas del sol su galán. Desataba amores entre sus rayos; no los había menester el Doctor, y aun parece que los bebía, si no era codicia de atrevimientos, que también se desenlazan de aquella hermosa frente. Fuése ó lleváronle sus deseos al confuso albergue de Dorotea; hallóla triste y más que suspensa: llevaba ya desembozados rostro y pecho nuestro galán; hizo la cortesía de novio recién venido entre necio y turbado.

No acababa de reconocerle Dorotea: tan lejos la tenían sus miedos de historias ya pasadas; salió la voz al abono, y conocióle en ella; respondióle con seña cortés y turbada, y apenas pudo mover los labios, cuando suspirando ó lamentándose dijo:

—¿Eres tú acaso el instrumento que estos bárbaros han destinado para mi muerte? Llega en buen hora, llega; ya veo que vendrás ufano de ver puesta en tus manos la venganza de aquél mi decoro, que tú habrás llamado desdén; mas oye por Dios, primero que ejecutes el fiero golpe, y advierte que no es esto escasear tormentos, sino sólo volver por mi opinión.

Iba á replicar el Doctor diciendo que venía con fin muy diferente; mas de suerte tenía ocupada la imaginación con el miedo Dorotea, que casi de rodillas, con ruegos más que de mujer, le pidió tiernamente la oyese un poco.

—No estéis ufano—dijo,—con esta venganza, porque no lo es, puesto que no cae sobre agravio.

Vos habéis sido mi galán algunos días y aun meses; tenéis queja, y queja desesperada, de que no os he retornado ó las finezas ó los deseos: es queja injusta, porque ó vos me habéis deseado con fines licenciosos ó con modestos fines. A la primera empresa no se os debe victoria, no merece agradecimiento, pues es claro agravio con mezcla de traición, pues encubre afrentas debajo de lisonjas. A la segunda todo se debe; pero con modestia: con ésta os he correspondido, que es el eco forzoso de pretensión modesta. ¿No fuera relajaros el amor mostrarme fácil, cuando crece con imaginarme imposible? ¿No fuera agraviaros abatir las prendas que ensalzáis vos mismo? Y si éste fué amor puro, ¿él mismo no premia á quien le da hospedaje? Pues tiene esto de noble; que todo lo ilustra y á nadie deja quejoso, que es premio de sí mismo, de la manera que lo son todas las virtudes; porque fué providencia del cielo no rendir pedazos suyos, y los más divinos, á jurisdicciones inferiores de la fortuna, á quien por la mayor parte agradan los desalumbramientos y errores por simpatía, y dan en rostro los aciertos por antipatía; lográsteis el perfecto amor, y premiásteis sólo con amar. No es vulgar el premio, porque amando, como es ley de amor puro, enteras perfecciones, da á entender que él también tiene enteras perfecciones, y se da ilustre fama sólo amando á quien merece ilustre fama; granjea abonos celebrando á quien tiene abonos. ¿Es ya cualquiera este galardón? ¿Dale cualquiera? Diré ya que no puede haber amor sin esperanza; mas no, diréis, si sabéis de amor; de amor, digo, le-

gítimo, amor que merece este nombre, no el adulterado con nombre supuesto: no tiene éste padrino alguno tan de su parte, como no esperar ni temer; no teme ni espera, porque entra en posesión de cuanto desea luego que nace. Esto le dió nombre de dios en la edad del oro, cuando eran más puros los corazones: entonces le llamaron dios, porque parecían fueros de Dios sus maravillas, y entre ellas el apoderarse de cuanto deseaba sólo con desearlo.

Deseaba sólo amar: amaba y poseía; no fuera amor si deseara más: entonces era halago este furor; entonces era entretenimiento este martirio, porque daba leyes de quien era legisladora la cortesía; ponía preceptos que ejecutaba la obediencia, y no había cosa tan dura como no obedecer. Vengaos ahora si halláis de qué; yo he cumplido con lo que debo para no parecer desesperación lo que es desdicha: con esto moriré más contenta, aunque más quejosa. Cesó la boca y empezaron los ojos á hacer lo que ella había hecho; vertían perlas como ella, no menos sobornadoras ni menos preciosas. ¡Oh lo que saben persuadir unos ojos, ó halaguen ó amenacen ó se quejen! Quedó sin armas el galán, y consolando á Dorotea, con seguridad de que no venía á quitarla la vida, sino á darla la suya.

Volvió más en sí, bien que siempre admirada; y como nunca hay dolor que se deje ocioso el deseo de saber en las mujeres, preguntóle la causa de aquella novedad, quién le había traído allí ó qué intentaba. A que satisfizo lo mejor que pudo

con palabras regaladas, dándola á entender que él había sido quien la había robado, quien la había escondido, quien la había amedrentado, mezclando de cuando en cuando, como azúcar, su poco de amor, para adulzar la culpa. Dióla cuenta de todas sus quimeras muy por extenso, y nada la dijo tan despacio como el secreto de sus riquezas, el ser dueño de cuatro mil ducados de renta, la ocasión de haberlos ocultado. Repetía esto muchas veces como si cada escudo pudiera serlo de su defensa; y cuando ya le pareció que alargara los brazos la novia, para que no se le fuese la fortuna que la venía en él llegando á darla los suyos, le arrojó la dama con gentil resolución y tan buen golpe en el pecho, que le dejó tendido y doliente de la cabeza dos dedos más que antes.

Paréceme, lector amigo, que te veo suspenso y hacerte cruces: no me pesa, siquiera por verte cristiano, que te prometo que tienes conmigo tan mala opinión, que dudo que lo seas, porque si haces examen de tu vida, toda la verás mal intencionada. Riéndote estás de la fábula, y dices:—¡Qué bisoño es el Aretalogo! (No sé si lo dirás así, que quizá no sabes qué es Aretalogo.) ¡Qué bisoño es! ¡Linda introducción de mujer cortesana y doncella! ¡Ha fingido que el galán ha mostrado que es rico, y que ha dado á entender que se quiere casar con ella, y fíngenosla ahora desdeñosa y que la quiebra la cabeza de un envión! El caso es que ésta no es fábula.—Habla bien, si sabes, que yo no soy hombre que miento; ésta es una historia verdadera, y tanto, que acordándome de ella me tiene

enojado este Doctor impertinente, y le he de tener en el suelo tendido todo el rato que pudiere en venganza de sus pesadas burlas. Mientras se queja y se amansa del porrazo, te quiero dar muchos. Mira, en tu vida te admires de nada que oigas ó veas, porque es dar á entender tu ignorancia. Los naturales, que tú llamas caprichos, son muy diferentes en el mundo, y no tiene el mundo hermosura como esta variedad: cada uno discurre conforme su inclinación. ¡Oh qué gran secreto te he dicho, y qué tesoro te he dado si supieras desentrañarle!

Cosa te he apuntado que si yo fuera escritor extranjero, primero te hiciera volver loco, que dártelo á entender; pusiéralo por cifras; pidiera al Abad Tritemio su *Estegonografía*, mandárate purgar con eléboro, y después te dejara tan en ayunas como dos horas antes que me vieras. Yo soy más agradable: sabrás, pues, que en todos los discursos morales, y aun en mucha parte de las ciencias, la diferencia de opiniones ha nacido de la diferencia de las inclinaciones de los escritores; la Jurisprudencia es una facultad que peca en la disconformidad de las opiniones más que otra ninguna, porque tiene más de lo mortal que otra ninguna.

Nuestro entendimiento, si estuviera libre de este embarazo de carne y sangre, es sin duda que acertara siempre con la verdad, porque de su naturaleza tiene ideas, noticias ó formas de ella que le sirven de originales, de forma que, en viéndola retratada en cualquier discurso, cotejándola con

sus retratos, conoce si es ella ó no; lo que le embaraza ó enturbia es el afecto nacido de la destemplanza de este vaso, en quien está guardado ó perdido. Mucha amistad será decirte que la destemplanza de los afectos no nace solamente de la desproporción ó discordia del cálido y húmedo que dicen los peripatéticos, sino de las estrellas, que según el movimiento, sitio, aspecto y cercanía que tienen, influyen en nosotros afectos, vicios y virtudes naturales, conformes y parecidas á aquéllos sus movimientos, calidades y naturaleza.

El entendimiento, pues, aconsejado de los afectos, discurre siempre conforme á los afectos, de la manera que un amigo lisonjero que tú llamas discreto suele hablar á su amigo en aquello que le dé más gusto; y lo abona y da matices, por deslucido y mal pensado que sea: por los ejemplos me entenderás mejor. Nace Epicuro, un hombre muy amigo de su regalo, de la cantimplora, la mesa bien aliñada, la conversación entretenida, pacífico, quieto, siempre cuidadoso de su tranquilidad, y tan ocupado en esto, que no le divierte la muerte del deudo, la desdicha del vecino, la pobreza del amigo; no le inquieta ambición de gloria, sacada por fuerza entre tribunales y cátedras; no le desvela el gobierno de la República: todo el hombre, finalmente, está en el regalo de su cuerpo, festejando y acechando la risa, lejos siempre de otro cuidado. Ponle la pluma en la mano; aconséjale que pues tiene tan buen entendimiento, y es tan agradable y entretenido, escriba algo que sirva de luz á los demás no tan di-

chosos. Antójasele escribir y tratar de los bienes mayores; y como sólo era inclinado á su regalo, aquel afecto que le imprimió esta inclinación trátale como á discípulo ó siervo suyo, y hace que su entendimiento le haga lisonjas; aun en lo más sagrado quiere tener imperio; escribe, finalmente, que el mayor bien es el regalarse y entretenerse, y por aquí se derriba á otros mil desatinos, como quien se deja guiar de un ciego. Nace Chrisipo, muy casado con su quietud, muy dado á la ociosidad: escribe de los vicios y virtudes, y pone por vicio la misericordia, y manda expresamente que no la tenga en su pecho ningún discreto, porque paga mal la posada é inquieta demasiado. Nace un jurisconsulto avaro y terrible, oprobio de la misma naturaleza: halla la razón natural, que le está dando voces; que la servidumbre es contra sus leyes; que los hombres nacieron para mandar, si no es los necios; que porque no saben mandar nacieron para obedecer; y guiado de su natural duro y avaro, halla argumentos para que sea lícito sujetarse unos hombres á otros y servirse unos de otros, matarse y destruirse; y sin acordarse de tantas razones como le están diciendo lo contrario, hecho esclavo de sus afectos, defiende que haya esclavos. ¿Nacerá, pues, algún día varón tan puro de todas estas nieblas ó tinieblas del entendimiento que dé á entender que el mayor bien de los mortales es la virtud, porque es cierta parte de Dios; que la tranquilidad del ánimo no consiste en regalos del cuerpo; que la misericordia es virtud; que el cautiverio y servidumbre, las dis-

cordias y estragos son injustos, menos que á falta de remedio y en defensa de mayores peligros, que las razones de Estado por la mayor parte tienen algo contra la ley de Dios, con que se descubre que no son razones? No queráis más demostración de que las opiniones se rigen por los afectos las más veces, que hallar establecido por derecho pena de muerte á quien robare los bienes de fortuna, y de destierro á quien hiriere, y tal vez en la antigua prudencia se castigaba con precio de poco ó más valor que ocho reales el bofetón. El bofetón, la mayor injuria, donde parece que se borran las obras de Dios con la mano del agresor, y que se profana con sacrilegio el alma, que está con más ostentación en el rostro, se castigaba con tan corta pena. El bofetón, que manchaba la honra y fama, para siempre se soldaba con dinero, y el dinero con horca ó cuchillo. El dinero robado no se contentaba con menos venganza que con la honra y la sangre, y la honra y la sangre se contentaba con el dinero, y tan poco dinero. ¿Quién duda que era mayor la una injuria que la otra? ¿Cuánto es mayor bien el del cuerpo y del alma que el de la fortuna? Y con todo eso, hubo legisladores tan mal afectos, tan viles, que juzgaron al revés, y se tuvieron por tan acertados, que lo pusieron por ley y lo vincularon por justicia. Según esto, no te maravilles de la novedad de Dorotea: misterio tiene y acaso cordura, que no es forzoso que sólo aquello sea acertado que admite el vulgo; créeme, que por la mayor parte yerra; descorteza cuantas vulgaridades ha pensado esta

mala bestia, y verás cuánta ignorancia tienen y cuán ignorante estás en seguirlas; y si piensas que esto es bachillería mía ó fuerza de argumentos, buen remedio: oye esta doncella, en quien sin artificio habla la razón, y quedarás bien satisfecho.

CAPITULO VII

PROSIGUE CON EL DISCURSO EL DOCTOR CEÑUDO, Y DASE FIN AL LIBRO Y NO Á LA HISTORIA

—Si se vendieran las voluntades—dijo la singular doncella,—como los demás bienes, riesgo corría la mía á la ostentación de los vuestros; mas no dejan las leyes que se vendan las cosas sagradas, porque quien vende desprecia, y asegura que no há menester lo que vende, ó, á lo menos, que estima en más el precio que la alhaja. Sagrada es la voluntad: no esperéis venta. Déjase enajenar tal vez, yo lo confieso, mas no en manos profanas; en las de otra voluntad, sí, contra quien no valen privilegios, por la igualdad. Vos, señor mío, no tenéis voluntad ó amor que os valga: véolo en los afectos, porque arriesgar mi opinión, poner en últimos trances mi vida, amenazar violencias, más suena aborrecimiento que amor: mal conocéis este afecto si le llamáis ciego y pensáis valeros de la pintura que os lo pone con venda en los ojos delante de los vuestros; no es mote de ciego aquél, sino abono de lince; pues lo es tanto, que acierta cuanto quiere, á pesar de la venda; á ciegas (como dicen) encuentra sus fines; valentía es y osten-

tación de sus ojos el obrar vendados. Yo no he de rendirme á hombre que se vale del poder y del engaño para conquistar agrado y lealtad, ni quiero que penséis que no me estimo en más desnuda de esos bienes que vos vestido de ellos, que si alguna vez son de estimación, es cuando sólo sirven de celebrar finezas derramadas, no cuando se atreven á apellidar imperios y pedir sujeciones. Yo seré dichosa con quien fuere mi igual; vos no podéis serlo, porque os falta para igualarme tanto como os sobra de riquezas, pues por ellas sois grosero, mengua y quiebra sin esperanza.

Dijera más, tal la tenía el sentimiento de verse casi burlada, si el Doctor no saliera al encuentro.

—Si habéis pensado—dijo,—que puede haber amor durable sin correspondencia, engaño ha sido; no temáis, no temáis ser querida con demasía si sabéis aborrecer con demasía. Confieso que mi porfía ha hablado mal contra mí y me ha motejado de necio en desear á quien no me desea; mas esto no ha sido desengañado. Mientras tuve esperanzas, empeñéme en las ocasiones que pudieran lograrla; mas ya que en ella en vez de flores corto espinas; ya que me desengaño de que vuestra tibieza no es recato, sino aborrecimiento, no creáis que seré tan de mármol que no me mude y sienta que es grosería de aquí adelante lo que hasta aquí ha sido amor; y si algún día os cansare algún galán después de despedido ó desengañado, no creáis que es amor, que porfía es, ni le acuséis de fácil y mudable si no os cansare, que cortesía es y no tibieza; lisonja os hace en no veros, si piensa que

os cansa en veros. Estad segura de que no habéis arriesgado la opinión, que en esto ha sido, como vos decís, lince mi amor, pues ha mirado tanto por ella; volved á vuestra casa y pensad que sois dueño de ésta que dejáis, sin más obligación de paga que haber entrado en ella y querer serviros de ella.

Dijo esto apenas, cuando llamando dos criados y hablando en secreto á D. Félix, que llegó con ellos, se despidió de ella, no sin admiración de los que lo miraban. Era de noche; lleváronla ó fuése á su posada, acompañada de D. Félix y otros criados, que advertidos del cauteloso galán, la dejaron en el umbral de la puerta.

Dejémosla entrar y llore con sus padres muy á su gusto, que yo no le tengo de pintar lágrimas ni pasmos, y me llaman mayores empresas. Divulgó la fama entre los amigos el hecho heróico del galán Doctor; pusiéronle en alta estimación; no hubo quien no le graduase de prudente y cuerdo; añadía alabanzas el ser el cronista amigo; éralo D. Félix, y no lo contaba vez que no lo realzase con novedad; parábase en referir el concepto y añadía otros ciento de acompañamiento: es, sin duda, que tiene parte la fortuna en los buenos dichos y valientes hechos, y que nos reparte la buena ó mala fama como los demás bienes. Creció la del Doctor como espuma; no había conversación en que sin nombrar partes no se calificase.

Referido el caso, alguna dama hubo que la pesó de oirle: no quería mi señora Doña Melindre sino que los galanes fuesen eternos, sobre muchos enviones y ceños, que los unos desloman y los otros

matan de ojo. No tiene razón su niñería, y si no gusta de ver arrimado un amor tan brevemente, váyase á la mano en dar de mano, y créame que lo demás es bisoñería.

Juntos estaban una noche todos los amigos del Doctor en su misma posada, con ocasión de un juego que llaman del hombre. Jugaban unos, miraban otros; hízose hombre el Doctor, y un cierto discreto novicio, más tahur del vocablo que del juego, no pudo perder la ocasión de jugarle entonces y dijo: «Con razón por cierto, porque sólo v. m. en el mundo puede decir que es hombre; porque el valor que ha mostrado estos días, es muy de hombre y de hombre muy discreto.» Tomaron todos ocasión de alabarle; duró grande rato la conversación; cerráronla con decir que había sido el hecho más discreto que se había oído ni visto. Modesto los templaba el Doctor y muy caricuerdo, hasta llegar á decirlos: «Bueno es que me achaquen eso por discreción, siendo yo tan celebrado por necio: descuido sería ó habérseme relajado el amor con facilidad, que también es muy de necios.» Aquí se alborotaron todos, y en voz alta, no sin juramentos, le hicieron creer que era el hombre más bien entendido que había en la Lonja de San Felipe. Uno que era juguetón y entretenido, dijo: «No es malo el escrúpulo que tiene el señor Doctor; bien puede amilanarse con la cuerda opinión, y no hallo otro remedio que graduarle de discreto, pues hay aquí Doctores de la discreción; aquí hay poetas; aquí hay curiosos; aquí hay socarrones; aquí despejados: no falta nada.»

—Acepto la merced—dijo el Doctor con alegre semblante,—siquiera por dejar este juego, que es fuerte cosa hacerse nadie hombre para temblar de miedo, y que al fin le cueste sus reales. Muy antigua queja es esa—dijo otro:—no hay sino que os graduemos y no penséis que es sin prevención, que aquí traigo escritas las leyes que habéis de guardar para ser discreto.

—Según eso—dijo el Doctor,—no me venís á examinar de discreto, sino á enseñarme á serlo; ni esto será graduarme de discreto, sino armarme discreto, como quien arma caballero, y esto es lo más acertado; porque á la verdad, pocos hay en el mundo que merezcan el grado de discreto; pero de la manera que para armar caballero á alguno no se mira las hazañas que ha hecho, sino sólo si las puede hacer, y esto conjeturado por su ascendencia, y se contentan por entonces con instruirle en lo que ha de hacer para cumplir con el orden de la caballería, y con todo eso éste es un grande honor y digno de mucha estimación, así yo quedaré muy honrado con que me arméis discreto, pues por lo menos me aseguráis que puedo serlo, por haber visto en mí algunas vislumbres.

—Eso basta por arenga,—dijo el más despejado; y tomando un libro intitulado *Comedias de Lope,* le hizo hincar la rodilla y le dió con él tres golpes en la frente, diciendo: «Doctor Ceñudo, ¿queréis ser discreto?» A lo cual él respondió: «Sí quiero.» Y añadió el otro: «Pues Dios os haga discreto, que yo no puedo.»

Celebraron todos la ceremonia; mandó el padri-

no que se sentasen por su orden todos, para oir las constituciones de la discreción. Aquí hubo una gran pendencia entre los poetas y los despejados sobre cuáles habían de tener mejor lugar; repararon en ello los Bachilleres de la Argentería, devotos de monjas, y dijeron que á ellos se les debía, que eran el mapa de la discreción.

El padrino dijo que se diese á los poetas el mejor lugar, porque ya que no sabían discreción, á lo menos la enseñaban. Sentados al fin, se leyeron las constituciones, que casi eran éstas:

LEYES Y CONSTITUCIONES DE LA DISCRECIÓN

«Nos, la Discreción, reina y señora de todo el Universo: á vosotros los entendidos de primer tijera, novicios de la estrecha Orden de la Sabiduría, entendimiento y palabras: Sabed que nos ha sido hecha relación de los excesos y desalumbramientos que los tales entretenidos de lengua cometéis y habéis cometido, inventando nuevos modos de decir y hacer, de que se ha seguido y sigue grave daño á toda la bachillería humana. Por tanto, para remedio de vuestros desórdenes, establecemos y ordenamos las leyes siguientes, que sepáis y guardéis, so pena de la nuestra merced:

»Primeramente, porque la experiencia ha mostrado que el ser maldiciente no es ingenio, sino mala intención, y que respecto de que las faltas de los hombres son muchas y graves, no hace más el maldiciente que referirlas, ordenamos que los ta-

les no se llamen ni puedan llamar discretos, sino necios adrede para siempre jamás, y que sin sospecha de malicioso pueda pensar cualquiera otras tantas faltas del tal maldiciente como él refiriere con mala intención; porque el gusto de esta gente perversa se funda en procurar consolarse de sus faltas contando las ajenas, y es, sin duda, que no buscaran consuelo si no estuvieran desconsolados.

»Item, que todo hombre de buena lengua se pueda llamar dos veces entendido y elegante.

»Item, que ningún desposado ni enamorado pueda ser discreto por todo el tiempo que le duraren los primeros lances, pena de que le tendrán por grosero ó socarrón.

»Que ningún entendido tenga en su casa formulario de cartas ni las escriba por el estilo que todos, porque pensaremos que no sabe más.

»Y porque somos informados que en las visitas de cortesía ó cumplimiento se hacen notables excesos en preguntas no necesarias, mandamos que no se pueda preguntar á ninguna mujer hermosa, ó que piense que lo es, si tiene salud, porque dudarlo es decir que está fea.

»Que habiendo dos ó más visitadores que entraron en diferentes tiempos, tenga obligación de irse primero aquél que entró primero, pena de tres años de majadero ó lo que más fuere nuestra merced.

»Que á las tales visitas de cortesanía no se pueda ir con capa de color, de noche, ni con balona, ni con broquel, pena de que le tendrán por bufón mudo.

»Que ninguno sea osado á preciarse de melancólico, pensando hacernos creer que es bien entendido, salvo si fuere ojihundido, moreno y enjuto y mal barbado, ó se hallare con poco dinero; porque los tales tienen licencia, no sólo para entrar melancólicos, sino también para preciarse de ello.

»Que no se haga cortesía al que estornudare, pues no la merece, por cuanto (según somos informados de graves físicos) que el estornudo es una expulsión de excrementos húmedos, y toda expulsión de excrementos es grosería.

»Que ningún discreto sea osado de saber bailar, danzar, cantar ni tocar instrumento músico, ni despabilar una vela, ni cortar un melón, ni trinchar un ave, pena de suspensión de oficio.

»Que no hablen con brincos poéticos ni cabriolas retóricas, siuo cristianamente, como se lo dictare su conciencia y lo aprendieron de sus padres, que santa gloria hayan.

»Que no tengan hora señalada para comer ni cenar, acostarse ni levantarse, sino que la gana de lo uno y lo otro señale las horas.

»Que no crea cosas que le dijeren, si no es que sea misterio de la fe; pero damos licencia para que por cortesía haga creer que cree lo que le dicen.

»Que mude vestidos todos los días según viere que hace calor ó frío, sin acordarse si es verano ó invierno, porque realmente aquel día es verano que hace calor, y aquél es invierno que hace frío.

»Item se manda borrar del vocabulario de los entendidos todas las palabras extranjeras, latinas, italianas, portuguesas, gallegas y moriscas, por

cuanto la lengua castellana por sí sola es bizarra, galante, dulce y la más aliñada de todas las lenguas.

»Que no traigan joyas de diamantes ni esmeraldas, pudiendo traerlas de vidrios y puzoles, atento que éstas son más baratas y lucen lo mismo.

»Encárgueseles las conciencias á los cortesanos que no enfríen con nieve por Navidad, que hay cantimplora que se queda helada, confusa de ver que, estándose ella fría como un carámbano, quieran enfriarla más.

»Que ningún entendido sea osado á tener ojos grandes, frente pequeña, cabello rubio ni cara redonda, pena de que no habrá quien le conozca.

»Que si estando en alguna visita de las muy cumplidas le llegare alguna carta, la abra luego y la lea, que desde luego le absolvemos de la grosería, porque no esté pendiente y dudoso.

»Que no sea osado á preguntar á nadie qué ha comido, ni decir lo que él ha comido, porque estas conversaciones se reservan para los rapaces.

»Que no se pregunten unos á otros curiosidades de galas y cuellos, porque esto se reserva para las doncellas.

»Que no se repare en azares ni agüeros, pena de nuestra maldición, y declaramos por públicos necios á cualesquiera que cometieren el tal pecado.

»Que ninguno crea que hay virtud en piedras, si no son diamantes, rubíes y esmeraldas y otras preciosas que se venden en la platería, ó las que, arrojadas, descalabran al enemigo; ni en yerbas, sino las que venden los boticarios, pues tienen vir-

tud para hacerlos ricos; ni en palabras, sino en las promesas que tuvieren virtud de dar perros muertos.

»Que no sean linajudos por un solo Dios, ni se metan en hidalguías y limpiezas, pena de que serán tenidos por hidalguetes de mala intención.

»Y porque algunos tienen por elegancia y ornato de la oración arrojar un juramento, los declaramos por necios, fondo en blasfemos, y mandamos que no entren en poblado.

»Que nadie diga mal de mujeres, aunque lo merezcan, atento que es mala mercadería y no se venderá si no se alaba.

»Que ninguno se atreva á tener suegra, aunque le cueste el no casarse en toda su vida, que en el nuestro Consejo se le dará traza como pueda vivir sin lo uno y sin lo otro.

»Que no sea pretendiente de oficios, sin favor, ni de dama, sin dinero.

»Que nadie sepa de él que es discreto, sino que él lo sepa de todos.»

Prometió obediencia á las leyes el bisoño discreto, y empezó á parecerlo con sus amigos, dándoles aquella noche una espléndida cena, donde no fué menos apacible la sazón de los motes que la de los manjares.

No te hago más larga relación de éstos por no echarte en costa con el hambre: baste saber que hartó la cena una legión de poetas, que es la mayor grandeza que se cuenta de cena alguna.

Así se remataron aquellos lances; así acabó de ser necio el Doctor Ceñudo y empezó el oficio de

discreto, y advierte en lo que digo que la gala y la discreción no son gracias, sino oficios, y quizá de los que se venden.

Cuando oís decir que el señor D. Fulano es galán de mi señora Doña Fulana, no por eso pensáis que él en sí es galán, y así soléis preguntar: «¿Qué hombre es, qué persona?» De manera que sólo se entiende que por entonces tiene aquella ocupación ú oficio de galán. Lo mismo entended de aquí adelante en los discretos y sea á mi cuenta. ¿Queréis ser discreto de un ciento de discretos? Dadlos muy bien de cenar y veréis si, aunque seáis una acémila, os alaban por veros bien cargado de pavos y de perdices.

CAPITULO VIII

PRENDEN AL DOCTOR CEÑUDO Á INSTANCIA DE SUS ENEMIGOS

¿Hasta hoy se ha visto rayo tan preciado de poderoso que, contento con matar, intentase matar sin estruendo? De los mosquetes, pistolas y otras máquinas no hay que maravillarnos, porque acaso fué mengua del artífice no hacerlas mudas como valientes. Lo que sé de cierto es que la naturaleza quiso templar la malicia del rayo con escándalo del trueno, pesarosa de su formación como avisando al mundo que se ponga en cobro. ¡Oh cuál fuera el amor de penetrante, si no nos guareciera el ruido! A fe, señora bizarra, que si os preciáis de rayo, y de rayos en los ojos para matar de amores, que nos ha de valer el ruido para escaparnos, ó que á lo menos os ha de hacer mala tercería á vuestra opinión; con que demos con todo al traste. ¿Qué fuera de nosotros si esto no fuera así? ¡Qué libremente hiciérais vuestros tiros si, como sabéis que nos matan las balas, no supiérais que os afea el estruendo y el humo!

Cumplió Dorotea con sus padres con lenguas de rubí en sus mejillas. Había poco que hacer con ellos, porque como pedazos de su alma, estaban

avisados de sus costumbres, y sabían que no había fuerza en la voluntad; mas no cumplió con el mundo, que supo las noches que la lloraban en su casa y que la festejaban en la ajena: al fin la voz es viento; repártese en el viento; hácese una masa con él, y dase á todos y á todas partes. ¿Que no penetra el aire? ¿Pues no lleva más cuerpo la voz que el aire? Súpolo el Licenciado Campuzano, nuestro galán andaluz. ¡Quién como él, que todo era orejas, después que dió en asno! ¡Oh lo que pierden los necios en ser confiados, pues pierden más que tienen! Habíale hecho creer la confianza al señor Andaluz que era suya toda aquella belleza de Dorotea, y estaba tan en ello, que el día que supo el robo del Doctor, le puso á su cuenta y se dejó pensar que á él se la había robado. Pues ¡majadero! ¿no fuera mejor imaginar que no era tuya, como realmente no lo era, para que en caso de pérdida ó menoscabo no fuera á costa de tu sentimiento ni pensaras que te la habían sacado de tu cama? Ya que hablamos de Licenciados, á todos digo, señores, los que pretenden oficios, no los pretendan, como Campuzano á Dorotea, porque no los lloren cuando se hallen burlados, sino prevengan primero la paciencia con saber que aún no son suyos, y que si se los dan á otros, no se los quitan á ellos.

Hallóse hecho un león de coraje, y vióse sin uñas con que despojar: contentóse, pues, con los bramidos, mal de su grado. Diólos á la justicia, diciendo como el Dr. Ceñudo era un hechicero, que tenía familiar y que hacía cada día mil violencias

en virtud de sus conjuros, que robaba las doncellas, que era dueño de las riquezas ajenas, y otras maravillas que le dictaba el enojo. Dióle crédito un Teniente; salió una noche con mucha gente de guarda, y con el mismo Licenciado para adalid. Cercaron la casa del Doctor por todas partes, llamaron á la puerta, y dando por consejo de Campuzano el nombre de D. Félix para facilitar la entrada, halláronla libre, y dejando en ella alguna gente, se entró el Teniente hasta la cama del Doctor, donde le halló dormido, y temiendo que si despertaba había de ayudarse de algún demonio, le mandó maniatar muy aprisa á cuatro corchetes, que hicieran lo mismo á cuatro diablos. Al ruido de esto despertó el miserable Doctor, y viéndose de aquella manera agarrado y amarrado, y todo su aposento lleno de alabardas, confuso y medroso empezó á encomendarse á Dios y á sus santos á grandes voces. Enojóse y temió el Teniente, pensando que eran conjuros, y no bien le vió en poder de los jayanes, cuando poniéndole una mordaza en la boca, le envió á la cárcel con una escuadra de hombrones, encomendándoles que le pusiesen en el calabozo más seguro.

Así lo hicieron, y el Teniente se quedó con un Escribano y otros ministros para buscar los conjuros, los botes é instrumentos de su hechicería; envió con hachas por toda la casa diferentes criados, y echando el ojo á un escritorio curiosamente labrado que estaba á la cabecera de la cama, hizo descerrajarle, con sospechas de que hallaría en él algunos conjuros; examinaba las navetas, en con-

versación con Campuzano, preguntándole si sabía de qué suerte eran los conjuros. Decía el Licenciado que eran ciertas oraciones en consonante, y que en una comisión que tuvo contra unas brujas había alcanzado mucha noticia de ellos, y aun si no fuera Teniente le hiciera creer que era brujo. En esto estaban, cuando en una naveta hallaron algunos papeles; leía algunos pedazos Campuzano, y decía:

—Estos consonantes son, ¡cuerpo de Dios! Ya han parecido los conjuros.

El Teniente, que sabía tanto de conjuros como de consonantes, y tenía buenas ganas de que los consonantes fuesen conjuros, por dar un buen día á la plaza, después de haberse persignado y dicho algunas oraciones devotas, y renunciado el pacto implícito que podía haber en ellos, y declarado con claras y bien pronunciadas razones que no era su intento hacer mal á nadie leyendo aquellos papeles, ni sacar algunas ánimas á conversación, ni hacer persona á ningún demonio, empezó á leer, y el primer conjuro, según su engaño, con que topó, decía de esta manera:

SONETO

Recibe, madre infiel de los amores,
Cuya imperiosa majestad adoro,
Si no aprendida con estatuas de oro,
A lo menos con miedos y dolores,
Estas apenas bien despiertas flores,
Esta esperanza que truncada lloro,

Pues cuando estaba en más feliz decoro
Quebró con sus promesas y colores.
Reparte tus estériles halagos
A más dichoso Abril, pues mi caída
Trazando va con su crecer violento,
Que si ya no me matan tus estragos,
Para tener de hoy más dichosa vida
Harta mano me ha dado el escarmiento.

—Mire v. m.—dijo Campuzano,—el sacrificio que hace á Venus este sacrílego; mire la obligación que la presenta con este conjuro.

Admiróse el Teniente; y como sabía poco de conjuros, pasó con la simpleza del Licenciado, y leyó más.

ALEGORÍA DEL LOCO QUE PINTA HORACIO

SONETO

Aquél á quien su ciega fantasía
Con alegres teatros festejaba,
Y cuanto á sus aciertos defraudaba
En grata adulación restituía;
Ilustrada de luz y vuelta al día
De traidora su dicha motejaba,
Que á trances menos dulces la fiaba
Cuando de más auroras la vestía.
Deja, Cintia, al engaño los pinceles
Que apacible te fingen á mis males:
Miente dureza atroz, miente blandura,
Que no falsos serán, sino fieles,
Pues hurta cuando son los bienes tales
A la verdad efectos la pintura.

Aquí quedó más asombrada la mala intención del lector, y dijo:

—Para estas ocasiones es bueno haber estudiado letras humanas. ¿Quién diera en ello sino yo? Mire v. m., señor Teniente, el conjuro que hace á la Luna.

—¿A la Luna?—replicó el Teniente:—no entiendo tal ni aquí hay palabra de donde pueda conjeturarse.

—La palabra Cintia—replicó Campuzano,—¿no advierte v. m. que es invocación de la Luna ó Diana, á quien los gentiles adoraron con el nombre de Cintia, por haber nacido en el monte Cinto? Con ese decoro, pues, la invoca, como lo hacían los magos antiguos, para que baje á humedecer y dar virtud á las yerbas de que han de confeccionar sus venenos mágicos.

Creyólo el Teniente, y aun estoy temiendo que lo ha de creer el lector: va de contrayerba. Has de saber, lector amigo, que todas las herejías del mundo han tenido el mismo principio que los disparates de Campuzano. Veisle aquí con buena opinión en Madrid, y tal que, arrimado á ella, pretende una plaza; está celoso, quiere vengarse, y esta ceguedad le hace creer que los versos amorosos son conjuros mágicos. ¿Quién tal pensara de un hombre tan versado en buenas letras? ¿No le has oído discretear con el Dr. Ceñudo cuando la visita de las tramoyas? ¿No le acabas de escuchar cómo muestra erudición con el Teniente? ¿Pues en qué va dar de ojos tan ciegamente, sino en que le lleva vendado su pasión celosa?

Es la discreción, letras y erudición en los hombres, como el vestido, aliños y galas: ponedme un galán vestido á un hombre corcovado ó á un alto desvaído, en quien el alma se olvida de los pies por estar muy lejos, y va por la calle que no parece que va, sino que le llevan; aseádmele como os pareciere, sin perdonar al uso, á la curiosidad ni al gasto, y veréis cuán mal lo luce, y que como si el vestido le llevara á él y no él al vestido, va embarazado, enfadoso, torpe, grosero, desmintiendo lo noble y galán de la seda con lo villano y feo del movimiento; y al revés, dadme muy mal tratado un mancebico todo almas y todo viento y más viento, sólo con un vestidillo de bayeta y algo raído, porque diga bien con su condición; ponédmele en la calle; dejádmele que se despeje, que ahueque el ferreruelo y se ponga como navío con las velas abiertas y jugando con el aire, que yo os aseguro que os ha de agradar y hacer que no miréis en lo despoblado de la bayetilla: así son los ingenios del mundo. Hay muchos hombres que se engalanan, que aprenden, que se desvelan y estudian toda la vida sin dejar pasar hora ociosa; pero tan poco airosos de ingenio, que lo deslustran y deslucen todo, y es lo mismo estar las letras en ellos que en un libro: es menester hojearlos y revolverlos para que nos digan algo, y plegue á Dios que se den á entender. Hay otros con muy pocas letras, que es lo mismo que galanes á poca costa; pero tan ingeniosos, agudos, agradables y elocuentes, que con no nada que oyeron en una comedia, ó alabaron en una conversación, ó

repararon en un librillo, brillan, resplandecen, gallardean, lucen, que se llevan tras sí toda admiración.

El Sr. Campuzano, á la cuenta, era tan desaliñado de ingenio, que por más que le había procurado cargar con galas, le dejó acémila cargada de galas y no galán. De esto está lleno el mundo, y es tal el vulgazo, que sólo por oir decir que tienen muchos libros, que trabajan mucho, que están graduados y otros títulos que no dan ingenio, en ninguna manera los tiene por sabios, prudentes y discretos. ¡Ah, señor Licenciado Campuzano, lo que me holgara que v. m. no hubiera nacido entre la soberbia del Andalucía, para desengañarle y decirle cómo no son conjuros los papeles que está desenvolviendo, sino lindos versos castellanos!

Más adelante pasarán brindados de la dulzura endemoniada: si llegando aquí no les embarazaran unos ministros de la ira, que habiendo examinado la casa, más por saber si había con qué pagar penas que por averiguar culpas, salieron con muchos vestidos de diablos, colas de zorra, cabezas de lobos y calaveras y otros pedazos de tramoyas, porque, á la cuenta, nuestro Doctor no era hechicero, sino un hombre de buen humor que con ingenioso artificio gustaba de vengarse de la molestia de los ignorantes.

Finalmente, á tercero día, como ahogado, salió á la orilla, quedando libre de aquella acusación por la buena diligencia de D. Félix, su fiel amigo, que con un abrazo que le dió, le presentó las buenas nuevas de su libertad. Maravillóse de oirlas,

no porque su inocencia no le asegurase, mas porque le parecía muy presta la negociación. Satisfízole sus dudas D. Félix, no sin alguna risa, contándole todos los lances del pleito, y en particular el último medio con que había vencido, que fué haber articulado y probado en los descargos de su acusación que era un loco, necio y mentecato, y que como tal gastaba su vida, su tiempo y hacienda en libros, pinturas y vestidos de diablos, con humor particular y entretenido, apartándose del común uso y vida de los hombres; que probado esto con mucho número de testigos y satisfecho el señor Teniente del artificio, de las tramoyas y de cómo los papeles que había hallado en su escritorio no eran conjuros ni invocaciones, sino romances y sonetos, y que asimismo él era el que los escribía, con que se confirmaba más su locura, le absolvió de la acusación y condenó en graves penas á Campuzano por su calumnia.

—Juráralo yo—dijo el Doctor,—que tan buena suerte me había de venir con achaque de que era necio.

Entonces volvió los ojos á toda su vida, acordándose de que todas sus prosperidades y buenos sucesos le habían venido por sus necedades, y propuso firmemente de hacer muchas por no dejar de ser venturoso.

Con esto se despidió de los amigos que le habían entretenido en la cárcel, y con el alborozo de verse libre vino á mi posada á verme y á lograr su libertad: declaróme el secreto, ocasión de sus felicidades, y el propósito que tenía de ser necio

toda su vida, porque viéndose en tan grande aprieto había hecho voto á la necedad que, si se escapaba de aquel infortunio, se metería necio y profesaría el serlo todo el tiempo que le quedase de vida. El va cumpliendo su voto y yo le sigo los pasos.

A pocos días tendrás, lector amigo, segunda parte de sus desaciertos, como me des palabra de no cansarte. Ten buen ánimo y escucha sus necedades, que acaso tienen virtud de hacer dichoso á quien las escucha como á quien las hace.

SOCIEDAD

DE

BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES.

---

1. Excmo. Sr. D. Pascual de Gayangos.
2. Excmo. Sr. D. José Almirante.
3. Excmo. Sr. D. José Fernández Jiménez.
4. Excmo. Sr. D. Mariano Vergara.
5. Excmo. Sr. D. Santos de Isasa.
6. Sr. D. Vicente Vignau.
7. Excmo. Sr. D. Miguel Colmeiro.
8. Ilmo. Sr. D. Juan Facundo Riaño.
9. Sr. D. Jacinto Sarrasí.
10. Excmo. Sr. D. José de Castro y Serrano.
11. Sr. D. Toribio del Campillo.
12. Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.
13. Sr. D. Cándido Bretón Orozco.
14. Sr. D. Manuel Rico y Sinobas.
15. Sr. D. Eugenio Maffei.
16. Excmo. Sr. Marqués de la Fuensanta del Valle.
17. La Biblioteca Nacional.
18. Excmo. Sr. D. Vicente Barrantes.
19. Sr. D. Joaquín Ceballos Escalera.
20. Excmo. Sr. Marqués de la Vega de Armijo.
21. Sr. D. Fermín Hernández Iglesias.
22. La Biblioteca del Ministerio de Gracia y Justicia.
23. Sr. D. Emilio Ruiz de Salazar.
24. Excmo. Sr. D. Luis Vidart.
25. Excmo. Sr. Marqués de Perales.
26. Ilmo. Sr. D. Félix García Gómez.
27. Sr. D. Ricardo Chacón.
28. Excmo. Sr. D. Emilio Castelar.

29. Excmo. Sr. Conde de Casa-Valencia.
30. Excmo. Sr. D. Nilo María Fabra.
31. Excmo. Sr. D. Luis de Estrada.
32. Ilmo. Sr. D. Julián Zugasti y Sáenz.
33. Excmo. Sr. Marqués de Aranda.
34. Excmo. Sr. Marqués de Heredia.
35. Excmo. Sr. D. Fermín Lasala.
36. Excmo. Sr. Duque de Alburquerque.
37. Sr. D. Amós de Escalante.
38. Ilmo. Sr. D. Juan Uña.
39. Ilmo. Sr. D. Joaquín Maldonado Macanaz.
40. El Ateneo de Madrid.
41. Sr. D. Juan Mañé y Flaquer.
42. Excmo. Sr. D. Patricio Aguirre de Tejada.
43. Excmo. Sr. Marqués de Valmar.
44. Sr. D. Juan Federico Muntadas.
45. Excmo. Sr. D. Carlos de Haes.
46. Sr. D. Eduardo Sánchez y Rubio.
47. La Biblioteca del Senado.
48. Sr. D. José de Garnica.
49. Ilmo. Sr. D. Manuel Merelo.
50. Sr. D. Francisco de Borja Pabón.
51. Excmo. Sr. D. Manuel R. Zarco del Valle.
52. Excmo. Sr. Marqués de Vallejo.
53. Sr. D. Lucio Domínguez.
54. Sr. D. Salvador de Torres y Aguilar.
55. La Biblioteca de la Real Academia Española.
56. Sr. D. Fernando Fernández de Velasco.
57. Ilmo. Sr. D. Federico Hoppe.
58. Excmo. Sr. Marqués de Pidal.
59. Excmo. Sr. Marqués de Hoyos.
60. Excmo. Sr. Marqués de Barzanallana.
61. Excmo. Sr. Conde de Valencia de Don Juan.
62. Sres. Bailly-Baillière é Hijos.
63. Sr. D. José María Asensio.
64. La Real Academia de la Historia.
65. Excmo. Sr. D. Juan Valera.
66. Excmo. Sr. Conde de Torre Pando.
67. Sr. D. Félix María de Urcullu y Zulueta.

68. Sr. D. Luis de la Escosura.
69. Sr. D. Manuel Cerdá.
70. La Biblioteca del Ministerio de Fomento.
71. Sr. D. José Sancho Rayón.
72. Excmo. Sr. Marqués de Casa Loring.
73. Sr. D. Fernando Arias Saavedra.
74. Sr. D. Alfonso Durán.
75. Sr. D. Enrique Suender y Rodríguez.
76. Dr. E. Thebussen.
77. Sr. Conde de San Bernardo.
78. Excmo. Sr. D. Eugenio Montero Ríos.
79. Ilmo. Sr. D. Manuel Ortiz de Pinedo.
80. Sr. D. José Antonio de Balenchana.
81. Ilmo. Sr. D. Marcial Taboada.
82. Excmo. Sr. D. Antonio María Fabié.
83. Sr. Conde de Roche.
84. Sr. D. Enrique Rouget de Loscos.
85. Excmo. Sr. Marqués de Miravel.
86. Excmo. Sr. Conde de Casa Galindo.
87. Excmo. Sr. D. Francisco de Zabalburu.
88. Sr. D. José de Palacio y Viteri.
89. Sr. D. J. N. de Acha.
90. Sr. D. Juan Llordachs.
91. Sr. D. Pablo Cuesta.
92. Sr. D. Fernando Núñez Arenas.
93. Sr. D. José Llordachs.
94. Sr. D. Laureano Pérez Arcas.
95. Sr. D. Ramón Siscar.
96. Sr. Gerold, de Viena.
97. Sr. D. Donato Guío.
98. Excmo. Sr. Conde de Morphy.
99. Excmo. Sr. D. Segismundo Moret.
100. Sr. D. Vicente Poleró.
101. Sr. D. Carlos de Uhagón y Arispe.
102. Excmo. Sr. D. Francisco Romero y Robledo.
103. Sr. D. Antonio Pineda Cevallos Escalera.
104. La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.
105. Excmo. Sr. D. Alejandro Llorente.
106. Sr. D. Gabriel Sánchez.

107. Sr. D. Santos María Robledo.
108. Sr. D. José Jorge Daroqui.
109. Sr. D. Pedro Pablo Blanco.
110. Excmo. Sr. D. Ricardo Villalba y Pérez.
111. Sr. D. Eduardo Corredor.
112. Excma. Sra. Condesa de Oñate.
113. Sr. D. Luis Masferrer.
114. Sr. D. José Anllo.
115. Sr. D. Francisco Cuesta.
116. Sr. D. Mariano Murillo.
117. Sr. D. Federico Real y Prado.
118. Sr. D. Felipe Barroeta.
119. Excmo. Sr. Conde de Peñaranda de Bracamonte.
120. Sr. D. Enrique García de Angulo.
121. La Biblioteca de la Academia del E. M. del Ejército.
122. La Biblioteca del Ministerio de Marina.
123. Sr. D. José Moncerdá.
124. Sr. D. Rafael de la Escosura.
125. Excmo. Sr. D. Francisco de Cárdenas.
126. Excmo. Sr. D. José Núñez de Prado.
127. Excmo. Sr. D. Antonio Rodríguez de Cepeda.
128. Sr. D. Miguel Guijarro Rodrigo.
129. Sr. D. Miguel Guijarro Ocaña.
130. Excmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.
131. Excmo. Sr. Marqués de Casa Irujo.
132. Sr. D. Miguel Victoriano Amer.
133. Sr. D. Leocadio López.
134. Excmo. Sr. Conde de Toreno.
135. Sr. D. Luis María de Tro y Moxó.
136. Excmo. Sr. D. Feliciano Herreros de Tejada.
137. Sr. D. Francisco Iravedra.
138. Sr. D. José Canosa y Martínez.
139. La Biblioteca Imperial de Strassburg.
140. La Biblioteca del Congreso de los Diputados.
141. Sr. D. Antonio Benítez de Lugo.
142. Sr. D. Wenceslao Ramírez de Villa-Urrutia.
143. Sr. D. Joaquín Valera.
144. Sr. D. José María Pérez y Porto Mondragón.
145. Sr. D. José Enrique Serrano.

146. La Biblioteca Real de la Universidad de Bonn.
147. Excmo. Sr. Marqués de Trives.
148. Excmo. Sr. D. Victorino Arias Lombana.
149. Sr. D. Nazario Calonje.
150. Excmo. Sr. Conde de Bañuelos.
151. Sr. D. Federico Avecilla.
152. Sr. D. Eugenio Hartzenbusch é Hiriart.
153. Excmo. Sr. Conde de Zabellá.
154. Sr. D. Manuel María Peralta.
155. Sr. D. Luis Tusquets.
156. Sr. D. Luis Navarro.
157. Sr. Norman Maccoll Esq.re
158. Sr. D. Enrique María Alvarez y Martínez.
159. Ilmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.
160. Librería «Guttenberg.»
161. La Biblioteca de la Universidad de Barcelona.
162. Sr. D. Fernando Palha.
163. Sr. D. Juan Vidal.
164. Sr. D. Alonso Mesía de la Cerda.
165. Sr. D. Antonio Paz y Mélia.
166. Sr. D. Francisco Guillén Robles.
167. Excmo. Sr. Conde de Sallent.
168. Sr. D. Saturio Martínez.
169. Sr. Marqués del Bosch de Arés.
170. Excmo. Sr. Duque T' Serclaes.
171. Excmo. Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros.
172. Sr. D. Carlos Volmóller.
173. Sr. D. Francisco A. Commelerán.
174. Sr. D. J. C. Cebrián.
175. Excmo. Sr. D. José Esperanza y Sola.
176. Sr. D. Mateo de Rivas y Cuadrillero.
177. Sr. D. León Medina.
178. Sr. D. Jesús Manso de Zúñiga.
179. Excmo. Sr. D. Francisco R. de Uhagón.
180. Sr. D. Cesáreo Aragón.
181. Excmo. Sr. Marqués del Pazo de la Merced.
182. Excmo. Sr. D. Raimundo F. Villaverde.
183. Sr. D. José Luis Gallo.
184. Señorita Doña Blanca de los Ríos.

185. Ilmo. Sr. Vizconde de Palazuelos.
186. Ilmo. Sr. D. Carlos Belmonte y Chico de Guzmán.
187. Sr. H. B. Clarcke.
188. Excmo. Sr. Conde de Vilches.
189. Sr. D. Joaquín Hazañas y la Rua.
190. Excmo. Sr. D. Emilio Bravo.
191. Excmo. Sr. Conde de Estrada.
192. Excmo. Sr. Marqués de Linares.
193. Sr. D. Calixto Oyuela.
194. Sr. D. Bernardo Rico.
195. Sr. D. Ramón Morenés y Alesson.
196. D. Miguel Toldrá.
197. Sr. Marqués de Santa Susana.
198. Excmo. Sr. Duque de Berwick y de Alba.
199. Excmo. Sr. Marqués de Valdeterrazo.
200. Sr. Johannes Merck, de Hamburgo.
201. Excmo. Sr. Marqués de Santillana.
202. Excmo. Sr. D. Emilio Nieto.
203. Karl. W. Hiersemann, de Leipzig.
204.
205.
206.
207.
208.
209.
210.
211.
212.
213.
214.
215.
216.
217.
218.
219.
220.
221.
222.
223.

224.
225.
226.
227.
228.
229.
230.
231.
232.
233.
234.
235.
236.
237.
238.
239.
240.
241.
242.
243.
244.
245.
246.
247.
248.
249.
250.
251.
252.
253.
254.
255.
256.
257.
258.
259.
260.
261.
262.

263.
264.
265.
266.
267.
268.
269.
270.
271.
272. La Sociedad de Bibliófilos Españoles.

SEÑORES SOCIOS FALLECIDOS

CUYA SUSCRIPCIÓN CONTINÚAN SUS PARIENTES Ó HEREDEROS.

S. M. EL REY D. ALFONSO XII.

1. ✠ Ilmo. Sr. D. Ramón Miranda.
2. ✠ Sr. D. Marcos Sánchez.
3. ✠ Sr. D. Mariano Fortuny.
4. ✠ Sr. D. Pedro Avial.
5. ✠ Sr. D. Antonio Novo.
6. ✠ Sr. D. Rafael Aguilar y Pulido.
7. ✠ Sr. D. José Carranza y Valle.
8. ✠ Excmo. Sr. D. Joaquín Ruiz de Cañabate.
9. ✠ Excmo. Sr. D. Severo Catalina.
10. ✠ Sr. D. Adolfo Rivadeneyra.
11. ✠ Sr. D. José de Santucho y Marengo.
12. ✠ Sr. D. Juan Manuel Ranero.
13. ✠ Excmo. Sr. Marqués de la Torrecilla.
14. ✠ Sr. D. Luis Burgos.
15. ✠ Excmo. Sr. Marqués de Molíns.
16. ✠ Sr. D. José María Octavio de Toledo.
17. ✠ Excmo. Sr. D. Salvador de Albacete.
18. ✠ Excmo. Sr. D. Braulio Antón Ramírez.
19. ✠ Sr. D. Jenaro Alenda Mira de Perceval.
20. ✠ Sr. D. Pedro N. Oseñalde.
21. ✠ Sr. D. Fidel de Sagarmínaga.
22. ✠ Sr. D. Carlos María Ponte.
23. ✠ Excmo. Sr. D. Manuel Colmeiro.

JUNTA DE GOBIERNO.

PRESIDENTE.....	Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.—Serrano, 57, hotel.
VICEPRESIDENTE.....	Excmo. Sr. Marqués de la Fuensanta del Valle.—Alcalá, 49 duplicado, 4.°
TESORERO.....	Sr. D. José Antonio de Balenchana.—Reina, 24, bajo.
CONTADOR.....	Sr. D. Francisco Guillén Robles.—Calle de Ayala, 5.
SECRETARIO PRIMERO.	Excmo. Sr. D. Francisco R. de Uhagón.—Serrano, 16.
SECRETARIO SEGUNDO.	Ilmo. Sr. Vizconde de Palazuelos.—Hernán Cortés, 3.
VOCALES.....	Excmo. Sr. D. Pascual de Gayangos.—Barquillo, 4, 3.°
	Excmo. Sr. D. Antonio María Fabié.—Reina, 43.
	Ilmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—León, 21, Academia de la Historia.
	Sr. D.
	Sr. D.

LIBROS PUBLICADOS

POR LA

SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES.

I. Cartas de Eugenio Salazar, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

II. Poesías de D. Francisco de Rioja, por D. Cayetano A. de la Barrera. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

III. Relaciones de algunos sucesos de los últimos tiempos del reino de Granada, por D. Emilio Lafuente Alcántara. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

IV. Cinco cartas político-literarias de D. Diego Sarmiento de Acuña, Conde de Gondomar, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

V. El libro de las aves de caça, del Canciller Pedro López de Ayala, con las glosas del Duque de Alburquerque. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

VI. Tragedia llamada Josefina, de Micael de Carvajal, por D. Manuel Cañete. Tirada de 300 ejemplares. *Gratis para los socios. Agotada la edición.*

VII. Libro de la Cámara Real del Príncipe D. Juan, de Gonzalo Fernández de Oviedo, por D. José María Escudero de la Peña. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

VIII. Historia de Enrrique fi de Oliua, Rey de Iherusalem, Emperador de Constantinopla, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

IX. El Crotalón de Christóphoro Gnophoso. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

X. Don Lazarillo Vizcardi, de D. Antonio Eximeno, por Don Francisco Asenjo Barbieri. Dos tomos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XI. Relaciones de Pedro de Gante, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Gratis para los socios. Agotada la edición.*

XII. Tratado de las batallas y ligas de los ejércitos del Emperador Carlos V, desde 1521 hasta 1545, por Martín García Cereceda. Tomos I, II y III. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XIII. Memorias del Cautivo en la Goleta de Túnez, por Don Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XIV. Libro de la Jineta y descendencia de los caballos guzmanes, por D. José Antonio de Balenchana. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XV. Viaje de Felipe segundo á Inglaterra, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XVI. Tratado de las epístolas y otros varios, de Mosén Diego de Valera, por D. José Antonio de Balenchana. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XVII. Dos obras didácticas y dos leyendas, sacadas de manuscritos de la Biblioteca del Escorial, por D. Germán Knust. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XVIII. Divina retribución sobre la caída de España en tiempo del noble Rey D. Juan el primero, del Bachiller Palma, por Don José María Escudero de la Peña. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XIX. Romancero de Pedro de Padilla, por el Marqués de la Fuensanta del Valle. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XX. Relación de la jornada de Pedro de Orsúa á Omagua y al Dorado, por el Marqués de la Fuensanta del Valle. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XXI. Cancionero general de Hernando del Castillo, por Don José Antonio de Balenchana. Dos tomos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XXII. Obras de Juan Rodríguez de la Cámara (ó del Padrón), por D. Antonio Paz y Mélia. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XXIII. El Pelegrino Curioso, por D. Pascual de Gayangos. Tomos I y II. Tirada de 300 ejemplares.

XXIV. Cartas de Villalobos, por D. Antonio María Fabié. Tirada de 300 ejemplares.

XXV. Memorias de D. Félix Nieto de Silva, Marqués de Tenebrón, por el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo. Tirada de 300 ejemplares.

XXVI. Historia del maestre último que fué de Montesa y de su hermano D. Felipe de Borja, por D. Francisco Guillén Robles. Tomo I. Tirada de 300 ejemplares.

XXVII. Diálogos de la Montería, Manuscrito inédito de la Real Academia de la Historia, por el Sr. D. Francisco R. de Uhagón. Tirada de 300 ejemplares.

XXVIII. Libro de las virtuosas é claras mujeres, el cual fizo é compuso el Condestable D. Alvaro de Luna, Maestre de la Orden de Santiago, por el Ilmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Tirada de 300 ejemplares.

XXIX. Opúsculos literarios de los siglos xiv á xvi, por D. Antonio Paz y Mélia. Tirada de 300 ejemplares.

XXX. Nobiliario de Conquistadores de Indias, por D. Antonio Paz y Mélia. Tirada de 600 ejemplares.

XXXI. Dos novelas de D. Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, por el Excmo. Sr. D. Francisco R. de Uhagón. Tirada de 300 ejemplares.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU